ALFAGUARA

Tim Keppel

Otras aguas

Cuentos nuevos y selectos



Narrativa Hispánica

Traducción de Santiago Ochoa

Tim Keppel

Otras aguas

Cuentos nuevos y selectos

Traducción de Santiago Ochoa

ALFAGUARA

Para mi padre, a quien le gustaba escuchar mis cuentos

I

Familia

Las manos de mi padre

Mi padre se fracturó el cuello mientras jugaba fútbol americano durante el bachillerato. Era un frío día de noviembre de 1944 y el entrenamiento terminaría pronto. Los árboles estaban desnudos bajo la luz menguante. Mi padre, que jugaba como *tailback* en la formación de ala única y usaba uno de esos viejos cascos de cuero sin máscara, recibió una entrada brusca que le dobló el cuello hacia adelante y le produjo una fractura anterior en la sexta vértebra cervical. Quedó aturdido e inmóvil, y apenas distinguía las voces a su alrededor. Al cabo de un rato, sintió que lo levantaban. Después de otro chasquido su cuerpo se entumeció.

Al recibir la noticia, sus padres, quienes desde un comienzo se habían opuesto a que jugara fútbol, se apresuraron a ir a la clínica y lo encontraron sujeto a una tracción y paralizado del cuello hacia abajo. Durante varios días esperaron con ansiedad a que recobrara el movimiento. El índice de recuperación de una lesión medular tras una semana de tetraplejía es casi nulo.

Mi padre se recuperó.

Varios meses después regresó al colegio con un aparatoso cuello ortopédico. Aunque tuvo que dejar los deportes, siguió participando en el club de teatro y cantando en el coro, y se hizo aún más popular que antes. Tenía un corte de pelo estilo pato que estaba de moda en esa época, y andaba con varios compañeros que siguieron siendo sus amigos por el resto de su vida. Quería irse de la casa y

estudiar en la universidad —antes del accidente, Duke lo había reclutado para jugar fútbol americano; les gustaban su velocidad y sus manos—, pero ahora, debido a que sus padres vivían en una especie de refinada pobreza, tuvo que asistir a la pequeña universidad de la que su padre era rector y seguir viviendo en la casa rectoral.

Su padre era hijo de un inmigrante alsaciano que se instaló en Búfalo, Nueva York, y trabajó como talabartero. Mi abuelo se graduó en la Universidad Wesleyana de Ohio, donde era conocido por tener la costumbre de afeitarse completamente desnudo en el baño común, aunque siempre con un sombrero de hongo negro sobre la cabeza. Se casó con la hermana de un miembro de su fraternidad, una mujer formidable y de voz potente, más alta que él, aunque mi abuelo nunca lo admitió, y enseñó Literatura en bachillerato antes de trabajar para una editorial de textos religiosos. Era un orador talentoso, por lo que fue invitado a pronunciar el discurso de graduación en el Catawba College de Carolina del Norte. Poco después, el rector de esa institución murió tras un ataque al corazón y, gracias a su oratoria, mi abuelo Pop fue contratado para reemplazarlo.

Era un enérgico recaudador de fondos que mantuvo la universidad a flote en tiempos de dificultades financieras, y un hombre de una disciplina férrea, cuyos toques de queda y restricciones a las visitas mixtas llevaron a los estudiantes a quemar su efigie.

***

Mi padre soñaba con ser actor, pero sus padres querían que fuera médico. En su entrevista en la Universidad Johns Hopkins, dijo que su interés por la medicina se despertó a raíz de su lesión en el cuello.

Le asignaron un dormitorio con los dos estudiantes más brillantes de su clase. En la pared del laboratorio había un poema titulado «Habla el cadáver», que terminaba exhortando: «¡Vive!». Se decía que algunos compañeros hicieron una broma lanzando a la canasta del peaje una mano amputada que sostenía las monedas del pago. Un compañero fue expulsado por cortar más de lo que debía al circuncidar a un niño. Su padre amenazó con matarlo. Otro alumno fue expulsado tras conectarle a un paciente una bolsa de suero con jugo de naranja. Una vez, papá se durmió durante una presentación de diapositivas y se despertó con la cabeza apoyada en el hombro de su profesor.

Mientras que sus compañeros de cuarto siguieron carreras ilustres en la investigación y la academia, papá eligió abrir un consultorio quirúrgico en una pequeña ciudad a una hora de donde había crecido. Me pregunté por qué había hecho eso. ¿Para evitar el estrés de un trabajo tensionante? ¿Para atender a personas comunes y corrientes? ¿Para complacer a su esposa? Mamá era la hija del principal donante de la universidad y papá la había cortejado a instancias de su madre. Se arrepintió para siempre de pedirle que se casara con él después de solo siete citas. Otra razón para instalarse allá era el hecho de que un compañero de clase, Hugo Deaton, se había casado con la hija del único cirujano de esa ciudad. El viejo médico, próximo a jubilarse, necesitaba socios que le ayudaran y lo

relevaran posteriormente. Papá fue el primero en trasladarse y Hugo lo siguió.

***

Aquí es donde entro yo, el primero de tres hijos. Me sentí como un príncipe mientras crecía en aquella ciudad de fábricas de muebles y textiles. La gente siempre decía: «¡Tu padre es un santo! Le salvó la vida a mi madre». Cuando yo usaba su tarjeta de crédito para comprar unos jeans, el empleado preguntaba con entusiasmo: «¿Eres hijo del médico?». La gente decía que tenía el aspecto de una estrella de cine y que atendía a los pacientes como el médico de la televisión, Marcus Welby. Sus pacientes le llevaban verduras de sus huertas y le contaban sus sueños y preocupaciones.

Esta sensación de tener un padre eminente fue inculcada por Pop y mi abuela Gran. Estaban convencidos de que nuestra familia era superior a todas las demás, incluida la de Hugo Deaton. Según Gran, la gente no quería a Hugo. Aunque ella y Pop no tenían casa propia, seguro de vida ni dinero en el banco, compraban ropa en las mejores tiendas, decoraban su casa con antigüedades costosas y tenían un elegante Karmann Ghia. La gente se dirigía a Pop como «doctor», aunque su doctorado era honorífico.

Cuando mi abuelo se jubiló de la universidad, asumió el cargo de director de una asociación de pequeñas universidades. Esto le permitía vivir en Reynolda House, una mansión palaciega que pertenecía a la familia tabaquera Reynolds, y que contaba con un gran salón de baile, una bolera, un ascensor y una piscina cubierta. La abuela, impecablemente vestida y peinada, tan erguida como una

varilla y con su potente voz de contralto, recibía a invitados ilustres y les mostraba la mansión a los visitantes. Pianista consumada con el don de la afinación perfecta —que además había escrito la música para la canción universitaria—, nos despertaba en Navidad con su interpretación de *¿Qué niño es este?* en el órgano tubular del salón principal.

Mi padre tenía inclinaciones diferentes. Sobre todo su rechazo a la pretención. Cuando lo elogiaban al entrar a un restaurante, les restaba importancia, diciendo: «Ah, seguro iban al baño y sentían que tenían que decir algo». Vestía de manera informal, conducía un Volkswagen escarabajo y trataba con respeto a personas de toda clase y condición. Proyectaba un aire de hombre corriente. Por el contrario, Hugo Deaton, que también era de orígenes modestos, se deleitaba con su nueva prosperidad. Construyó una mansión en una colina y se hizo socio del club campestre para hacer conexiones. Instó a mi papá a afiliarse «por el bien del consultorio». Papá lo hizo en contra de su voluntad.

***

Al crecer como hijo de un médico, usabas cinta quirúrgica para tus proyectos escolares, comías pollo los domingos en el comedor del hospital (y posteriormente, rosbif *au jus* en el club) y veías a tu padre leer historias clínicas en un dictáfono antiguo. Notabas cómo se lavaba hasta la altura de los codos y llevaba el reloj hacia adentro.

Cuando un vecino murió una noche, oíste a la gente hablar en tono reverencial sobre cómo tu padre lo había «declarado muerto».

Y cuando volvías de una excursión en canoa ardiendo en fiebre y dormías dieciocho horas seguidas, despertándote con la vejiga tan llena que no podías orinar, tu padre te rociaba los genitales con agua helada e inmediatamente se te abrían las compuertas. Te acostumbraste a oír palabras como laceración y contusión, y cuando alguien se acercaba a tu padre en una tienda y se quejaba de una dolencia, le oías decir con una sonrisa pícara: «Quítate la ropa y te examinaré». Un día, cuando un hombre lo saludó, su hija, que estaba con él, se sonrojó y bajó la mirada. «Estaba avergonzada —me dijo papá después— porque la vi sin ropa».

Cuando tu profesor de Biología, que también era tu entrenador, dijo en clase que los hombres tenían una costilla menos que las mujeres porque Adán había cedido una suya para crear a Eva, lo interrumpiste para decir que, según tu padre, eso no era cierto. (El profesor respondió bajándote la nota). Y en una feria del condado en la que se exhibió a una mujer conectada a un corazón de plástico que parecía bombear sangre a su cuerpo, le dijiste al encargado que tu padre era cirujano y que ese aparato era un engaño. «Lárgate, mocoso», gruñó el hombre.

Como hijo de un médico, le mostrabas todos tus golpes y moretones. «Ven aquí a la luz», era lo primero que te decía. Te cosió la oreja tras una pedrada (lanzada por tu hermano cuando lo arrojaste contra un arbusto) y te suturó la frente cuando se te abrió en un entrenamiento de baloncesto, lo que asustó al entrenador, quien dejó abandonado al equipo y te llevó al consultorio de tu padre en el bus del plantel. Sorprendentemente, papá no nos disuadió de practicar deportes (aunque nos aconsejó que no montáramos en moto).

Mi primer trabajo de verano fue en una fábrica de muebles. Un día, mientras tenía problemas al usar una manguera de aire y un chorro me pegó en la cara, un obrero de dientes chuecos comenzó a reírse y me dijo: «Dios, me alegro de no ser hijo de un médico ni de un predicador». Cuando le pregunté por qué, me contestó: «Porque a los hijos de los médicos les sopla el aire».

Aunque la medicina absorbía casi totalmente a mi papá —trabajaba día y noche y apenas leía otra cosa que no fueran revistas médicas—, cuando la gente me preguntaba «¿vas a ser médico?», él me sacaba del apuro: «No, él va a nadar en otras aguas».

A menudo me he hecho preguntas al respecto. ¿Acaso quería que yo me sintiera menos presionado?, ¿o esperaba que hiciera lo que él no había hecho: renunciar al camino convencional y elegir uno más audaz? «Sigue tus pasiones», me decía.

Aunque nunca pensé en estudiar Medicina, mi mejor amigo, Peter, que idolatraba a papá y quería seguir sus pasos, me convenció de preguntarle si podíamos ir a ver una operación. Con batas y mascarillas quirúrgicas y subidos en unos taburetes para mirar por encima de las enfermeras, vimos cómo papá extirpaba una vesícula biliar. Peter estaba inquieto y yo mareado, temiendo que nos cayéramos de bruces sobre la incisión. Papá hizo algunos chistes y me preguntó qué me parecía todo el asunto. «¡Qué asco!», respondí, y él y las enfermeras se rieron.

***

Cuando pienso en mi padre, pienso en las estaciones. Le encantaban las Navidades con todas sus decoraciones festivas, la

primavera florecida y, especialmente, el verano, cuando emprendíamos nuestro esperado viaje a la playa. Pasábamos por el silo de Purina Chow y por la valla de Coppertone con el perro jalando el vestido de baño de una niña, y cuando nos acercábamos al mar y olíamos la sal y la arena, papá le ofrecía una moneda al primero que lo viera.

«Me siento como si me hubieran soltado de la cárcel —exclamaba con una euforia que le duraba hasta su previsible lamento—: Solo quedan dos días», tras lo cual empezaba a deprimirse. Su alegría me resultaba contagiosa mientras chapoteábamos entre las olas y yo le rogaba que me llevara en sus hombros «hasta la parte honda». En aquellos veranos me enseñó a atrapar cangrejos usando cabezas de pescado, a pescar camarones con redes, a hacer *body surf* y a silbar tan fuerte que me dolían mis propios oídos. Hacíamos magníficos castillos de arena, buscábamos conchas y comíamos ceviches de mariscos atiborrados de rábano picante que me quemaban las fosas nasales. «Te hace crecer pelo en el pecho», decía papá. Una vez, cuando lo desafié a una carrera, aceptó encantado. Pero luego de unos pocos pasos se retiró cojeando. Fue la primera vez que vi una grieta en su armadura.

Siempre había admirado su pecho y sus hombros robustos, pero solo más tarde noté sus antebrazos delgados y sus manos huesudas. Al apretarle la mano, podías sentir el músculo atrofiado debajo del pulgar. A veces se le resbalaba un martillo de las manos y abría paquetes con los dientes.

Cuando yo tenía doce años, hicimos nuestro épico descenso por la montaña. Pop había construido una casa en Blowing Rock —la única que una vez tuvo— con sus propias manos y la había bautizado, de

manera pomposa, «Vientos de cresta». Desde la terraza de lajas se veían siete cordilleras y en los días despejados alcanzabas a ver Tennessee. Para un niño, era un paraíso: un lince disecado sobre la chimenea, un columpio de cabuya que te llevaba volando sobre el cañón, una casa en un árbol, un balancín, una litera de tres niveles, una escotilla que daba al ático, y una huerta empinada que tenía todo tipo de plantas, desde frambuesas hasta ruibarbo. Había culebras rayadas que se enroscaban en mi cuello como collares, y en la casa vacía de al lado hibernaba un oso negro durante el invierno.

A Pop se le podía encontrar en su banco de trabajo con todos sus tornillos, pernos y herramientas en la pared, el aire impregnado de olor a aserrín y tabaco que, según él, fumaba «para espantar los bichos». Tenía la costumbre de apretar las muelas y usaba expresiones como «Pepito Grillo» para no decir groserías, mientras que mi abuela le decía «davenport» al sofá, «guardarropa» al clóset y «alimentos para el desayuno» a los cereales. Servía galletas Pepperidge Farm y pastel de azúcar moravo, y hacíamos helados de durazno y de arándanos. El campo estaba repleto de mariposas espectaculares, que yo atrapaba con mi red y llevaba orgulloso a la abuela, y ella las fijaba en un tablero de fieltro negro.

Pop tenía menos paciencia con los niños. Cuando tumbábamos algo o hacíamos mucho ruido, se giraba hacia la abuela y gruñía: «¡Ay, querida!», que era su forma de decir «¡contrólalos, por favor!». En cierta ocasión, una vecina tocó la puerta y la llevé al dormitorio en el instante en que Pop salía completamente desnudo. «¡Ay, querida!», jadeó.

Desde la terraza de lajas podíamos ver el aspecto cincelado de Grandfather Mountain y contemplar el cañón por cuyo lecho corría el

río John. Una vez, papá propuso una caminata hasta el río. Sería un recorrido de un día, de ida y vuelta, que para un niño de doce años parecía rivalizar con la expedición de Lewis y Clark.

Salimos al amanecer —Pop, papá y yo— bien aprovisionados por las mujeres, que se despidieron de nosotros. Avanzamos con dificultad, abriéndonos paso entre la maleza con una hoz. En un momento dado, una culebra cabeza de cobre se deslizó a nuestros pies y papá la golpeó valerosamente con la hoz. Su cabeza cortada siguió chasqueando mientras su cuerpo decapitado se escabulló.

Luego, antes de llegar al río, Pop tropezó con una raíz y rodó dando tumbos por un barranco. Se retorció, se agarró el hombro dislocado y emitió un sonido que yo no había oído nunca, algo entre el lamento de una mujer y el aullido de una bestia. Fue una tortura ver cómo mi padre volvía a colocarle el hombro en su sitio. La subida de regreso a la montaña fue extenuante, pues papá medio ayudaba y medio cargaba a mi abuelo, jadeando al ritmo de los gemidos sordos de su padre.

Ya había anochecido cuando por fin llegamos a casa. Las mujeres, sumamente preocupadas, habían llamado al Servicio Forestal. Con una sonrisa para disimular su dolor, papá se quitó las botas de montañismo que le había prestado Pop. Eran dos tallas más pequeñas que la suya y le habían dejado las uñas moradas.

***

Poco a poco salieron a la luz otros aspectos de mi padre. Me sorprendió oír a un vecino adolescente que había sido paciente suyo comentar que «decía groserías como un camionero». Con el tiempo,

yo también le oí decir groserías, algunas veces en broma y otras veces enfurecido. Mientras contorsionaba el cuerpo para desatornillar una tubería, murmuraba: «¡Siento como si me estuviera operando el culo!». Contaba chistes subidos de tono para irritar a su madre, que se reía a la vez que protestaba, y le hacía a mi tío regalos novedosos como un «calentador de penes» que medía treinta centímetros. Papá era el rey de los chistes trillados: «Tengo mala memoria para tres cosas: nombres, caras y ...». Entonces se reía hasta jadear. Le decíamos «Jadeante» y él seguía jadeando. En realidad, tenía problemas con los nombres —un rasgo que heredé de él—, y lo compensaba saludando a la gente con más calidez y, a menudo, guiñándoles un ojo.

Papá también tenía un lado irascible: forzaba un cajón atrancado hasta dejarlo inservible; mandaba al gato de una patada al otro lado de la habitación y, poseído por la ira, pegaba su carro al de adelante si este iba muy despacio; regañaba a las enfermeras y las hacía llorar, se enfrascaba en discusiones con mi madre y le gritaba, mientras ella le respondía con suavidad, algo que lo enfurecía aún más. Una vez, mamá lo regañó por llegar tarde a cenar y por comer habas directamente de la olla. Estaban muy calientes y papá «echaba humo», así que las escupió de nuevo en la olla. Mamá comenzó a llorar y salió de la cocina.

Una vez, cuando papá salía de la casa, ella le pidió que me llevara a los Boy Scouts. Mientras me apresuraba a prepararme, lo vi parqueado al final del camino de la entrada, tocando el pito y maldiciendo a todo pulmón, aunque tal vez pensó que yo no lo oía, y salí corriendo descalzo por el gélido camino con mis zapatos en las manos y oyéndolo gritar: «¡Maldita sea, hijo de puta!». En aquel

momento comprendí vagamente que su ira no iba dirigida solo contra mí.

***

Cuando la salud de Pop comenzó a empeorar, mi padre los llevó a él y a Gran a vivir en un apartamento en la ciudad. Pop ya no podía manejar su nuevo Scout; yo acababa de sacar la licencia de conducir y me lo regaló. Me daba vergüenza manejar un carro tan llamativo, aunque mis amigos me envidiaban. Pero, de repente, el Scout se vio plagado de desperfectos inquietantemente similares a los males del abuelo. Cuando a Pop le dio flebitis, la bomba de gasolina del vehículo se obstruyó; cuando sufrió una embolia, el carburador se ahogó, y cuando le dio un infarto, el motor de arranque se dañó. No podía dejar de sentirme culpable. Justo antes de mi graduación, a Pop se le reventó una válvula del corazón mientras pescaba en el lago. Varios días después, cuando regresamos por su caña, los pececitos seguían vivos en el balde abandonado.

La muerte de Pop hizo que sucediera algo impensable cuando él estaba vivo: papá dejó a mamá. El miedo a la vergüenza pública y el efecto que eso tendría en su padre era tan intenso que llegó a pensar incluso en quitarse la vida. Mi tía me contó después que una noche él decidió cruzar el lago nadando, y que llegaron a temer que no regresara.

Pero ahora papá se sentía liberado. Un día llegué a casa y oí voces en la buhardilla: eran los alaridos de un hombre que sentía un gran dolor.

«¿Papá?», dije.

Apareció en las escaleras sosteniendo un bisturí. Dijo que estaba con un amigo del coro. A petición de este, le estaba quitando los tatuajes que se había hecho en la Marina.

Esa noche, papá me sentó a la mesa de la cocina. Me contó que su amigo le había hablado de su divorcio. Mientras yo asimilaba lo que me decía, mamá irrumpió y me fulminó con la mirada. Se abalanzó sobre mí, sus uñas como garras, y me arañó el brazo al alejarme. «¿QUÉ LE ESTÁS DICIENDO?», le gritó a papá.

Mi padre se fue de nuestra casa el día de mi graduación. Todos en la ciudad se sintieron agitados y consternados. Mi abuela vino llorando a verme, aunque a mí no me afectó tanto como a mis hermanos, pues me iría a la universidad en otoño; además, pasaría el verano en nuestra casa del lago.

Papá alquiló un apartamento cerca del hospital; fue el inicio de una época incómoda. Un día, antes del amanecer, mientras caminaba hacia su carro, dio un paso en falso en un desnivel y la caída le ocasionó serias raspaduras y magulladuras. Una vez se le olvidó ponerle el freno de mano a su carro, el cual rodó por una colina y se chocó contra un árbol. En otra ocasión fue a la Noche Familiar en la iglesia y al tratar de pasar desapercibido mientras la gente escuchaba a un orador, derribó un arrume de sillas metálicas plegables que sonaron como disparos. Un día fui a su apartamento sin avisarle y vi cómo pateaba una *Playboy* debajo del sofá. Me dijo que no le gustaba vivir solo. Quería presentarme a una enfermera con la que salía, y cuando me pidió mi opinión, comenté torpemente que no era tan atractiva. Se casó con ella unos meses después.

***

Al dejar mi casa para ir a la universidad, me identifiqué con papá, ya que ambos estábamos empezando de nuevo. Lo primero que colgué en mi dormitorio fue un retrato suyo. Mi compañero de cuarto se rio y lo quité. Pero eso me hizo pensar más en él. Me llamaba todas las semanas y hablábamos de deportes, que servían de metáfora para todo lo demás.

Cuando elegí la carrera de Literatura, mi compañero de cuarto, que estudiaba Negocios, se horrorizó. «¿Tu *padre* lo sabe?», me preguntó. Le dije que lo hacía no solo con su bendición, sino también, en cierto modo, en su nombre. Cuando yo iba a casa de visita, papá, que no era un gran bebedor, tenía la nevera repleta de cerveza. Siempre se mostró permisivo en ese sentido, negándose a restringirme como sus padres lo habían hecho con él, y me dejó tomar mis propias decisiones, por más que yo habría necesitado ciertas restricciones.

Por otro lado, empecé a percibir que, a pesar de su buen corazón, papá tenía algunas opiniones poco caritativas. Ahora bien, no provenían de convicciones muy arraigadas, sino que se ceñían a los valores de sus colegas, a las opiniones de hombres como Hugo Deaton. Me gustaba discutir acerca de esto con él, y papá siempre se mostraba atento a mis ideas. Yo quedaba con la sensación de que lo había persuadido, pero la siguiente vez que hablábamos, él se mantenía firme en su postura inicial. A veces estas discusiones podían volverse acaloradas, como cuando defendió el bombardeo de Japón. «¡Estuve allá! —gritó—. ¡Lo viví en carne propia!», mientras Sharon, su nueva esposa, le decía: «Tu presión sanguínea, ten cuidado».

Nunca pude despertar su interés por la literatura, pero más tarde leyó thrillers de Grisham y de Connelly. Yo menospreciaba a estos autores, pero ahora me arrepiento. Habrían sido algo que podríamos haber compartido.

A los treinta, cuando me separé de mi primera esposa, ella insistió en que habláramos primero con papá; pensaba que él trataría de disuadirnos. Pero esto fue lo que dijo: «Sé lo difícil que es esto para ustedes dos. Espero que no sea por lo que hice». Sentados en la mesa de picnic junto al lago, mi esposa y yo sollozamos en silencio. Aunque seguía enamorado de ella, sentía que me retenía. De qué, eso no lo sabía, pero quería averiguarlo. Intimidado por el reto que me había impuesto —emprender mi propio camino sin una dirección clara—, percibí el contraste con mi papá, que parecía tan contento con la estabilidad de su nueva vida, cosechando los frutos de sus años de arduo trabajo.

Posteriormente supe que las cosas no iban tan bien para él como parecía. Primero, el lunes negro de 1987 perdió una cuarta parte de su patrimonio neto. Cuando el mercado se desplomó, «apretó el botón del pánico» y vendió sus acciones, pues temía que se devaluaran aún más. Se parecía a su padre en asuntos de dinero. Lo gastaba tan rápido como lo conseguía, no en lujos ni ostentaciones, sino impulsivamente, a veces de manera imprudente. A diferencia de mi madre, no era un cazador de gangas; si le gustaba un aparato llamativo o una oferta de viaje tentadora, no lo pensaba dos veces. También era generoso con los regalos y las propinas, de las que siempre dejaba al menos el veinte por ciento. Una vez, cuando él y yo llegamos tarde a un vuelo, le pidió a un empleado ya mayor, jorobado por su oficio, que cargara nuestras pesadas maletas —en

aquel entonces no tenían ruedas— mientras corríamos y llegábamos a la puerta de embarque justo antes de que la cerraran. Siempre recordaré la angustia de mi padre cuando se dio cuenta de que había olvidado darle una propina. Un remordimiento similar por las deudas sin pagar lo asaltó cuando constató que tenía poco que dejarles a sus hijos.

***

Sin embargo, el lunes negro no fue nada comparado con la creciente certeza de que los efectos de su lesión, que llevaban mucho tiempo latentes, se habían manifestado de nuevo. Empezaron a afectar todo lo que hacía, incluyendo su capacidad para practicar sus cirugías. ¿De qué servía un cirujano sin manos? La degeneración en sus vértebras le produjo una acumulación de líquido espinal que le presionaba los nervios. Le drenaron el exceso de líquido y le operaron las vértebras sin ningún resultado.

A sus cincuenta y tantos años, papá aún era bastante joven y acababa de embarcarse en una feliz unión conyugal. Era demasiado pronto para dar todo por terminado. Además, le faltaban dos años para obtener la pensión por incapacidad. Cada vez delegaba más procedimientos en las enfermeras: incisiones, suturas, e incluso disecciones. Aunque no se lo dijo a nadie más que a Sharon, puedo imaginar su ansiedad cuando iba a trabajar cada día. No estaba dispuesto a jubilarse, en especial antes de recibir los beneficios y, ciertamente, no quería poner en peligro a sus pacientes. Su enfermera instrumentista era insuperable y él la supervisaba de cerca.

Un día, Hugo Deaton fue a la sala de operaciones —puedo sentir la ira de papá mientras Hugo se fijaba en todos sus movimientos— y convocó una reunión de los socios, que ya eran seis, para decirle a papá, el socio principal, que debía renunciar. «Una demanda podría destruirnos —dijo Hugo con tono serio—. Tenemos que hacer lo que sea mejor para el consultorio».

***

Aunque cincuenta y siete años era una edad muy temprana para jubilarse, le dio a papá la oportunidad de dedicarse a su primera pasión: ingresó al teatro comunitario. Se describía a sí mismo como un histriónico declarado y se sentía a gusto frente al público; disfrutaba de cada momento en el escenario iluminado y tuvo un éxito rotundo en la obra *Harvey*. Un amigo que me acompañó a ver la obra elogió su actuación: «Vi a Jimmy Stewart en ese papel, y no era nada comparado contigo», le dijo.

Papá también cantó como tenor principal en un cuarteto. «No me querían por mi voz —le gustaba bromear—. Buscaban a un hombre con cara bonita». («Su voz suena igual a la de Perry Como», solía decir mi madre hasta antes del divorcio, después del cual dijo: «Nunca me gustó su voz»).

Al igual que su padre, papá se volvió un jardinero entusiasta. Cultivaba duraznos *freestone*, maíz *silver queen*, pepinos para encurtir y uvas *muscadinia* para hacer su propio vino. Y siempre buscaba el tomate perfecto. Nada lo complacía más que arrancar un suculento tomate *heirloom* de la mata, morderlo como si fuera una

manzana, y luego sentir el jugo resbalando por su barbilla. Eso era en agosto, cuando le gustaba andar sin camisa al sol.

Sin embargo, sus músculos atrofiados hacían de la jardinería un oficio más arduo, y a Sharon le preocupaba que pudiera lastimarse. Le costaba caminar por terrenos irregulares, ya que el daño nervioso le había insensibilizado los pies, y solo se daba cuenta de que se había cortado cuando veía la sangre. Un día, mientras estrenaba un arador, se le escapó de las manos y salió rodando hasta el lago. Incapaz de recuperarlo, ni siquiera con la ayuda de su esposa, acabó pidiendo ayuda. Luego se estremeció cuando la gente pasaba lentamente en sus botes, convencida de que la Brigada de Rescate arrastraba un cuerpo.

Papá instaló un elaborado taller, a imagen y semejanza del de su padre, con un juego completo de herramientas de carpintería, y comenzó a elaborar objetos para regalar, que él mismo diseñaba, como cofres y atriles. Pero todos temíamos que se cortara un dedo, o algo peor. Su destreza manual había disminuido hasta el punto de levantar un vaso con las muñecas y abrir frascos de pastillas con sus dientes desgastados. Cuando tuvo dificultad para cortar cebollas en la tabla que él mismo había hecho, se le ocurrió pegarla al mostrador de la cocina, una decisión que pronto lamentó. Allí estaba, caminando inseguro con las manos descolgadas, flojas, como si ondearan a los lados y, sin embargo, ¡papá seguía utilizando una sierra de mesa!

Siguió llamándome todos los sábados, como lo había hecho desde que me fui a la universidad. Todavía muy atento a las estaciones, me hablaba de una tormenta primaveral que había derribado varios

árboles o de una sequía estival que había desecado el lago. «Tuvimos nuestra primera nevada», me contaba entusiasmado.

Las estaciones marcan el clima, las temporadas marcan los deportes. Papá, que siempre había sido un aficionado más bien ocasional, se volvió más entusiasta de los deportes después de jubilarse. «Parece que los Panthers tendrán un buen año». Y analizábamos la plantilla del equipo y el calendario. Como papá solía estar al tanto de las noticias, si yo le informaba sobre algún acontecimiento que desconociera, decía: «Hombre, me saliste adelante en eso».

Pero siempre volvía a centrarse en mí: ¿cómo me sentía?, ¿qué había hecho? Le encantaba oír mis historias. Escuchaba absorto, no quería perderse ni el más mínimo detalle. Cada vez más, en su encierro, parecía vivir a través de mí. Y en cierto modo, yo vivía para contarle mis historias. Tras oír el relato de mis aventuras y logros modestos, me decía: «Oye, hijo, ¡tienes el mundo agarrado por la cola! ¡Me siento orgulloso de conocerte!».

***

Uno tras otro, papá tuvo que desprenderse de sus amados pasatiempos. Una temporada, el jardín quedaba sin sembrar; en la siguiente, terminaba cubierto de pasto. Las herramientas de carpintería se las dio a mi hermano. Lo más difícil para él era renunciar a la actuación, pero se sentía tan inestable en el escenario que temía dejar caer cosas o irse de bruces. Los actores y el director no querían que se retirara. Y para convencerlo de seguir actuando, eligieron el musical *Annie* y le dieron el papel de Franklin Roosevelt.

En una silla de ruedas, se unió a Annie para cantar la esperanzadora canción *Tomorrow*, y su canto de cisne fue un éxito muy emocionante.

Poco después, papá tuvo una fuerte caída, rodó por las escaleras y se golpeó la cabeza. Y había otras cosas desconocidas para mí, como la aparición del mieloma múltiple. Debido a que era un cáncer de desarrollo lento, papá había decidido informarle solo a Sharon.

Cuando lo vi aquella Navidad se le iluminó la cara. «¡Eres un regalo para estos ojos adoloridos!», dijo con una sonrisa. Me asombró verlo tan impedido y desmejorado. Había mantenido su peso a raya para controlar su equilibrio. Mientras me apretaba el brazo con su mano esquelética, dijo: «¡Hombre, te pareces a Charles Atlas!». En esa época yo estaba en forma, aunque con un ligero sobrepeso, como a veces le sucedió a papá. Básicamente teníamos la misma contextura. «Te ves fantástico —me dijo—. Siempre y cuando hundas la panza».

Su casa y su jardín estaban impecables como siempre —los cercos de ciprés de Leyland estaban podados con gran cuidado, la grama había sido cortada con una bordeadora—, y se disculpó por no haber puesto decoración navideña ese año. Bajamos por los escalones que yo le había ayudado a construir y nos quedamos contemplando el lago, la superficie ligeramente ondulada por la brisa helada, el cobertizo de la lancha flanqueado por sauces llorones sin hojas, el quiosco destartalado que mostraba su edad y la playita en la que papá siempre sacaba los palos traídos por la corriente. Al contemplar la gran extensión del lago, solitario salvo por una lancha pequeña que pasaba, papá me dijo que era ahí donde quería que esparciéramos sus cenizas.

A la hora del almuerzo, cuando me preguntó si quería una parrillada, yo no sabía que sería la última vez que me llevaría en su vehículo. Para subirse a su camioneta, asentó una pierna y levantó la otra con las palmas de las manos. Mientras cruzábamos el largo puente que atraviesa el lago, abordamos de algún modo el tema de mi madre. Cometí el error de mencionar su afirmación de que él no la dejaba trabajar. No sé qué reacción esperaba que tuviera, pero nunca imaginé que se pondría como una fiera y que negaría con vehemencia que eso fuera cierto. De repente vi un carro que iba a nuestro lado en la berma, levantando polvo y gravilla, su conductor gritando y gesticulando frenéticamente, y me di cuenta de que papá lo había sacado de la carretera.

Al entrar al restaurante, todavía conmovido y avergonzado, papá me cogió del brazo y me dijo: «Por favor, no se lo cuentes a nadie». La gente se emocionaba al reconocerlo y él respondía con amabilidad, aunque se sentía incómodo de que lo vieran en esas condiciones. En aquel día frío y gris, animado solo ligeramente por la campana que colgaba arriba de la puerta principal y el aroma avinagrado del cerdo horneado, sentí en mis huesos la fragilidad de su vida, la fragilidad de la vida.

***

Poco tiempo después, papá ya no pudo manejar porque no sentía los pedales. Y aunque tampoco podía trabajar en el jardín, ni dedicarse a la carpintería ni cantar en el cuarteto, ni, sobre todo, actuar en el escenario, y a pesar de que le costaba subir las escaleras o salir de su casa, nunca se quejó. Más bien, se aficionó

aún más a los deportes, en especial al fútbol americano, lo cual resultaba irónico, ya que se trataba del mismo deporte que lo había sumido en esa situación.

Era como un guerrero cuya vida termina transformada por su herida, pero que, en lugar de llenarse de amargura hacia el país y sus guerras, se vuelve aún más patriota. No estoy seguro de lo que pasaba por su mente cuando veía a un futbolista lesionado que retiraban del campo de juego en una camilla, pero debió reconocer que eso hacía parte del deporte, que los jugadores o envejecen o son derribados, y que este desgaste natural, en la guerra y en la paz, en el trabajo y en el deporte, es la vida en su aspecto más fundamental.

Papá empezó a planificar sus días en torno a los partidos. Recostado en su sillón, mientras Sharon, a su lado, bordaba o leía sobre genealogía, papá se sumergía en aquel estadio de ensueño y verdor y se metía en la piel de los jugadores que se movían por el campo de juego, atenazado por la urgencia de cada jugada sucesiva, consciente de que todo pendía de un hilo, enfrentándose a la eliminación, pero sabiendo que los milagros ocurren (él siempre hacía fuerza por los perdedores), que uno puede dar el mejor rendimiento y aun así perder, y que cada uno, sin excepción, perdía al final.

«Los Noles están jugando bien —dijo papá en una de nuestras llamadas—, aunque el entrenador Bowdon parece estar en las últimas».

***

Durante esos años que ocultó su declive, papá fue heroicamente abnegado. Otros padres habrían insistido en recibir atención, pero él no quería interferir en nuestras vidas ni imponerle más trabajo a Sharon. Además de su lesión medular, estaban los crecientes efectos del mieloma múltiple. Tras varios años sin síntomas, empezó un tratamiento con Epogen para elevar el nivel de glóbulos rojos, y a tomar narcóticos para el dolor en los huesos. Pero el Oxycontin le provocaba un estreñimiento desgarrador, el Vicodin le afectaba el control muscular, y el Fentanilo le hacía hablar incoherencias, llegando a decirles a los paramédicos en una ocasión que Sharon quería matarlo y quedarse con todo su dinero. Después de elogiar a sus pacientes durante tantos años, papá resultó ser uno pésimo: detestaba estar hospitalizado.

Sharon, preocupada de que papá se traumatizara debido a la claustrofobia, le compró un carrito motorizado. Manejarlo le levantaba el ánimo. Pero se entusiasmaba demasiado y salía disparado por el patio mientras Sharon lo perseguía y le gritaba: «¡Más despacio!».

Lo que debería haberme alertado sobre la gravedad de su enfermedad fue que nuestras llamadas se hicieron cada vez más cortas y su voz más débil. Entonces era Sharon quien llamaba; unas veces me pasaba a papá por un momento, y en otras ocasiones me decía que estaba dormido. Yo no sabía que lo había trasladado al cuarto de los huéspedes en el primer piso, donde pasaba todo el tiempo en una cama de hospital.

Sharon decía que a veces lo oía gritar por la noche: «¡Maldita sea!», y que añadía: «¡Estoy jodido!». Con el fin de darle una sorpresa en su aniversario de bodas, él logró arreglárselas para

marcar el 411 y pedir a la operadora que le ayudara a llamar a una floristería.

***

Entonces mi hermano llamó para decir que acababa de ver a papá y estaba asombrado por lo mucho que había decaído. «Tiene esa mirada… —dijo—. Será mejor que vayas a verlo tan pronto puedas».

A pesar de la advertencia de mi hermano, yo no estaba preparado. Al verlo en aquella cama de hospital, encogido y demacrado, conectado a tubos, con la mandíbula sobresaliendo y los ojos asimétricos, mirando al techo con expresión lejana, me puse a llorar. Como había decidido mostrarme alegre, tuve que salir de la habitación. Pero papá alcanzó a verme y preguntó con un tono de preocupación: «¿Dónde está Trey? ¿Qué le pasa a Trey?», preocupado *por mí*, así que cogí su mano marchita y sollocé sin pudor. Fue él quien *me* calmó al comportarse como si estuviéramos reaccionando de más, y cambió de tema para preguntarme por mi vida. Mencionó los asuntos que sabía que me importaban: me preguntó por mi escritura y mi deseo de ser padre, y le aseguré, con poca convicción, que ambas cosas parecían prometedoras. Más tarde, mi hermano me contó que papá había dejado de tomar sus medicamentos para estar lúcido durante nuestras visitas, y que debía sentir mucho dolor.

Con la boca reseca —Sharon le dio trocitos de hielo— preguntó, muy despacio:

«¿Cómo le irá a Carolina en fútbol este año?». «Más o menos —respondí—, pero van a ser muy buenos en baloncesto».

Aunque su expresión no cambió, reconocí mi error: él no alcanzaría a ver la temporada de baloncesto.

En la televisión pasaban imágenes de Israel bombardeando el Líbano, escenas explícitas de edificios en llamas y de víctimas civiles. Al ver a papá concentrado en estos inquietantes sucesos, me llamó la atención su interés por un mundo del que se estaba despidiendo, y por la idea de que todos sus conocimientos se irían con él. Él no sabía que la guerra duraría solo un mes. Tal vez pensó que podría convertirse en un conflicto mucho más amplio, como la guerra que él había vivido en su juventud.

***

Papá murió una semana después, luego de resistir para despedirse de sus hijos. Una vez, cuando le hablé de mi temor a la muerte, me tranquilizó diciéndome que había visto morir a mucha gente y que el noventa y cinco por ciento estaba en paz al final. Posteriormente me pregunté si sería cierto, si mi padre estuvo en paz al final, y si yo lo estaría.

Al funeral asistieron Pete, mi amigo de la infancia, que también se había hecho cirujano, y muchos de los médicos con los que papá había trabajado, incluyendo a Hugo Deaton, a quien papá no le había permitido visitarlo al final. También asistieron sus compañeros de bachillerato, que lo habían conocido antes de que el accidente le cambiara la vida. Al saludarme, uno de ellos dijo: «Te paras igual que tu padre, con la mano en la cadera». Otro comentó que cuando papá llegó a la pequeña ciudad para estudiar bachillerato, no tardó

en pasar de ser el bicho raro del norte a ser el chico más popular del colegio.

Pero curiosamente, para ser un hombre tan querido, papá en realidad no tuvo amigos íntimos. Tampoco tuvo una relación muy estrecha con su única hermana, que se había jubilado y trasladado a la Florida. Una vez, poco antes del final, cuando ella lo visitó, él le dijo a su marido: «No te quites el abrigo. Será una visita breve». Me llamó la atención que, a pesar de todos sus admiradores, papá no tuviera una relación cercana con nadie salvo con nosotros. En los días previos a su muerte, le dictó a Sharon lo que debía hacer cuando él muriera: talar el árbol muerto que había junto al taller, cambiar la madera podrida de la terraza e impermeabilizar el porche.

***

Han pasado cinco años desde que papá falleció. Acabo de cumplir cincuenta y siete, la edad en la que él se jubiló. El otro día fui al médico debido a mi hipertensión: un tipo joven, o que intentaba parecerlo, que vestía jeans y tenis con su larga bata blanca. Algo en su comportamiento expresaba la alta opinión que tenía de sí. Y sentí el mismo impulso que siempre me han producido los médicos: el deseo urgente de hablarles de papá.

Tal vez quería bajarles los humos: *Deja de darte aires. No eres ni la mitad del hombre que fue mi padre*. O quizá sienta una extraña afinidad con ellos: *Te conozco mejor de lo que crees.* O tal vez solo quiera presumir de mi papá.

«Mi padre era médico», les digo, esperando su respuesta. Normalmente solo recibo un «¿sí?» escueto, y entonces no puedo

contenerme. «Cirujano —añado—. Graduado en Johns Hopkins». Y si la respuesta es indiferente, agrego: «La mejor facultad de Medicina de Estados Unidos. Y tú, ¿dónde estudiaste?». Y tal vez les cuente la historia de la lesión en el cuello y de su milagrosa recuperación hasta que reaparecieron los síntomas. Y luego, para darles la estocada final: «Pero sentía que la medicina lo había limitado, y fue más feliz cuando regresó a la actuación». Y después de decir todo esto, es probable que me sienta avergonzado por presumir, a la vez que animado por el orgullo que siento de haberlo dicho, ya que recuerdo todas las veces que papá expresó su orgullo por mí.

***

Pienso en papá cuando pongo mi mano en la cadera, o cuando sonrío de cierta manera. Y cuando como salsa picante. O cuando pierdo la paciencia con un cajón atrancado. Cuando olvido los nombres de las personas o muestro mi pésima caligrafía, mis garabatos heredados del médico. Cuando veo las cicatrices en mi cuerpo donde mi padre me cosió. Cuando dejo una propina y oigo a mi madre decir: «Dale el diez por ciento», y a mi padre: «Que sea el veinte». Y cuando estoy con mi hija, a la que mi padre nunca conoció. Y cuando miro un partido y veo a un jugador caer y ser sacado del campo de juego en medio del silencio del estadio. Pienso en él cuando llegan las estaciones: primavera, verano, otoño e invierno. Pienso en él siempre.

La jugadora de bridge

Mi madre era una astuta jugadora de bridge. Recordaba a la perfección las cartas que habían sido jugadas y sabía exactamente cuáles tenían sus rivales. De niño, cuando yo cogía maní de la mesa en la que ella jugaba, la veía abanicar sus cartas y hacer la puja ganadora, dejando a su compañero, mi padre, por fuera del juego. Esto fue antes de que se divorciaran.

Cuando me vine a vivir a Colombia, mamá no dijo gran cosa; pensó que sería otra de mis aventuras. Pero cuando supo que yo estaba echando raíces —*¿Estás tratando de alejarte tanto como puedas de mí?*, diría— urdió un plan para hacerme cambiar de idea.

La primera carta que jugó fue convencer a su padre, ya anciano, de dejarles un dinero a sus descendientes en lugar de pagarlo en impuestos. Para que no pensaran que lo hacía por interés propio, hizo la petición en nombre de los nietos. Pero en mi caso había una condición: yo tendría que volver a casa para recibirlo. Y una vez que me tuviera allá, me apretaría las tuercas.

***

Todo el mundo pregunta por ti, escribía mamá.

Todo el mundo. Evocaba imágenes de multitudes de admiradores que esperaban ansiosos mis últimas noticias, sufriendo por mis

reveses, alegrándose por mis triunfos, legiones de seguidores planeando desfiles en medio de serpentinas.

Entonces recibí un correo electrónico:

> Estimado profesor:
>
> Lamentamos comunicarle que no ha sido elegido para nuestro cargo en la facultad. No obstante, agradecemos su interés.
>
> Atentamente,
>
> Doctor Barton Yardley

Yo no había solicitado ningún cargo en ninguna facultad. ¡Ya es bastante malo que te rechacen para un cargo que no solicitas!

«¡Ah, eso! —dijo mamá cuando hablamos por teléfono—. Eso fue lo más curioso. Me encontré con el doctor Yardley en una conferencia. Le hablé de ti y me dijo que le enviaras tu hoja de vida. Y pensé que como estabas fuera del país…».

«Mamá…».

«Bueno, si realmente quieres hacer una carrera aquí…».

«No me interesa hacer carrera allá. Soy feliz aquí, con mi trabajo y con Marta…».

«Cuando vengas en Navidad, hablamos».

Pero yo no había planeado ir en Navidad.

***

«Otra vez salió con lo mismo», le dije a Marta, rascándome el sarpullido que me brotaba en los dedos cada vez que hablaba con mi mamá. Marta estaba en el patio, hablando con su hermana sobre la

próxima feria. Sonaba salsa y las hojas de los plátanos ondeaban en la brisa tropical.

«Pobrecita», dijo Marta.

No conocía a mi mamá, pero la había visto en un video. Dijo que se parecía a Margaret Thatcher.

***

Aunque mi madre nunca había alcanzado la grandeza, se había codeado con ella. En la universidad, Liddy Dole, que más tarde sería senadora, lloró en su hombro cuando no fue aceptada en una hermandad. Además, un tipo con el que había salido mi mamá fue entrenador deportivo de Al Gore en el colegio. Y así. Esta proximidad a la grandeza le confería el derecho a llamar a los famosos por sus nombres de pila.

***

Pese a que no se disculpó por mi rechazo laboral, sí noté en la voz de mamá un rastro de tristeza. No por lo que había hecho, ni siquiera por haber sido descubierta. Estaba triste porque no me habían aceptado.

Esa posibilidad nunca se le pasó por la cabeza.

Mi mamá siempre creía que yo estaba destinado a la gloria. No tanto en el caso de mis hermanos. Ellos no necesitaban la gloria. Tenían respetabilidad. Para mí, la gloria era mi única salvación.

Cuando jugaba fútbol, mi madre pensaba que mi entrenador mostraba una inmensa falta de juicio al poner de titular a otro

jugador y no a mí. Un día, el entrenador, Harley el «Lastimador» Slate, reunió al equipo para informar que la mamá de *alguien* se había quejado en nombre de su bebé. Todos se rieron y miraron alrededor para ver quién podría ser el guëvón.

Después de la práctica, le dije al entrenador que yo no tenía nada que ver con eso.

«No pasa nada. —Disimuló su rabia—. Intento no juzgar a la gente por sus padres».

En la universidad, hice una película llamada *Grandes expectoraciones*. Ahora me parece inmadura, aunque no sin cierta «sustancia». En una escena, la madre del protagonista aparece en vestido de baño enterizo. A mamá le pareció una obra maestra.

Uno de mis profesores se interesó por mi trabajo. Yo lo admiraba tanto que me intimidaba su presencia y en una ocasión cometí el error de mencionárselo a mamá. Un día, sin yo saberlo, y aunque ella vivía a cuatro horas de distancia, mamá lo llamó para invitarlo a almorzar. Pensar en ellos dos partiendo el pan me produjo urticaria.

Si alguna vez conoces a mi mamá, le advertía a la gente, dile que todo va bien. No menciones tus problemas ni tus decisiones pendientes, porque intentará entrometerse en tus asuntos. *¿Por qué sigues siendo una vendedora cuando podrías ser diseñadora de modas?* Y luego empezará a enviarte folletos sobre el tema y a insinuarte que llenes una solicitud.

Una vez me preguntó por un amigo mío que se estaba divorciando.

—Está bien —le dije.

—¿*Bien*? —replicó—. Eso no me dice *nada*.

***

La Feria de Cali es como el Carnaval de Río. Hay conciertos, desfiles y bailes en las calles. Atrae a leyendas de la salsa como Celia Cruz y el Grupo Niche. La hermana de Marta, no tan atractiva pero más entradora, consigue boletas en primera fila.

Las Navidades volverán a ser en casa de papá —me informó mamá—. *Es importante que vengas porque puede ser la última para él*.

Yo recordaba demasiado bien aquella casa oscura y opresiva que olía a coliflor, el lento tictac del reloj de la chimenea y los susurros del comentarista mientras el golfista embocaba el golpe corto. Mi abuelo, callado como una tumba, se sentaba junto a su yerno, el esposo de mi tía, al que había odiado en silencio durante cincuenta años por colarse en la familia y luego pedirle trabajo. Toda la escena apestaba a abstinencia de cofradía luterana y a misales rancios.

He estado intentando —escribió mamá— *que tu abuelo se deshaga de ese feo sillón suyo. La semana pasada compré uno nuevo y lo hice traer. Les dije a los del trasteo que se llevaran el viejo. Papá no me ha dirigido la palabra desde entonces. Pero a la larga me lo agradecerá.*

Gracias por invitarme —le contesté—*. Desgraciadamente, no podremos ir porque, como sabes, a Marta le negaron la visa, gracias a la ayuda de tu amigo Jesse Helms.*

Era un golpe bajo de mi parte meterla en el mismo costal con el senador de su ciudad a quien ella detestaba. No obstante, debido a que Helms era el jefe de Relaciones Exteriores, y como el abuelo

siempre lo había apoyado, mamá insistió en que yo le pidiera ayuda con la visa. La estrategia salió mal, como era de esperarse, ya que Helms no era amigo de los inmigrantes ni de las parejas que «vivían en pecado». Durante el resto del mensaje arremetí contra Helms, en un claro caso de transferencia de la ira que no pasaría desapercibido para mi mamá.

***

Su respuesta, cuando le dije que lo mío con Marta iba en serio, fue:

«Eso mismo dijiste de las otras».

«Mamá…».

«Las acogimos como si fueran de la familia y mira lo que pasó».

«Un momento…».

«Cómo sabes que no volverá a suceder?, ¿qué harás si tienes hijos y no funciona?».

Yo tenía los dedos al rojo vivo.

«Por qué no te vienes a vivir conmigo?».

«¿Y mi trabajo qué?».

«Te mantendré mientras haces tus películas».

«¿Y Marta?».

«Bueno, no podría mantenerlos a los dos».

***

Una amiga de mamá tenía un hijo de mi edad que aún vivía con ella. Se suponía que era un genio de las matemáticas, pero algo

estaba mal. Cuando mamá iba de visita, él estaba afuera «construyendo una nave espacial». Más tarde intentó vivir por su cuenta, e incluso «consiguió una novia por internet», pero siempre volvía al lado de su madre.

***

Si miras debajo de mi mentón, verás una cicatriz. Se la debo a un tal Anderson, un médico partero al que le encantaba utilizar un fórceps. Para colmo de males, mis padres me llamaron igual que él. No era más que un conocido, pero les gustó su nombre. Lo primero que hice fue orinarme en su cara —Dios sabe que yo ya lo había aguantado bastante— y no volví a verlo después. Pero la cicatriz siguió en mi mentón. A veces, al verla, me enojaba con el tipo y me molestaba llevar su nombre. Sin embargo, con el paso del tiempo llegué a ver las cosas de otra manera. Comprendí lo difícil que había sido su labor. Considerándolo todo, tuvo suerte de sacarme.

***

Es una lástima —escribió mamá— *que Marta no pueda venir. Pero ¿por qué no vienes solo? ¿Podrías hacer una lista de todos los pros y los contras de venir? Tal vez eso me ayude a dejar de sentir que no te importamos.*

Ahí estaba la carta ganadora: la familia.

Para mamá, la familia era sacrosanta, y estaba decidida a que yo pensara lo mismo. Me ponía al tanto de todas las aflicciones familiares: quimioterapias, accidentes, bolsas de colostomía. Cosas que yo no tenía muchas ganas de oír. Mamá consideraba su deber

recordarme que, así como mis parientes se enfrentaban a la mortalidad, a mí también me llegaría el turno. No había escapatoria, sin importar qué tan lejos me hubiera ido.

***

Papá está mal —me informó mamá—. *A veces actúa como si no me conociera.*

Mi abuelo era un pilar de su comunidad, pero hablaba tanto como un poste. Aunque había dirigido el negocio familiar en los momentos más difíciles de la Depresión y sirvió como presidente del Club Cívico —donde era conocido por recitar «La cabalgata de Paul Revere»—, yo escasamente le había oído decir una palabra, a excepción de los saludos y las oraciones murmuradas antes de las cenas familiares. Cualquier cosa relacionada con la familia se la dejaba a mi abuela. Cuando ella murió, mamá vio su oportunidad.

> *Papá pregunta por ti* —decía el siguiente comunicado de mamá—*. Tiene muchas ganas de verte… ¡Almorcé con Barton Yardley y nos entendimos de maravilla! Lo puse al tanto de lo que estás haciendo y le di una copia de* Grandes expectoraciones.

Entonces decidí llamar a mi hermana, Jill, la persona más ecuánime de la familia, en quien siempre podía confiar para que me dijera la verdad, limitada únicamente por el hecho de que su fuente era mi madre. Cuando le pregunté por el abuelo, dijo que estaba desmejorando, aunque no tan rápido como afirmaba mamá.

«¿Y qué pasa con Barton Yardley?». Me preparé para lo peor, como si fuera a donar sangre.

No me entusiasmaba escuchar las aventuras sexuales de mamá. En los veintitantos años transcurridos desde que mi padre se fue de la casa, se habían limitado a un incidente en un «retiro de sensibilidad», a unas cuantas aventurillas con hombres casados —sobre todo pastores— y a algunas incursiones en un sitio de citas llamado Senior Mates, dirigido a egresados de universidades de alto nivel.

«En realidad, parece un tipo interesante. De buena posición, bien parecido y recién jubilado. Su esposa falleció y él tiene una enfermedad cardíaca. Lo peor de todo es que mamá tiene buen gusto».

***

La persona con la que más peleó mamá fue con Waylon, el marido de su hermana. Amargado tras décadas bajo el yugo del abuelo, disfrutaba cada oportunidad de decirle a mamá lo que pensaba de ella. Una vez, cuando ella enumeraba todas las formas en que le había ayudado a mi abuelo, Waylon dijo: «Creo que él ya recibió toda la ayuda que podía soportar». En otra ocasión, mamá se puso una trusa que le habían regalado a Jill.

«¿Y?». Ella hizo una pose coqueta. «¿Qué tal me queda?».

«Le queda bien a Jill», dijo Waylon.

***

«Pobrecita», dijo Marta.

«¿Quién?», pregunté.

«Tu mamá».

Al igual que la mayoría de los colombianos, Marta adoraba a su madre. Sentía compasión y ternura por ella. En Colombia no es raro que la gente viva toda la vida con su madre.

«No conoces a mi mamá», le dije.

«Tal vez deberías ir», me aconsejó Marta.

«Ah, el abuelo vivirá hasta los cien años».

***

Yo no quería visitar a mamá solo. Mientras que mi hermano y mi hermana tenían a sus familias como amortiguadores, yo estaba completamente a su merced. Confinado en su carro, con mis rodillas apretadas contra el tablero y el aire perfumado con su empalagoso ambientador, veía a conductores que nos miraban con desprecio, si no con hostilidad. No sabía muy bien por qué, hasta que pensé en las calcomanías. Mamá siempre llevó el corazón en la mano. Una calcomanía en su carro decía: «Cuidar es compartir». Cuando pasaba una camioneta repleta de obreros, yo me escurría en el asiento.

A mamá le encantaba llevarme a visitas intempestivas para demostrar que yo no la había abandonado. Incluso con los empleados de las tiendas, nunca dejaba de anunciar: «¡Este es mi hijo que llegó de Suramérica!». La empleada, sorprendida, me miraba con una mezcla de vergüenza, sospecha y lástima.

***

El encabezado del siguiente mensaje de mamá:

¡Noticias maravillosas!

¡Hola! ¡Barton es un admirador de Grandes expectoraciones*! De hecho, ¡conoce a un productor! También insinuó un puesto como profesor. Sugerí que almorzáramos para discutir las posibilidades.*

Aunque a mamá le gustaba darse ínfulas de llevar una vida de *jet set* y pasársela en fabulosas reuniones y ensoñadores retiros campestres (*¡qué emocionante!, ¡qué dicha!*), en realidad su vida social consistía en personas como la mamá del constructor de naves espaciales. Personas que necesitaban su orientación. Estaba el predicador gay que aún no había salido del clóset, el diseñador de molinos de viento y las dos almas solitarias para quienes el papel de mamá como casamentera resultó en trillizos.

«Me imagino que están agradecidos», le dije.

«No paran de agradecerme. Siempre que los veo, me dicen: "Gracias a Dios por Fran. ¿Dónde estaríamos sin ella?"».

Esperé una hora en el restaurante —escribió mamá—*, y Barton nunca llegó. Más tarde, me envió un mensaje para decir que lo sentía. No le he devuelto la llamada porque no sé qué decir. ¿Alguna sugerencia?*

Sí, deja de llamarlo. Dale un respiro.

***

Aunque mamá se había mantenido alejada del negocio familiar, siempre había albergado la esperanza de que su papá lo dejara en sus manos. Ella era, después de todo, la mayor de sus hijos, y sin duda la más inteligente. A medida que la salud del abuelo seguía empeorando, comenzó a asistir a las juntas de accionistas y, cuando se celebraron unas elecciones para un puesto en la junta, convenció a su prima para que la nominara. Pero aparte de su propio voto y del de su prima, no recibió ni uno solo más.

Y luego esto:

Esta mañana tu abuelo sufrió un derrame cerebral. Lo llevábamos en el carro al funeral de Alda y de repente se desmayó. Una ambulancia lo llevó al hospital. Tiene una parálisis que le dificulta tragar. Permanezco a su lado las veinticuatro horas del día.

Como reconocerían incluso sus detractores, mamá siempre mantuvo la cabeza fría en las crisis. Inquebrantable bajo presión; esa era su mayor virtud. Como la vez que mi hermano se cercenó un dedo del pie mientras cortaba el prado. Mamá lo recogió con calma y lo llevó hasta la clínica. «No te preocupes —le dijo—. Estarás bien».

***

«Creo que deberías ir», insistió Marta.

«Está bien, reservaré en el próximo vuelo».

***

Estuve todo el día con él —informó mamá—. *A veces reconocía a las personas, pero otras veces no. Le preparé un pudín, aunque no quería comer. Y no dijo ni una palabra. ¡Luego se exaltó y me acusó de robarle su condecoración del Club Cívico! «Papá, le dije, no he tocado tu condecoración». Las enfermeras me sugirieron que me fuera a descansar a la casa. Cuando entré, oí el teléfono. Se había muerto».*

***

Mi abuelo solo se comía la yema del huevo y usaba sombrero mucho después de que estuviera de moda. No le gustaban el cine, la música ni los viajes. Solo una vez lo recuerdo en la playa con nosotros. Su talento oculto era flotar de espaldas. Podía hacerlo durante tanto tiempo que se quedaba dormido, y lo encontrábamos flotando corriente abajo, con quemaduras de sol en la cara, la barriga y las rodillas.

***

Todos los vuelos estaban reservados, pero fui al amanecer para ver si me incluían en la lista de espera. Sentado en el aeropuerto desierto a esa hora tan brutal, mi mente empezó a divagar. Por alguna razón pensé en las manos de mi madre. Y en mi asombro cuando la veía barajar cartas, teclear rapidísimo sin mirar, y pelar una manzana dejando la cáscara en una espiral continua. Recordé cómo me llevaba al campo para buscar tortugas que cruzaban la carretera. El mejor momento para encontrarlas era cuando dejaba de llover. Recordé el olor del exuberante follaje veraniego, el vapor

que se elevaba del asfalto mientras íbamos en el carro y mi euforia cuando veíamos una tortuga.

Esperé dos días seguidos en el aeropuerto.

***

Toda la ciudad fue al velorio —escribió mamá—. *No faltaste sino tú. Todos preguntaron por ti. Mostré las fotos de tu álbum infantil. Dijeron que eras un niño precioso. Les dije que tu primer año fue el mejor de mi vida; que yo te llevaba de pícnic al parque. Luego les expliqué que te habías instalado en Colombia. Que me habías consultado y que respaldo tu elección.*

Todo el mundo entiende.

Después de eso, las cosas se calmaron por un tiempo. El sarpullido de mis dedos desapareció. Llegaron menos mensajes de mamá, sobre catéteres o enemas, Barton Yardley o el constructor de naves espaciales, o sobre mi dedicado club de fans.

El silencio era siempre su as bajo la manga.

«¿Estás pensando en tu mamá?», preguntó Marta.

«No».

Negocio de familia

El loro de mis vecinos repite la misma palabra una y otra vez. Suena como Waylon. Dice: *¡Waylon!*, *¡Waylon!*, con varias entonaciones. Esperanzadora *¡Waylon!* Inquisitiva *¡Waylon!* Juguetona *¡Waylon!* Urgente *¡Waylon!* Quejumbrosa *¡Waylon!* Desesperada *¡Waylon!*

Al escucharlo desde el balcón en mi mecedora de mimbre, recuerdo al tío Waylon, a quien vi por última vez en las exequias de mi madre. Alto y fornido a pesar de su barriga prominente, tenía brazos largos y musculosos, con las venas brotadas. Su pelo ahora era blanco y su cara de estrella de cine estaba ya arrugada y envejecida.

Durante más de cincuenta años, Waylon fue el archienemigo de mi madre. Todo empezó después de involucrarse con Sally, su hermana menor. Aunque musculoso, apuesto y practicante de dos deportes, Waylon era un estudiante de apenas 3,5, mientras que Sally no bajaba de 5. Comenzó a ayudarle con las tareas, y mis abuelos, que pertenecían a la clase alta, se enteraron. Waylon no tenía padre, y su madre, con sobrepeso, criaba a una cuadrilla de niños. Tenía ropa desgastada y un comportamiento tosco y evasivo a tono con su gramática incorrecta.

La tutoría se intensificó. Y como sabían que nunca recibirían la aprobación de mi abuelo, decidieron escapar. Luego, Waylon tuvo el descaro de pedirle trabajo al abuelo.

El decepcionante matrimonio de Sally hizo que el de mi mamá adquiriera una mayor importancia. Esta vez el prometido contó con la bendición de los padres. Mi papá, un estudiante de Medicina con voz melodiosa, era hijo del rector de la universidad local. Mi abuelo materno, un magnate de los refrescos, era miembro del consejo directivo de la universidad. Mi abuela paterna le insistió a mi padre para que invitara a salir a mamá. Papá la conocía vagamente desde la época en que él trabajaba en parques recreativos durante el verano. Ella era más joven que él, enérgica y competitiva. Salieron por poco tiempo antes de casarse con bombos y platillos. La dama de honor fue Sally, y Waylon parecía Clark Gable con su esmoquin.

Desde niña, la tía Sally había venerado a su hermana mayor. Y estar casada no hizo más que fortalecer ese vínculo. Ambas se trasladaron al oeste cuando sus maridos prestaron servicio militar, antes de establecerse de nuevo en Carolina.

Nuestras familias siguieron siendo inseparables. Yo tenía un primo un año mayor, así como mi hermano y mi hermana tenían primos que eran un año mayores que ellos. Cada uno tenía su propio compañero. Nos reuníamos en la casa de mis abuelos todos los días festivos, pasábamos varias semanas en la casa de nuestros primos, y el día de Acción de Gracias asistíamos al partido entre los dos grandes rivales del fútbol americano. Mis primos eran luteranos y su universidad local era metodista, mientras que nosotros éramos metodistas y nuestra universidad local era luterana. Además, la mascota de su equipo eran los Indios, y la nuestra eran los Osos. Ambas universidades utilizaban el mismo cántico: «¡Queremos carne de oso!», aunque con una connotación diferente.

Y luego estaba el paseo anual a la playa, la compra de una casa rodante para viajar al oeste, un terreno en el lago donde dormíamos en la casa rodante, y después el bote, así como los planes para construir una casa en el lago.

En cada uno de estos proyectos, nuestras familias compartían los gastos. Mi padre ponía el dinero y Waylon se lo pagaba. Ahí radicaba la tensión bajo la superficie. No por parte de mi padre —estaba encantado de hacerlo— sino por la causa detrás de los apuros de Waylon. Después de todo, él trabajaba para su suegro. Dirigía a los trabajadores y reparaba las máquinas. Mantenía la línea de producción en funcionamiento; las botellas bajaban por la cinta, iban de la lavadora al surtidor y de la taponadora a los camiones, pero su sueldo era una miseria. ¿Era esto una expresión del resentimiento de mi abuelo? ¿O era el viejo, marcado por la Depresión, un tacaño impenitente?

Pero una cosa era tratar así a Waylon, el intruso, y otra maltratar a su propia hija y a sus nietos. Los viajes por carretera, la casa rodante, el terreno del lago, el bote… nada de eso habría sido posible de no ser por mi papá, y esto les incomodaba a ellos (mamá nos pidió que no les mostráramos los regalos de Navidad a nuestros primos). Y aunque Waylon debió sentir deseos de enfrentarse a su diminuto jefe, Sally lo convenció de que dejara las cosas en sus manos. Entonces pasaron los años y Waylon se llenó de ira.

Para mí, el tío Waylon era una figura intimidante. Era un maestro del menosprecio y un rey del comentario cáustico. Una vez, en la playa, estábamos pescando en el muelle y Waylon pensó que había atrapado un verdadero monstruo, pero su nailon se había enredado con el de un muchacho. Por lo que pareció una eternidad, mientras

sacábamos baldados de jureles y merluzas, se sentó allí para desenredarlo furiosamente, con el vapor visible saliendo de su frente. Cuando por fin lo logró, le gruñó al muchacho: «¡HAY UN BUEN SITIO PARA TI UNOS CIEN METROS MÁS ABAJO!».

Incluso en presencia de mi padre, un médico renombrado, Waylon parecía encontrarse en una posición de ventaja. Eso se debía a que siempre estábamos en su feudo, ya fuera al navegar, construir o arreglar un carro. Recuerdo mi angustia al ver a papá mirar fútilmente mientras Waylon reparaba el bote lejos de la orilla, o cuando, durante la construcción del muelle, pisó una tabla que rebotó y golpeó a Waylon en el mentón. Temí que humillara a mi padre delante de mí. Pero no lo hizo.

A los trece años, pasé el verano en casa de mi primo y trabajamos en la planta embotelladora. Nos levantábamos al amanecer para ir con Waylon, que recogía a unos trabajadores en el sector negro de la ciudad. Tenían nombres como Juneboy y Crawley. A veces guardaba un silencio estoico y otras veces hacía bromas con su habitual condescendencia.

La planta era enorme y cacofónica: el rítmico traqueteo de las máquinas embotelladoras, el golpeteo de las cajas al ser arrumadas, los gritos de los obreros por encima del bullicio, y el resplandor de las botellas mientras se zarandeaban por la cinta, bajo la vigilancia del inspector de botellas: un trabajo que mamá había hecho cuando estaba joven; solía recordarlo con orgullo y diversión. Y ahora me tocaba participar a mí. El negocio familiar se fundó a principios del siglo xx. El padre de mi abuelo, propietario de una tienda de suministros agrícolas y de una droguería, se ingenió la fórmula secreta. La empresa, Mint Cola, que empezó con una tapadora

manual de botellas y una carroza de repartos tirada por caballos, ahora se jactaba de sus ventas en varios estados.

Aquel verano fue un curso intensivo en el negocio del embotellado: cómo abrir cajas de cartón aplanadas con un giro de muñeca; coger seis botellas, tres con cada mano; levantar cajas con las piernas y no con la espalda para evitar el temido «síndrome del cotero», un dolor de espalda crónico; darles vuelta a las tapas de las botellas chasqueando los dedos, maniobrar con destreza un montacargas, apilar una plataforma de canastas intercaladas y cargar un camión alzando cajas o recibirlas desde arriba.

Waylon caminaba con su característico paso de cargador, ligeramente desequilibrado y doblando la cintura, como si fuera a fracturarse la columna en caso de enderezarse. Se quejaba de las nuevas botellas con tapa roscada. Una gaseosa debía consumirse de inmediato, decía; una vez abierta pierde su efervescencia y sabor. Tradicionalista como era, también se oponía a las bebidas enlatadas y ridiculizaba las dietéticas.

Mientras Waylon se esforzaba, el abuelo leía la correspondencia en su oficina con aire acondicionado. A veces practicaba el golpe corto de golf. Tenía un aparato en forma de recogedor que te escupía la pelota de nuevo. Además de ir a la fábrica, a la cancha de golf y al Club Cívico, no iba a ningún lado, salvo a la convención anual de embotelladores en Myrtle Beach.

Los planos de la casa del lago avanzaban. Waylon estaba a cargo de la construcción. Cuando veía a papá hablar con él en el muelle, me preguntaba si papá realmente disfrutaba de su compañía, o si solo trataba de llevársela bien con él. No obstante, parecía disfrutar del placer que sentía Waylon en cosas como pescar, beber y tener

sexo con la tía Sally. Una noche, mientras los cuatro jugaban bridge, mi madre dijo: «Yo tenía la reina». Waylon contestó con picardía que él tenía dos, una para él y otra para papá.

Poco antes de morir, papá me contó que habían hablado de sus dilemas opuestos: Waylon era feliz con su matrimonio e infeliz con su trabajo, y la situación de papá era justamente la contraria.

Como muchas mujeres de la época, mamá estaba cambiando. El movimiento feminista se encontraba en pleno auge y ella se vio arrastrada por el clamor general. A los cuarenta años, le decía a la gente, por fin había despertado. Ya no se conformaba con ser la esposa del médico y la conductora de los niños, sino que empezó a asistir a retiros de autorrealización, a hablar en favor de los derechos femeninos y a denunciar la guerra de Vietnam.

Todo esto cogió a mi papá por sorpresa. Aunque había sido criado por padres conservadores, no era un derechista empedernido. Como a la mayoría de los médicos y de los sureños de pueblo, le gustaban las cosas como habían sido hasta entonces. Le desconcertó la repentina combatividad de mamá, su ira contra «la sociedad patriarcal» y «el complejo militar-industrial». Nos había dicho que mamá era más inteligente y estaba mucho más informada que él. Lo desafiaba a debates que lo dejaban exasperado. Él la tildaba de santurrona.

Empezó a resentir la adulación que recibía papá y a ser competitiva con él. Cuando fue elegido para el consistorio de la Iglesia, ella dijo estar más cualificada. Quería que él le permitiera reemplazarlo, pero papá se negó. La disputa se intensificó. El matrimonio implosionó.

Ocupado en mis deportes, mis amigos y las chicas, permanecí ajeno a casi todo eso. A fin de cuentas, ¿cómo se suponía que debía ser un buen matrimonio? Claro, la gente gritaba, levantaba la voz, se tiraba zapatos, pero ¿acaso eso era anormal? No recuerdo haberlos visto abrazarse, besarse, tocarse o sonreírse. Aunque tal vez mi memoria me falla.

Sin embargo, la construcción de la casa del lago estaba muy avanzada, lo que parecía presagiar tiempos mejores. Todos anhelábamos el día en que vendiéramos la casa rodante y pudiéramos pasar los fines de semana en la casa del lago; tendría una gran sala con techos abovedados, y una gran terraza en madera roja con vista al lago. Allí cocinaríamos a la parrilla y veríamos pasar los botes. Y entonces todos seríamos felices.

Un viernes por la noche fui allá con unos amigos y tomamos vino Cold Duck en el embarcadero. En un momento dado, el muelle nos pareció demasiado estrecho y decidimos regresar arrastrándonos en cuatro. Mientras intentaba abrir la puerta de la casa rodante, rompí la llave. Tuvimos que dormir en el carro, envueltos en una nube de zancudos porque hacía demasiado calor para cerrar las ventanas. Luego abrimos las puertas para poder acostarnos sobre los asientos y sacar la cabeza para vomitar.

A la mañana siguiente nos despertamos con un sol abrasador, el canto de los pájaros y el golpeteo de los martillos resonando en el lago como disparos de rifle. Con el pelo enmarañado y el aliento acre, mi amigo se acercó a hablar con los obreros. Como un típico adolescente, intentó hacerse el interesante utilizando todas las groserías de su repertorio. Cuando me acerqué, vi que el trabajador con el que hablaba era Waylon. No fui capaz de mirarlo a los ojos.

Después de que papá se fue de nuestra casa la noche de mi graduación, pasé el verano en la casa del lago, que estaba recién terminada. Conseguí un trabajo nocturno en una pizzería y ocupaba los días leyendo bajo el sol. Inspirado por las figuras de la generación perdida, decidí hacerme escritor.

Era bueno escapar de la tormenta que se vivía en nuestra casa y tener la del lago para mí solo. De vez en cuando, lograba llevarme a una chica del restaurante. Sin embargo, Waylon iba los fines de semana. A veces mi mamá también venía. Ahora que papá ya no estaba y que mamá era dueña de nuestra parte, las fricciones entre ella y Waylon aumentaron. Mamá necesitaba a Sally más que nunca, y Waylon, en ausencia de papá, necesitaba aún menos a mamá.

Lo de Sally se convirtió en un tira y afloja. Mamá maquinaba formas de estar a solas con ella, pero Waylon no lo permitía. O Sally no podía visitarla, o él iba con ella. Esto condujo a una serie de tardes bochornosas, mientras los esquiadores pasaban zumbando y ellos tres se sumían en sus recriminaciones.

Pero eso no impidió que mamá fuera al lago. No le importaba enfrascarse en disputas con Waylon; parecía disfrutarlo. Cada uno se sentía superior al otro y estaba decidido a demostrar que tenía la razón. Waylon, que se había contenido por el bien de mi padre, ya era libre de lanzar su desprecio sarcástico.

Por desgracia para Waylon, era 1974, y todas las miradas estaban puestas en las audiencias del Watergate. Waylon maldijo a John Dean y defendió el derecho de Nixon a conservar sus cintas. Mamá tildó a Nixon de criminal. Sally, quien en secreto estaba de acuerdo con mamá, mantuvo una prudente neutralidad. En julio, cuando

Nixon finalmente dimitió, mamá se regodeó mientras Waylon se lamió sus heridas.

Cuando mamá despotricó contra papá y su joven enfermera, Waylon la acusó de haberlo ahuyentado. Mamá le replicó diciendo que él lo había puesto en su contra. Y sin importarle los problemas de dinero de Waylon, insistió en que le pagara lo que le debía. De lo contrario, empezaría a cobrarle intereses.

Obviamente, mamá estaba destrozada por su fracaso conyugal, pero lo que empeoró las cosas fue el éxito del matrimonio de Sally, aunque bajo los términos del tío Waylon. Con sus hijos ya grandes, Sally empezó a hacer un doctorado en Educación. Una vez, durante una gran cena familiar, Waylon dijo guiñando un ojo: «Será la clase de doctora que no le hace bien a nadie».

Mamá sentía que Sally debía enfrentarse a Waylon o, de lo contrario, divorciarse. Prometió que la apoyaría. La atormentaba que Sally hubiera desperdiciado su vida con un borracho pendenciero y reaccionario. «Es cruel —dijo mamá—, y mezquino». Sally comenzó a llorar.

Esta era la casa del lago con la que habíamos soñado.

***

Mientras tanto, mi abuelo ya tenía muchos años y se hablaba de quién lo sucedería. Cuando mis primos y yo terminamos la universidad, mamá supo que ellos estaban interesados en hacerlo y me dijo que yo lo merecía más. Al fin y al cabo, ella era la primogénita del abuelo y, al ser la mayor, yo era el heredero natural. Comprendí que ella quería eso, no solo por mí, sino porque así

consolidaría su posición en la familia, y al mismo tiempo se la negaría a Waylon y a sus hijos.

A pesar de mi falta de interés, mamá no dejó de insistir en el asunto. Apeló a mi ego y a mi codicia potencial, pero, ante todo, a mi deber para con mi linaje. Yo sabía que ella se lo tomaría mal si me negaba. Se trataba de una estrategia que nos uniría para siempre y le daría el mando a través de mí.

Pero yo no era un hombre de negocios y destrocé sus ilusiones. Mis primos, por su parte, aprovecharon la oportunidad. Tras varios años de preparación, asumieron como vicepresidentes. Con el tiempo, y gracias a los encantos de Sally, mi abuelo cedió una parte de su poder.

Me pregunté qué pensaría Waylon al respecto. ¿Estaba feliz?, ¿se sentía orgulloso de sus hijos? De ser así, dudé de que se los hiciera saber. ¿O acaso se sentía indignado porque, después de todo su maltrato, habían pasado por encima de él? Había ido a la universidad con una beca de fútbol, y el hecho de que manejara hombres y máquinas no significaba que no fuera capaz de sentarse detrás de un escritorio.

Cuando mis primos tomaron las riendas, la empresa despegó. Mientras el abuelo invertía sus ganancias en bonos de bajo riesgo en preparación para la Segunda Gran Depresión, mis primos pidieron prestado dinero para hacer mejoras y expandirse. Las ganancias empezaron a dispararse.

Los años ochenta fueron un boom para las gaseosas en general, y la empresa pronto compitió con Coca-Cola y Pepsi en la región. Incluso las reemplazó en varias cadenas de comida rápida.

Así que mis primos consiguieron aumentos salariales, y Waylon el suyo, aunque bastante menor que el de sus hijos. ¿Le molestaba la facilidad con la que habían tenido éxito, evitando el duro camino que él se había labrado?, ¿estaba contento de que ellos hubieran abierto la billetera del anciano y le mostraran de lo que se había perdido por ser tan avaro?, ¿le alegraba que la fortuna hubiera pasado a sus hijos, así fuera por vía matrilineal?

Waylon empezó a darse la buena vida. Sacaba tiempo libre, tomaba whisky Jim Beam, y dejó que su barriga creciera, lo que hizo que su andar de cotero fuera aún más pronunciado. Remodeló su casa, a la que añadió una piscina, y le pagó a mi madre cada centavo que le debía.

Por esa época, me fui a vivir a Colombia, en parte para distanciarme de mamá, lo cual fue una derrota más que ella debió soportar: Waylon no solo seguía casado, sino que también podía ufanarse de ser más cercano con sus hijos.

Internacionalmente, mamá me mantenía al tanto de los asuntos familiares, siempre a través del prisma de sus batallas con Waylon. En términos de comprensión de los acontecimientos mundiales, ella estaba «años luz por delante de él». Cuando le decía sexista e intolerante, Waylon contraatacaba, haciendo llorar a mamá. Más tarde ella compartía su versión con nosotros, y sugería que llamáramos a Waylon o a Sally para manifestarles nuestro rechazo. Creo que mi hermana lo hizo.

Aun así, mamá no podía enemistarse con él, pues eso habría significado reconocer la derrota. La casa del lago era tanto suya como de Waylon, y ella pensaba que era él quien debía irse. Y en

realidad, mamá no tenía otro lugar adónde ir. Su marido se había ido, sus hijos también y, después de todo, esta era su familia.

A veces me preguntaba qué estaría pensando Sally. ¿Se arrepentía de haberse casado con Waylon? ¿O acaso él era diferente cuando estaban solos? Al fin y al cabo, había engendrado a sus hijos y la amaba indefectiblemente a su brusca manera. Tal vez ella aún lo veía como el chico con ropa desgastada que le había pedido ayuda con sus tareas escolares.

«¿Cómo está Sally?», le preguntaba yo a mamá.

«Dejamos de hablar», decía. Y explicaba que había reservado un sitio para alguna reunión familiar y que después supo que Sally había alquilado otro lugar. Ella estaba segura de que Waylon andaba detrás de eso.

Aun así, a menudo se alegraba con el éxito de Mint Cola: con la novedosa campaña publicitaria, con las ventas crecientes y con el senador que decía que era su bebida favorita.

Entonces Waylon hizo su jugada. Como nuestra familia casi nunca usaba la casa del lago, él ofrecía comprarle la mitad a mamá y nosotros podríamos seguir usándola. Mamá se ofendió con su oferta. Él no solo estaba alardeando de su nueva prosperidad (los ingresos de mamá se desplomaron cuando dejó de recibir la manutención de menores), sino que, además, Waylon le estaba recordando que sus hijos no la visitaban. Pero mamá no era tonta, sabía muy bien que el valor de las propiedades había aumentado debido a la expansión de Charlotte, que quedaba a media hora del lago. Fijó un precio que le produjo risa a Waylon.

Lo puso en el lugar donde quería. Al hacerle creer que podía convencerla de bajar el precio, le dio un incentivo para ser amable

con ella. Pero el contraataque de Waylon fue suspender las reparaciones. Se negó a mover un dedo hasta que la casa fuera suya.

Mientras tanto, Charlotte acogió a dos nuevos equipos deportivos y reformó el circuito de carreras de la NASCAR. Todos los nuevos habitantes querían casas frente al lago, y se construyeron varias mansiones al otro lado. El valor de las propiedades siguió aumentando. Cuando mamá estuvo convencida de que el mercado había tocado techo, hizo una nueva oferta y Waylon la aceptó.

Mamá recibió el precio que quería, pero Waylon obtuvo la propiedad y siguió adelante con las renovaciones. Añadió un salón de juegos, remodeló la sala y construyó un quiosco elegante. Compró una casa flotante que sacaba en las tardes, cuando empezaba a refrescar, y navegaba —tomando whisky— con su esposa y, en ocasiones, con otra pareja, aunque rara vez estaba con alguien ajeno a la familia.

Para nosotros, los hijos, la casa del lago nunca fue la misma. Sin embargo, mamá siguió yendo tal como antes, haciendo que Waylon cumpliera su palabra, aunque él alcanzara a pensar que su orgullo no se lo permitiría. A veces mamá iba con amigas e incluso organizaba retiros allá, algo que debió hacerle hervir la sangre a Waylon. Pero él tenía el consuelo de que la propiedad seguía valorizándose.

Aunque el activismo de mamá aumentó su autoestima, aún se sentía infravalorada por sus padres. Siempre trataba de impresionarlos. No podía evitarlo, así como una lengua no puede dejar de hurgar en una llaga. Un día, mi abuela, mientras canalizaba

al abuelo, le advirtió a mamá que podría perder su herencia si la desperdiciaba en sus «causas liberales».

Cuando mi abuela murió, mamá aprovechó la oportunidad para acercarse a su padre. Aunque tenía más de noventa años, todavía manejaba su carro hasta la fábrica, donde leía el correo y almorzaba antes de regresar a casa. Mamá encontraba platos sucios escondidos en el horno y ropa sin lavar debajo del sofá. Instó al abuelo a darles dinero a sus nietos en vez de pagar una fortuna por concepto de impuestos. Intentó involucrar a Sally en esta iniciativa. Waylon se burló de la idea. «Sería un milagro», murmuró.

Entonces, un día, mientras regresaba a casa del trabajo, el abuelo chocó contra un carro en el que iban una madre y sus dos hijas. Aunque les dio un gran susto, las niñas no resultaron gravemente heridas (eso esperé, aunque no pregunté demasiado). El abuelo sufrió una perforación pulmonar, y su vista y audición quedaron afectadas. Le revocaron la licencia de conducción y, como debía someterse a una convalecencia, lo internaron en una casa de retiro luterana.

A pesar de la agradable decoración y del televisor de pantalla ancha, el abuelo tuvo dificultades para adaptarse. Durante un tiempo, un empleado lo llevó a la fábrica. Sin embargo, pasaba la mayor parte de sus días hundido en el sillón, dormitando entre programas de concursos y campeonatos de golf.

Waylon, libre por fin del yugo de mi abuelo, quien nunca había dejado de mirar con malos ojos sus humildes orígenes, no tuvo mucho tiempo para disfrutar de su nuevo estatus. Mientras cortaba el prado de su casa, sufrió un infarto y, tras pasar varias semanas en la clínica, el pelo se le volvió tan blanco como una tiza.

Durante su recuperación, mamá lo visitó con frecuencia. Lo hizo en parte para estar con Sally, pero también porque le gustaba hacer obras de caridad a personas que no la querían. Era un complejo juego de martirio y malicia, cuyas reglas solo comprendía ella. Y tal vez lo hacía para apaciguar sus malos pensamientos: un fallo en el marcapasos de Waylon y Sally sería toda suya.

Antes de su operación, según Sally, Waylon se puso muy sentimental. «Si me muero —le dijo—, te dejo todo lo que tengo». Pero cuando se recuperó, todos los nobles sentimientos se desvanecieron y volvió a ser el mismo cascarrabias de siempre.

Con el paquete de jubilación que recibió de sus hijos construyó un taller en el sótano y se dedicó a tallar patos de madera. A muchos les sorprendía su inclinación artística, pero yo siempre había percibido sus contradicciones. Aunque proyectaba la imagen de un tipo desgraciado y sardónico, asistía regularmente a la iglesia luterana de San Juan, donde cantaba himnos con sincera devoción. Y hasta donde yo sabía, a pesar de sus chistes de mal gusto, nunca le fue infiel a Sally.

Cuando mamá se enfermó de cáncer y supo que le quedaba poco tiempo, organizó un último viaje familiar a la playa.

Me escribió para invitarme: «Será un momento para que la familia se reúna. Kat, John y yo somos los más viejos que quedan. Kat está recibiendo quimioterapia…».

En la cabaña, Waylon tenía un aspecto senatorial. Con su pelo blanco como la nieve y un cojear en su paso, se levantaba antes del amanecer, hundido hasta el pecho en las olas, haciendo sus lanzamientos de caña hercúleos. Luego se sentaba en su silla de playa para estar pendiente de sus cañas. Sally, a su lado con un

sombrero de ala ancha, su rostro pálido y arrugado, pero sus ojos de un azul impresionante, leía una biografía de Hillary Clinton, oculta con la sobrecubierta de una novela romántica.

Una noche, mamá sacó una caja que contenía recuerdos familiares. Mostró cada uno de los objetos y nos preguntó qué queríamos. Entre ellos había una foto de su matrimonio, en la que aparecía Waylon con su esmoquin, otra de un camión de Mint Cola en sus inicios, y una tercera con la condecoración del abuelo en el Club Cívico. Waylon estuvo callado; examinó las fotos y se abstuvo de hacer comentarios sarcásticos.

Ya en los últimos meses de su vida, mamá se fue a vivir a una comunidad de jubilados cerca de Jill. Recibía pocas visitas, exceptuando las de Sally y Waylon. Durante una de ellas, él le llevó un regalo a mamá: un ánade tallado emprendiendo vuelo.

Me pregunto de qué hablaban por esos días. ¿De los viajes familiares en la casa rodante?, ¿de la casa del lago, de la playa, o de los parientes que habían fallecido? En cierto sentido, era apenas lógico que mamá fuera la primera en fallecer. Siempre había sido la que mostraba el camino.

En la recepción funeraria, observé al tío Waylon. Con su mejor traje, parecía refinado. Me pregunté si me saludaría como lo había hecho en presencia de papá, y no como la vez que partí la llave de la casa rodante. Y por un segundo lo vi bajo una luz diferente, como ese intruso cohibido con ropa vieja, como ese burdo impostor que se había esforzado por ocultar, y que era, de hecho, su faceta más entrañable.

Como de costumbre, no me hizo preguntas personales, ya fuera por discreción o por falta de interés. O acaso para mostrar

compasión al ahorrarme sus pullas.

Después de un silencio incómodo, le agradecí su asistencia.

«¿Qué? —dijo Waylon en su tono habitual de mal humor—, ¿pensabas que no vendría?».

Al oír esto, Sally me llevó aparte. Me dijo que siempre había admirado a su hermana mayor y que había tratado de emularla. Luego dijo que Waylon había quedado destrozado por la muerte de mamá. Que siempre se habían tenido en la más alta estima. Que cada uno había anhelado ganarse el respeto del otro.

Aturdido por esta primicia, miré a Waylon. Estaba de pie junto a la jarra del ponche, examinando las fotos y los artículos de prensa de mamá con estudiada indiferencia. Parecía perdido. Su gran contrapeso, la poderosa némesis de su vida, había desaparecido súbitamente. Ya no había nada contra lo cual presionar, como cuando uno se apoya en una puerta que se abre de golpe.

***

Ahora, una vez más, oigo al loro gritar: «¡Waylon!».

Después de la muerte de mamá, Waylon no viviría mucho tiempo. Se le notaba en su rostro esa tarde. Su corazón volvió a fallar y murió en los brazos de Sally.

«¡Waylon!», grita el loro.

En la calle, el vigilante está barriendo las hojas.

«Disculpe —le digo—. ¿Oye ese loro? ¿Puede entender lo que dice?».

El hombre ladea la cabeza y escucha.

«Pedro», responde.

Mi Vietnam

En 1969, cuando yo tenía trece años, mi primo Sonny, recién llegado de Vietnam, vino a pasar el verano con nosotros. La turbulencia en el país no había arribado a nuestro pueblo adormecido de Carolina del Norte hasta la llegada de Sonny. Y a partir de entonces, nada volvería a ser igual.

Sonny había sobrevivido escasamente a un ataque con mortero en el delta del río Mekong —«había muerto tres veces» durante la evacuación médica— y, tras pasar varios meses en hospitales de Guam y Hawái, regresó a Nueva Jersey con su cuerpo marcado por la metralla y una placa de acero en la cabeza. No estoy seguro de lo que ocurrió en sus primeros meses después de regresar, pero al parecer se metió en algunos líos, y por eso mis tíos pensaron que le convendría pasar algún tiempo con su familia en el sur.

Mi mamá no estaba muy contenta con la idea, pero Sonny era hijo de la única hermana de papá, una mujer culta a la que mi mamá admiraba. Además, no era alguien que retrocediera ante un desafío. Estaba segura de poder reformar a Sonny.

«Siempre fue un chico problemático —decía mamá—, mucho antes de Vietnam. Solo que ahora está peor».

Mamá quería encasillarlo antes de su llegada, antes de que él pudiera definirse a sí mismo. Pero su estrategia no funcionó; yo ya lo admiraba. Con seis años más que yo, era a la vez el hermano mayor

que nunca había tenido y ese exótico desconocido que por azar compartía mi sangre.

Como vivíamos tan lejos, yo solo había estado pocas veces con él. Mi primer recuerdo suyo fue una Navidad en casa de los abuelos en la que los niños, al igual que animales amaestrados, teníamos que hacer una presentación. Después de que mis hermanos menores y yo cantáramos un vergonzoso *Noche de paz*, Sonny y sus dos hermanos alborotadores representaron una pequeña obra. Un hermano suyo salió corriendo: «¡Sonny acaba de caerse del vigésimo piso!». Y el otro: «¡Sonny acaba de caer por la ventana de mi décimo piso!». Luego salió Sonny. Miró hacia arriba. Miró hacia abajo. Y dijo: «Hasta ahora, todo bien».

Otro recuerdo que tengo fue el de un día que montamos a caballo. El mío era manso y lento, en cambio el de Sonny era brioso e intratable. Y Sonny no iba a permitir que se saliera con la suya. Mientras mi caballo avanzaba desanimado, vi al caballo de Sonny mucho más adelante, galopando y saltando sobre árboles caídos y a Sonny jalándole las riendas. Regresó echando espuma y con sangre en el freno.

***

Cuando llegó aquel verano como un guerrero valiente y herido, me preocupó no estar a su altura, que me rechazara por ser un mocoso aburrido, un boy scout con afiches de deportistas en la pared. Me sentí aliviado cuando me trató como a un igual.

El primer día lo llevé al club campestre, donde trabajaba como jardinero de verano en el campo de golf. Sonny no tardó en seducir

a las mujeres. Sus rasgos físicos, por separado —pelo rojo y crespo, nariz y mentón prominentes—, no eran demasiado atractivos, pero en conjunto producían un efecto impactante. Incluso su leve cojera, antes que un defecto, parecía el pavoneo de un guapo.

«¿Cómo te fue?», le pregunté a Sonny esa noche mientras jugábamos billar en el sótano. Más impresionante aún que su habilidad como jugador era su complexión fuerte y viril. Inclinado sobre la mesa, con una mirada amenazadora y un cigarrillo colgando de sus labios, deslizaba el taco con suavidad por un dedo largo y enroscado de su mano grande y pecosa.

«Me encantan estas bellezas sureñas», decía con esa voz profunda y acento de Nueva Jersey. «Este verano va a ser agradable. Solo les digo que soy el sobrino de tu distinguido padre y me tratan como a una celebridad».

Pero cuando me dijo que estaba saliendo con Bernadette Eyerman, sentí un vuelco en el corazón. Bernadette, una rubia voluptuosa de dieciocho años, era objeto de mis fantasías mientras yo cortaba el pasto de su casa. La había imaginado invitándome a una copa.

«¿Y tú? —quiso saber Sonny—. ¿Tienes a alguien en la mira?».

Procedí a hablarle de Darly Watts, una chica de mi edad que iba a la piscina.

«¿Qué estás esperando?», preguntó Sonny.

Le expliqué que su padre era un hampón. Buddy Mac Watts, el fanfarrón del club, un tahúr y un buscapleitos. Ahora que su hija se había desarrollado, no le quitaba el ojo de encima.

«Cáele», me aconsejó Sonny.

Eso me impresionaba de él: su absoluta falta de precaución.

De repente oímos el sonido de unas pantuflas en las escaleras.

«¿Qué está pasando aquí? —preguntó mi mamá—. Estamos intentando dormir. Y no permito fumar en esta casa».

Intercambié miradas con Sonny.

***

Era un verano de un calor sofocante, que ondulaba como un espejismo del desierto; el camión fumigador de zancudos que pasaba por el barrio al anochecer lanzaba nubes fragantes y nocivas, entre las que los niños corrían con júbilo. El pavimento tosco y caliente te quemaba los pies descalzos y las luciérnagas titilaban en la oscuridad.

Yo tenía mi trabajo en el campo de golf y Sonny utilizó la influencia de papá para que lo contrataran como camillero en el hospital. Por la noche, mientras jugábamos billar, me ponía al tanto. No le entusiasmaba afeitar y bañar a los pacientes ni empujar sus sillas de ruedas, pero sí le gustaba coquetear con las enfermeras. Ya había conquistado a varias, incluida la enfermera con la que se casaría mi padre.

Yo siempre había creído que el matrimonio de mis padres era estable, y solo ese verano vi las grietas. Voces enojadas y portazos, miradas hoscas y comidas silenciosas. «¿Tus padres se llevan bien?», preguntó Sonny.

Mamá ya no se conformaba con su papel como esposa de médico; se había unido a la lucha por los derechos femeninos y a la oposición a la guerra de Vietnam. Su nuevo proyecto era corregir a Sonny. Lo interrogó sobre sus actividades. Desaprobaba su amistad con

Gregory Wilfong, el hijo de un colega de papá, «vago y marihuanero». Lo regañaba por llegar tarde a casa y por no ir a la iglesia. Para poder vivir aquí tendría que seguir las reglas. Lo instó a unirse a Alcohólicos Anónimos —pensaba que cualquiera que bebiera necesitaba tratamiento— y le sugirió un grupo de apoyo para veteranos.

Mientras le echaba tiza a su taco, Sonny hablaba de Bernadette, lo que me producía corrientes de placer y dolor. «Es muy ardiente», decía Sonny. Su padre, un ginecólogo, la había «puesto a tomar la píldora». Yo asentía con la cabeza como si estuviera versado en este y otros temas como los rellenos de sostenes, el punto G y las técnicas de seducción. En su primera cita con una mujer, le entonaba una canción con guitarra (la única que sabía tocar), y con piano (igualmente), y le preparaba su comida especial, lasaña (la única que sabía preparar), precedida de una fresca ensalada. *Bien fresca*, insistía.

Con él aprendí a hacer anillos de humo, tomar cerveza y mentir con descaro (a mi madre). Sonny me ayudó a ampliar mi léxico de palabrotas, mi interés por el jazz y mi deseo de ver el mundo. Me contó sus aventuras en Nueva York y San Francisco y, en raras ocasiones, en Vietnam. Nunca hablaba de la parte angustiosa, solo de los amigos, las drogas y de una práctica que él llamaba «el polvo del canasto», en el que una prostituta se columpiaba en un canasto arriba de ti y luego te caía justo encima.

Sonny me abrió los ojos a un mundo de posibilidades. Tenía un amigo en California, un tipo de su pelotón. Podíamos ir al oeste y parar por el camino para ganar algo de dinero. También podríamos

quedarnos un tiempo en San Francisco, o viajar por la costa hasta México.

Aunque, para empezar, planeamos un viaje a los Bancos Externos. Gregory Wilfong nos prestaría su carro. El cabo Lookout estaba desierto, salvo por un puñado de cabañas de pescadores. Un barco pesquero te dejaba allá y solo regresaba tres días después.

***

Envalentonado por Sonny, perseguí a Carly Watts. Primero, comprobaba que Buddy Mac estuviera en el club, envuelto en una nube de humo y de chistes vulgares, y luego iba a la piscina con mis jeans recortados y mis botas, bronceado y sintiéndome varonil, y decía las frases ingeniosas que me había enseñado Sonny.

Carly, que lucía radiante en su bikini amarillo, caminaba de puntillas, dejando un rastro de gotitas como una invitación en clave. El fuerte aroma a cloro era vigorizante. El segundo día me dio un chicle de manzana con una pequeña nota en el envoltorio: 335-7289 / 12-1 p.m.

Esa noche, mientras esperaba para compartir la buena noticia, practiqué tiros de banda y fumé Kools de Sonny en un lugar del sótano diseñado originalmente como un refugio antinuclear.

Sonny llegó tarde, borracho y balbuceando. Empezó a gemir y a hacer sonidos ahogados. De repente, se desplomó en el piso, retorciéndose y apretando los dientes. Entrecerró los párpados y puso los ojos en blanco.

Papá estaba trabajando y no tuve otra opción que llamar a mamá. Me indicó pausadamente que le trajera una manta, la cual extendió

sobre el pecho convulso de Sonny. Por fin dejó de temblar y su cuerpo quedó inmóvil. Su respiración se hizo más lenta hasta que pareció dormirse.

«Ha estado tomando —dijo mamá—. Sabe que no puede mezclar eso con sus medicamentos para las convulsiones».

Sonny, pálido y agotado, tenía la mirada perdida. Tomó pequeños sorbos de agua y preguntó qué había pasado. Parecía avergonzado de que lo hubiéramos visto así, y decepcionado de mí por haber llamado a mamá.

***

A la hora del almuerzo, pedaleé en mi bicicleta con sillín largo para ver a Carly Watt. Solo estaban ella y su poodle en casa. Me llevó a su dormitorio y bajó la persiana. Luego me besó con su lengua húmeda y penetrante, y procedió a desabrocharme la correa. Yo no sabía en dónde había adquirido esa pericia, pero me alegré de que uno de los dos la tuviera. El poodle se alborotó y Carly lo sacó, pero él siguió gimoteando y arañando la puerta.

«¿Así que ahora tomas cerveza?», me preguntó mamá esa noche tras sentir mi tufo en la cocina.

«Sí —respondí—. No soy abstemio como tú».

«No me gusta tu actitud, jovencito. Y tampoco me gusta el control de Sonny sobre ti».

«¿Qué quieres decir?».

«Le dije que se ajuiciara o se largara».

«Pero él nos necesita».

«Bueno, tendrá que comportarse».

***

Ese viernes después del trabajo, Sonny me recogió en el Chevy de Gregory Wilfong. Nuestras bolsas de dormir estaban en el baúl, junto con las cañas de pescar y una neverita con cervezas. No le pedí permiso a mamá porque sabía que no me lo daría.

Llegamos a la costa a medianoche, dormimos en el carro y tomamos el primer ferry hacia el cabo. El horizonte se iluminaba con tonos rojos y dorados y las gaviotas graznaban y se zambullían a nuestro paso. Dado que la mejor época para pescar era cuando los peces azules migraban en otoño, teníamos la isla solo para nosotros. Nuestra cabaña, vacía salvo por dos camarotes y una estufa, estaba a pocos metros de la marea creciente. Podías salir por la puerta y lanzar un nailon.

Los peces se alimentaban frenéticamente: corvinas y pargos rojos, algunos peces globo y tiburones. Los sacábamos de las olas y los echábamos a la sartén, donde chisporroteaban en la grasa caliente. Habíamos llevado papas y repollo para la ensalada. Y muchos limones para exprimirle al pescado. Las olas rompían, el viento azotaba y la noche era por completo negra, salvo por la luz intermitente del faro. Prendimos velas para jugar cartas y planear nuestros viajes futuros.

***

Cuando llegamos a casa, mamá escasamente dijo una palabra. Habría sido más dura si no hubiera estado tan peleada con papá.

No sé si, de ahí en adelante, se ensañó con Sonny o si acaso él estaba enredado con las enfermeras, pero empecé a verlo con menos frecuencia.

Mientras tanto, Carly y yo habíamos llegado a esa etapa de pasión al rojo vivo en la que todo lo demás te importa un carajo y estás a merced del deseo. A altas horas de la noche, yo iba a su casa en bicicleta con una erección incontrolable que se clavaba en mi pantaloneta, haciéndome virar como el timón de un barco mientras intentaba controlar los pedales, golpeaba la ventana de Carly, contigua a la de Buddy Mac, y ella me recibía bajo la luz de la luna en su camisón.

***

Después de que Sonny cometiera un montón de infracciones —el viaje a la costa, las ausencias de la iglesia, la bebida, las travesuras y las cuentas de llamadas de larga distancia—, la gota que rebasó la copa fue la fiesta que organizó mientras mi familia y yo estábamos por fuera. Volvimos y encontramos lámparas rotas, alfombras manchadas y una pipa de agua. Al día siguiente, Sonny había desaparecido.

«¿Lo echaste?», le pregunté enojado a mi madre.

«No —respondió ella—. Él mismo se echó».

«Pero, adónde…».

«Se está quedando con una mujer».

***

Una mañana antes del trabajo, los jardineros jugábamos una ronda temprana de golf. Cuando nos acercábamos al segundo green, una bola pasó zumbando frente a nuestras cabezas. «¡Hija de puta!» grité, mientras corría hacia el lugar donde había caído. Y con un poderoso swing, la devolví a su lugar de origen. Mis amigos se rieron y chocamos los cinco.

Entonces, un carrito de golf llegó a la cima de la colina. Al volante, con su polo Izod y el ceño fruncido, estaba Buddy Mac Watts. Corrimos a escondernos en el cobertizo. Podíamos oír a los hombres gritar: «¡Los atraparemos, malditos mocosos!»

***

Hice todo lo posible para localizar a Sonny. Supe que había abandonado su trabajo y nadie sabía con qué enfermera estaba. Sin embargo, él seguía en contacto con sus padres, que estaban preocupados. Le dije a mamá que le pidiera su número telefónico a mi tía, pero no lo hizo.

***

Una tarde bochornosa, poseídos por el deseo, oímos el sonido de un carro. Yo había ido en bicicleta a la casa de Carly durante la hora del almuerzo. El motor del carro se apagó y la puerta de la cocina se cerró de golpe. Me metí debajo de la cama, jadeante y desnudo como un mandril. Podía oír la voz áspera de Buddy Mac Watts. Carly se puso una levantadora y salió a recibirlo. «¿Quieres que te prepare un sándwich?», le preguntó. Parecía extrañamente serena. Fue

entonces cuando sentí algo húmedo en la mano. El poodle me lamía los dedos. Mi pene se encogió hasta reducirse al tamaño de un gusano. «¿Qué tal de pavo con queso suizo? », preguntó Carly, engatusando a Buddy Mac para que entrara a la cocina. Pensé que él nunca terminaría ese sándwich.

***

Encontré el número de mi tía en la agenda de mamá. Dijo que llevaba una semana sin saber nada de Sonny, desde que había terminado con su novia. Me pidió que le avisara en caso de encontrarlo. Incluso llamé a Bernadette, la voz débil por mi anhelo, pero no pudo ayudarme.

Un día, mientras salía de la casa de Carly abrochándome con torpeza la correa, vi un carro que me pareció inquietantemente familiar. Se detuvo con brusquedad e hizo un giro en U. Subí a mi bicicleta, salí disparado por un lote vacío y luego tomé un camino lleno de huecos, escapando por el momento, pero sabiendo que todo había terminado. Buddy Mac le prohibió a Carly toda relación conmigo. Dijo que si él me veía, me cortaría las pelotas. Y no parecía hablar en sentido figurado.

La llamada terrible provino de la mamá de Sonny. La enfermera lo había encontrado tirado en el piso, junto a un frasco de pastillas y su pulso era casi imperceptible. Gracias a su experiencia, logró reanimarlo. Lo pusieron en cuidados psiquiátricos. Una versión decía que él había querido que la enfermera lo encontrara, pero ella había llegado tarde. No lo visité enseguida porque pensé que estaría

deprimido o demasiado avergonzado para verme. Y cuando decidí ir, ya había regresado a Nueva Jersey.

La emprendí contra mamá, y le dije que ella tenía la culpa.

«No es justo —protestó—. Hice todo lo que pude. Sonny nunca tendrá una vida normal».

***

El verano del 69 había llegado a su fin. Y poco después llegó el final del servicio militar obligatorio, librándome así de la desgracia de Sonny. Inmerso en la escuela y los deportes, me dejé llevar por la vida provinciana. En algunos aspectos parecía como si Sonny nunca hubiera estado. En otros, como si nunca se hubiera ido. Mis padres se divorciaron y yo me fui a la universidad, donde esa pasión por los viajes que compartía con Sonny quedó en suspenso. Estudié con fervor, ansioso por aprender y demostrarme a mí mismo que estaba a la altura. Sin embargo, cuando las recompensas por mis esfuerzos estaban a mi alcance, opté por dejarlos escapar. En lugar de seguir una carrera, salí en busca de Sonny.

Las noticias sobre él provenían sobre todo de mamá y servían para validar su sombrío pronóstico. Pero una vez más, él demostró que ella estaba equivocada. Como el gato con nueve vidas, Sonny había aterrizado de pie. Conoció a una dulce joven hippie con la que se casó, solo para descubrir (eso decía la historia) que era heredera de la fortuna de Union Carbide.

Sonny viajó con ella alrededor del mundo, estableciendo su residencia en París y Hawái. Bromista empedernido, una vez sorprendió a su mamá al volar a Nueva York y aparecerse en la

celebración de su cumpleaños. Tras pagarle al mesero para que le prestara su chaqueta, atendió a su mamá de forma grosera y torpe, derramándole el agua encima y llevándose su plato. Mientras ella se daba vuelta para protestar, él estalló en risas y lágrimas.

Sonny se estaba dando la gran vida. No necesitaba trabajar. Tenía carros, amigos, drogas y mujeres. «Demasiados de cada uno —me dijo después—. Me cagué en todo». Su suegro, siempre opuesto al matrimonio, amenazó con emprender acciones legales si no se divorciaban. Su chantaje fue endulzado con un acuerdo considerable, que Sonny dilapidó en unos meses, ahogando sus penas en Waikiki.

Preocupados, los padres de Sonny enviaron a su hermano a buscarlo. Él me dijo que Sonny estaba «fuera de sí», que lo había retenido a punta de pistola durante tres días seguidos, amenazándolo con volarle los sesos.

«Fue bastante intenso», dijo su hermano.

***

Cuando terminé la universidad, llamé a Sonny. Estaba viviendo en San Francisco y me dijo que lo visitara. Yo esperaba que emprendiéramos finalmente nuestros viajes. Él estaba feliz de verme, pero algo frustró nuestros planes: vivía con una mujer llamada Nicole, que sería el amor de su vida.

Una vez más, Sonny había superado todos los pronósticos. Nicole tenía un trabajo como ejecutiva de mercadeo y un apartamento con vista a la bahía. Sonny dijo que él estaba «entre trabajos», así que éramos libres de pasar nuestros días tranquilamente: escuchábamos

jazz, fumábamos marihuana y frecuentábamos las cafeterías de North Beach. Me mostró Haight-Ashbury y la librería City Lights, además de otros lugares frecuentados por Kerouac y Ginsberg. Sonny era una fuente inagotable de conocimientos. Cuando se mudaba a una ciudad, llegaba a conocerla tan bien como un guía turístico.

Con Nicole, paseábamos por Fisherman's Wharf, con una energía que palpitaba entre nosotros, y Sonny ardiendo en el centro. Los fines de semana íbamos al Golden Gate Park y parábamos en la base militar para comprar en el economato. Debido a las heridas que había sufrido, Sonny tenía los mismos beneficios que un oficial retirado, incluida la atención médica y vuelos gratuitos a cualquier destino en aviones militares. Sin embargo, Sonny había desarrollado cierta antipatía por los militares. Había perdido a sus compañeros de combate y detestaba recibir tratamiento en el Hospital de Veteranos. Poco a poco, dejó de ir al economato.

Sonny leía tres periódicos diariamente, pero no podía conservar un trabajo. Durante un tiempo vendió cuadros a restaurantes y bancos; sin embargo, debía comprarlos antes y se quedó encartado con el inventario. Luego lo contrataron como representante de ventas, pero no funcionó porque los tratos siempre se hacían en medio de licor. Nicole se ocupó de su vestuario y «maquilló» su hoja de vida, destacando su Estrella de Bronce.

Más tarde, Sonny trabajó en los muelles como «inspector de uvas». Tal como había descubierto con otros trabajos manuales, las bromas eran agresivas. Algunos obreros se burlaban de su ojo errante, de su sordera en un oído y, si cometía el error de confesarlo, de la placa de titanio en su cabeza. Al final, terminaba

dando un puñetazo y regresando a casa ensangrentado y sin trabajo.

Esa era la situación laboral de Sonny cuando llegué a San Francisco. Además de las drogas, las apuestas y su descuido con el dinero, creaba una tensión que producía estallidos. Escenas como esta: Sonny completamente borracho, desquiciado, agarrando a Nicole y diciéndole: «Muéstrale las tetas», al tiempo que ella le gritaba: «¡Suéltame! ¡No soy un animal!».

Pero él nunca se volvió en mi contra.

***

Me mudé de nuevo al este para vivir con una mujer, aunque esperaba que mi distanciamiento con Sonny no durara mucho. Traté de mantenerme en contacto, pero sus respuestas se hicieron más esporádicas, lo que parecía una señal preocupante. Y el silencio aumentó, así como la enormidad de lo que necesitaba decirse.

Mamá se enteró de algunos detalles por mi tía. Sonny y Nicole se habían separado un tiempo antes de reconciliarse. Nicole quedó embarazada y su hija nació con una válvula cardiaca defectuosa, que atribuyeron a la exposición de Sonny al agente naranja. Fue sometida a varias operaciones para reemplazarle la válvula en el corazón. Esta experiencia traumática los unió. Luego, resultó herido en un accidente. Su moto quedó destrozada y él se fracturó varios huesos, pero, fiel a su estilo, desafió las expectativas. La conductora que lo golpeó era la esposa del alcalde, y pagó una buena suma de dinero para no salir en las noticias.

Hubo más intentos fallidos de incorporarse a la fuerza laboral, como el curso de conductor de ambulancia, financiado por los padres de Sonny, a quienes les proporcionó actualizaciones periódicas mucho después de que dejara de asistir a las clases. Una vez más, estaba sin trabajo y sentía la presión de la familia. La pensión del gobierno le duraba apenas una semana.

Entonces Nicole encontró un trabajo en Filadelfia. Estaba ansiosa por vivir más cerca de su hermana, quien dijo que Nicole tenía complejo de salvadora y que necesitaba liberarse de Sonny.

Él no quería vivir de nuevo en el este. Nicole dijo que se iría con o sin él. Sonny la vio empacar maletas y tomar un taxi al aeropuerto. Una semana después, le siguió los pasos.

***

En esa época, mi relación terminó y busqué un lugar adónde ir. Una vez más, escuché el canto de sirena de Sonny y viajé a Filadelfia. Aunque no habíamos tenido contacto en un buen tiempo, me recibió con entusiasmo. Le confesé que me hallaba sin rumbo. En cambio, la vida de Sonny parecía notablemente estable gracias a Nicole, que aportaba el pegamento. Su seguro cubría la atención médica de Becky, su hija, que tenía una cicatriz en el pecho y hablaba con voz ronca y carrasposa.

Sonny había perdido su licencia tras destrozar el Volvo. Consiguió trabajo en una tienda de ropa masculina. Yo encontré un empleo en un refugio para personas sin hogar.

A pesar de nuestros trabajos poco glamorosos, disfrutaba de la energía de la ciudad. Mi deteriorado apartamento en el corazón del

centro tenía una vista desde la escalera de incendios que le daba el aspecto de un penthouse. Algunas mañanas me encontraba con Sonny para desayunar. Tomábamos café y fumábamos, y él me preguntaba «en dónde tenía la cabeza». Los domingos cocinábamos en el patio de Sonny o caminábamos hasta un pub irlandés.

Mientras que mis hermanos tenían una vida profesional estable, yo seguía deambulando con Sonny sin rumbo alguno. Aún estábamos ansiosos por nuestro glorioso viaje por el país, algo que parecía menos probable con cada año que pasaba. Aunque éramos los renegados de la familia y habíamos abandonado las tradiciones, era un tema que no podíamos esquivar. Reflexionábamos sobre las vidas de cada pariente y el sentido de nuestra conexión con ellos. ¿Qué significaba compartir la misma sangre?

Sonny rara vez hablaba de Vietnam. En una ocasión dijo algo sobre recoger partes de cuerpos, pero cambió rápidamente de tema. A veces, para reírse, citaba el lema del Cuerpo de Infantería de Marina: «¡Buenas noches, Chesty, dondequiera que estés!». Y en la pared colgaba una foto de su escuadrón, todos con uniforme y los brazos entrelazados sobre los hombros, haciendo muecas para la cámara. La foto estaba granulada y manchada de sangre. Sonny la tenía en el bolsillo cuando la metralla cayó en la carpa. De los nueve marines jóvenes, fue el único sobreviviente.

Un día fuimos al pueblo de la comunidad amish donde él creció. Me mostró los alrededores y, en un impulso, llamó a su exnovia, Maryann. No la había visto en veintitrés años. Estaban locamente enamorados cuando él se embarcó; llevaba su foto en la jungla. Recibía cartas de ella varias veces por semana hasta que de repente dejaron de llegar. Más tarde descubrió que estaba saliendo con otro

hombre, y que era, precisamente, su hermano. El mismo al que eximió del servicio de combate debido a sus heridas en el campo de batalla. Recordar eso aún le hacía hervir la sangre.

Sonny la llamó desde un teléfono público y tocamos su puerta. Era una casa grande y ordenada en una calle apacible y arborizada. Visiblemente inquieta, nos dejó entrar. Su marido estaba en el patio trasero jugando con los niños. Habíamos tomado y Sonny estaba parlanchín. Maryann habló de manera cortés y con la mayor suavidad. No aceptó la cerveza que Sonny le ofreció. No dijeron una sola palabra sobre el pasado. Hablaron del presente en términos generales y luego nos despedimos.

Tal vez habría sido mejor no haber ido.

***

Nicole sugirió que fuéramos a Washington para visitar el monumento a los veteranos de Vietnam. Sonny aceptó, lo cual me sorprendió. Tal vez quería complacer a Nicole, o tal vez sintió que había llegado el momento de ir. Recuerdo la atmósfera solemne en medio de esas enormes paredes de granito negro. Reflejan tu imagen superpuesta a los nombres grabados allí. Las paredes se unen en un vértice que representa «una herida cerrada que está sanando». A lo largo del camino, la gente rezaba o calcaba los nombres con lápiz. Algunos dejaban coronas o ramos de flores.

Los nombres estaban ordenados cronológicamente según la fecha en la que el soldado había fallecido. Sonny localizó su batallón y buscó los nombres de sus amigos. Nicole comenzó a llorar. Sonny

trató de bromear: «Mi nombre debería estar ahí. Yo también morí allá. Solo que todavía no me he dado cuenta».

***

Después de seis años en Filadelfia, me fui a vivir a Colombia. De nuevo, mi contacto con Sonny se fue haciendo más esporádico.

Pero varios años después, Sonny vino a visitarme. Nicole le empacó las maletas y lo llevó al aeropuerto. Lo estaba echando, solo que él no lo sabía. Mientras estuvo aquí, se metió en algunos líos. Lo único que sabía en español era una frase que le dijo un amigo puertorriqueño: *¡No me dispares!* Y le resultó útil. Una vez, estaba deambulando por el centro a las tres de la mañana, con su pelo rojo encendido como un faro en la noche. «¡No me dispares!», le gritó a su agresor armado. Y el tipo no le disparó, simplemente le dio un golpe en la cabeza. En tres semanas, Sonny logró hacerse amigo de unos periqueros, dejar embarazada a una mujer (que luego abortó) y generar una escandalosa factura telefónica, que consistía sobre todo en llamadas a Nicole.

Cuando regresó a Filadelfia, habían cambiado la cerradura de la puerta. Nicole le había alquilado un lugar por Penn's Landing. Trabajó un tiempo en un Starbucks, pero los pedidos eran complejos y él apenas podía oír, por lo que los problemas con sus compañeros de trabajo persistieron. Estaba saliendo con una mujer que tomaba antidepresivos, pero lo dejó por un corredor de bolsa.

Fui a ver a Sonny en Filadelfia, pero cuando golpeé su puerta nadie respondió. Llamé a Nicole: «Está ahí. Tan solo es… un tipo extraño». Cuando por fin me dejó entrar, me sorprendió el desorden;

siempre había sido muy ordenado. Trató de poner buena cara, pero algo estaba mal. Al día siguiente me preguntó: «¿Le dijiste a Nicole que mi casa era un desastre?». Me fulminó con la mirada y temí que al fin se volviera en mi contra. Pero no lo hizo.

Sonny siguió solicitando un aumento de su pensión. No podía vivir con la miseria que le daban. Y Nicole le pidió la cuota alimentaria. Además, él le debía un dineral a su corredor de apuestas. Pensaba que lo estaban siguiendo en un Cadillac.

Se ganó una cámara jugando póquer y se dedicó a la fotografía. Su trabajo era errático, pero a menudo brillante. Tenía un don para captar a la gente desprevenida, y escudriñar sus verdaderas personalidades.

Durante un tiempo tomó fotos del distrito histórico y las vendió enmarcadas a los turistas. Un día leyó sobre el turbio asesinato de una pareja que era dueña de una joyería. Recordó que ellos le habían pedido que les tomara una foto para conmemorar el nuevo implante de senos de la mujer. La envió al *Daily News*, que le pagó por ella y le estampó un titular.

***

A veces tenía noticias sobre el declive de Sonny: complicaciones de salud, problemas económicos, un accidente de bicicleta que le partió unos dientes. Luego, presionado por sus padres, solicitó un programa de tratamiento para el trastorno de estrés postraumático, pero fue rechazado al dar positivo para drogas en la prueba de orina.

Las cosas mejoraron cuando Sonny consiguió un trabajo en una tienda que vendía ropa usada para beneficiar a pacientes con sida. En contraste con la tensión de sus trabajos anteriores, el lugar tenía un ambiente acogedor. Hizo amigos y le dio posada a una mujer que se estaba muriendo de sida. Iba en bicicleta todas las mañanas a abrir la tienda. Había sido madrugador desde que era un marine. Pero la tienda cerró y no pudo encontrar otro trabajo.

Entonces recibí un mensaje de Sonny. Estaban demoliendo su edificio y no tenía adónde ir. Era mi oportunidad de devolverle su bondad cuando fui yo el que no tuvo adónde ir. Yo quería a toda costa que viniera a Colombia, pero me preocupaba cómo le iría sin saber el idioma y sin tener acceso a la atención médica. Y Marta estaba poco entusiasmada con la idea. Aun así, no descarté esa posibilidad. Pareció decepcionado.

Y entonces dejó de responder mis correos electrónicos. Su madre tampoco volvió a saber de él. Ni siquiera el día de su cumpleaños, cuando Sonny siempre la llamaba.

Mamá fue quien me dio la noticia. Los vecinos llamaron al propietario debido al olor. Derribaron la puerta y lo encontraron en el piso. Llevaba muerto más de una semana. Mamá estaba llorando; colgué el teléfono. Permanecí en el patio, donde Sonny se había sentido tan contento. Ansié hablar con alguien. Pero la persona con la que quería hablar era Sonny.

Peregrinación

No sé muy bien por qué invité a Blake Vandermere a visitarnos. O mejor dicho, por qué dejé que él mismo se invitara. Marta y yo apenas lo conocíamos. Lo habíamos visto una sola vez, por medio de Sonny, durante un viaje a Filadelfia. Además, nadie venía a visitarnos en Colombia. A los que tenían dinero les daba miedo, y los que habrían querido venir no tenían dinero. Blake era la excepción. Él tenía dinero y se consideraba audaz.

Le respondí que habíamos planeado un viaje de Año Nuevo a San Andrés y que era bienvenido a acompañarnos. ¿Por qué lo hice? Tal vez porque en mis seis años en Colombia, la única persona que me había visitado era Sonny. De hecho, era él quien debería haber venido.

Solo que ya se había muerto.

Habían pasado dos meses y yo seguía aturdido. No podía pensar en el futuro, ni recordar el pasado, ni escuchar a Miles Davis sin pensar en Sonny. Y me imaginé que Blake podría sentir lo mismo. Él y yo fuimos los más cercanos a Sonny al final.

«Invítalo —dijo Marta—. Podría hacerte bien».

Mientras caminaba por la playa esa mañana, lo vi venir hacia mí con su andar pesado: un hombre enorme con el pelo largo y rubio, una barba corta de color arena y gafas de espejo. Tenía una camiseta sin mangas que realzaba sus hombros musculosos y el

tatuaje de un diablo rojo, contrarrestado por una pequeña media luna en la pantorrilla.

Sacando pecho, Blake posó para dos mujeres en tanga.

«Me alegra que hayas venido», le dije.

«Me alegra poder honrarte con mi presencia». La sonrisa de Blake mostraba unos dientes firmes, aunque torcidos y amarillentos. Enmascaraba su arrogancia con humor. Sin embargo, quedabas encantado con él en contra de tu voluntad, halagado de que él quisiera impresionarte.

«¿Qué es esto? —dijo moviendo el brazo, actuando para las mujeres—. ¿Esta es toda la bienvenida que recibo? ¿Dónde está Marta?».

Le expliqué que su insomnio se había agravado porque el aire acondicionado de nuestro hotel barato se había dañado. Blake se alojaba en el mejor hotel de la isla, el Caribeño, de cinco estrellas. Tenía una suite con vista al mar, jacuzzi en la terraza y, tal como había pedido, una cama tamaño king. Cualquier cama más pequeña significaría dormir en diagonal y sentirse descompensado al día siguiente. En su penthouse de Filadelfia tenía una California king, la cama más grande del mercado.

En una cafetería, Blake se transó por un café colombiano. En su casa, tomaba uno yemení, a ocho dólares la taza. Bajo un cielo azul celeste brillante, el mar, tal como se afirmaba, tenía siete tonos distintos. Cerca de unas lanchas pesqueras destartaladas, y debajo de unas palmeras de coco, unos isleños sin camisa charlaban en creole.

Blake se despidió de las mujeres con la mano. Dijo que había traído un condón para cada día del viaje. Además de Viagra para

contrarrestar los efectos del Zoloft que tomaba para la depresión, del Nadolol para el dolor de pecho, y de varios «medicamentos sin receta». Giró el cuello como si estuviera calentando y se agarró el pecho. «Estrés», murmuró como para sí mismo.

Lamentó que solo pudiera quedarse dos días. Estaba lidiando con varios casos importantes, demandas contra otros abogados, su litigio favorito, por lo que sus colegas lo trataban como un paria.

«Odio a los abogados —declaró Blake, sorbiendo su café—. Y me odian porque soy más listo que ellos. Soy una leyenda entre los taquígrafos porque no pueden seguirme el ritmo, y eso que ellos escriben doscientas palabras por minuto. Se asombran de que no use notas y, así y todo, mis frases estén perfectamente construidas. Cuando leemos un informe en el estrado, termino antes que el juez y los otros abogados. Y tengo una retención total, una memoria fotográfica».

«Deberías verme en acción —continuó Blake, mientras terminaba su segundo espresso—. Hago todo un espectáculo. Mido 1,90 con mis botas de vaquero, de las que tengo una docena de pares, elaboradas con piel de tiburón, de serpiente cascabel e incluso de iguana. Mi traje cuesta más que los de todos los abogados juntos. Acostumbro enfrentarme solo contra un equipo de abogados corporativos, lo cual me da una ventaja ante el jurado».

Blake se pasó los dedos por el pelo de una forma que habría parecido femenina si sus manos no fueran tan gruesas como las de un albañil. «Lo que hago es seducir al jurado. ¿Por qué Marta y tú no vienen a verme actuar? Sonny lo hizo varias veces».

Eso me dolió como un golpe. El simple hecho de escuchar su nombre.

Claro, yo debería haber estado preparado. ¿No era ese el objetivo del viaje? Sin embargo, me dejó sin aliento. Tal vez esperaba que pudiera ocurrir sin palabras.

Blake movió el cuello de un lado al otro. «Cuéntame del funeral. Recibí tu mensaje, pero no fui capaz de ir. —Miró a los hombres empujar sus lanchas hacia las olas—. Más tarde, intenté reunir a un grupo para ir a visitar la tumba. Como una especie de peregrinación. Pero no funcionó, y por eso vine aquí».

Vi mi reflejo en los espejos de las gafas de Blake.

«Me he sentido bastante mal».

«*¿Tú?*… —dijo él—. Cuando Sonny supo que iban a desalojarlo, quiso venir a vivir conmigo. Pero su orgullo no le permitía decirlo directamente».

Hice una mueca. «A mí me ocurrió algo parecido».

Blake me lanzó una mirada. «Habría significado cuidarlo».

Me presionó la cabeza con los dedos. «Sigo pensando, *¿y qué tal si…?*».

«Podrías haberlo salvado… por un tiempo».

***

En la piscina del Caribeño, donde una banda tocaba y los meseros llevaban bandejas, Blake sobresalía. Un niño nerd con gafas de piscina clavó su mirada en el tatuaje de Blake y le preguntó si era un Ángel del Infierno.

Marta, con una tanga color crema que resaltaba el color café de su piel, estaba acostada debajo de un parasol. Blake se sumergió

bajo la superficie del agua y se asomó como un caimán, contemplando el paisaje.

«Ven a asolearte —le dijo a Marta—. Las líneas de bronceado son sexis».

«Prefiero estar toda del mismo color».

«Entonces, ¿por qué no te asoleas desnuda?».

Y yo tenía que traducir. Marta apenas estaba aprendiendo inglés, mientras que el español de Blake consistía en algunas frases de guías de viaje y algunos improperios mal pronunciados.

Blake se zambulló en el agua, donde permaneció un buen rato para presumir, y emergió dramáticamente justo a los pies de Marta. Se alisó hacia atrás sus sedosos mechones infantiles y extendió sus brazos para recibirla. «Métete».

Los ojos oscuros de Marta brillaron. «Estoy bien aquí».

«No muerdo».

«No soy buena nadadora», dijo ella.

«No hay problema. Yo te enseñaré».

Al fin cedió y bajó la escalera. El tatuaje rojo chillón de Blake resplandecía bajo el sol.

«Francamente, su tatuaje me repugna —me dijo Marta más tarde —, y también su barriga, aunque son parte de su encanto».

***

«Mi amigo Blake está ansioso por conocerte —me dijo Sonny el año anterior, en un Año Nuevo lleno de nieve en Filadelfia—. Vio la foto de Marta y se volvió loco».

«Ten cuidado —me advirtió Sonny—. No lo dejes solo con Marta ni por un segundo».

«Ella puede defenderse sola».

«¡De todos modos lo hará! Te lo juro. Me lo hizo a mí».

Sonny había pasado por un período de sequía y finalmente había conocido a una mujer. Estaba jugando billar con ella cuando llegó Blake. Antes de que la partida terminara, Blake ya la estaba llevando a su Mercedes.

En Filadelfia, Blake se abalanzó sobre Marta. La invitó a visitar su lujoso bufete y me reclutó como su traductor. Les presentó a Marta a todos sus colegas.

«Esta es mi novia de Colombia».

«¿Y quién es él?».

«Su ex».

***

En el balcón, Blake estaba armando un porro. El sol anaranjado descendía sobre el Caribe. La brisa olía a mar y arena. A través de la puerta corrediza de cristal, se podía ver a Marta dormir en la cama imperial de Blake.

Blake lamió el porro para sellarlo. «Colombia es tan chévere como la describió Sonny. Siempre hablamos de venir acá».

Otra vez, un gancho directo a las tripas. Era demasiado pronto. El dolor aún estaba fresco. Tal vez esta peregrinación no era una buena idea.

Blake se rio. «A Sonny le gustaba estar aquí porque se sentía más interesante. En Estados Unidos era un pendejo más».

Dio un pitazo, me pasó el porro y compartí sus babas como tantas veces lo hice con Sonny, quien me había iniciado en la yerba, al igual que en muchas otras cosas. Al exhalar, me sentí más relajado y sagaz, aunque también ligeramente tenso. No pude dejar de advertir que el acento filadelfiano de Blake, y su risa seca e irónica, tenían un parecido inquietante con los de Sonny.

«Entonces —dije para entablar una conversación—, si no sales con abogados, ¿con quién?».

«Bueno, desde que perdí a Sonny…».

Otra puñalada en el corazón. Yo había estado empleando tácticas evasivas para desviar la tristeza, y la racionalización para suavizar la culpa.

«¿Dónde tienes la cabeza?», preguntaba Sonny. Era el único que me lo preguntaba y el único al que yo le contaba. A lo largo de los años, cada nueva novia mía tenía que recibir la aprobación de Sonny. Y él siempre la aprobaba, aunque a veces yo habría querido que no lo hiciera. En el taxi de camino a mi segunda boda, ataviados con nuestros esmóquines alquilados, le pregunté a Sonny, mi padrino: «¿Estoy cometiendo un error?». No dijo que sí ni que no. En cambio, replicó: «¿Por qué me lo preguntas?». Y, obviamente, tenía razón.

Sonny y yo éramos los rebeldes de la familia, los que se negaban a seguir el guion. Los que se iban lejos y rara vez regresaban, los que no recibían reliquias familiares, sobre todo después de que Sonny vendiera un preciado jarrón. Sin embargo, yo sospechaba que en el fondo nos admiraban por hacer cosas que ellos nunca se atreverían a hacer.

Desde que perdió a Sonny, continuó Blake, salía con Otto, el tercer miembro de su grupo, su tertulia de café de la crisis de los cincuenta, cada uno alejado de su esposa y de sus hijos, despojados de su integridad doméstica. Habían regresado a una época en la que los amigos eran la balsa que los mantenía a flote, para no cavilar sobre sus errores. Otto había sufrido daño cerebral tras inhalar pintura con plomo y Blake le había conseguido una indemnización millonaria. La que gentilmente le ayudó a gastar a Otto.

Blake se acarició el pelo a los lados de la cabeza, espaciando los dedos como los dientes de un peine y moviéndolos para lograr un efecto de capas. Al otro lado de la puerta de cristal, en la enorme cama de Blake, Marta dormía con su tanga, y —¡ay!— con medio pezón al aire.

«Entonces, ¿Marta y tú están casados?».

«Sí, en unión libre».

«No es lo mismo».

«Hice un testamento en el que le dejo todo a Marta».

«Los testamentos se cambian fácilmente», observó Blake.

Luego me habló de su amante, Megan. Una endocrinóloga alta y rubia, casada y con dos hijos. Blake la había contratado como testigo experta. La tuvo cincuenta minutos en el estrado. Las vibraciones eran eléctricas. Ella dijo que se había mojado tanto que podría haber trapeado el piso con sus calzones. Empezaron a tener sesiones en la gigantesca cama de Blake, encuentros que describió con celo adolescente. Cuatro años después seguían ardiendo. Solo que Megan no quería separarse de su marido. «¡El tipo no puede satisfacerla! —decía Blake—. ¿Por qué no lo deja?». Le enfurecía que solo pudiera verla cada ocho días. Pasaba los fines de semana

masturbándose en su penthouse. A veces le pagaba a su empleada por una mamada.

Finalmente, Blake le advirtió: «Lo dejas a él o terminamos».

Dijo: «Me voy para San Andrés y luego veremos cómo están las cosas». Ella lo vio empacar los condones.

Me pregunté de nuevo, *¿por qué había venido Blake? ¿Para estar con alguien que compartiera su duelo?, ¿con alguien que llenara el vacío dejado por Sonny?, ¿y yo quería eso mismo?*

Me pregunté por su amistad con Sonny. «Es un tipo muy generoso —me dijo Sonny una vez—. Con él mismo, quiero decir. Todo por Lord Blake». Pero agregó: «Blake me llama para ver cómo estoy. Se preocupa por mí». Sonny acababa de terminar el tratamiento para el TEPT, en el que revivió su viaje privado a través del infierno.

En otra ocasión le pregunté: «¿Cómo está Blake?».

«Que se joda Blake», dijo Sonny.

Aun así, cerca del final, después de que todo se saliera de control, y de que Sonny perdiera su trabajo, su esposa y su motivación, escribió esto: «Por fin estoy saliendo de ese abismo en el que estaba. Están pasando algunas cosas buenas. Me estoy viendo de nuevo con Blake».

Estaban fumando crack, eso era lo que hacían.

Y luego esto: «Si algo me ocurre, te lo digo desde ahora: fue Blake». El mensaje era confuso y casi incoherente. «Te lo digo a ti, puesto que estás en otro país». Luego: «La cagué. Le robé una yerba a Blake. Me advirtió que si lo hacía me mataba».

Dijo que Blake le había dado dinero para comprarle yerba al pizzero. Pero compró una de menor calidad y se quedó con el sobrante. Sospechaba que Blake se había dado cuenta.

Unos días después, Sonny pidió una pizza. «No estaba pensando —escribió muy tarde en la noche—. Tenía tanta hambre que me la comí entera, a pesar de que tenía un olorcito raro. Ahora me siento extraño… No quería echarte todo esto encima, viejo».

Por fortuna, no vi el correo hasta la mañana siguiente. Y para entonces, había uno nuevo: «Olvida lo que dije. Aún estoy aquí…».

Ahora, mientras se arreglaba el pelo, Blake contó la última vez que vio a Sonny. El día de su desalojo se acercaba. Entre sorbo y sorbo de café, anunció que se iba de Filadelfia. Estaba harto, dijo. Mencionó a una conocida por internet en Virginia y a una «chica de una sala de chats» en Sarasota. A Blake, que pronto saldría de viaje, le pareció que Sonny se veía bien. Pero cuando regresó, Sonny no respondió. Blake no supo nada hasta que recibió mi llamada, para decirle que lo habían encontrado tirado en el piso.

De camino al baño, acomodé el bikini de Marta.

Cuando volví con un mojito, Blake, que no bebía —solo consumía drogas—, me contó la historia de su vida. Era el trágico relato de un muchacho nacido en una finca de Iowa, criado por una madre brutal y dominante, y por un padre alcohólico y dominado; ambos respetados por la comunidad. Según Blake, su madre libraba una guerra constante contra él: le decía tonto a pesar de su alto coeficiente intelectual, lo azotaba en la leñera, lo encerraba varias horas y le cortaba la mano si cogía un poco de torta. Blake se defendió con planes diabólicos: limpiándose el culo con el cepillo de dientes de su madre, metiéndole limaduras de hierro en los calzones, torturando animales, vendiendo drogas, acostándose con sus maestras e irrumpiendo en casas ajenas, con la esperanza de

que lo descubrieran para poder culparla a ella. Fue entonces cuando decidió hacerse abogado.

Su oportunidad llegó cuando el director los llamó a él y a sus padres a su oficina. «¿Cómo es tu vida en casa?», le preguntó a Blake. Cuando intentó responder, se atragantó. Pero se recompuso y contó la historia con frialdad, blandiendo su honestidad como una espada.

Al final, sus padres evitaron ser procesados —su padre era el director de la junta escolar—, pero Blake fue trasladado a un hogar de acogida. Estuvo en varios, donde siguió portándose mal. Iba camino a la cárcel hasta que el juez supo que había ganado una beca al mérito.

«Les cuento eso a los jueces de mis casos —dice Blake—. También saben que fumo marihuana y que viajo a Ámsterdam. Quiero que sepan por qué soy quien soy».

Blake aplazó la beca e hizo autostop por todo el país.

«Es lo mejor que he hecho. Aprendí todo lo que me ha convertido en un buen abogado. Cómo evaluar a la gente, saber lo que quieren. Uso un truco con mis jurados. Cuando siento que no me he ganado a un miembro del jurado, voy a la corte con su mismo estilo de ropa. Sigo así hasta conseguir su simpatía». Blake guiñó un ojo.

Sorbiendo mi mojito, me pregunté por qué Blake me contaba esto. ¿Quería un terapeuta?, ¿un juez?, ¿un cura? O quizá solo quería ponerme al corriente, como había hecho con Sonny, como una manera de mitigar sus transgresiones.

Blake subió y bajó los hombros en movimientos circulares. «Hoy me siento estimulado. No he tomado Zoloft, por si conozco a una chica». Sonrió.

Le pregunté cuánto tiempo llevaba con eso. Desde que lo dejó su esposa, dijo, y viajó a Islandia con un plan para suicidarse. Justo después de hacerse el tatuaje del diablo. Aterrizó en Reikiavik, alquiló un carro y condujo hasta el Parque Nacional de Skaftafell. Iba a saltar desde un acantilado allá. Por el camino llamó a su esposa, que ahora vivía con su amante, para mantenerla informada de sus avances. Entonces su «impulso suicida se convirtió en homicida» y llamó algunas veces al amante de ella. Pero cuando llegó a la cima del acantilado ya había abandonado el plan. Aunque posteriormente lo había reconsiderado.

«¿Has pensado alguna vez en el suicidio?», preguntó Blake.

«No —le dije—. Le tengo miedo a la muerte».

«Tenerle miedo a la muerte no significa que no vayas a suicidarte».

***

Cuando abrí los ojos a la luz matinal, Marta estaba en el espejo aplicándose delineador de ojos. Tenía pantaloncitos rojos y un top escotado.

«Blake quiere llevarme de compras —dijo Marta. Se inclinó hacia el espejo, apretando sus labios rojos—. Ya que tuviste que atenderlo anoche, es justo que me toque el turno».

Me quité la sábana.

«Sé que detestas ir de compras. A los veinte minutos te pones como una fiera».

Se inclinó para besarme, pero recordó el pintalabios y besó el aire junto a mi cara. «Siento un poco de lástima por él».

«¿Por Blake?».

«Bueno, debe sentirse muy solo como para pasar Año Nuevo con gente que apenas conoce».

Marta se puso gafas oscuras y un sombrero cubano grande. «Volveremos esta tarde. ¿De acuerdo, amor?».

La puerta se cerró con un clic. El aroma del aceite corporal permanecía en el aire.

Caminé por la playa con mis sandalias y mis gafas de sol. Pedí un café y miré la revista *Cambio*. El mar estaba apacible y de color turquesa, y el horizonte jaspeado de nubes. El sol arrojó su luz en prismas. Qué agradable es estar solo, me dije y esperé a ver si me lo creía.

***

La mañana de la Nochevieja del año anterior, nos despertamos con Marta en medio de una nevada de quince centímetros. Sonny llamó para decir que tal vez no deberíamos ir.

«Acabo de llamar a Amtrak —le dije—. Los trenes están funcionando».

«Pues tal vez no sea el mejor momento».

«¿Por qué no?».

Dijo que había tenido un accidente en su bicicleta y que se había partido un diente.

«No importa, hombre. —Tragué saliva—. Si no te vemos ahora, quién sabe cuándo podremos hacerlo».

Sonny cedió. «Tendré que hacer el aseo».

Marta no podía dejar de admirar la vista. Era su primer viaje en tren y la primera vez que veía la nieve.

El estrecho apartamento de Sonny, en un viejo edificio en ruinas, estaba cerca del Salón de la Independencia. Los carruajes con turistas pasaban rechinando, y los cocheros llevaban sombreros de tres picos.

Sonny nos recibió con un abrazo, que no era una práctica usual en nuestra familia. «Me gusta tu apartamento», le dije. En realidad, tenía un aspecto atroz. Ventanas mugrientas, paredes manchadas, el moho colonizando la bañera. No era propio de Sonny ser desordenado.

Noté el espejo antiguo, un tesoro de San Francisco, roto y tirado sobre una montaña de basura.

«He estado limpiando desde que me llamaste», dijo Sonny entre dientes, pero con un tono animado, haciendo un gran esfuerzo.

En una foto que tenía en la cómoda aparecíamos en los Bancos Externos, Sonny con su chaleco de muchas cremalleras, con aspecto de pescador de élite. Arena prístina, cielo cristalino. Sonreíamos amplia y ebriamente en el paraíso.

«Lo siento, pero no pude conseguir yerba», dijo Sonny. «¿Por qué no tomas una de estas?». Me dio una pastilla. ¿Una de sus prescripciones? Yo nunca había tomado pastillas para drogarme. Pero Sonny nunca me había llevado por mal camino.

Esa tarde fue lenta y ensoñadora. Caminamos por South Street en medio de la nieve ondulante. «¡Maldita sea, Trey! —dijo Sonny, apretándome el hombro—. Marta está muuuy bien. Lo lograste, hombre». En el parque, le tomó fotos a Marta con su primera bola de nieve. Parecía de mejor humor. Animé a Marta a mostrar su

afecto, a dar rienda suelta a su natural calidez latina. Cuando pasamos frente a mi librería favorita, les dije que siguieran mientras yo echaba un vistazo, y más tarde los encontré mirando vitrinas tomados de la mano. Sonny sonreía de un modo casi triste.

***

Ese imperativo de ser el anfitrión perfecto parecía ser propio de nuestra familia. ¿Cómo explicar, si no, mi decisión —mientras Marta y Blake estaban de compras— de alquilar el equipo de esnórquel? Blake había traído su equipo de lujo, así que me sentí obligado a complacerlo. Tal vez me imaginaba que se lo debía a Sonny. Después de toda su alabanza de Colombia, no quería hacerlo quedar mal. Además, caretear sin guía era el tipo de aventura que le gustaba a Sonny. Localicé al rasta que nos había vendido yerba y me dijo dónde alquilar la careta y las aletas. Pero eran ya las tres, y Blake y Marta no habían llegado todavía. Me senté en el balcón a tomar una Águila. La pequeña tanga de Marta colgaba de la puerta.

***

Desde South Street caminamos con Sonny hasta el exclusivo penthouse de Blake, con techos altos, ventanales de piso a techo y una vista impresionante del río Delaware y del puente donde Otto, al trabajar con la cuadrilla que lo pintó, inhaló niveles tóxicos de plomo. Todavía bajo el efecto de la pastilla que me había dado Sonny, miré con asombro la ciudad en expansión iluminada por lámparas. Otto, rechoncho y de hombros redondeados, permaneció

sentado como un fiel labrador al lado de Blake, quien se ocupaba de Marta. De algún modo, lograron conversar sin traducción. Sonny me pasó un vaso grande de bourbon. Atribuí su silencio al efecto de las drogas y a su manera compulsiva de tomar fotos. Un minuto estaba cerca de mí y al siguiente estaba en cuclillas, encuadrando la toma perfecta.

A medianoche, mientras la pirotecnia derramaba sus colores en el cielo, Sonny captó algunas imágenes que me gustaría tener ahora.

***

Eran las cuatro cuando volvieron los compradores.

«¡Vimos a Óscar Córdoba, el famoso futbolista!», anunció Marta.

«¡No, pues, qué dicha! —gruñó Blake—. ¿Qué tiene de especial una estrella de fútbol? Yo gano siete dólares por minuto.

Marta tenía aretes nuevos y un libro que Blake le había comprado: *El Kama Sutra*.

«No tenemos mucho tiempo para caretear», dije.

***

«Lástima que me vaya mañana —dijo Blake mientras caminábamos hacia el extremo de la isla—. Quisiera volver pronto a Colombia. ¿Podríamos ir a una zona guerrillera?».

Lo miré con desconcierto.

«Por supuesto que llevaríamos armas», se apresuró a añadir.

Solté una risa.

«En serio. Si disparan, dispararemos».

Ahora nos adentrábamos en una densa zona de manglares y maleza que nos raspaba las piernas. Los zancudos y los jejenes zumbaban en nuestras caras. Por fin llegamos a un puente peatonal que atravesaba el pantanal. No había nadie a la vista, salvo dos jóvenes que pintaban unas barandas. Parecían impresionados por aquel gigante rubio y tatuado con gafas oscuras de diseño. Nos dijeron que el lugar para caretear que había mencionado el rasta estaba a veinte minutos.

«¿Qué tal aquí?», propuso Blake.

Una baranda con listones entrecruzados dificultaba la entrada al agua. Él dijo que podíamos sentarnos en la barandilla y dejarnos caer hacia atrás. Cuando me puse las aletas y lo intenté, al instante quedé envuelto por una masa de algas. Entonces, mi careta se empezó a llenar de agua. A través del líquido turbio podía ver la estructura subacuática del puente, los pilotes cubiertos de percebes y las varillas corrugadas. De vez en cuando pasaba algún pez de colores brillantes, pero no era el lugar ideal para bucear.

Mientras miraba en busca de Blake, las aspas de una lancha rugieron muy cerca. Nadé otra vez hacia el puente, agitado y resollando.

Pensé en aquel día, diez años atrás, cuando Sonny y yo fuimos a pescar a la costa de Nueva Jersey. Alquilamos una lancha y nos alejamos tanto que escasamente veíamos la orilla. De repente, el cielo se oscureció, y el mar se agitó y se cubrió de espuma. Le di media vuelta a la lancha y me dirigí a tierra firme. Entonces, una marejada inmensa nos lanzó por los aires y luego nos hundió bajo el agua. Me esforcé por salir a la superficie y oí a Sonny gritar: «¡Nada, Trey, nada!». Entonces vi que nuestra lancha había avanzado unos

quince metros, con los salvavidas a bordo. «¡Nada, Trey!», gritó Sonny con un tono extraño y desesperado. Estaba chapoteando como si no supiera nadar.

Lastrado por la ropa, me esforcé por llegar a la lancha, que se alejaba cada vez más. Una ola me levantó y acto seguido terminé en una hondonada. Tragué agua. Sonny desapareció de mi vista. Caían relámpagos y truenos. Mis brazos parecían de plomo, mis fuerzas estaban agotadas. *No voy a llegar al bote*: llegó como una visión. *Así es como esto va a terminar*.

Reuní fuerzas para un último intento, convencido de que mi vida dependía de ello, y me lancé desesperadamente hacia la lancha. Como de milagro, me agarré a la proa y trepé. Arrojé un salvavidas en dirección a Sonny.

Los hombres del alquiler de lanchas estaban pálidos del susto y no pareció importarles que los remos se hubieran perdido.

De regreso a Filadelfia, Sonny guardó un silencio sepulcral. Un moco le colgaba de la nariz y no hizo ningún esfuerzo por limpiárselo.

«Me salvaste la vida», dijo sombríamente.

«¿Qué diablos quieres decir? ¡Yo estaba conduciendo la lancha! ¿Y si te hubieras ahogado?».

Siguió un largo silencio y entonces Sonny dijo: «Nicole se habría alegrado».

***

Aferrado a la baranda, salí a la superficie, pero no tenía en dónde apoyar la rodilla. Ahora sabía por qué habían puesto listones en la

baranda: para ahuyentar a los careteadores idiotas. Por fin logré arrastrarme afuera.

Exhausto y empapado, encontré a Blake al otro lado del puente, agarrado al borde con una sonrisa mordaz. «¿Cómo saliste?», me preguntó. Resulta que él había vivido su propio drama. Decidido a encontrar peces, se había metido en un pantano lleno de hierbas marinas y había tenido que arrastrarse por un largo trecho sobre el barro, estropeando su preciada camisa de Nueva Orleans y perdiendo sus gafas de diseño. Le di un tirón, pero rechazó mi ayuda infructuosa. Hizo un esfuerzo hercúleo para salir por su cuenta, mediante una complicada voltereta submarina, que parecía prometedora, pero que acabó siendo torpe e inepta. No era nada halagador para Blake Vandermere.

«¿Cómo diablos salgo de aquí?», rugió Blake.

Muy pronto anochecería. Los pintores se habían ido. Finalmente, dos tipos lograron jalarlo como a una ballena arponeada.

Avanzamos a tientas por el manglar. Enjambres de mosquitos rondaban por nuestras cabezas.

«Vine preparado para morir —dijo Blake con gravedad—. Si Sonny podía ir a un país peligroso sabiendo que tal vez no regresaría, yo necesitaba demostrar que también podía».

Volvió a hablar de armas. Había empezado a ir a varias ferias de armas y a comprarlas por internet.

«A veces Otto y yo hablamos de matar gente».

Apartó a varios zancudos.

«No me altero fácilmente, pero puedo explotar. Solía quedarme despierto por las noches y soñar con formas de matar a mi madre. Era la única manera de calmarme lo suficiente para dormir».

Intenté imaginarme a Blake como un chico granjero.

«Soy capaz de matar», dijo.

Para llenar el silencio, le pregunté si lo había hecho.

«He destruido gente en la corte que poco después ha muerto. Tras perder sus carreras profesionales y su autoestima, deciden ponerles fin a sus vidas. —Se encogió de hombros—. Eh, el capitalismo es un deporte de contacto. ¿Por qué crees que tomo Zoloft? —Sonrió—. Pero me gusta ganar».

Sospeché que Sonny había oído esa misma perorata.

«A ese loco de Sonny se le metió en la cabeza que yo iba a matarlo. —Blake dobló hacia atrás una rama espinosa atravesada en el camino—. Estaba comportándose de un modo extraño y necesitaba contacto humano. Así que le dije a Otto que le enviara algunos correos. Pero en medio de su paranoia, Sonny los leyó como amenazas. Mientras tanto, Otto juraba que Sonny quería matarme *a mí*».

***

«¿Cómo estuvo la careteada?» preguntó Marta.

Estaba acostada en la cama de nuestro húmedo hotel, con los tobillos entrecruzados, escribiendo en su diario. Lo había comenzado para registrar sus patrones de sueño, y luego lo amplió para anotar su bienestar general. Su ropa nueva estaba sobre la silla.

«Parece que Blake te compró todo el almacén», dije.

Marta sonrió.

«Subestima tu capacidad para manejar a tipos como él. Malinterpreta tu calidez natural».

«Quiere que yo haga una maestría en Filadelfia».

«¡Ajá! ¿Y qué más?».

«Que me case con él».

«…».

«Dijo que vendría un fin de semana para hacerlo».

«¿Y qué le dijiste?».

«Le dije: "¿Y qué pasa con Trey? ¿Entonces me caso contigo y sigo viviendo con Trey?"».

«Buena pregunta. ¿Qué dijo él?».

«Que podíamos pensar en eso más tarde».

***

Esa noche saludó a Marta con un abrazo de oso. Comimos cangrejos y camarones en su balcón. La brisa agitaba el toldo y un grupo tocaba reggae. Blake estaba recién bañado, con todos los pelos en su sitio. Tenía una camisa rosa almidonada con los puños remangados. Le gustaba vestirse de rosado, comentó. Acentuaba sus mejillas sonrosadas y sus ojos azules. Y siempre llevaba una corbata roja el primer y el último día de un juicio. «El rojo evoca pasión», afirmaba. Casi todos sus vestidos eran azules y grises, con una raya delgada y un lustre ligero, pero que no llegaba a ser brillante. Se los hacían a la medida en Manhattan. Había oído hablar de un vestido que costaba veinte mil dólares. «Imagínate —dijo Blake—. Quiero uno».

Marta, en una silla de playa, escuchaba atentamente.

«Eso es América —dijo Blake—. Con su aspecto, Marta tiene el éxito garantizado: como modelo, actriz, o lo que quiera».

La risa de Marta fue cortés, pero no sin complacencia.

«Escucha esa risa —se maravilló Blake—. ¿Cómo puedes sentirte desanimado al oírla?».

«Marta tiene muchos admiradores —dije—. Uno es candidato para alcalde. Podrías presentarle a Blake».

«No quiero conocerlo», gruñó Blake.

«Y Mario, el actor…».

«¡Sigue presumiendo!».

Cuando me levanté para llenar mi vaso, Blake también lo hizo y nos miramos directamente a los ojos.

«Mira —le dije—, cuando estás sin zapatos tenemos la misma estatura».

Blake me miró con mayor intensidad. «De todos modos te puedo moler a golpes».

Me reí.

Marta se levantó con brusquedad y entró al cuarto. Un estallido de risas pregrabadas brotó del televisor.

Blake armó un porro mientras yo miraba el mar oscuro y ondulado, imaginando que Sonny se había venido a vivir con nosotros. Podría haberse quedado en nuestra casa hasta encontrar un lugar. Sus cheques le habrían rendido mucho más. El café internet de la esquina tenía un sabroso espresso y el dueño hablaba un poco de inglés…

Blake sostuvo el porro. «Fue duro al final —me dijo—. Convulsiones, desmayos, accidentes…».

«¿El de su cicla?».

«No fue un accidente de bicicleta. Se emborrachó en un bar con los tipos equivocados. Le golpearon la cara contra el andén —Blake

aspiró con fuerza el porro—. Al final estaba casi psicótico. Cuando lo llevé a la clínica, gritó: "Por favor, no dejes que me corten las pelotas"».

La boya sonó en las tinieblas. Las luces de una fragata se deslizaron suavemente por el agua.

«Ese cura me sacó la piedra —dije—. Hablando de la cruz que tuvo que cargar la mamá de Sonny —me sentí bien al expresar mi rabia—. ¿Sabes lo que dijo el excuñado de Sonny? Cuando alguien elogió la misa, comentó: "Estuvo mejor de lo que él se merecía"».

«Hijo de puta», dijo Blake.

«Pero Nicole me dijo esto: que sin contarla a ella, al menos tres de las mujeres que asistieron habían sido amantes de Sonny».

«¿En serio? —dijo Blake, impresionado—. ¿La perra de Heather estuvo allá?».

«Sí».

«Fue lo peor que le pasó a él. Una loca de remate. Le pagó a una médium que le dijo: "Conduce hasta esa tumba y deja doscientos dólares. Pero tienes que hacerlo desnuda. O puedes darme el dinero y yo lo llevo por ti". Ella fue la que inició a Sonny en ese chat metafísico. Él mantenía una colchoneta en la cafetería, para poder tirársela detrás del mostrador. Luego descubrió que ella vivía con un quiropráctico. Lo hacía por dinero, pues Sonny estaba sin un centavo. Le sacaba dinero al hombre y se lo daba a Sonny. Esa perra le rompió el corazón».

Blake se humedeció los labios. «Yo era el primero en ir a la tienda cada mañana. Le ayudaba a abrir. Sabía que la tienda fracasaría. Estaba en un lugar de pacotilla. Pasé mucho tiempo con él. Ambos habíamos sido expulsados por nuestras familias».

Blake se alisó el pelo. «Yo dejaba a Sonny completamente trabado. Nos reíamos hasta rodar por el piso».

Desde la piscina iluminada llegaban voces animadas. Las olas se encrespaban y rompían en la orilla. Yo extrañaba a Sonny como se extraña a una amante.

Recordé la última vez que él me visitó. Una mañana al amanecer, lo encontré en el jardín. La mañana era su momento preferido del día. Los pájaros cantaban y la luz era suave. Estaba sentado en un banco, contemplando las aves del paraíso con una sonrisa complaciente.

En medio del silencio oí un resoplido. Miré rápidamente; Blake tenía los ojos rojos. Creo que era por la yerba.

***

A la mañana siguiente, en el aeropuerto, imponente con sus botas de vaquero y una chaqueta que ocultaba su tatuaje, Blake me dio la mano. Luego rodeó a Marta con sus brazos largos y recostó su cabeza en la de ella. Siguió abrazándola, meciéndose de un lado al otro. Luego, lentamente, se dio vuelta y caminó hacia el avión, con la espalda un poco encorvada y las aletas al hombro.

El gran Blake Vandermere, siete dólares por minuto. El que acompañó a Sonny fuera del escenario.

Desde el aire, Marta contempló San Andrés. Una mancha verde bordeada de blanco en el vasto mar cobalto. Se cubrió los ojos con el pelo para dormir. Apreté su mano solo un poco y Marta apretó la mía, pero pude sentir algo distante en ella. No de mí propiamente; solo la distancia que cualquier persona siente de otra.

En cuanto a Blake, comprendí, con una tristeza que me sorprendió, que nunca seríamos amigos. No como el amigo que Sonny había sido para ambos. Él era todo lo que teníamos en común y ahora se había ido.

Carolina

Primer amor

Lo que me gustaba de Elise era la calidez y suavidad de su piel por la mañana. Reclinaba mi cabeza sobre su vientre para sentirlo subir y bajar. La veía mientras se secaba el pelo, se ponía una hebilla y levantaba un labio. Me gustaba su forma de manejar como una loca por las serpenteantes carreteras rurales. Y cómo, cuando jugaba billar, siempre elegía las bolas de un solo color porque «no soportaba las rayadas». Cómo hacía piruetas en el pasillo de las verduras del supermercado. Y su manera de beber a grandes tragos cuando tenía mucha sed, dejándole un bigote húmedo que se secaba con el aire.

La gente decía que estaba comprometida con un tipo mayor, que era dueño de un concesionario de carros. Yo era un joven de veintitrés años y, por lo tanto, no tenía nada que perder en esa fiesta en Raleigh donde hice esos chistes picantes. Pero cuando Elise se levantó y se fue, pensé que la había embarrado.

Más tarde, su amiga me dijo que debería invitarla a bailar. Y cuando lo hice, me agarró con la fuerza de un torno. Incluso en las canciones animadas, nos movíamos con giros oníricos. Entonces me dijo: «Salgamos a caminar». Una brisa alborotó su pelo largo y tupido. Yo quería que hablara, pero no decía ni una palabra. Y cuando traté de besarla, sollozó contra mi pecho.

«Pensé que no te gustaban mis chistes».

Ella resopló y sacudió la cabeza. «Estuviste muy gracioso».

No me los esperaba. *Tal vez yo era muy gracioso*, pensé.

***

Elise estaba empezando unas prácticas en un resort en la playa cerca de Charleston. Yo había decidido renunciar a la escuela de posgrado y emprender un periplo por todo el país. Ya había tenido mi dosis de aprendizaje estructurado y quería saber más de la vida. Pero cuando Elise sugirió que me quedara con ella en Charleston, puse mi gran viaje en espera. Ella y otras dos practicantes compartían un apartamento, y estaba estrictamente prohibido que yo viviera allá. Pero a Elise le gustaban los riesgos.

De ese verano recuerdo el rocío de la sal en el parabrisas, el sonido de un aspersor haciendo «te-te-te-te-te-te-te», el sudor que salía por todos mis poros y los árboles innombrables que exhalaban el olor almizclado del sexo.

Una noche, en medio de un juego cartas con sus compañeras de apartamento, me incliné hacia ella y le pregunté: «¿Será esta noche?».

Elise negó con la cabeza.

Unas cuantas manos después, sentí un golpecito en el pie. Ella sonrió con picardía y articuló las palabras: «Hagamos trampa».

Nunca en mi vida había hecho trampa en las cartas.

Elise ofreció cuatro diamantes y, mientras sus amigas se examinaban las manos, ella movió los labios para decir: «¿Tienes el rey?».

Lentamente, escasamente, asentí.

***

Conseguí un trabajo cortando el pasto en un parque de casas móviles. El administrador me preguntó por qué me había mudado allá.

«Por una mujer», respondí.

Recuerdo el rugido de aquel cortacésped, el olor a pasto y gasolina, mis manos hormigueantes por la vibración, mi frente goteando y mi camisa empapada mientras volvía sobre mi ruta, alineando las llantas con la franja que acababa de cortar, segando el trébol repleto de abejas y repitiendo el circuito hasta que el trébol reaparecía, y yo esperaba a ver si las abejas seguían vivas. Hacía de eso un juego de *Me quiere / no me quiere*, con el zumbido del motor tan agudo como mis sentidos, excesivamente agudo para que alguien más lo percibiera, tan agudo como un pito para perros, y yo soy el único perro vivo.

Me gustaba volver a casa con mis botas de trabajo, acalorado y sucio tras mi labor. Elise tocaba mis callos y elogiaba mi bronceado. Me bañaba con agua fría, abría una cerveza y asábamos pollo en una parrilla del horno apoyada sobre latas de cerveza vacías. Elise se deleitaba con mi salsa barbecue, mi mejunje cuidadosamente perfeccionado. Todo en aquel verano era motivo de celebración, desde el buen tiempo hasta un aumento de sueldo o una nevera recién surtida.

***

Jugar tenis con Elise fue una mala idea. Cuando llegamos a la cancha, las pelotas no eran buenas. Yo no sabía que las pelotas de tenis se podían dañar. Elise dijo que conocía a alguien que siempre jugaba con pelotas nuevas. Supe a quién se refería. El vendedor de carros la hacía pararse en la red y le tiraba pelotas hasta que ella le rogaba que dejara de hacerlo.

Mi falta de destreza era evidente. Varias veces golpeé pelotas por encima de la cerca.

«¡Jonrón!», gritó alguna vez Elise.

Un chico que nos miraba dijo algo que a ella le pareció gracioso.

«¿Qué?», dije.

«Pregunta para cuál universidad juegas».

***

En los días libres de Elise, íbamos a pasear por las casas coloniales de Charleston y admirábamos los antiguos robles cubiertos de musgo español. Luego caminábamos por la playa en busca de conchas y estrellas de mar, con la brisa en nuestras caras y el estruendo de las olas. El oleaje estaba lleno de pececitos que centelleaban y de gaviotas que graznaban y se lanzaban en picada tras ellos. Los cangrejos de arena se escabullían hacia los lados, sus ojos como pequeñas canicas ensartadas en palitos. Mientras el sol se ocultaba y la marea bajaba, la arena irradiaba un resplandor fosforescente.

Algunas tardes íbamos al puerto deportivo a ver los botes camaroneros que llegaban con las capturas del día. Se oía el rugido de los pelícanos, se olía el pescado y la salmuera y se veían las

grandes redes colgando de los aparejos de arrastre. Los camaroneros sudorosos y bronceados, la camaradería, la conexión con el vasto y poderoso mar. Pensé en cambiar de planes, aplazar mi viaje y conseguir trabajo en un barco camaronero. Elise trabajaría en el resort y podríamos tener nuestro propio apartamento. Sentí una oleada de euforia. Era joven y tenía libertad para trazar mi rumbo.

El resort de Elise organizaba bodas en las que se hacían asados de ostras. Ella convenció a Turkey, el viejo cocinero negro, de dejarla llevar algunas ostras a casa. Las cocinamos al vapor hasta que se abrieron, vivas y oliendo a mar. Les echamos jugo de limón y salsa picante, y luego, a modo de brindis, chocamos nuestras conchas como hacían los recién casados.

Pero el mes siguiente, Elise volvería a la universidad y yo recorrería el país.

«Me siento ansiosa», dijo Elise. «El verano está pasando demasiado rápido».

***

A veces, ser feliz te da un susto de muerte. Acostado junto a Elise en esas calurosas noches de Charleston, con sus calzones iluminados por la luz de la luna, oía los pitos de los barcos, los grillos y algún otro sonido, un rugido lejano en la noche.

***

Algunos días, Elise no iba al trabajo y pasaba la jornada conmigo. Un día, su jefe le exigió que fuera. Entonces ella se llenó la boca de

algodón y afirmó que había perdido un diente.

Una vez, mientras íbamos por la carretera tomando cerveza, una patrulla se nos acercó por detrás. Me senté derecho y le dije a Elise que escondiera las latas. Pero ella simplemente me sonrió y me acarició.

«¡Para! —grité cuando el carro comenzó a desviarse—, ¡nos van a detener!».

Pero ella no dejó de reír ni de acariciarme.

Encontré las cartas en el fondo del armario. Tenían estampillas de Raleigh y estaban dirigidas al resort. La caligrafía era tan infantil como el contenido, y cada una terminaba así: «El Pato Donald te envía su amor».

No podía sacarme esa frase de la cabeza.

La vez que más tiempo hicimos el amor fue durante un partido en el que los Bravos perdieron por trece carreras. Era finales de la temporada, las posibilidades de ganar el campeonato se habían esfumado y los jugadores hacían lanzamientos. Escasamente había un alma en las gradas. Incluso los locutores parecían lamentar su labor. Toda la escena tenía el olor sulfuroso de la fatalidad.

***

A medida que el verano se acercaba a su fin, las tensiones con las compañeras de apartamento estallaron: platos sin lavar, gemidos orgásmicos, resentimiento por el tiempo que Elise pasaba conmigo.

Un día, mientras asábamos pollo, Elise me preguntó:

«Si nunca nos volvemos a ver después de esto, ¿tus recuerdos de este verano seguirán siendo tan buenos?».

«Por supuesto», dije.

Elise miró fijamente las brasas.

«¿Por qué? —pregunté—. ¿Los tuyos no?».

Sus ojos destellaron con ira. «¿Crees que el pasado sigue siendo el mismo sin importar lo que pase después?».

Luego me acusó de cambiar mi receta de la salsa barbecue.

Hay un puente alto y arqueado que cruza el río Charleston. Me sentía inquieto cada vez que lo cruzábamos. «No quisiera construir un puente —le dije a Elise—. Me costaría dormir, pensando que se va a caer».

***

Una mañana calurosa mientras hacíamos el amor, un carro se detuvo en la entrada. Elise echó un vistazo afuera.

«Rápido, al armario», me dijo.

Se vistió y fue a la puerta. La oí hablar en el estudio con su jefe. No me gustó el tono de su voz. Cuando al fin se fue, Elise me dio la noticia.

«Tienes que irte mañana».

«¿Cómo puede decirte con quién vivir?».

«Está en el contrato de las prácticas».

El cielo se veía azul brillante al amanecer del día siguiente. Al organizar mi carro, encontré un cepillo para el pelo, unas chancletas y varias conchas de caracol, y las dejé en el porche. Mi imagen final mientras me alejaba: ella se coge el pelo y repite estas palabras: «No puedo creer que esté pasando esto».

***

Aquí en California finalmente recibí la noticia. Se había celebrado una gran boda en el resort de Charleston, donde la pareja hizo un brindis sacramental haciendo sonar conchas.

Esta es una foto que tomó Elise. Puso el cronómetro en la playa y regresó tambaleándose. Pasó su brazo a mi alrededor justo antes del clic. Se ve radiante, bronceada e increíblemente feliz. Eso es lo que más me conmueve.

California está en el otro extremo del continente. No puedes ir más lejos, pues te hundirás en el mar. El océano Pacífico puede ser más azul que el Atlántico, pero no parece estar tan lleno de vida. No se ven bancos de pececitos saltando en las olas ni cangrejos de arena huyendo hacia las dunas. La brisa no trae ese olor intenso y salobre ni se ven muchas conchas en la orilla. A menos que cuentes los fragmentos que se están transformando en arena.

Otra cosa que te extraña es la diferencia horaria. Si no tienes en cuenta la hora estándar del este, podrías olvidarla. Pero pensarlo demasiado te puede joder la mente. Es como si el presente para ti fuera el pasado allá. Cuando oscurece aquí, ha estado oscuro desde hace tres horas allá. Si el mundo se acabara al anochecer, hora del este, tardaría tres horas en acabarse aquí. Si Elise dejara de amarte al atardecer allá en el este, para cuando el sol se ocultara sobre el Pacífico, habrían pasado tres horas desde que ella dejó de amarte.

El estado de Bucky

Durante aquellas tórridas visitas de fin de semana, Angie iba a visitarme en Bucky, su impredecible Chevrolet Vega. Era una carcacha que Martin, su padre, mantenía funcionando para ella.

«Él cree que estoy visitando a mis amigas —dijo Angie—. No le tienes miedo, ¿verdad?».

«¿Debería?».

«No. Pero todos los chicos le tienen miedo».

¿Chicos? ¿Cuáles chicos?

«¿Por qué?».

«No lo sé. Supongo que por ser grande e imponente».

Toda la semana, mientras yo trataba de escribir, esperaba con ansias el viernes, cuando ella llegaba en Bucky, con las ventanillas abajo y el radio a todo volumen. Desde entonces hasta el domingo escasamente salíamos de mi habitación. No me gustaba compartir su compañía, ni siquiera con Buzz, mi amigo de la infancia en las colinas de los Apalaches.

Angie me tenía hechizado. Yo nunca había hecho el amor con tanto extravío, bajo el aullido del viento y el roce de las ramas en los cristales de las ventanas, nuestros cuerpos sudorosos y exhaustos, pero no saciados.

***

Un domingo salimos y encontramos el suelo cubierto de hielo. Bucky no prendió. Cuando intentábamos reanimarlo, la temperatura cayó en picada. El cielo se puso gris y las luces de las calles se encendieron, mientras los copos de nieve orbitaban como polillas. Si Angie se demoraba, Martin vendría a buscarla.

Entonces, en medio de la tormenta de nieve, apareció un Hummer con llantas enormes. Lo manejaba un hombre tan grande como un oso. *Vivía y respiraba* por las tormentas de nieve, afirmó. ¿Necesitábamos ayuda? Decidió que el problema era la correa de distribución, que se había roto. Doscientos dólares; él podía arreglarla.

Ahora la oscuridad era total.

«¿Deberías llamar a Martin?», le pregunté a Angie.

«¿Hablas en serio?», respondió.

«No es por el dinero —insistí—. Solo me preocupa que se entere».

«¿Enterarse de qué?».

«De que alguien ha tocado su motor».

***

Angie hizo una escena en una de las fiestas de Buzz. Todos estaban prendidos con whisky Wild Turkey.

«Tranquila —dije—. Esta gente…».

«¡Que se joda esta gente!», gritó Angie, corriendo hacia Bucky y encerrándose en él.

Golpeé la ventana.

«¡Vete!».

Cuando prendió el motor, me interpuse en su camino. Intenté razonar con ella, pero se tapó los oídos.

«¡Muévete!», gritó y pisó el acelerador.

En lugar de alejarme de un salto, me tiré sobre el capó. Me aferré a los limpiaparabrisas; uno de ellos se rompió en mi mano. Los invitados salieron a mirarnos. Fue entonces cuando Buzz decidió que yo estaba perdido.

***

«Llegamos», dijo Angie en la entrada iluminada por la luna donde había aprendido a patinar. Se me revolvió el estómago.

Yo me había despedido de Buzz. Todo lo que yo tenía estaba en Bucky.

Salí con paso vacilante agarrando mi maleta. En la húmeda noche de verano las casas estaban oscuras. Aun así, podía sentir a los vecinos observarnos. Los forasteros no abundaban en ese pequeño pueblo sureño.

«¿A Martin no le importa?», le pregunté a Angie.

«¿Puedes calmarte? —dijo. Me condujo de puntillas por la casa en tinieblas—. Quédate aquí, en el cuarto de los invitados —susurró—. Yo estaré abajo. —Tomó mis mejillas entre sus manos suaves y cálidas—. Es solo hasta después de la boda».

La brisa que entraba por la ventana estaba impregnada de madreselva. En la cama pensé en Angie con su diáfano camisón de dormir.

Entonces un sonido interrumpió mis cavilaciones. Un ronquido profundo y gutural. Pronto se convirtió en un redoble de tambor en

mi vejiga. Con cautela, me levanté y caminé a tientas por el pasillo. Por una puerta abierta, un rayo lunar atravesaba una cama, revelando los pies desnudos de un hombre. Eran anchos y pálidos, con dedos largos y torcidos. Fue una visión tan íntima que parecía una violación. ¿Cuántas personas habían conocido a este hombre, sin haber visto nunca sus dedos encorvados? ¿Quién era yo para ser el elegido? ¿Qué vientos del destino me habían traído a este humilde hogar y a este hombre de pies cenicientos y cadavéricos?

Me escabullí hasta el baño y cerré la puerta corrediza. Esta rechinó y el ronquido rítmico se detuvo. Contuve la respiración hasta que finalmente volvió a sonar. Aunque intenté orinar sobre la cerámica para amortiguar el sonido, el asiento que no se mantenía arriba y mi estado de excitación tras pensar en el camisón de Angie me impidieron hacerlo. Entonces, ¡CLAP!, el asiento cayó y un chorro de orina salpicó el piso. El pánico en el rostro que me miraba desde el espejo me dijo que yo había entrado a una nueva fase de mi vida.

Despertado por la luz del sol, parpadeé al ver la nota en la mesa. «Estoy con mamá. Cosas de la boda».

Me quedé inmóvil escuchando el trino de los pájaros. Luego me levanté para rastrear la casa. Descubrí reconfortado que estaba solo. La ventana panorámica daba a una calle tranquila y arbolada. Sobre la chimenea había varias fotos de Angie, con distintos peinados y trabajos de ortodoncia. Me serví un plato de cereal y abrí el periódico.

Entonces me sobresalté cuando entró Martin, grande y corpulento, su pelo blanco y tupido; llevaba una caja grande de herramientas.

«Buenas —bramó, levantando una palma grasienta para disuadir un apretón de manos—. Estoy afuera, trabajándole a Bucky».

Vacilé en busca de palabras. «Tienes muchas herramientas».

Mostró sus dientes grandes y fuertes. «Un hombre sin herramientas no tiene nada».

***

«Conocí a tu papá», le dije a Angie.

Soltó sus paquetes y me besó en los labios. «¿Y?».

«Se me trabó un poco la lengua».

«¿Qué te pasa, señor escritor?».

«¿De qué hablas con él?».

Angie reflexionó. «Es que tenemos algo con los silencios».

De niña, dijo, lo seguía como una sombra. Le gustaba hacerle compañía en su «oficina» junto al garaje. Mientras él preparaba sus informes de ventas —cubría una región grande para la empresa de pinturas Sherwin-Williams— ella inventaba juegos con tarjetas de colores y se asombraba con la variedad de tonos (azul cuarzo, verde lima, caléndula, malva) y con que Martin supiera todos los nombres. Le encantaban las calcomanías con el logotipo de la empresa, ideales para pegarlas en sus libros escolares, y el juego de pinceles con cerdas finas y sedosas.

Cuando Martin veía la televisión, Angie le peinaba el pelo. Probó distintos estilos: flequillo, peinado hacia atrás y con raya en el medio, como Jed Clampett. Una vez, atraída por el aroma picante del tónico, sacó la lengua y lo lamió.

«¿Para qué?», le pregunté.

«Para ver cómo sabía».

Cuando Martin regresaba después de una semana de viaje, siempre tenía historias para contar. Historias sobre lugares con nombres exóticos, como Galax, Shenandoah y Fancy Gap. Conocía la Cordillera Azul tan bien como un guía de la naturaleza. Hablaba de deslizamientos, ventiscas y osos.

«¿Han peleado alguna vez?», le pregunté a Angie. Estábamos abajo, en su cama.

Ella dijo que nunca. Luego habló de la vez en que salió a dar una vuelta en el carro de Martin. Ella y algunos amigos pasearon por la ciudad, fumando cigarrillos y tomando vino. Más tarde, Angie vio la marca de una quemadura en el asiento trasero y la cubrió con los informes de ventas de Martin.

Él salió de viaje a la mañana siguiente y Angie pasó toda la semana con los nervios destrozados. Martin llegó el viernes por la noche y dijo durante la cena: «Me pasó algo muy extraño».

Angie se quedó mirando su plato.

«Alguien hizo un agujero en el asiento de mi carro y se robó el cenicero. —Tomó un sorbo de té helado—. Es la cosa más jodida que he visto en mi vida».

«Qué pasó?», le pregunté a Angie, quien sonrió con timidez.

«Nada —respondió—. Nunca más habló de eso».

Estábamos fumando acostados, rodeados de peluches. Angie hojeaba un álbum fotográfico. «Aquí está papá enseñándome a nadar».

La foto mostraba a un hombre en una piscina y a una niña pequeña a punto de saltar.

«¡Qué cuerpo!», dije, mordisqueándole el cuello.

«Ahora no. Él podría llegar».

«No lo hará».

«¿No puedes esperar hasta después de la boda?».

Unos minutos más tarde, la besé de nuevo. Esta vez no se resistió. En poco tiempo, los ositos de peluche cayeron al piso.

Entonces una puerta se cerró de golpe. Angie se levantó de un salto. Cogió el talco y lo esparció en el aire.

«¿Qué haces?», pregunté tosiendo. ¿Intentaba disimular el humo?

Se oyeron unos pasos fuertes bajar las escaleras.

«Hola, papi», dijo Angie, empujándome afuera y cerrando la puerta.

Martin bajó en su traje arrugado y corbata. Yo estaba solo en pantaloneta.

«¿Cómo estuvo tu viaje?», le pregunté.

El cojín de vinilo suspiró cuando él se sentó pesadamente. Entrelazó sus gruesos dedos detrás de su cabeza. «Manejé seis horas seguidas desde Beckley, Virginia Occidental».

Olfateó el aire y se aclaró la garganta. Luego cogió sus Salem.

Con mi pecho desnudo, me sentí flaco y expuesto. Me hubiera gustado haberme puesto calzoncillos.

Entonces dije algo que me sorprendió. «¿Puedes darme uno?».

Me pasó un Salem y me dio fuego. Luego nos sentamos en silencio y compartimos el cenicero. Ese «algo con los silencios» iba a tomar un tiempo.

***

Mientras tanto, los «arrebatos» de Angie persistieron. Cuando su ánimo parecía estar en su punto más alto, explotaba de repente.

Ocurrió en nuestra luna de miel.

Salimos de la recepción en el Bucky, que tenía pintadas las palabras *Recién casados* en un costado. Las latas amarradas al bómper tintineaban detrás de nosotros. Llevábamos champaña, hielo y la tarjeta Exxon de Martin. Nos dirigíamos a la costa, pero no habíamos recorrido ni un kilómetro cuando vimos que el tanque estaba casi vacío. Entramos a una gasolinera y Angie, todavía con su vestido de novia, cogió el surtidor. Los carros pasaban pitando mientras yo sostenía la cola del vestido. Ella levantaba el puño triunfalmente. Yo la amaba.

Pero, al acercarnos a la costa, se estaba formando una gran tormenta. Apenas habíamos llegado a la cabaña cuando se desató. Sonó un trueno y el agua golpeó el techo. Luego se fue la luz. Corrimos al dormitorio y tomamos champaña. Demasiada champaña, lo cual era parte del problema. Entonces, en medio de una pasión desenfrenada, sentí las uñas de Angie arañarme el cuello. Pensé que jugaba hasta que vi la sangre.

«¡Todo fue un error!», me gritó al oído.

Traté de agarrarle las muñecas.

«¡No me amas de verdad! ¡Crees que mi familia es un chiste!».

«¡No digas disparates! ¡Suéltame!».

Me tambaleé hasta el baño para mirarme las heridas. Cuando regresé con un Kleenex apretado contra mi cuello, Angie salió corriendo en medio de la tormenta. Se subió a Bucky y giró el encendido. El motor corcoveó, pero el carro no prendió.

Angie amaneció en el Bucky. Entonces llamó a Martin. Cuando él llegó, enganchó a Bucky al parachoques de su carro.

«Bueno —dijo alegremente—, aparte del arranque, ¿cómo estuvieron las cosas?».

Angie iba sentada adelante con Martin. Yo estaba atrás con el cuello de la camisa levantado.

«Llovió mucho», dijo Angie.

***

El sábado por la mañana la casa olía a ajo, debido a los hash browns. Angie y su mamá hablaban en la cocina. Yo leía el periódico en la mecedora. Afuera, Martin estaba arreglando a Bucky. Me sentí como un inútil y salí.

«Buenos días», dije.

Martin gruñó. Un cigarrillo colgaba de sus labios. Con una llave en una mano y un alicate en la otra, hizo una mueca mientras apretaba una tuerca. Luego sacó otra llave de su caja de herramientas. Un cuarto, cinco octavos; tenía el juego completo. Frunció el ceño y se dio un golpecito en la sien. *Piensa, Martin*, se reprendió.

Esperé a que retomara el hilo. Entonces el silencio perdió su peso y él empezó a silbar.

«Te mostraré algo, Trey».

«¿Señor?».

«Tuve que cambiar la palanca del ahogador. Está acá mismo, en el carburador. Si el carro no arranca, esto es lo que tienes que hacer». Con un destornillador presionó la válvula de mariposa.

Luego, haciendo una mueca, cogió sus Tums. Se metió varios en la boca y declaró: «Voy a comprar acciones de estas pastillas. Prefiero un rollo de Tums a un cargamento de antiácidos Rolaids».

«Chicos, ¿tienen hambre?», gritó Angie.

La comida humeaba sobre la mesa. Martin fue a la cocina a lavarse las manos.

«¡Saca esas patas sucias de aquí!», lo regañó Betty, la mamá de Angie.

Martin sonrió y le dio un golpecito en el trasero con el suyo, y luego le pellizcó las costillas.

«Viejo verde —se quejó ella—. ¿Les arreglaste el carro? Te dije que no estaba en condiciones de andar por la carretera».

«No te preocupes —dijo él suavizando la voz—. Lo tenemos ronroneando como un gatito».

***

El verano llegaba a su fin, dando paso al otoño. Los fines de semana, Martin encendía el asador, que había armado con la cubierta de un cortacésped. Si Vernon, el vecino, lo veía afuera, se acercaba a charlar un rato. Ambos participaban en asuntos comunitarios, como ser bomberos voluntarios y organizadores de eventos. Cuando llegaba la temporada de fútbol, la retumbante voz del locutor del estadio se podía escuchar a más de un kilómetro. Era Martin, que narraba las jugadas.

Betty trabajaba en un laboratorio estatal de análisis de alimentos en Raleigh e iba siempre con sus compañeras porque no manejaba. Martin conducía, mercaba y hacía los mandados. «Voy a la calle», decía, y siempre sacaba tiempo para pasar por la Exxon de Early y charlar con los hombres sentados en cajas de gaseosas.

Contaba historias sobre su vida en la carretera, que había comenzado cuando salió del ejército. Después de irse de la finca de su padre donde cultivaba tabaco, se consiguió un chevy con alerones y una hermosa novia universitaria. Salía a la carretera con un mapa y el baúl lleno de pinturas.

En cambio ahora, cuando la gente le preguntaba adónde iba de vacaciones, decía: «Lo último que quiero hacer es viajar». Podías sentir la tensión de Betty cuando él tenía que irse, de modo que volvía a casa siempre que podía, a veces solo para dormir antes de salir de nuevo.

«Me preocupa papá —decía Angie—. Su dieta no es saludable y fuma como una chimenea. Chupa Tums para la gastritis, pero no quiere ir al médico. Mamá dice que no ha ido donde ninguno desde el ejército».

«Deberías obligarlo».

«Lo he intentado, pero no me escucha. Y tanto trabajo lo va a matar. Su empresa sigue expandiendo su territorio. Y cuando él llega, siempre está trabajando, ya sea en la casa o en los carros».

Me sentí como un vago por no ayudar. Imaginé que los vecinos decían que el yerno de Martin era un holgazán. Le dije a Angie que era hora de irnos. El plan había sido quedarnos un par de meses.

***

Un día, Bucky se apagó en las afueras de la ciudad. Como Martin no estaba en casa, lo dejamos a un lado de la carretera mientras lo esperábamos.

«¿Qué te dije? —comentó Betty cuando él volvió—. Ese carro no está en condiciones de andar por la carretera».

Martin suspiró y dijo que lo arreglaría el día siguiente. Pero en medio de la cena recibió una llamada. Escuchó con paciencia, aunque su rostro expresaba tensión. «Está bien, iré». Y cogió sus llaves.

«¿Qué? —exclamó Betty—. No has comido».

«Era el alguacil Bowser —dijo Martin—. Alguien le prendió fuego a Bucky».

***

La semana siguiente llegué a la casa en Bucky (el daño no fue tan grave) y encontré a Martin rastrillando el pasto. Saludé con la mano y entré. Entonces, por la ventana, vi que alguien pasaba a toda prisa. Era Martin corriendo por la loma. ¡Iba detrás de Bucky!

Lo detuvo en la calle. Subió al carro y jaló el freno de mano. Luego permaneció allí, jadeando y agarrándose el pecho. Buscó en su bolsillo y se chupó unos Tums. Entonces, con la manga de la camisa, se secó el sudor de la frente.

Me sentía mortificado; sabía que debía disculparme, pero no podía reunir el valor. Tampoco podía contárselo a Angie. Martin jamás dijo una sola palabra.

Otro día, mientras manejaba a Bucky, vi que el tanque estaba vacío. Me detuve a regañadientes en la Exxon de Early. Bajo la mirada de los hombres que conversaban en sus cajas, eché gasolina y pagué. Al alejarme, escuché un grito.

Cuando bajé del carro, vi la manguera tirada en el suelo. En el aire flotaba el olor a gasolina.

«¿TE FUISTE CON LA BOQUILLA EN EL TANQUE?».

Varios conductores hacían fila para tanquear. El pavimento bajo mis pies comenzó a tambalearse. Una parte de mí observaba desde lejos. Todo sucedía a gran velocidad, como visto desde un carrusel. Entonces vi que alguien se acercaba con una taza de café. Era Martin.

Otro carro se sumó a la fila. Un conductor pitó.

Martin sorbió su café y me entregó las llaves. «Puedes irte en mi carro. Me encargaré de esto».

***

Dos meses se habían extendido a diez, y era evidente que Angie no quería irse. Yo estaba convencido de que ella compartía mi deseo de mudarnos a algún lugar lejano, pero, al parecer, solo me estaba siguiendo la corriente. Un día discutimos en voz alta. En algún momento sentimos que había alguien afuera. Nos callamos y oímos un silbido alegre. Martin estaba en la entrada arreglando a Bucky.

El fin de año, me contactó un amigo que vivía en Nueva York. Nos animó a mudarnos allá y dijo que podía conseguirme un trabajo.

«¿Nueva York?», dijo Angie, con la cara pálida. Miró hacia afuera, donde Martin paleaba nieve.

***

Unas semanas después tocaron la puerta mientras almorzábamos. Era un hombre con un sombrero ancho y abombado. Tenía un uniforme color tabaco y unas pesadas botas negras. Aunque era un amigo de la familia, algo me dijo que venía en calidad de alguacil.

«¿Está Angie?», preguntó el alguacil.

«Sí —dijo ella, apareciendo a mi lado. Sus labios parecían entumecidos—. ¿Se trata de papá?».

El alguacil se quitó el sombrero.

El día anterior, nos dijo, Martin había manejado hasta Beckley y esa noche se registró en un Travel Lodge. El recepcionista recordó que se había «parqueado de forma extraña». Martin regresó a la recepción y dijo que había perdido la llave. El recepcionista lo acompañó y abrió la puerta. Martin entró y se acostó en la cama, y, poco después, se le reventó una válvula del corazón.

Posteriormente supimos que tenía un problema que podría haberse corregido.

Angie miró al vacío. «¿Mamá ya sabe?».

El alguacil Bowser negó con la cabeza.

«Iremos a Raleigh para decírselo», dijo Angie.

Vimos al alguacil alejarse. Había medio sándwich de atún sobre la mesa.

A mitad de camino a Raleigh, Bucky empezó a chisporrotear. Se tambaleó y finalmente se apagó. Un camión pasó bramando y nos sacudió como a una lancha. Salí a mirar el motor. Destapé el carburador y saqué el filtro.

«Bien —le dije a Angie—. ¡Préndelo!».

Giró la llave, pero el carro no prendió. Con la palanca de mi cortaúñas presioné la válvula de mariposa.

«¡Otra vez!», le dije.

El arranque chirrió débilmente. Angie apoyó la cabeza contra el timón.

«Otra vez —dije—, ¡pero húndelo hasta el piso!».

El chisporroteo fue aún más débil. Entonces, de repente, ¡Bbrrruum!, Bucky se sacudió y rugió de nuevo a la vida.

Puse otra vez el filtro y atornillé la tuerca de mariposa. Angie me dejó coger el timón.

Luego, suavemente, volví a llevar a Bucky a la carretera.

El territorio de Martin

Han pasado tres días desde el funeral de Martin. Es un gélido miércoles de marzo. Los copos de nieve caen ligeramente de un cielo bajo y plomizo. Estoy solo en casa cuando llega un carro. Parece ser el de la empresa de Martin. Un hombre se baja y estira los brazos. Arquea la columna y gira el cuello. Luego se acerca a la puerta principal, que nadie usa nunca.

No quiero hablarle, pero su estiramiento me dice que ha recorrido un largo camino. Lleva puesto un abrigo y un sombrero que se usaba en los años cincuenta. Encorva los hombros y exhala un vapor blanco.

«¿Sí, señor?».

«Hola, hijo». Se quita el sombrero y lo coge con ambas manos como un artista de vodevil. Tiene papada, el rostro áspero, ojos nerviosos y un peluquín barato, tieso y negro a pesar de sus patillas canosas.

«Mi nombre es Wayne Gupton —me dice—. Yo era colega de Martin». Una ráfaga de viento helado me atraviesa. Wayne se quita la nieve de los zapatos.

Le recibo el abrigo y le digo que soy el yerno de Martin. Observa la casa con detenimiento, como lo haría alguien en un museo.

«Siento no haber podido ir al funeral. —Tiene los ojos hundidos y expresión sincera—. Esto me ha dado muy duro. Puedes preguntarle a mi esposa».

Se sienta en la silla de Martin y enciende un cigarrillo.

«Martin y yo nos conocíamos desde hace mucho. Estoy hablando del 58. Roses me contrató para administrar Home Improvement. Pero yo sabía tanto de pintura como un marrano de días festivos. Seguramente descubrirían que mi hoja de vida estaba maquillada. Y como si fuera un milagro, entra Martin dando zancadas. Lo veo como si fuera ayer. Los días perrunos del verano con los ventiladores del techo zumbando. El viejo Martin con sus pantalones anchos y sus zapatos de dos colores. Se quedó todo el día conmigo, me enseñó todo lo que había que saber. Ese hombre me salvó el pellejo».

Gupton da una fumada y echa ceniza en su mano de dedos gruesos. La ahueca, como sintiendo su peso. Me levanto para coger un cenicero, pero ya ha metido la ceniza en el dobladillo del pantalón.

«Volví de Knoxville hace unos años. La empresa me despidió y no encontraba trabajo. Maldita sea si el viejo Martin no me salvó de nuevo. Hizo que me contrataran en Sherwin-Williams. Le debo mucho».

Gupton empieza a divagar sobre la «clientela» y el marketing, y al cabo de un rato dejo de oír sus palabras. Sucede con mucha frecuencia: no puedo distinguir lo que es real. Ahora Martin está en esa silla, recién llegado de un viaje de ventas, contando sus historias sobre el territorio.

Pasaba por Big Stone Gap cuando un enorme halcón se estrelló contra su parabrisas. En la foto de portada de *The Sentinel*, aparece parado junto al ave aplastada en el cristal, sonriendo como un cazador de presas grandes.

«¿Hijo?», dice Gupton con repentina preocupación.

El tiempo remite y retrocede, y recuerdo quién es él. Martin hablando de su amigo, Wayne Gupton. Relatando sus viajes y dónde paraban a comer; por ejemplo, en el bufé de la Cocina Campestre Coldtree. «Yo pedí costillas, y Wayne, rosbif en su jugo. Luego pedimos dos margaritas».

«Martin me habló de ti», le digo a Wayne.

«¿En serio? —pregunta Wayne, con la cara enrojecida—. ¿Qué dijo?».

***

«Salimos de la convención como a las ocho de la mañana. —Martin giró la muñeca para mirar el reloj—. Doce horas en la carretera. Deberían haber sido nueve, pero Wayne tenía que parar cada hora. Es el tipo más comilón y fumador que conozco. Repitió tres veces el plato fuerte. El orador no era otro que el entrenador Joe Paterno. ¿Y quién se sentó frente a él? ¡Wayne Gupton! —Martin echó la cabeza hacia atrás y se rio—. ¡Pero Wayne no sabía quién era Joe Paterno y no paraba de echarle humo en la cara! Le hice señas, pero no me vio. Cuando se lo dije, estuvo nervioso durante todo el viaje de regreso».

***

Wayne enciende otro Salem y contempla la nieve que cae suavemente como la ceniza.

«¿La esposa y la hija de Martin están?», pregunta.

«Se fueron a Raleigh», le digo, sin añadir que están devolviendo un vestido que le habían comprado a Martin.

Sin embargo, Wayne lo nota en mi cara. «Lamento haber venido tan pronto. Pero la empresa me envió a recoger las cosas de Martin».

Veo el temblor de su mano y tomo nota mental para preguntarle por eso a Martin. Hace apenas una semana que no lo veo, lo que no es raro mientras está de viaje. Cuando enviaron a su hermano a Beckley para buscarlo, yo estaba seguro de que él resolvería el misterio. E incluso cuando vi la figura de cera en el ataúd, supe que no era él.

«Hijo —dice Wayne—, puedo venir otro día…».

«Está bien», respondo. Voy por nuestros abrigos y lo acompaño a la oficina de Martin. El aire glacial huele a leña quemada.

Veo la puerta cerrada y casi la toco. Giro el pomo y el corazón me late con fuerza. Ahí está sentado Martin «trabajando en sus papeles», con las gafas bifocales sobre la nariz.

«¿Es aquí donde trabajaba?». La voz de Wayne me trae de regreso.

La espartana habitación huele a polvo y aceite de motor. Hay un escritorio metálico y una silla de madera, carpetas de archivos y latas de pintura. Un cenicero con dos colillas aplastadas. El calefactor eléctrico, que enciendo, emana un tenue resplandor rojizo. El calendario Sherwin-Williams pegado a la pared sigue señalando el mes de febrero. Martin murió el 29, un día antes de poder jubilarse. Solo porque este año es bisiesto.

Le pregunto a Wayne si Sherwin-Williams le dará la pensión a la mamá de Angie.

Wayne niega con la cabeza.

Jadea mientras levanta una caja de archivos. Le ofrezco ayuda, pero no la acepta. Me siento en el escritorio de Martin. El calefactor produce un zumbido. Con zozobra y algo de culpa, abro un cajón. Adentro hay tarjetas de colores, pinceles y un rodillo, que Martin, un purista, no dudó en descartar: no hay nada mejor que una pincelada limpia.

Siempre me impresionó su habilidad para mezclar pinturas. Sabía la combinación para obtener el tono preciso: rojo y azul para el añil, amarillo y anaranjado para el durazno. Tenía la costumbre de agitar cada tarro de pintura que veía, como si estuviera haciendo todo lo posible para evitar la sedimentación. Era un experto en superficies, desde la madera hasta el linóleo, y no le daba miedo subir escaleras ni trepar a los techos. Podía clavar un clavo con solo dos golpes: el primero para fijarlo y el segundo para hundirlo.

Pero lo que más me impresionó fue cómo administraba su territorio. Presidía un dominio de tres estados. A sus clientes les encantaba verlo llegar, ansiosos por oír sus anécdotas y su risa rápida y afable.

A menudo me imaginaba yendo al territorio con él. Atravesando montañas rocosas en medio de la oscuridad y la nieve, pasando por barrancos peligrosos, estando al tanto de sus pensamientos que rara vez expresaba, de sus preocupaciones por las averías, las cuotas y las facturas y, sobre todo, por el tiempo que pasaba lejos de su familia, el alto precio que eso le había cobrado.

«¡Jiú, hace frío!», exclama Wayne, frotándose las manos junto al calefactor. Tiene la cara enrojecida y los ojos brillantes por el frío, y también por algo que huelo en su aliento.

«¿Sabes? —dice respirando cerca de mi cara—. Martin era un gran hombre».

Intento no retroceder ante su olor.

«Las ventas se le daban fácilmente. Yo no cumplía con mis cuotas y los clientes se quejaban. Pero Martin siempre me cubrió la espalda».

Wayne mueve los labios antes de hablar. «Es una vida solitaria para un vendedor. Oyes muchas historias y algunas son ciertas. Conseguí una mujer en Tappahannock. La conocí en un salón de bingo. Tenía mal genio y decía groserías como una vagabunda, pero tenía un trasero que te hacía aullarle a la luna. —La risa ronca de Wayne se convierte en tos—. Solía verla cada vez que pasaba por allá. Pero después de enfermarme, no quiso verme. Ni siquiera cuando le compré una pulsera».

Mis ojos se fijan en el peluquín de Wayne, que parece un poco torcido. Y recuerdo a Martin decir que Wayne estaba enfermo.

«No te dediques a las ventas —me aconseja Wayne—. No son lo que eran cuando Martin y yo empezamos. Ya no hay la misma amabilidad. Ahora solo hay presión para vender. —Da una fumada a su cigarrillo y hunde las mejillas—. No soy una mala persona —me dice Wayne—. Pero no soy tan bueno como Martin. Nunca supe que fuera infiel».

Wayne lleva otra caja a su carro. Al abrir otro cajón, siento la presencia de Martin. Tiene puesto su largo abrigo de invierno. «Me iré por la mañana —me dice—. Te veré cuando vuelva».

En el cajón encuentro una caja de fósforos del Motel Elkton Lodge. La abro impulsivamente para mirar adentro. ¿Qué espero? ¿Un

número telefónico? ¿El nombre de una persona? ¿El nombre de una mujer?

«Eso es todo», anuncia Wayne, cerrando el baúl. Una capa de hielo se desliza y se resquebraja en el suelo. El cielo ya está oscuro y las luces chispean en las casas.

«Bueno, es hora de coger camino. Adondequiera que vaya, la gente me pregunta por Martin. Recorro sus carreteras, duermo en sus hoteles. Martin siempre está en mi mente. Ya lo ves, me dieron su territorio».

Le dirijo una mirada a Wayne y ahora entiendo. Fue enviado aquí por Martin, para entregar un mensaje.

La nieve sigue cayendo. Oigo el ruido de las cadenas protectoras en las llantas de un carro que pasa.

O tal vez no vino a traerme un mensaje. Tal vez va a llevarle un mensaje de regreso.

Wayne limpia la nieve del parabrisas y prende el carro. Retrocede vacilante por la entrada. Luego levanta la mano para despedirse. Este hombre extraño y nervioso que conoció a Martin con sus pantalones anchos y sus zapatos de dos colores. No quiero que se vaya.

Maullido

Kitty saltó por la ventana.

Miré hacia afuera, tratando de no despertar a Angie. La malla estaba tirada sobre el pasto. El aire era caliente y sin brisa, y una luna brillante revelaba cosas que normalmente no se ven.

Podía ver a Kitty arrastrarse por el cerco, acechando a la luz de la luna, asombrada por su brillo. Kitty se asombraba con facilidad. Para ella, todo era un misterio. Si yo movía el pie mientras dormía, ella brincaba. Pensaba que pequeñas criaturas se arrastraban bajo la sábana. Pero no le haría daño a nadie; tenía unos dientecitos de pez. No me entusiasmé cuando Angie dijo que quería un gatito. De donde yo vengo, los hombres tenían perros, y entre más grandes mejor. El derecho a alardear recaía en los dueños de los dóberman y los pitbull.

Recosté la cabeza en la almohada.

«¿Qué fue eso?», susurró Angie.

«¿Qué?», dije alarmado.

Últimamente tenía la extraña impresión de que Angie, acostada a mi lado, había accedido a mis pensamientos. No es que se entrometiera a propósito. Era más bien como una vecina que oyera voces a través de las paredes.

Entonces un maullido espeluznante atravesó la noche, surgiendo de las profundidades de mi infancia: un chillido acolmillado de ese

mandril del zoológico, tan despiadado y primario que me puso la piel de gallina.

«Uy —dijo Angie—, creo que Kitty acaba de perder su inocencia».

«¡Maldita sea!», dije levantándome de un salto.

«Cálmate —me dijo—. Te comportas como un padre sobreprotector».

Me quedé acostado, temiendo otro gemido aterrador. Una sensación de náuseas se alojó en mi garganta.

«¡Yaaah!». Algo saltó y desgarró la carne de mi pierna. Luego se lanzó sobre la cómoda, haciendo estallar los frascos de loción. Era Kitty, con el lomo arqueado y el pelo erizado, retrocediendo hacia un lado, como un cangrejo, contra la pared. Sus ojos proyectaban un resplandor escalofriante.

Me pregunté qué la había asustado. ¿Habría sido *yo*?

Entonces sentí una presencia en la ventana. Me giré y vi un par de ojos lascivos. Una criatura mucho más grande que Kitty, fornida como un bulldog, agazapada en el alféizar. Tenía la boca húmeda y carnosa, y su pecho sarnoso y palpitante emitía un gemido escabroso.

«¡Yaaah!».

Grité como para ahuyentarlo, pero la bestia simplemente me miró con desdén. Entonces se impulsó con sus poderosas patas traseras y saltó a la oscuridad, mostrando sus genitales desproporcionados.

«¡Lárgate!», grité cuando desapareció.

Angie temblaba y se tapó la cara con la sábana. Tardé un segundo en darme cuenta de que se estaba riendo.

***

Nuestro primer año de matrimonio había sido como armar un rompecabezas. ¿Cómo podía encajar yo con otra persona? ¿Y qué tan conectados debíamos estar? ¿Debería tener acceso a mis pensamientos más íntimos?

«Lo único que pido de ti —dijo Angie— es honestidad. Sin eso, las cosas no funcionarán».

Yo la había engañado con una contadora mayor que yo, llamada Rita Pruitt. Era la jefe del distrito para el Partido Demócrata. Una noche después de una reunión, varias personas salimos a tomar una cerveza. Rita escuchó mis opiniones sobre la justicia penal y luego me acompañó al carro. Me arrinconó contra el guardabarros, apretándome la entrepierna con su rodilla. El abismo entre sus pechos me daba vértigo. Dijo que su marido estaba en una convención de constructores. Fui a su casa como si me hubieran drogado.

La alfombra púrpura de Rita, sus obras de arte Day-Glo, su perfume hostigante y sus venas varicosas hacían difícil estar a la altura. Enfermo de remordimiento, volví a casa cojeando como un guerrero herido. Cuando el constructor regresó, la culpa en mis entrañas se revolvió como si estuviera en una mezcladora de cemento.

Yo me había resistido a un compromiso total con el matrimonio, pero después de la noche con Rita, me rendí incondicionalmente. Me invadió un sentimiento de serenidad. Empecé a disfrutar de tareas que antes me resultaban desagradables, como trabajar en el jardín o hacer mejoras en la casa. Y me apegué más a Kitty. Nunca estuve

más contento que cuando me arrunchaba en el sofá con Angie, al son de ese ronroneo bajo y rítmico.

***

Entonces llegaron los chillidos nocturnos.

Juré proteger a Kitty de cualquier peligro. Pero el chillido volvía de nuevo, en un dueto desgarrador. Y un torrente de imágenes espantosas me bombardeaba, escenarios en los que me acoplaba como un animal, los pensamientos tan vívidos como si Angie fuera a descubrir mi secreto. Resonaban en mi cabeza con tal fuerza que estaba seguro de que ella podía oírlos.

«No puedo soportarlo —dije—. Mataré a ese hijo de puta».

«Cálmate. Está siguiendo sus instintos».

«Solo porque tenga instintos no significa que tenga que seguirlos».

Los maullidos me dejaban exhausto. Me movía como un sonámbulo en mis horas de trabajo en el depósito. Luego llegaba a casa y encontraba folletos del distrito demócrata sobre reuniones y manifestaciones, con las iniciales R. P. y una carita sonriente. Estaba tan estresado que tuve la certeza de que Angie podía ver a través de mí. Decidí confesar.

***

Un día llegué del trabajo y encontré a Angie en la cama.

«¿Qué te pasa?».

«Kitty desapareció. Luego la encontré debajo de la casa. Estaba temblando y tenía los labios partidos. El veterinario me dijo que es sífilis».

Yo no sabía que a los gatos les diera sífilis.

Me acosté en la cama y vi las manchas de sangre en la pared. Entonces caí en cuenta: *era nuestra sangre.* Los zancudos se habían salido con la suya.

Respiré profundo. «Tengo que decirte algo».

«¿Qué?».

Una sombra cruzó la ventana. Abrí las cortinas para mirar.

«¿Qué es?».

«Voy a estrangular a ese maldito».

***

Kitty estuvo varios días donde el veterinario. Angie llamaba a menudo para ver cómo seguía. Le estaba dando duro. Yo no podía dejar de sentir que todo era culpa mía. Cuando Kitty volvió a casa, era una criatura temblorosa, nerviosa y asustadiza, especialmente conmigo.

«¿Está bien?».

Angie acarició el vientre hinchado de la gata. «Está embarazada».

«¿En serio?».

«El veterinario dijo que hay riesgo de aborto».

Una vena palpitó en mi frente. «Ese desgraciado».

«Shhhh», la arrulló Angie, abrazando a Kitty contra su cuello, con ese talento que tienen las mujeres para ignorar a los machos de la especie. Como si creyeran en la inmaculada concepción.

***

Yo salía a correr todos los días después del trabajo. «Necesito hacer ejercicio», le decía a Angie. Mientras trotaba, permanecía atento. Corría por calles y callejones que nunca había visto. Pasaba por los patios de la gente y fisgoneaba por sus ventanas, viéndolos cocinar, vestirse y discutir.

Cada día expandía mi búsqueda. Sabía cómo actuaban los gatos machos. Les gustaba hacer el trabajo sucio fuera de casa.

Lo vi cerca de la cuadra de Rita. Olfateó el aire y se escabulló entre los arbustos.

Unos días después, durante la cena, Angie dijo: «Recibí una llamada de Rita Pruitt».

Me detuve, con el tenedor en la mano. «¿De quién?».

Angie me miró. «Rita, la capitana del distrito. Preguntó por qué no hemos ido a las reuniones».

Me encogí de hombros y dije: «Esa gente me saca de quicio».

«Me cae bien», dijo.

Levanté la cabeza. «¿En serio?».

Angie explicó que hablaron un buen rato. Rita dijo que era importante conseguir el mayor número posible de voluntarios, y que nos esperaba en la reunión del jueves.

Me llevé más comida a la boca. En ese instante no sabía lo que estaba comiendo. «¿Dijo algo más?».

«Me contó que su madre no había estado bien y que después de las elecciones iría a visitarla. Mientras tanto, la gente ha estado

arrancando los letreros de la campaña. Y para colmo de males, se ha denunciado la presencia de un fisgón en su cuadra».

Solté el tenedor y lancé una mirada de desconcierto.

«Ya sabes: un mirón».

***

Kitty se recuperó lentamente. Le volvió a crecer el pelaje y el estómago se le abultó. Cuando cocinábamos en el asador, perseguía bichos entre los tréboles, con los bigotes contraídos. Angie, más animada, no dejaba de mirarla. Parecía destilar una maternidad vicaria. Me preguntó si estaba preparado para ser abuelo.

Una semana después, cuando yo salía por el periódico de la mañana, Lester Odom, nuestro vecino, que conducía un coche fúnebre, subió mis escaleras.

«Vi algo en la carretera», me dijo.

El zumbido de la autopista era ominoso.

Corrí descalzo por el pasto y al bajar la colina la vi tirada junto a la acera. Estaba retorcida en una posición poco natural, y el viento del tráfico le erizaba el pelaje. No era propio de ella intentar cruzar la carretera.

Me arrodillé y la toqué. Su pelaje parecía sintético, como una alfombra barata. La única sangre que pude ver estaba alrededor de su boca. Tenía el labio curvado de forma anormal, mostrando los dientes, y sus ojos tenían una mirada que no podré olvidar.

Una volqueta pasó tronando, seguida por varios carros. La gente estiraba el cuello para mirar. Entonces lo vi al otro lado de la carretera, deambulando por la berma. Tras advertir mi presencia,

levantó la cabeza y me miró largamente y con altivez. Luego giró y desapareció en el bosque.

Llevé a Kitty a la casa. Sentía que los vecinos me miraban. Angie esperaba en el porche abrazándose y temblando. La expresión de sus ojos era idéntica a la de Kitty. Era una mirada de fatalidad, pero no de sorpresa.

La viga

Joe Buffalo salió con una camisa de franela y un chaleco. «¿No tienes frío, verdad?», me preguntó. El vapor de su risa se hizo blanco en el aire.

Aunque mis tres capas de ropa me hacían caminar como Frankenstein, pensé que era él quien se veía ridículo. Su chaleco abultado sobre ese pecho tan grande como una nevera. El nombre de Buffalo le sentaba bien.

Me arrepentí de haber aceptado trabajar para él. A los veintiséis años, yo era demasiado viejo para los trabajos de esclavo. Pero estar desempleado me convertía en presa fácil y Joe sabía cómo jugar con tu ego.

«Tenemos un gran trabajo por delante, campeón. Vamos a poner una viga en I».

Le gustaba decirle «campeón» a la gente. Te hacía sentir especial, al principio. Todos los días a la hora del almuerzo, cuando yo trabajaba en la cafetería, entraba encabezando su séquito y dando zancadas con su voluminoso llavero tintineando en el cinturón. El tamaño de su comitiva variaba, pero siempre incluía a su hombre de confianza, Stanley, un tipo con una pierna ortopédica, y a su «trabajador», cualquiera que pudiera contratar por una miseria. Y hoy, ese imbécil era yo.

No tardé mucho en saber la historia de Joe. Había sido campeón estatal de Virginia en salto con pértiga. Después de la universidad,

fue contratado por la ciudad como director de recreación. Podías verlo en verano, bronceado y con un pito, dando órdenes a los trabajadores del municipio. Pero Joe Buffalo tenía aspiraciones más grandes. Con sus ahorros compró un terreno grande y construyó una casa alejada de la carretera. Luego montó una perrera y pintó el logotipo «Perreras Buffalo» en su camioneta. Su negocio prosperó y abrió otros, como la cría de ganado y el alquiler de maquinaria agrícola. Posteriormente empezó a cuidar perros de exposición —«Ahí es donde está el dinero»— y a llevarlos a concursos en su van personalizada.

«Quieto, Tippy —le espetó al perro del tamaño de una rata que me ladraba en los tobillos—. Siéntate. Quieto». El perro obedeció, con las orejas erguidas. Nunca me han gustado esos perros diminutos e hiperactivos, pero este era risible al lado del grandulón de Joe.

«Buen chico —dijo él—. Cuando se jubile el mes que viene, sus honorarios como semental valdrán una fortuna».

«Guau. ¿No te da miedo dejarlo salir?».

«Está asegurado, pero lo mantengo aquí —Joe mostró su sonrisa confiada—. Este pequeño semental ha sido bueno conmigo. Su dueño me regaló una mesa de billar a cambio de tenerlo aquí. La viga es para reemplazar los postes metálicos que me estorban cuando juego».

Joe me llevó hasta la larga viga de acero en forma de I, cubierta de escarcha sobre el pasto. Parecía una vía de tren que no llevaba a ninguna parte.

«¿Te sientes fuerte hoy?», me preguntó Joe, apretándome el bíceps.

Tippy ladró y me mordió los tobillos. Joe se rio.

Encadenó la viga a su tractor y la arrastró por el suelo helado. Luego, con la pala cargadora, la empujó a través de la puerta del sótano, dejando rayones en el marco y agujereando el piso. Tenía una mirada de feroz determinación, como si la fuerza del tractor fluyera de él.

La viga yacía pesada y desgastada, vencida como un trofeo de caza mayor. «¡Muy bien, campeón! —gritó Joe—. Levantamos esto y estaremos listos para jugar billar en serio».

Señaló la mesa con gruesas patas de caoba y una cubierta que protegía su afelpada superficie verde. A su alrededor, tres parales de madera sostenían el techo del sótano.

Me quité el gorro y aspiré el olor a cemento y queroseno. En un rincón estaba la estufa de leña de la que Joe presumía y que había diseñado para calentar toda la casa. Hablaba de toda la leña que había cortado y de lo que había ahorrado en las facturas de la calefacción. Todos en la cafetería escuchaban, quisieran o no.

Joe abrió tres cajas largas. «Estos son los gatos de piso», dijo. Colocó uno junto a cada listón y levantó uno de ellos con un gato hasta tocar el techo. Se puso guantes y gafas protectoras y encendió el soplete. Trazó una línea candente alrededor de la parte superior e inferior de cada poste hasta que cayeran en mis manos. Cuando llegó al tercero, respiré hondo. Pero Joe estaba sorprendentemente tranquilo. Cuando el poste se soltó, miramos al techo, ya sostenido por completo por los parales.

«Ahora nos falta la parte difícil».

Le dirigí una mirada.

Con un guiño que dejaba al descubierto uno de sus colmillos, se dio un golpecito en la sien.

Oímos pasos en las escaleras. La mujer de Joe bajaba con un canasto de ropa sucia y un niñito de ojos azules iguales a los de su papá.

«Hola, Tigresa», le dijo él.

Ella se dio vuelta, entró al cuarto de ropas y empezó a echar ropa en la lavadora.

«Ey, Tigresa, funciona a las mil maravillas».

«Mmm», exclamó ella y llevó al bebé arriba.

Ayudé a Joe a colocar bloques de concreto en cada extremo de la viga.

«Ahora —dijo—, levantemos este bloque de mierda».

«¿Has hecho esto antes?», pregunté.

«No te preocupes. Es pan comido».

Una vena apareció en su frente cuando levantamos un extremo de la viga y lo colocamos sobre un bloque. Luego hicimos lo mismo con el otro extremo. A continuación, Joe levantó la viga con el gato y deslizamos un segundo bloque debajo.

«¿Ves? —me dijo él. Subimos la viga de bloque en bloque hasta llegar al techo—. Levantemos este y te invito a comer».

Mientras trabajábamos, oscilaba entre sus dos temas favoritos: el imperio de Buffalo y los deportes. Contó sus hazañas como campeón de salto con pértiga.

«Fue mi último intento con 13’8”. El ganador del año anterior había fallado. Hice un buen sprint y lo superé, pero sentí que mi pie rozaba el listón. Aterricé en el foso y miré nervioso hacia arriba. Pude ver que se tambaleaba. Contuve la respiración durante lo que

me parecieron años. Pero luego, por Dios, permaneció ahí. Pensé que el entrenador Grady me besaría».

El bebé lloraba arriba. *De hambre*, pensé, mientras me rugía el estómago.

«Sería mejor si termináramos antes del almuerzo», dijo Joe.

Eso no era tranquilizador. Si los postes eran resistentes, ¿qué diferencia supondría una hora?

Después de colocar el séptimo bloque, la viga comenzó a balancearse.

«Sostenla firmemente —dijo Joe—. Mira si hay grietas».

¿Grietas? Esa posibilidad nunca me pasó por la mente.

«No te preocupes, campeón. Todo bajo control».

Pasamos otro bloque bajo la viga. «¡Espera a que el viejo Stan se entere! Aprenderá a no dudar de mí».

«¿No pensaba que funcionaría?».

«Ya lo verá».

«¿Por qué no vino hoy?».

«Tenía una cita médica».

«¿Sí?».

«Es demasiado vanidoso para usar muletas, así que ha estado renqueando. Pero es genial cómo se mantiene activo. Tiene una discapacidad, pero detesta estar encerrado. Por la gracia de Dios».

La lavadora se detuvo con un clic.

«¿Estuviste en Vietnam?», le pregunté.

«No, solicité un aplazamiento por estar estudiando. Menos mal, porque mi número en la lotería de selección al servicio militar me obligaría a enlistarme muy pronto».

Joe ajustó el gato. Ahora venía la parte más difícil: poner la viga a ras del techo. Se tambaleaba ligeramente. Me aseguré de que los bloques no tuvieran grietas. Subí a un taburete y me agarré de un madero para mantener el equilibrio.

«¡Cuidado! —gritó Joe—. ¡Ese cable está caliente!».

Aparté la mano de un tirón.

Joe silbó aliviado. «Unos tipos sostenían una escalera de aluminio en un trabajo de construcción y tocaron un cable de 20.000 voltios. La descarga fue tan potente que les reventó los ojos».

Cuando por fin atornillamos la viga al techo, llegó el momento de quitar los postes. Joe dejó de hablar. Mientras él examinaba la viga, me acerqué a la puerta. Bajó dos gatos y empezó con el tercero. Nuestros ojos estaban fijos en el techo. Se oían voces apagadas arriba.

Joe apretó la mandíbula y soltó el mecanismo. Entonces, con un sonido como el crujido de un barco, el techo pareció inclinarse. Joe quitó el último poste y la viga quedó fija sosteniendo la casa.

«¡Muy bien, campeón!», gritó Joe.

Me maravilló su certeza al dirigirse a la puerta.

«Ven —dijo—. Vamos a la cafetería».

Cogí mi gorro y lo seguí a su camioneta. Tippy ladraba desde el porche. La esposa de Joe salió con un niño en cada brazo. Otra mujer, un poco más joven, tal vez su hermana, le seguía.

«Ven acá, Tippy», lo regañó ella. Las mujeres entraron de nuevo sin mirarnos. El humo de la chimenea se elevaba, mezclándose con las nubes bajas y grises. Mientras atravesábamos la entrada larga y sinuosa, miré hacia atrás para ver si la casa seguía en pie.

***

Joe entró a la cafetería, con su manojo de llaves tintineando, seguido de su séquito: yo. Las ventanas estaban empañadas por el vapor de la cocina y la charla se mezclaba con el repiqueteo de los platos.

Habíamos pedido pollo frito cuando Stan entró cojeando.

«¡El viejo Stan! —gritó Joe—. Creías que no lo lograría».

Relató su éxito con la viga. Stan me miró. «Nunca desestimes a Joe Buffalo».

Mientras comíamos, Joe esbozó su plan de expansión. Compraría más tierras y empezaría a criar caballos. Luego instalaría un sistema acuapónico para el cultivo de plantas y la cría de peces. En una servilleta dibujó una pirámide.

«Esto representa a cien personas. —En la base escribió 56%—: Estas personas habrán muerto a los sesenta y cinco años. —Un poco más arriba, escribió 23%—: Estas serán mantenidas por el gobierno. —Arriba de eso, 16%—: Y estas contarán con el apoyo de familiares y amigos. —En la cúspide de la pirámide escribió 5%—: Estas son las que serán autosuficientes. —Me agarró el hombro—: Campeón, allí estoy yo».

***

Cuando subimos a la camioneta, Joe encendió la calefacción. El número de casas disminuía a medida que salíamos del pueblo. Los árboles estaban desnudos bajo un cielo nublado.

Joe volvió a hablar de deportes. Me preguntó si había jugado fútbol. Le dije que lo había intentado, pero nunca fui convocado.

«Eliminado», dijo Joe, como si recordara la expresión. Una mirada distante apareció en sus ojos.

«Recuerdo las pruebas de atletismo del tercer año. En segundo año, yo había terminado entre los cinco primeros lugares en siete competiciones. Cuando se publicó la lista, casi ni me molesté en mirarla. Pero cuando lo hice para asegurarme, ¡mi nombre no estaba ahí! No pude creerlo. ¿No me habían seleccionado? Casi me desmayo. Fui directamente al entrenador Grady y le pregunté qué pasaba. Resultó que era solo un error».

Joe redujo la velocidad. Varios carros nos adelantaron mientras él miraba fijamente la carretera. Por un momento vi otra versión de él: un estudiante joven y delgado, mirando una lista en la que no aparecía su nombre.

Empezó a caer aguanieve y Joe prendió los limpiaparabrisas. Entonces lanzó un grito. «¿Y sabes qué? En mi último año, ¡volvió a ocurrir!».

Joe manejó aún más despacio. Agarró el volante con ambas manos.

Sacudió la cabeza y dijo: «¿Cómo fue que mi nombre no apareció en la lista durante dos años *seguidos*?».

No hablamos durante el resto del trayecto. El aguanieve golpeaba la camioneta como si fuera gravilla. Llegamos a la entrada y nos acercamos a la curva desde la cual se veía la casa.

Al doblar la curva, vi la cara de Joe. Tenía la expresión de un saltador de pértiga, tendido en un foso de espuma y mirando fijamente la vara. Parecía estar inmóvil, pero él sabía en el fondo

que estaba a merced de la más leve ráfaga de aire, del más ligero soplo exhalado por la tierra.

Patas

Había sido una noche agitada. Mis sueños eran inquietantes. Me desperté con el sonido de un carro en la entrada. Permanecí inmóvil hasta que sentí que la cama se movía. Entonces el arco de su pie se posó sobre mi pantorrilla. Podía oler el bourbon, pero mantuve mi respiración constante.

Cuando salió el sol, me quedé acostado mirándola dormir. Claro, yo tenía parte de la culpa. Nos habíamos excedido en nuestros primeros dos años. Siempre dormíamos con nuestros cuerpos tocándose. «Relajarnos» había sido mi brillante idea.

El aliento de Angie olía a licor. Su piel era cálida, casi febril. ¿Debería creer yo que había estado cuidando huérfanos?

***

La situación había comenzado varios meses antes. Volvió a casa hablando de huérfanos. Bueno, no de huérfanos realmente. Su mamá había contratado a un tipo para que le arreglara el techo. Angie le llevó té helado. Se llamaba Barry y era parlanchín. Le dijo que le había tocado mandar a sus hijos a un hogar de acogida.

«Es un hombre sensible —dijo Angie—. Lo que les hizo a sus hijos lo está matando».

«¿Por qué lo hizo?».

«Por su esposa —dijo Angie—. Es una perra. Los niños son de su primera mujer. La nueva no los soportaba. Le dijo a Barry que alguien tenía que irse. Así que los llevó al hogar infantil Optimist».

Era un drama, de verdad. Angie me mantenía informado. Barry solo podía verlos cada domingo. Después de cada visita, lloraban en la puerta. Un domingo, él no fue capaz de despedirse y entonces los llevó de vuelta a casa. Su nueva esposa pareció ablandarse por un tiempo. Luego notó que ella les pegaba. Tuvieron una pelea muy fuerte y ella se fue a Georgia.

Fue entonces cuando Barry le pidió a Angie que le ayudara a cuidar a sus hijos. No quería perderlos. Y Angie tenía debilidad por los niños. Últimamente pensaba en su reloj biológico. De nada servía recordarle que no tenía treinta años todavía. Hay algunas discusiones en las que te sientes mal cuando ganas.

Para despertarla, me levanté y salté en una pierna, fingiendo tener un calambre.

«¿Estás bien?», preguntó Angie.

«Sí», dije haciendo una mueca.

Angie sonrió crípticamente. «Échale un vistazo al congelador».

Lo abrí y salió una ráfaga de niebla fría. A través de ella divisé una bolsa llena de patas. Pares de patas pequeñas unidas en la entrepierna.

«¡Patas de rana! —dijo Angie—. Barry las arponeó anoche».

Eran pálidas y sin piel, larguiruchas y crudas, con una musculatura que parecía casi humana. Las rodillas se abrían hacia afuera, como si estuvieran interpretando un ballet. Había algo en ellas que parecía indecente.

Angie se levantó para preparar café. Hacía poco se había hecho la permanente. A esto se sumaban otros cambios, como la nueva chaqueta de jean, el gusto por la música country y cambiar la cerveza por el bourbon Henry McKenna. Ella le decía Henry.

«Sacó veinticuatro pares —dijo Angie—. La mejor noche de su vida».

«Genial».

«Me pidió prestado el carro porque su van está dañada. Para compensar el largo tiempo que pasó cazando, nos dio la mitad de las ranas».

«¿A qué horas regresó?».

«No estoy segura —dijo Angie—. Volverá esta noche y quiere que vayas con él».

***

Nos dirigimos a la casa de Barry al anochecer. Angie manejaba y puso a Kenny Rogers. Cantó la letra y cerró los ojos en las mejores partes.

Bajé la ventanilla y ajusté el asiento, que había sido movido de su posición habitual.

«¿Quieres una?», pregunté, mientras cogía una cerveza.

«No —dijo Angie—. Mejor paro y compro un Henry».

Saqué el brazo por la ventanilla. «No sé. No estoy a favor de la caza. Ya sabes, acechar a tu presa…».

«Te gusta pescar. ¿Cuál es la diferencia?».

Pensé en eso. «Las ranas son anfibios».

Ella me miró. «¿Y qué?».

***

La casa, una monstruosidad vieja y descascarada, se encontraba en un sector despoblado de la autopista. Estaba entre una iglesia pentecostal y una fétida planta química. Barry estaba sentado en las escaleras, con pantalones camuflados y una camiseta de Willie Nelson. Se echó hacia atrás su pelo largo y enredado. Parecía una mezcla entre el Hombre Marlboro y la versión americana de Jesucristo: barba leonada y ojos verdeazules. También tenía treinta y tres años, pero el parecido terminaba ahí. Sobre su regazo había algo que parecía una horca.

Se levantó para saludarnos cuando cruzamos el patio cubierto de maleza. Las venas de sus brazos estaban hinchadas como cuerdas.

«Linda casa —comenté, por decir algo—. Lástima que la vayan a tumbar».

Angie me había dicho que pertenecía a la iglesia y que querían ampliar el parqueadero.

Barry resopló. «Un día mis hijos jugaban afuera y unas personas vestidas con túnicas les tiraron piedras».

Luego señaló la planta química. «¿Ves aquellos pinos a lo largo de la cerca? Empezaron a ponerse cafés y una madrugada los pintaron con aerosol».

Barry restregó la tierra con su bota. «Tengo que hacer lo mejor para mis hijos». Miró a Angie. «Entra a la cueva».

La sala tenía techos bajos y paredes con paneles oscuros, de los que colgaban cuernos montados en placas. Había más en el piso.

También había un armero y una vitrina de cuchillos. Una hachuela de carnicero de aspecto medieval estaba clavada en un panel.

«Esa cosa tiene cien años. Un hombre me ofreció una escopeta por ella. La conservo porque fue con ella que mi exesposa me dio el golpe de gracia».

Los dos hijos de Barry corrieron hacia Angie. La barriga del menor sobresalía de su camisa. Los hombros de su hermano eran erguidos como los de su padre. Se sentaron en el sofá para ver una película de desastres. Unas personas corrían y gritaban.

Angie se sentó con ellos y se quitó los zapatos. Encontró un cenicero en un santiamén. Este era otro hábito nuevo. El año anterior, ambos habíamos dejado de fumar.

«¿Estás listo?», me preguntó Barry.

«Tan listo como pueda estarlo».

«Está bien, chicos, hagan lo que diga Angie».

Luego me pasó un arpón. Miré a Angie.

«Buena suerte, chicos».

***

A unos diez kilómetros por la carretera, Barry tomó un camino angosto y destapado. Manejaba el carro de Angie, pues su van seguía dañada. Fumamos el porro que había traído él y estábamos trabados. Apagó las luces y avanzamos dando tumbos en la oscuridad. Entonces se detuvo y bajó del carro. Me dio la espalda como un duelista y orinó entre la maleza.

Las luces de un vehículo se acercaron.

«¿Debemos escondernos?», le pregunté.

Barry se agachó detrás del guardabarros. «Realmente no», dijo cuando el vehículo se alejó.

Abrió el baúl y me entregó mi equipo: una linterna, un cuchillo y una bolsa para guardar mi captura.

«Este año lo estoy haciendo bien —dijo Barry—. Tienes que guiarte por las fases de la luna». Hizo una pausa antes de revelar su secreto. «La mejor época para arponear es durante la medialuna».

Miré arriba y la vi.

Caminamos entre la maleza y escuchamos un sonido: una especie de gemido profundo como los cuernos de una orquesta.

Barry sonrió con picardía. «Tuve suerte de encontrar este estanque. ¿Ves cómo los árboles lo ocultan de la carretera?».

«¿Conoces este bosque?».

Asintió. «Cuando mi primera esposa se fue, traje a mis hijos aquí y vivimos en la van».

«¿Cómo te las arreglaste?».

«Cazando, pescando… con un poco de esto». Levantó su arpón.

De repente, vi a Barry bajo una nueva luz: un habitante del bosque, un preparacionista, un hombre que vivía según un código de principios.

Barry se puso su gorra camuflada. «Apaga tu linterna», dijo.

Las luces de una finca relucían en la distancia.

«¿Les molesta que estemos aquí?».

Barry subió hasta la hilera de árboles. «Cuando pregunto, la gente dice: "Hombre, no pinches mis ranas. Me gusta oírlas de noche"».

El término «caza furtiva» me vino a la mente.

«¿Sabrán que estuvimos aquí?».

«Seguro, por el silencio. Las ranas tardarán dos años en repoblar el lugar».

Barry encendió un cigarrillo, ahuecando la mano para proteger la llama. El croar sinfónico se amplificó.

«Lo reconozco —dijo—, suena bien».

Una figura apareció en la ventana de la finca. La brisa trajo un débil sonido de voces. Barry, con su camuflaje, desapareció de mi vista. Miré hacia el carro de Angie.

***

Cuando alcancé a Barry entre los matorrales, estaba rígido como un gato a punto de abalanzarse. La luz de la luna resplandecía en el agua inmóvil y vidriosa. Entonces, se arrojó de repente y clavó el arpón. Se dio vuelta y sacó algo hacia arriba, verde y resbaladizo, que se retorcía. Sacó el cuchillo y cercenó las patas. Luego, con unas pinzas, le quitó la piel y lo sostuvo como si fueran unos leggings. Para entonces, la rana casi había dejado de forcejear. Arrojó el torso —¡plop!— al agua y echó las patas traseras en su bolsa.

«¡Una rana! —dijo, mientras limpiaba en sus pantalones el cuchillo ensangrentado—. Deberíamos hacernos en lados diferentes».

Estuve de acuerdo.

Barry entrecerró los ojos al mirar el estanque oscuro y turbio. «Yo estaría bien si no fuera por las mujeres».

***

Al otro lado del estanque, vi la luz oscilante de Barry. Había muchas ramas y enredaderas a mi alrededor. Mis tenis se hundían en el barro, como si se tratara de arena movediza. La piel arrugada de una serpiente se enroscó alrededor de mi pierna. Pero lo más desconcertante fue la matanza que Barry había perpetrado la noche anterior.

La orilla estaba cubierta de cadáveres desmembrados. Parecía un espantoso campo de batalla. Mientras avanzaba entre las víctimas, hice crujir un matorral. Algo saltó y produjo un chapoteo, y mi corazón se detuvo. Un segundo después, escuché otro panzazo.

Entonces, un par de ojos brillantes me miraron fijamente. Estaban congelados en la luz de mi linterna. Agarré el arpón como me había dicho Barry y apunté al agua.

Justo antes de lanzarlo, vi que a la rana le faltaban las patas traseras. Sus patas delanteras, pequeñas y rechonchas, se movían patéticamente.

Caminé, sintiéndome desconcertado. ¿Barry me había traído aquí para hacerme vadear entre sus restos? Su luz parpadeó.

***

Tras esquivar algunas ramas bajas, llegué a un lugar virgen de la orilla, libre de partes de cuerpos. Esa playa serena e idílica había escapado a la aniquilación. La arena era limpia y blanca. Entonces mi linterna reveló algo entre los nenúfares.

Era un sapo gigante. Y, cosa rara, tenía dos pares de ojos. Vi que llevaban un buen tiempo observándome.

El sapo enorme estaba a horcajadas sobre su amante. La duplicaba en tamaño y su cabeza era grande y ancha. La hembra también era llamativa. Debían estar contentos en esa pequeña ensenada pacífica, su refugio de las hostilidades.

Casi a su alcance, me acerqué un poco más. El cuerpo del sapo se tensó, sus ojos atentos.

Sentí a Barry detrás de mí, listo para atacar si yo me paralizaba. El corazón me martillaba. Me preparé para atacar. Pero, de repente, saltaron con un chapoteo al centro del estanque.

***

«Shh —dijo Barry—. Viene alguien».

Subimos el terraplén y miramos hacia el campo, donde un par de luces se movían hacia nosotros. Tras oír un grito, nos agachamos y corrimos al carro.

Barry manejó un buen rato con las luces apagadas. Cuando llegamos a la autopista, prendió un cigarrillo. «No siempre he hecho lo correcto», dijo. Escupió una mota de tabaco. «Para que quede claro, fui yo quien tiró la hachuela. —Luego me miró de reojo—. Pero Angie no necesita saberlo. Apenas arregle mi van, llevaré a mis hijos a Kentucky».

***

Angie estaba dormida en el sofá de Barry. Se sentó, parpadeando contra la luz. «¿Y?».

La pregunta parecía dirigida a Barry. Él soltó los arpones y fue a la cocina. Salí hacia el carro, esperando que Angie me siguiera. Dijo que saldría en un minuto.

Me quedé sentado mirando la media luna. Se había movido a otro punto en el cielo. Cuando Angie salió, Barry nos observó desde el porche.

Durante un largo rato, apenas hablamos. Entonces Angie se inclinó y me besó en la mejilla.

***

No he vuelto a cazar ranas desde esa noche y no pienso volver a hacerlo. Podría haberme olvidado de todo, salvo por un recordatorio. En el fondo del congelador hay una bolsa abultada. Nunca se menciona ni se tira. Mientras más tiempo pasa, menos seguro estoy de que contenga lo que pienso.

Clases de lenguaje

Como si las cosas no fueran ya lo suficientemente malas, la señora Lorraine, mi directora en el instituto de lenguaje, me llamó para asignarme un estudiante japonés de seis años llamado Sori. Yo solo le había enseñado a adultos. Tenía muy poco contacto con niños. Y, la verdad, no tenía ganas de hacerlo. Este era un asunto demasiado evidente en las cenas familiares de la madre de Angie, a las que yo llegaba tarde, con una cerveza Blatz en la mano.

Había sido un verano largo y bochornoso y, por razones que no estaban muy claras para mí, toda comunicación con Angie, al igual que nuestro prado, se había marchitado. La sequía. Era una explicación tan buena como cualquier otra. El pasto chamuscado y lívido, y ese aroma en el aire como algo que arde o está a punto de hacerlo. Y ese caparazón de chicharra en una pared durante todo el verano: un cerdo pequeño y feroz con pinzas de cangrejo.

Me llamaron a mediados de la mañana. Angie estaba en su clase de aeróbicos. Yo había encontrado una chicharra de marihuana en un cajón y me la había fumado. Tal vez fue por eso que acepté darle clases al niño. Lo último que necesitaba era perder mi empleo. Tal como estaban las cosas, yo trabajaba apenas medio tiempo.

«Hablé con el padre de Sori —dijo la señora Lorraine—. Vino aquí para trabajar en IBM. Dijo que el pequeño está pasando por un momento difícil. No habla en clase ni juega con sus compañeros. Su maestra no sabe qué hacer».

Abrí una Blatz y salí descalzo al escalón calcinado por el sol. Como era de esperarse, apareció un enjambre de avispas, revoloteando sedientas sobre mi cerveza. Cuando la levanté para tomar, un zumbido furioso rozó mis labios. El enjambre ascendió un punto estratégico y permaneció en el aire.

Me retiré al porche cerrado. Las plantas colgantes, marchitas y resecas, parecían ajenas a toda esperanza. Me senté en el sofá donde Angie y yo recibíamos la brisa nocturna después de hacer el amor. Llevábamos semanas sin sentarnos ahí.

Unos días antes, Angie insinuó que yo había perdido el interés en las plantas. ¿Cómo podía decir eso?, protesté. ¿No le ayudé a trasplantarlas? Sí, pero ¿cuándo fue la última vez que las regué?

Entonces comprendí. A medida que pasaban los días y las matas se marchitaban, Angie se limitaba a mirarlas, sin hacer nada. ¿Me estaba poniendo a prueba? ¿O le había dejado de importar? ¿Qué nos estaba pasando? Que yo supiera, no había mala voluntad. Nos adorábamos. O lo habíamos hecho. Sin embargo, apenas habíamos dicho una palabra desde el domingo, cuando me dijo que se le había retrasado la regla.

***

Apresurándome a salir de la casa antes de que Angie llegara, me eché gotas en los ojos. Luego manejé hasta la escuela primaria de Sori.

El olor a tiza y a pisos encerados me remitió al pasado. Pasé junto a una mujer que tenía un parecido sorprendente con mi maestra de cuarto grado, la señora Jenkins.

Una vez, la señora Jenkins invitó a una adivina a la clase. Se ofreció a leer la suerte de dos estudiantes. Uno de ellos era yo. Mis compañeros le preguntaron si yo sería un gran torpedero. La adivina examinó los pliegues de mi palma. Dijo que, en efecto, yo estaba destinado a la grandeza, aunque no necesariamente como deportista. Mis compañeros exclamaron «ooh» y «aah».

Era la primera vez que regresaba a una escuela. Si la mujer hubiera sido profética, yo habría vuelto caminando entre aplausos. En cambio, entré por una puerta que decía «Niños» y oriné en un orinal que me llegaba a las rodillas.

«Clase —anunció la maestra—, este es el tutor de Sori. Sori, tesoro, acompaña al señor Trey». Los niños me miraron a mí, y luego a Sori. El chico, de un metro de estatura, con una mata de pelo negro, miraba hacia adelante con la misma rigidez de un centinela.

En la biblioteca nos sentamos en sillas diminutas ante una mesa bajo la cual apenas cabían mis piernas. En un tablero decía: «El clima». Tenía imágenes del sol, del viento y de la lluvia. Recordé una época en la que estas cosas eran desconcertantes. Sin embargo, en cierto modo, todavía lo eran.

«Hola —dije—. Me llamo Trey».

Sori bajó la cabeza.

«Repite, por favor. Me llamo Sori».

Sori permaneció en silencio.

«Sori», dije con un poco más de firmeza.

Levantó la mirada con los labios apretados, como negándose a tomar una medicina.

***

El carro de Angie estaba afuera de la casa. La forma en que se encontraba parqueado me revolvió el estómago. Sostuve la puerta mosquitera para que no se cerrara de golpe. Las matas no mostraban señales de recuperación. Había hojas secas esparcidas por el suelo.

Volví al dormitorio, donde zumbaba un ventilador de techo. El vapor de la ducha olía a champú de lilas. Angie salió del baño envuelta en una toalla.

La dejó caer. Luego se sentó en la cama y empezó a aplicarse crema. Levantó una pierna y luego la otra, deslizando las manos desde el tobillo hasta el muslo. Luego se puso los calzones y se levantó para subírselos. Sus senos, de un tono más claro que sus hombros bronceados, colgaban modestos, sublimes. Se puso una blusa de algodón amarilla.

Angie estaba pasando por un periodo de delgadez. Sus senos crecían y menguaban como la luna. Aunque la etapa de plenitud era encantadora, la modestia de la mengua podía punzarte el corazón.

Se sentó para maquillarse. Cuando hablé, se giró rápidamente. «Me asustaste». Sus ojos parecían cautelosos y tímidos, como los de alguien que trata de pasar desapercibido en una alineación policial.

Se puso las sandalias y cogió las llaves. Recordé que iba al *baby shower* de su hermana.

«Compré un kit de prueba en la farmacia», dijo Angie.

Yo estaba respirando por la boca.

«Todavía no lo he usado —dijo, mirándome—. Pero ¿y si…?».

«Esperemos los resultados».

Angie fue hacia la puerta. «Sí, cualquier cosa menos hablar». La puerta mosquitera, con resortes apretados, se cerró de golpe.

La vi alejarse con sus jeans ajustados. El exhosto de su carro, que yo no había arreglado, gruñó como una Harley. Abrí una lata de Blatz.

Cuando me desperté tarde esa noche, su carro no estaba. Al mirar hacia el cielo, me sentí en la cúspide de una epifanía. Pero a la mañana siguiente seguía sin llegar. Todo lo que yo podía recordar era estar en la cocina sacando arvejas de una lata con los dedos.

***

«¿Has hecho algún progreso?», preguntó la maestra de Sori.

«Es algo gradual», dije.

«Me preocupa Sori. Siempre está solo. Parece vivir en su propio mundo».

Mientras íbamos a la biblioteca, Sori se rezagó, rastrillando su lápiz por los casilleros metálicos. Apreté mis piernas debajo de la mesita y sentí un dolor de cabeza. Unos niños entraron en fila y nos miraron como a unos extraterrestres.

Esbocé una sonrisa. «Hola, Sori».

No hubo respuesta.

Le mostré libros ilustrados, tarjetas didácticas y bloques de letras, tratando de despertar su interés. Nada funcionó. Entonces vi un globo terráqueo grande y de colores. Lo puse sobre la mesa y lo hice girar.

Sori levantó la vista con una atención velada.

«Mira —dije—, ¿qué país es este?».

Sori no respondió. Pero tampoco apartó la mirada.

«Aquí están Nueva York y Washington, D. C. Muéstrame tu país».

Nada.

«Sori», dije con un leve tono de frustración. El bibliotecario me dirigió una mirada.

«Sé que no eres feliz —le dije—. Pero no necesito esto. Tengo mis propios problemas». Como no respondía, empecé a juguetear con los bloques, alineando las letras sin pensar. Llegué hasta EMBARAZ y me detuve.

***

Al volver a casa, me puse una pantaloneta, fumé un porro y preparé café. Entonces recibí una llamada de la señora Lorraine.

«Hablé con el padre de Sori», me dijo.

Al estirar el cable del teléfono, algo se cayó y un filtro de café ardió en llamas. Mientras lo golpeaba con un trapo, presioné unos botones con el mentón y el teléfono hizo sonidos de marcado.

«¿Trey? ¿Estás ahí?».

«Me temo, señora Lorraine, que esto no está funcionando».

«¿Ensayaste con los libros ilustrados?».

«Lo intenté todo».

La señora Lorraine suspiró. «Pobre muchachito».

Tiré el trapo quemado al lavaplatos. «Lo siento, señora Lorraine».

«Por favor —suplicó—. Un intento más. Esta vez en su casa, ¿de acuerdo?».

El olor a quemado persistió.

***

Se oyó el rugido de un exhosto en la entrada. Angie, que tenía una trusa azul, entró cargando una bolsa con alimentos. Fingí leer un libro. Cuando levanté la vista, estaba frente a mí, dándole una fumada a su cigarrillo.

«Bueno —dijo—, me hice la prueba».

Yo no podía respirar.

«Salió positiva».

Sentí la boca demasiado seca para hablar. Los ojos de Angie me traspasaron.

«No te preocupes —dijo, arrojando la ceniza al piso—. Llamé a Planned Parenthood».

El rubor de su rostro me conmovió. Pero aun así, no podía pronunciar ni una palabra.

«Eso fue lo que pensé», dijo con amargura. Se dio vuelta y se apresuró afuera. La seguí por el polvoriento camino de entrada. Quería que me dijera qué decir. Pero subió a su carro y se fue.

***

El apartamento de Sori estaba en un laberinto de edificios idénticos. Di vueltas en el carro mientras buscaba el D-18. Una ráfaga de aire fresco me recibió en la puerta. Frente a mí apareció una mujer con un kimono rojo de seda.

«Pase; siga adelante», dijo sonriendo. Sonaba como si lo hubiera practicado.

Noté los zapatos alineados junto al guardaescobas y, balanceándome torpemente, me quité los míos. El aire olía a arroz frito. Abanicos ornamentales decoraban las paredes. La mujer me sentó junto a un biombo de papel de arroz y me sirvió té verde y pequeñas galletas. Luego me entregó una nota escrita por su marido. «… Mi más cálido agradecimiento… por su generosidad… paciencia… en este periodo difícil».

Al leerlo, sentí una presencia a mi lado. Sori estaba de pie junto a una niña hermosa. Estaba sonriendo con el orgullo de quien adora a su hermano mayor.

La también sonriente madre de Sori me entregó algunos libros. Luego cerró el biombo pintado y se alejó. A través de la ventana se extendía un deslumbrante prado verde. Ni un alma se movía en el calor de la tarde.

Sori me mostró un pequeño globo terráqueo dorado. Lo hizo girar y pasó los dedos sobre el Pacífico hasta detenerse en un estrecho archipiélago.

Entonces, un sonido salió de él, algo así como «Owaaaa», que parecía evocar generaciones.

Miramos el misterioso orbe, escudriñándolo como si fuera una bola de cristal.

***

Tomé el camino largo a casa, serpenteando por el campo. Pastos con vacas y cercas de troncos, chozas destartaladas y graneros de tabaco. Un banco de nubes oscuras se estaba formando en la distancia y el aire seco y sofocante comenzó a enfriarse.

Cuando llegué a casa, el cielo estaba oscuro, con un extraño resplandor amarillo.

«Angie», dije, entrando deprisa. En la casa oscura y vacía, las cortinas ondeaban en el viento.

Manejé por Old Coffey Highway, crucé el puente del molino con la rueda hidráulica inmóvil. El viento hizo rodar una caneca de basura.

Una gota grande golpeó el parabrisas, seguido de otras, y pronto todo el cielo se partió en dos. Encendí las luces altas y manejé despacio, tratando de seguir las líneas blancas discontinuas.

En la Ruta 9, cerca de la casa de la hermana de Angie, un carro venía hacia mí. Toqué el pito, saludé con la mano y paré a un lado de la carretera. Pero el carro pasó zumbando y sus luces traseras se difuminaron.

Luego reaparecieron los faros y se dirigieron hacia mí. Entramos al parqueadero de Kroger. Bajé del carro y corrí hacia el otro, sorteando un campo minado de charcos. Empapado hasta los huesos, subí a él.

Si alguien hubiera pasado en ese preciso momento, no habría notado nada inusual. Solo un carro en un parqueadero, las luces delanteras bajo la lluvia y, adentro, un hombre y una mujer hablando.

El cuarto del perro

Estoy reclinado en una silla donde mi amigo Buzz. A través de las ramas de un álamo en su jardín, puedo ver a dos personas en un carro. La mujer habla y gesticula. Es Angie, mi esposa. No puedo oír sus palabras, pero me parece que está llorando.

Al cabo de un rato, Buzz baja del carro, pasa junto a mí y entra a la casa. Angie prende el carro y se va.

Buzz arrastra mi bolsa de dormir hasta el cuarto que da a la autopista, donde se oye el ruido del tráfico.

«Tendrás que dormir en este cuarto con pelos de perro», dice.

Extiende la bolsa de dormir como si fuera una alfombra roja, o algo así.

Hay un zumbido en mis oídos.

«Tú sabes que no estaba buscando un compañero de cuarto», dice Buzz.

«Lo sé».

«Si se tratara de otra persona, le diría que ni modo».

«Es solo hasta que sepa a dónde ir —digo. Mi voz suena ajena—. Te debo una, amigo».

«Entonces —dice Buzz enfáticamente—, eres hombre libre».

«Mira, fue una decisión mutua».

«Según Angie, no».

No me molesto en repetir mi versión de la historia. Que durante varios años habíamos planeado vivir juntos, pero en el último

instante Angie se echó para atrás. Y no mencioné el aborto.

Buzz saca un dardo del tablero, lo único que hay en el cuarto además de mi cama y la del perro.

«¿Estás listo?», pregunta, pasándome los dardos.

El sol se está ocultando. Los insectos chocan contra la malla. El tráfico ruge incesantemente.

Buzz hace una marca con tiza en la alfombra. Pisa la línea, planta los pies y salta con sus piernas largas y flexibles. Recuerdo cuando jugábamos herraduras en la universidad. Buzz usaba el estilo *sidewinder*. Su padre era el campeón de la Real Fuerza Aérea Canadiense. Aunque solo había estado una vez allá, Buzz usaba pantalones cortos en invierno y declaraba: «¡Tengo sangre canadiense!».

Ahora estamos aquí, a los treinta, jugando dardos. A lo largo de estos años, Buzz ha permanecido soltero. Solía preguntarme cómo me sentiría siendo él, viviendo junto a una autopista con un juego de dardos y un perro.

Estudio el método de Buzz. Quiero saber su secreto. ¿Cómo mantiene sus piernas tan flexibles? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la flexibilidad vuelva a estar en las mías?

Buzz ha tenido varios amoríos con mujeres, pero siempre sale algo mal. La última fue una mujer llamada Sheila.

«¿Qué pasó con Sheila?», le pregunto.

Buzz gira la muñeca —¡zas!— y el dardo se clava muy cerca del blanco. No tengo la menor duda de que va a ganar. Antes, eso podría haberme molestado. Pero hoy merezco que me den una paliza. De hecho, quiero ver qué tan fuerte será.

Buzz anota el puntaje y empieza a animarse.

«Ah, la dulce Sheila», dice con su sonrisa pequeña e irónica.

El zumbido en mis oídos disminuye.

«¿Quieres un poco de vino y queso?», pregunta Buzz.

Es nueva manía desde que volvió de Francia: vino, baguettes y brie. Le recuerda lo mejor de París: los cafés, la Margen Izquierda, el romance. El lado negativo fue su ruptura con Sheila.

Antes de irse a Francia, vivía con ella en una casa rodante en el bosque. Describía su vida como idílica. Por las mañanas iban en bicicleta al laboratorio donde trabajaban como químicos. Por las noches tocaban guitarra y hacían el amor. Sheila le enseñó a preparar pollo al jengibre y Buzz le enseñó a jugar dardos.

Cuando él se fue a París por un año, las cuentas telefónicas eran astronómicas. Justo antes de la visita prevista, Buzz supo que ella estaba con otro tipo. Discutieron transatlánticamente. Sheila canceló su vuelo, lo reprogramó, y al fin viajó. Pasaron una semana peleando, reconciliándose y haciendo el amor. Decidieron solucionar las cosas cuando Buzz regresara a casa.

¡Pop! Buzz abre una botella de Burdeos. Me da una introducción a los vinos. Luego me cuenta lo que ocurrió tras regresar de Francia.

«En el instante en que llegué a Charlotte supe que algo estaba mal. Lo vi en las sonrisas congeladas de sus padres. Y en el extraño comportamiento de Sheila. Comenzó a atiborrarse de chocolates. Nunca había visto nada igual. Engullía una caja tras otra. Lo hacía hasta vomitar y luego comía más. Finalmente me dijo: "Lo siento, Buzz, pero no podré parar hasta que te vayas"».

Buzz apunta y lanza un dardo. «Entonces me fui —dice—, sin ningún lugar a dónde ir, excepto a la casa de mis viejos. ¿Te imaginas, a mi edad? Lo único que me mantenía cuerdo era hablar

con mi abuela. Para ser una mujer de noventa años, tenía un humor muy negro. Cada Navidad, mi tía Martha envía «boletines informativos» cursis. Se jacta de las cosas aburridas que ha hecho su familia. Su hijo compró un caballo, su hija hizo un viaje en crucero; basura de ese tipo. Bueno, la abuela sugirió que escribiéramos el nuestro. Empezaba así: "En Pineville, el índice de miseria ha aumentado"».

Buzz me contagia su risa pegajosa.

Entonces suena el teléfono.

Él contesta. Lo escucho hablar en voz baja en la cocina. Lanzo algunos dardos sin ganas y me siento en la bolsa de dormir. La alfombra tiene un fuerte olor a perro.

Recuerdo por qué no me gusta dormir en el piso. Es por el hecho de levantarte. Es muy distinto a como lo haces desde una cama. Tienes que usar tus manos y rodillas. Y arrastrarte como un animal.

Cuando Buzz regresa, puedo verlo en su cara. Pero de todos modos le pregunto. Él asiente.

«¿Todavía está en la línea?».

Buzz niega con la cabeza.

«¿Pidió hablar conmigo?».

«No», dice Buzz, desviando la mirada. Agarra algunos dardos y comienza a lanzarlos. Sigo en el piso. Me alegra que no me desafíe a jugar.

Observo sus rodillas flexibles mientras hace volar los dardos. El tráfico de la autopista retumba sin cesar.

«¿Cuánto tiempo tarda?», le pregunto.

«¿Qué?».

«Ya sabes, para que esa cosa baje».

Me dirige una mirada incierta.

«El índice de miseria».

Hace un dibujo en el papel. «Aquí es donde empieza». Traza una línea inclinada hacia arriba. «Sube abruptamente y luego, con lentitud, baja de manera desigual». Su dibujo se parece a un electrocardiograma.

«De acuerdo —digo—, pero ¿cuánto tiempo?».

«Ah, es graduaaaaaal», dice, alargando la palabra.

«Lo sé, pero necesito un marco de tiempo».

«Bueno… —me responde, reflexionando. Como químico que es, le gusta ser preciso—. Yo diría que necesitas un año».

«¡¿Un *año*?!».

«Tienes que experimentarlo todo dos veces. Las vacaciones, los cumpleaños, el Super Bowl, los Oscar. La primera vez, recuerdas haber pasado por esas cosas con ella. Pero la segunda, recuerdas haberlas hecho solo. Ahí es cuando empiezas a superarlo».

«Ya veo», digo, sin sentirme reconfortado.

Los carros pasan zumbando en la oscuridad. Mis pensamientos toman una dirección preocupante. «¿Tú y Sheila hablan?».

«A veces —dice, flexionando las rodillas—, pero solo los sábados por la mañana».

«¿Por qué a esa hora?».

«Fue idea de su psicóloga. Se supone que es mejor. Para minimizar el riesgo de emociones desnudas. —Buzz apunta su dardo y luego se ríe—. Ella me pidió una recomendación».

«¿Se la diste?».

Él asiente.

«¿Buena o mala?».

«Ah, hablé con entusiasmo de sus virtudes. Es inteligente, concienzuda, lo que sea. Es ejemplar en todos los sentidos, menos en uno». Sonríe mordazmente.

«¿En cuál?».

Apunta al blanco y lanza. «No puedes confiar en ella para nada».

Me mira antes de decir que se va a dormir. Tiene que levantarse temprano. Se dirige a la puerta que separa los cuartos. «¿Está bien si la cierro?». Parece arrepentido, aunque está claro que cerrarla no es negociable.

La puerta se ajusta con un clic. Hay una estrecha franja de luz. Abro el cierre de mi bolsa y me arrastro adentro. A un lado están mi cepillo de dientes y un par de libros. Cierro los ojos y escucho el tráfico.

Entonces oigo el sonido: unas garras arañan el piso. Entra trotando al cuarto y se queda paralizado, al igual que yo. Por un momento permanece en silencio, olfateando el aire. Luego, un gruñido sale de su garganta mientras muestra sus dientes afilados y sus encías negras y húmedas.

Pretendo ser parte de la bolsa de dormir. Pero él sabe que estoy aquí, y entiende por qué.

Philly

Renovación urbana

Cuando tu matrimonio se vaya a pique, múdate a la ciudad. Nueva York, Boston, Filadelfia. Mejor Filadelfia, es más barata. No conocerás a nadie, pero ese es el punto.

Alquila un apartamento práctico en el barrio latino. Este será tu credo: la eficiencia. Un espartano: eso es lo que serás. No necesitarás lo de antes: un carro, una casa, una esposa. Solo pensabas que las necesitabas. Eras débil e indulgente. Es hora de apretarse el cinturón.

Elige un apartamento encima de una joyería llamada El Milagro Dorado. Mira a los niños jugar en el lote vacío. Inventan juguetes con objetos desechados, gritan en un alegre español en las cálidas noches de verano, golpean televisores con bates de béisbol: el gran pasatiempo americano. Un día lanzan bolos al techo, uno tras otro. Asume que los guardan para más tarde.

***

Anda a un bar donde las mujeres vistan de negro, con sombra de ojos, esmalte de uñas y tinturas capilares oscuras también. Esto te parecerá fascinante, misterioso y desagradable. Anda temprano y agarra un taburete. Adopta una expresión entre alegre y taciturna. Pide cerveza negra. No comas chicharrones, a las mujeres les desagradan. Pero no importará; volverás a casa desanimado, ebrio,

solo. Pon música que te recuerde a tu esposa. Apágala. Desenchufa el teléfono y tíralo en el clóset.

***

Camina por tu cuadra. Observa la suciedad, los grafitis, los vidrios rotos. Escucha la cacofonía de los bocinazos, los frenos del tranvía, las travesuras de los borrachos. Observa al profeta del fin del mundo gritarle al cielo. Pasa frente a prenderías, locales de estriptis, iglesias de garaje. Todos están embalados, recuperándose o ambas cosas. Monedas, monedas, monedas. Empresarios con su emporio de autolavado y de drogas. El tranvía rechina, metal raspando metal, al pasar por un edificio calcinado: el Proyecto de Reurbanización del Norte de Filadelfia.

***

Concluye que tu apartamento es demasiado espartano. Lo que necesitas es un sofá cómodo. Uno al cual volver a casa. Uno para compartir.

Un cartel en una ventana dice «Se vende». Un hombre se enfrenta a un desalojo. Está vendiendo un sofá por treinta y cinco dólares. Además, tiene una van para transportarlo.

Es un eslovaco fornido con pelo rizado en el pecho, descamisado y sudoroso, que prende un cigarrillo con el otro. Amable, con acento gutural. «¿Eres nuevo en el barrio? Espero que tengas más suerte que yo».

Mientras empuja el sofá hacia su van, con un sol sonriente pintado en la puerta, dice: «Me ha ido mal. Primero murió mi hija, luego se fue mi novia». Su risa rápida y jadeante te invita a acompañarlo. Piénsalo mejor. Sus dedos en el volante están manchados de café anaranjado. Tiene las uñas mordidas hasta la piel. «Voy a vivir en la van», dice.

Mientras arrastra el sofá por las estrechas escaleras, el hombre se lastima la espalda. Te sientes mal por no haber cumplido tu parte. Con una mueca, te dirige una mirada larga y melancólica. «Es mejor que sea tuyo. Cuando me deprimo, paso días echado en él».

Es entonces cuando notas el olor: no a humo ni a sudor, sino a otra cosa. Un olor a desolación.

Lo percibiste en su hogar. Pero ahora está en el tuyo.

«Se ve bien aquí», dice.

Examinas el sofá de este lado y desde el otro. «Me matarás por esto, pero cambié de opinión».

«¿QUÉ?». Su rostro envejece ante tus ojos.

Dile que es la nicotina. Dile que eres alérgico. Sabrá que mientes descaradamente.

Presiona un cojín contra su nariz. «No huelo nada. He perdido el sentido del olfato».

«Lo siento».

«Te diré algo. Quédatelo. Si el olor desaparece, me mandas un cheque. Si no…». Da un paso hacia la puerta.

«Pero ¿cómo podría moverlo? —Oyes una nota de pánico en tu voz—. Espera —dices. El olor te ha envuelto. Se adhiere a tu ropa, penetra en tus poros—. Te doy los treinta y cinco si te lo llevas».

El tipo te mira, luego mira el sofá.

«Cuarenta», dice.

***

Esto es importante: no mires atrás. No pienses en el sonido de su voz. O en cómo durmió con su pierna encima de la tuya. Evita las hierbas con las que cocinaste: albahaca, cilantro, tomillo. Olvida las cosas que te enseñó: lava las cebollas para que no te hagan llorar. Y no quiebres los espaguetis.

Adelante, quiébralos.

***

Vuélvete minimalista. Compra en pequeñas cantidades: crema dental, papel higiénico, salsa picante. Compra siempre marcas genéricas, excepto bolsas de basura y máquinas de afeitar, para que no te pillen con bolsas que gotean o con la cara ensangrentada.

Saca fuerza de tu ascetismo. Alégrate de que tus bienes mundanos quepan en un carrito de compras. Ten presente que estás preparado para una evacuación. Valora lo poco que dejarás atrás.

***

Frecuenta una tienda llamada La Bodega. El dueño es coreano, pero su español es decente. Dice que lo han robado en tres ocasiones: con una pistola, con un palo y con una cuchara. «¿Con una cuchara?», preguntas. Pero has confundido *cuchara* con *cuchillo*.

Los estantes están casi vacíos, un ratón se escabulle por el piso.

«Me gustan los ratones —dice en inglés—. Cuando tienes ratones, sabes que no tienes ratas».

Este comentario parece aplicar también a otras situaciones.

***

Imagina formas elaboradas de marcar el paso del tiempo: cortes de pelo, pago del alquiler. La acumulación de polvo, la recurrencia de sueños. La curación de las heridas.

Debes saber que el tiempo es tu enemigo; quiere derribarte. Si lo haces ir más rápido, o más lento, ganarás.

***

Un día en La Bodega ves a una joven alta y delgada. Tiene una chaqueta camuflada y botas militares. Sus leggings negros tienen una rasgadura en la pierna. Parece ingenua e insegura, como si tratara de ser alguien que no es.

Tras echarle un vistazo al coreano, absorto en su diminuta televisión, ella esconde una lata de carne de diablo en su chaqueta. Sus ojos se clavan en los tuyos. Entonces se apresura a salir.

A veces olvidas por qué viniste a la ciudad y qué querías hacer. Ahora nada tiene sentido, salvo la mujer con la lata.

La alcanzas en el cruce peatonal. Escudriña tu cara. Sus párpados inferiores tiemblan. Los dedos asoman de sus mangas muy largas. Saca la carne de diablo. «¿Te gustaría acompañarme?».

La luz del semáforo cambia. Piensas en la lata. Dices que no, gracias, y te arrepientes de inmediato.

***

Por la noche, escuchas voces fuertes y ebrias en el edificio de al lado.

«¡Déjame entrar, perra!»

«Llamaré a la policía, imbécil».

Estás acostado sudando en el colchón. Hace un calor de mediodía. La luz de la luna ilumina objetos en el cable eléctrico: un tenis Nike, un brasier beige y una muñeca Barbie, desnuda de la cintura para abajo, mirando con los ojos completamente abiertos y atónitos.

***

Hay desamparados por todas partes. Duermen en los andenes, hurgan en los basureros, boxean con sus sombras en la calle. Encuentras una caleta en un dispensador de periódicos: pantalones y crema dental, una máquina de afeitar desechable. Y luego oyes el tintineo de un camión de helados: «Felizmente, felizmente, felizmente, felizmente. La vida es solo un sueño».

***

Para despejar tu mente, siéntate en un banco del parque. De día, es un poco más seguro. Columpios dañados, balancines sin asiento y una cancha de básquetbol sin redes y con los aros torcidos.

El anciano de pelo blanco alimenta a las palomas. Contempla el parque como si fuera un paraíso. Tal vez no vea muy bien. Tiene

gafas tan gruesas como culos de botellas. Y podría ser duro de oídos, aunque sus orejas sean enormes. De un maletín saca un fajo de papeles y los sostiene a un centímetro de su cara.

***

La buscas en La Bodega, en la lavandería, en el parque. Estás atento a una chaqueta camuflada, a unas botas de combate, a un tic facial. Compras una lata de carne de diablo.

¿Quién puede penetrar en los misterios del corazón?

Pero, espera. No olvides tu credo: tienes que ser fuerte. No pienses en esa pierna sobre la tuya, en esos planes para el futuro, en esas tumbas adyacentes. Olvídate de tener una experiencia profunda y significativa. Lo que necesitas ahora son interludios superficiales.

***

Trabaja en perfeccionar tu pavoneo citadino. Deambula por la calle como si fuera tuya. Ignora las manchas de sangre en el andén y la ráfaga de disparos. Haz de cuenta que son los estallidos de un exhosto. Descarta las figuras sospechosas que acechan en umbrales. Mantén la vista al frente. Si alguien te mira, es porque quiere robarte o tener sexo contigo.

***

Estás en el banco del parque cuando ella se sienta a tu lado. No lleva puesta la chaqueta, pero notas el tic.

«Me siento mal por robar. No soy así».

Créele. Averigua su nombre.

Se llama Alba. «Crecí en una familia de mierda», dice.

« ¿Y quién no?», respondes sonriendo.

«Tú no», señala sin sonreír.

Vio psicólogos mientras crecía. Pasó un tiempo en hogares de acogida, estuvo bajo la tutela del Estado. A los dieciocho años se «emancipó». Quedó embarazada y luego perdió el bebé.

Quiere ser bailarina. Respondió a un anuncio, pero querían otro tipo de bailarina.

Pregunta por ti.

Dile que estás entre trabajos. Que estuviste en un grupo de expertos. En una institución académica. En algunos asuntos teóricos. En deconstrucción.

Dile que eres un vagabundo.

Quieres recomponer las cosas, reconstruir. Las personas tienen más de una vida. «Mi tía de Texas me envía dinero», te dice Alba, y te mira para ver tu reacción.

El cielo se ilumina, luego se oscurece. Su parpadeo se acelera. Sientes que deberías ayudarle de alguna manera.

Podrías hablarle del eslavo con el sofá. En cambio, le cuentas la historia del coreano con los ratones.

Ella suelta una risa aguda y se lleva los dedos a los labios.

Ustedes se miran. Es su mejor momento hasta ahora.

El sol vuelve a salir. Ella ve al hombre en el banco.

«El anciano es muy amable», dice.

Parece calmarse. Su tic desaparece.

«*Tú* eres amable», le dices, pero no te sale bien.

Ella te besa la mejilla y dice que tiene que irse.

Dile dónde encontrarte: arriba de El Milagro Dorado.

***

Las calles de la ciudad resplandecen al anochecer. Ampolletas de crack color caramelo, gasolina arcoíris, esquirlas de vidrio destellando como diamantes. Pedazos de papel colgando como oropel de los árboles.

Una ráfaga de viento eleva una bolsa como si fuera una cometa. Una pareja en sillas plegables hace un picnic junto al puente. Suenan bocinazos, es una procesión nupcial. La gente persigue a los *recién casados* a través de los semáforos en rojo, reacios a dejar que se vayan.

***

Es hora de cambiar tu actitud. Pasa de lo mínimo a lo abundante. Compra reservas de todo: bolsas resellables, pilas, copitos de algodón por centenas. Despilfarra, aprovisiónate. Adopta una visión a largo plazo. Prepárate.

***

Estás saliendo de La Bodega cuando la ves calle abajo. Ese cuello de cisne y esas piernas esbeltas y desgarbadas. Acelera el paso y

piensa en una frase. Le dirás que estás pasando por cambios: tu alacena está repleta. Estás escuchando música, has vuelto a conectar tu teléfono.

Pero antes de alcanzarla, ella dobla la esquina de Leithgow y se acerca a una van. No puedes ver al conductor; solo su brazo velludo. Ella se inclina para hablar o darle un beso. Los rayos del sol sonriente se extienden como la melena de un león. La sonrisa es tensa y enigmática. La mujer se llama Alba. Esto parece ser importante. Ella sube y se alejan.

***

Siéntate en el parque junto al anciano canoso. El sol tiñe de naranja las ventanas de la fábrica de esponjas. El anciano hurga en su maletín. «Déjame mostrarte algo», dice.

Saca una foto sepia. Dos filas de niños con traje y corbata. Una clase de graduación. Un comienzo.

«¿Puedes decir quién soy yo?».

Obvio: por las orejas.

Con una mano temblorosa y manchada, extiende un papel. «¿Puedes hacerme un favor?, ¿puedes leerme esto?».

Es una carta descolorida y rasgada en los pliegues. De un antiguo empleador, que da fe de su carácter. Certifica su integridad, su valor.

«Tengo otras», dice. Lees varias más. Cada una confirma la primera.

El sol comienza a ocultarse, el anciano tiene que irse. Se aleja arrastrando sus piernas arqueadas. Es la última vez que lo verás. No

volverá al parque. Pero no deberías preocuparte. Tiene excelentes referencias.

***

Regresa a tu apartamento y siéntate junto a la ventana. El atardecer será radiante. El aire será fresco. Las luces de las calles parpadearán y zumbarán como chicharras. Los niños están jugando en el lote de al lado, riendo y chillando de alegría. Un niño enjuto trepará por la tubería y se arrastrará por el techo. Luego lanzará los bolos, uno por uno, a los brazos de sus amigos.

Amor en el metro

Es probable que yo sea el único al que oigas decir esto, pero me encanta viajar en el metro de Filadelfia. Puedes reírte, pero es así. Vengo del sur, donde no hay metros, y la primera vez que monté en uno, pedí indicaciones. Dije: «¿Podría de-ciiiirme cómo lle-gar al me-tro?». Y el hombre preguntó: «¿Qué?». Se lo repetí y me respondió: «Lo siento, pero no tengo ni idea de lo que dice».

Esa primera vez tuve miedo. Todo ese espacio debajo de aquellos enormes edificios. ¿Y si todo se derrumbaba? Y eso de estar bajo tierra me parecía extraño. Estar bajo tierra es para animales, ratas y cosas así. Temía que las personas se comportaran como bestias.

Pero ahora soy un experimentado viajero del metro. Cuando veo a esos turistas ingenuos yendo al zoológico temerosos y con medias azules claras, me dan ganas de hacerles muecas.

Y los torniquetes. Al principio, me hacían pensar en rebanadoras de queso. Si pasabas por el lado equivocado, podían tajarte. Observé a la gente pasar los torniquetes antes de intentarlo. Pero todavía no he visto a nadie rebanado. En esta ciudad se aprende rápido; hay que estar alerta.

Empecé a utilizar el metro por una mujer llamada Sonya. Tenía una linda piel morena, labios carnosos y ojos resplandecientes como cuchillos. Venía a mi apartamento y hacíamos el amor sin freno. Luego nos quedábamos dormidos y nos despertábamos en medio

del pánico. Ella tenía dos hijas y no podía quedarse a dormir entre semana con un hombre.

Nos apresurábamos a la estación y tomábamos el tren nocturno. Nos apretujábamos en ese miniasiento en la parte trasera del vagón y nos besábamos como adolescentes.

«¿Has ido al planetario?», me preguntó Sonya una noche.

Respondí que no.

«¡Tenemos que ir!», dijo ella, sus ojos centelleando como estrellas. «¡No hay mejor lugar para besarse!».

Cuando llegamos a su estación, se detuvo en el torniquete y arqueó las cejas. «¿Quieres entrar conmigo?». Me apreté contra ella y olí su aroma a coco; me hizo delirar. «Discúlpennos —les dijo a unas personas detrás de nosotros—. Estaremos un rato aquí».

La gente nos miraba a veces en la calle, quizá porque era negra. Pero no en el metro. Los pasajeros del metro no se dan aires. Son la sal de la tierra. Y no me habría importado que lo hicieran; Sonya era hipnótica.

Le parecía encantador que yo fuera del sur, que hablara con acento y prefiriera la cerveza Rolling Rock al coñac Courvoisier. Le parecía pintoresco que nunca hubiera oído hablar de los «saltadores».

«Trey —dijo—, has tenido una vida protegida».

«Desprotégeme, *baby*», respondí.

***

Yo tenía un estudio en el piso trece de un viejo hotel remodelado. La piedra angular decía 1929. No parecía un buen augurio. Cuando

el metro pasaba por debajo, todo el edificio temblaba y a veces el estucado se desprendía. Mi estudio era estrecho y sórdido, pero la vista de la ciudad era espléndida. Tenía mi propio balcón (en realidad, una escalera de incendios) y por la noche permanecía allí mirando la ciudad en llamas. Ese año hubo una racha de atentados incendiarios. Una deuda de drogas sin pagar, y alguien lanzaba un coctel molotov. Las sirenas, como las campanadas de la torre de la alcaldía, dejaron de registrarse en mi mente.

Un día, en el metro, todos se dieron vuelta para mirar al fondo del vagón. Había dos ancianos, canosos y enclenques. Estaban peleando. Se movían torpemente; cada uno tenía una mano con los dedos abiertos clavada en la cara del otro. Se agarraban con sus últimas fuerzas, arrastrando los pies como en una danza lenta. Alguien los separó. Se sentaron frente a frente, jadeando y mirándose con furia. Luego se bajaron en la misma estación.

Otro día, en la explanada de Market Street, dos carteros, un hombre y una mujer, se besaban acurrucados en un rincón. Con uniforme y sus bolsas de cuero atiborradas de correspondencia, se fundieron en un abrazo extasiado e incesante. Nunca había visto a nadie besarse así.

La gata de Sonya tuvo gatitos y ella me dio uno. En aquel momento, pensé que eso era algo que nos unía; me hizo sentir calor por dentro. Fue antes de saber que era la cuarta camada de su gata y que ella les había dado gatitos a muchos otros tipos.

«La pequeña sinvergüenza», le decía a su gata.

Me familiaricé más con los saltadores. Un buen día, un compañero de trabajo dijo que llegaba tarde porque «un tipo saltó al metro» . Y otro respondió: «Yo también». Y se volvió otra excusa trillada para

llegar tarde. Hasta los reporteros de la Vigilancia del Tráfico minimizaron el asunto: «Hay una hora de retraso en la línea Market-Frankfort. Hubo otro saltador y están limpiando el desastre».

***

Una cosa buena de Sonya era que no le molestaba tomar el metro. Algunas mujeres decían: «*¡A mí* no me vas a subir en esa cosa inmunda!». Y tenías que pagarles un taxi.

Claro que estaba sucio, lleno de grafitis, con olor a orines, y había indigentes durmiendo en cajas, pero tenía un cierto aire fraternal, un sentimiento de humanidad compartida. Eso es algo que no encuentras en un carro o en un taxi. Veías a todo tipo de personas, hablando muchos idiomas, maldiciendo y rezando y profesando su amor: ucranianos y rastafaris, ciclistas y bailarinas, prostitutas y creyentes con pancartas que decían «¡Arrepiéntanse!». Y todos los viernes había un tipo alto con una túnica, tocando *Nacido libre* con su corno francés.

Cerca de la taquilla, unos musulmanes vendían aceites e incienso. Sonya me llevaba algunos. Nunca había quemado incienso, pero con Sonya podía hacerlo toda la noche. Tenían nombres como Jazmín y Rosa somalí, y hasta el día de hoy su aroma me recuerda a Sonya y su predilección por hacer el amor con los ojos cerrados. Le pregunté por qué y me dijo: «Me estoy concentrando».

Me compró un aceite corporal llamado Conocimiento.

***

Mientras trepaba las escaleras del metro, vi a Sonya subir a un carro: un ostentoso El Dorado. El conductor, vestido de traje, tenía canas en las sienes y un bigote lápiz. Fingí no verla.

Los tipos siempre andaban detrás de ella, ofreciéndose a arreglarle la caja de fusibles, a cacharrearle a las tuberías o a instalar el linóleo en su apartamento. Y a veces ella aceptaba.

Cuando mi gatita se puso en celo, le pregunté a Sonya si debía operarla.

«¿Por qué no? —dijo—. No puedes extrañar lo que nunca tuviste».

***

La alcaldía, siempre en proceso de restauración, es tan fea que es hermosa. Está coronada por una estatua de William Penn. Una vez conocí a una vietnamita llamada Trinh. Me tenía loco, pero estaba comprometida. No hablaba mucho inglés, y cuando los hombres le insinuaban cosas, les respondía: «Lárgate, vaquero». Alguna vez me dijo: «Todos los días tomo el metro. Sé dónde subirme. Cuando veo hombre muy arriba». Señaló al cielo; ella me encantaba.

Una vez, se formó una multitud cerca de la alcaldía. Bomberos, policías, equipos de noticias de televisión. Todos miraban hacia arriba. Por mucho que no quisieras, era inevitable mirar. Claro, era un saltador. Algunos decían: «¿Lo ves? Justo *allá*». Por fin lo vi, una pequeña silueta, subiendo hacia los pies de Willie Penn. La gente se burlaba de él, lo instaba a saltar. Esto me entristeció. Tal vez no era un saltador después de todo. Tal vez solo era un escalador.

***

También salí con una puertorriqueña, una india y una mujer de Etiopía. Esto es algo que un chico sureño no espera en su vida. Por eso me encantaba Filadelfia.

Y cuando pasas por Wanamaker's, unas mujeres que dejan entrever sus piernas te rocían agua de colonia.

Pero la que más me gustaba era Sonya Vaughan. Decía que era pariente de Sarah. Vi a Sarah Vaughan en la Academia de Música el año que conocí a Sonya, justo antes de que Sarah falleciera. Todos los grandes del jazz parecían haber muerto ese año. Como Dexter Gordon, que exhaló su último suspiro en Filadelfia. Philly era una cuna del jazz. Charlie Parker, Coltrane, todos ellos tocaron allá. Muchos viejos clubes ya eran solo cascarones, pero los lugareños los señalaban con entusiasmo.

Había un pequeño club de jazz en mi cuadra. Presentaba a un saxofonista llamado Neptune. Tocaba *Toma el tren A* con su dulce saxo tenor, gotas de sudor en la frente, y yo tomaba whisky y me sumergía en mi mundo.

***

Un día hice pollo asado para Sonya en la escalera de incendios. Mientras tanto, jugamos a los Ocho Locos. En un momento dado sonó la alarma de incendios del edificio. «No te preocupes —le dije —, suena una vez por semana». Al principio, yo bajaba corriendo trece tramos de escaleras. Los inquilinos, semidesnudos, estaban allí con sus gatos. Lo cual me hacía sentir culpable, pues yo no traía la mía.

Así que seguimos jugando cartas y en la distancia, acercándose, empezamos a oír sirenas. Podíamos ver los camiones serpentear por las calles abajo de nosotros y a los bomberos bajar con sus uniformes y cascos. Al cabo de un tiempo, golpearon mi puerta. Llevaban hachas y extintores. El pasillo estaba lleno de humo, que salía de la escalera de incendios.

Tuve suerte de que no me multaran. Pero fue vergonzoso que Sonya lo viera.

«Sabes que te tengo cariño —me dijo más tarde—. Pero tenemos que ser realistas».

«¿Por qué?».

«Nos hemos divertido mucho. Pero afróntalo, vas a querer hijos».

«No sé».

«Pues, yo ya terminé de criar a los míos. —Acarició a la gatita que saltaba en su regazo—. Soy como Luna. —Sonrió—. Estoy operada».

La vi mimar a la gatita. «Podrías desligarte las trompas».

Me miró con los ojos muy abiertos. «Ah, Trey, eso es lo más lindo que me han dicho en la vida».

***

Vi a un tipo tratar de besar a una mujer en el metro. Ella era dura; lo mandó a la mierda. Bésame, le dijo, y te escupiré en la cara. Si lo haces, añadió, te daré una puñalada. Él se acercó y la miró fijamente a los ojos. Luego intentó besarla. Ella se apartó y él la escupió en la cara. Ella sacó un cuchillo y le dio una puñalada. Ahí mismo, en el metro; todos fuimos testigos. Lo mató, pero no la denunciamos. Todo el mundo dijo que el tipo se lo merecía.

Los desamparados del metro tienen una rutina, una pequeña actuación. Un viejo con esos ojos lechosos que tienen los ciegos se puso a cantar *Mona Lisa*. Tras entonar las palabras «Un corazón roto», se llevó la mano al pecho y me extendió una taza. Le di un poco de dinero.

«Eres un blandengue», dijo Sonya.

Desde el principio intuí que no funcionaría. No tenía que ver con la raza ni con la cuestión de los hijos. Tenía que ver con el hecho de habernos conocido cuando ella ya no se tomaba en serio a los tipos, incluso a uno serio como yo. Pero lo fatídico de todo hacía que yo la deseara más.

***

Y también estaban los dilemas morales. Como cuando supe que las fichas para la lavandería funcionaban en el metro. Fue Sonya quien me lo dijo. Consideré usarlas pero decidí no hacerlo. Si hubieran sido bancos o compañías de seguros, tal vez lo habría hecho, pero no al tratarse de la autoridad de transporte público, sierva de los oprimidos, de las masas hacinadas que anhelan respirar libres. ¿Cómo podía hacerlo Sonya?

¿No había nada sagrado?

Una vez le oí decir a un hombre desamparado: «Veinticinco centavos para un hombre agraviado». Al menos, eso fue lo que creí que dijo. En ese caso, es una frase impresionante. Porque, aun sin conocer todos los detalles, sabías que él había sido agraviado.

***

Mientras tanto, la gata de Sonya tuvo otra camada. ¡La sinvergüenza!

***

Dos chicas sordas subieron al metro moviendo las manos como locas. ¡Y las expresiones de sus caras! Se notaba que la conversación era intensa. Me moría por saber qué decían. Confieso que me gusta escuchar a escondidas. De hecho, aprendí español para poder hacerlo más. Pero todavía no he aprendido el lenguaje de señas.

La chica que estaba más cerca de mí era encantadora. Tenía el pelo sedoso y una cara que parecía sonrojarse todo el tiempo. Su conversación se hizo más fuerte, por así decirlo, hasta que llegamos a una estación y ella se levantó. Abrazó a su amiga y la besó en ambas mejillas. Luego se bajó y permaneció en la plataforma, frente a la ventanilla de su amiga, acercando su cara al vidrio. No parecía importarle que la gente la mirara. El tren empezó a moverse y la chica a retroceder, con la cara roja, sonriendo tristemente, las manos aún en movimiento.

***

Ah, dulce Sonya, nunca fuimos al planetario.

***

Una noche, ya muy tarde, ocurrió algo extraño en el metro. Un viejo a mi lado llevaba unos guantes dispares. No se había afeitado y le faltaban algunos dientes. Le temblaban las manos y olía a vinagre, pero no de forma desagradable. El tipo me cayó bien.

De todos modos, allí sentado, me vi levantarme y caminar hacia la puerta. Cuando el tren se detuvo, me vi bajar. Por supuesto, esto me pareció extraño. Y no estaba borracho. Entonces el tren arrancó y miré por la ventanilla hacia afuera mientras pasábamos por el punto en la plataforma donde yo debería estar. Pero no estaba.

***

Me pregunto si alguna vez tendrán metros en el sur. No volveré allá a menos que los tengan. Lo que a lo mejor significa nunca.

A veces, al mediodía, voy a la calle 15 con Market y espero en la explanada. Según tengo entendido, es el punto donde sus rutas de correo se cruzan.

No he podido volver a verlos.

Pero soy paciente.

Consentimiento implícito

Era un día frío y gris en Filadelfia. La lluvia helada caía oblicuamente. Mi paraguas se dobló hacia arriba en dos ocasiones. Lo sostuve como un escudo mientras los goterones me dejaban empapado. Mi visión era borrosa y sentí un nudo creciente de angustia.

Alrededor de las seis, encontré el edificio de aspecto lúgubre. Empujé la puerta giratoria y pasé frente a la recepcionista.

«¡SEÑOR!», gritó. «¿A dónde va?».

«A la clase de conducción», murmuré.

«¿Se refiere al programa para conductores ebrios?», dijo para que todos oyeran.

El aula era escueta, iluminada con luces fluorescentes. Apretujados en pupitres escolares, mis compañeros infractores parecían tan incómodos como yo. Llenaban formularios con la cabeza agachada, como si se sintieran aliviados de tener un pretexto para evitar las miradas ajenas. Me senté rápidamente, intentando pasar desapercibido. Una mujer muy arreglada sostenía un portapapeles. Se acercó sin sonreír y me entregó un formulario.

Tras llenar los formularios, los asistentes miraban el piso. El curso estaba conformado por un grupo variado de personas: un hombre pakistaní de traje, una mujer hiperactiva forrada en oro, otra que parecía una exhippie, y varios tipos con botas y camisas azules. Ese

color, usado por los presos, aumentó mi sensación de estar encarcelado.

A mi lado, un negro de ojos saltones tenía una camisa que decía «Isaac». Se puso las gafas y se inclinó hacia el formulario.

La instructora miró el reloj de la pared. «Debido al tiempo, les he concedido seis minutos adicionales. Pero después, los que lleguen tarde no podrán entrar».

Era una negra de piel clara con un rostro casi hermoso si fuera menos severo. «Recuperar una clase cuesta cincuenta dólares. Los que vengan ebrios serán expulsados. Y si no vienen, se enfrentarán a una orden de arresto. Recuerden que escogieron este programa en lugar de la cárcel».

«¿Qué quieres decir? —murmuró alguien—. ¡Yo estuve en la cárcel!».

Era Isaac. «¡Me encerraron tres días! —dijo con inflexión creciente —. ¡Me detuvieron en un pueblo de mala muerte cerca de Picksburgh y pensé que nunca me soltarían!». Se quitó las gafas y abrió los ojos.

Una oleada de risas estalló. No se había establecido el decoro apropiado. ¿Esto iba a ser como una cárcel o una iglesia? ¿Como un preescolar o como una sesión de terapia? ¿Como un castigo después de clases o como un acto de humillación pública?

«Más tarde hablaremos de tu situación —dijo la instructora, mirando su portapapeles—. Otra cosa: no habrá descansos. Usen lo baños antes de la clase. Aquellos de ustedes que son propensos a ataques de nicotina, tendrán que rechinar los dientes».

«¡No puedo creerlo! —se quejó un puertorriqueño con una gorra con las letras CAT—. Tuve que pagar doscientos dólares por este

curso. ¡Es como pagar para ser castigado!». Miró alrededor del salón en busca de cómplices.

«No es un castigo —dijo la instructora con tono punitivo—. Es un requisito para recuperar tu licencia de conducir. Y una oportunidad para la superación personal. Estoy segura de que prefieres este curso a la cárcel».

«Prefiero la cárcel», dijo el de la gorra CAT.

«Ya es demasiado tarde —respondió ella—. Estarás aquí todos los lunes durante diez semanas».

***

Mientras yo cumplía con mi trabajo en la librería y con mi cita quincenal con Joy, me sentía desconectado y ajeno. Mi desgracia parecía evidente para todos los que se cruzaban conmigo en la calle. Sabían por qué yo caminaba en lugar de conducir. Sabían a dónde iba los lunes por la noche. Era como si mi transgresión estuviera grabada en mi cara. Incluso mi madre, que había dicho que asistir al curso para conductores ebrios no era un reflejo de mi carácter, era una ferviente partidaria de las Madres Contra Conductores Borrachos.

«¿Qué pasa? —preguntó Joy desde la bañera donde se afeitaba las piernas—. Te ves pálido».

«Es solo el invierno —dije—. Mucho frío, poca luz».

A diferencia de los peatones conscientes de mi desgracia, Joy no se había percatado. Sin saber bien cuánto tiempo estaríamos juntos, yo no quería desperdiciar una confesión. Y luego fue demasiado

tarde para hacerla sin parecer que yo había estado ocultando mucho más.

Después de todo, Joy no me conocía muy bien. Entró a la librería para buscar un libro titulado *Mujeres que aman demasiado… o muy poco*. Tenía ojos cálidos y bovinos, y se arreglaba con esmero, como si la vida tuviera un propósito. Era enfermera titulada y vivía en una casa inacabada. Creía en Dios, en los fantasmas, en la astrología, y coleccionaba cupones de descuento. Me advertía que no comiera de latas abolladas ni saliera a la calle con el pelo mojado. Pero era tierna en la cama, le gustaba mi compañía y no me dejaba tomar.

La observé deslizar la afeitadora por sus pantorrillas oscuras y brillantes. Nunca había estado con una mujer abstemia —de hecho, beber había sido un requisito—, y ella me fascinaba, no por lo que hacía, sino por lo que se abstenía de hacer. ¿Cómo podía pasar la noche del viernes sobria, por no hablar de una semana entera? Al principio pensé que debía esconder algo: drogas en un cajón, una botella en un armario. Pero no había nada con qué intoxicarse en toda la casa —yo había buscado—, salvo por una caja de Kahlúa en el sótano. Era un regalo de un admirador, un payaso que dejó su pared sin terminar cuando fracasó en su intento de seducirla.

***

«Consentimiento implícito —escribió la instructora en el tablero—. ¿Alguien sabe qué significa esto?».

Nadie respondió. Las caras, ahora familiares, ofrecían cierto consuelo. El de la gorra CAT con sus botas de obrero y las piernas

estiradas, Sanji vestido como un director de funeraria y Ariel con una diadema y aretes de plumas.

«Significa —dijo la instructora— que cuando te pones detrás del volante eres implícitamente responsable de tu sobriedad. —Observé cómo sus dientes perfectos recortaban las palabras—. Eso estará en el examen final».

«Y ahora un aviso —agregó—. La última clase será la "Noche familiar", en la que cada uno de ustedes traerá a una persona allegada.

Gorra CAT intervino: «¿Y si no puede?».

«Es un requisito».

«Pero ¿qué pasa si no tienes a nadie?».

«Todos tienen a alguien —respondió la instructora—. A propósito, me alegra mucho que George haya traído a su esposa para apoyarlo. Demuestra que se toma en serio la intención de enmendar su comportamiento. Bienvenida, señora».

La mujer regordeta se sonrojó, recostándose en George, quien sonrió incómodo. George era corpulento, con manos grandes y uñas llenas de grasa negra.

Pero ¿quién soy yo para juzgar?, pensé mientras me tocaba mi calvicie incipiente. Al mirar a mis compañeros, cada uno con sus defectos e imperfecciones, los vi como mis compinches en la desgracia. Tuve la premonición de que cuando enfrentara mi Juicio Final, ellos estarían conmigo. A no ser que el Juicio hubiera llegado ya.

Hasta ahora, me había sentido invulnerable. Enfermedad, calamidad, desprestigio: yo había sido inmune a todo. Pero desde

esa noche que vi esa luz azul en mi retrovisor, cualquier desgracia parecía concebible.

***

Al llegar a casa después del curso, sonó el teléfono.

«¿Dónde estuviste?», preguntó Joy.

«Lavando ropa», respondí, lo que en realidad era cierto. Estaba lavando mi ropa sucia en público.

«Mamá llamó —dijo Joy—, y nos invitó a pasar la Navidad con ella».

«¿A nosotros?».

«Sí, estamos invitados».

Respiré profundo. Aunque sería bueno salir de la ciudad, me preocupaba lo que una visita a la madre de Joy podría implicar.

«Podemos turnarnos para manejar», dijo Joy.

Sentí pinchazos en la frente. Joy tenía un historial de hombres bebedores, empezando por su padre, que la había abandonado cuando era niña, y yo no quería que me metieran en el mismo costal con ellos simplemente por un pequeño desliz. Mi confesión alteraría nuestra relación. Nos alejaría o nos acercaría más. Estaba satisfecho con las cosas tal como eran: dos noches a la semana, agradables y dulces, pero no absorbentes.

Tras colgar, me fijé en los montículos de nieve sucia, y en la rejilla que arrojaba vapor como algún baño turco asqueroso. Entonces sonó una sirena y pasó una patrulla a toda velocidad, su luz azul destellando como un presagio.

Dediqué el día siguiente a poner precios y a acomodar los libros nuevos. La librería quedaba en la explanada cavernosa de la estación de la calle 30. Me gustaba el vaivén humano que viajaba en trenes. El aire transitorio hacía que sus vidas parecieran tan inestables como la mía, y aliviaba la angustia de trabajar en una librería a los treinta y tres años. Eso me hacía olvidarme de mis hermanos, los dos organizados y exitosos, con una familia en los suburbios y un garaje para un par de carros. Yo había elegido un camino poco convencional. Me sentía demasiado bueno para ser convencional. Sin embargo, ¿en dónde había terminado? Trabajando en una librería, asistiendo a un programa para conductores ebrios y pasando veladas con una rezandera entusiasta de la autoayuda. De buen corazón y encantadora, sin duda: tan encantadora, de hecho, que yo estaba sufriendo por primera vez en mi vida de eyaculaciones precoces. ¿De qué diablos se trataba eso?

A veces me imaginaba que yo era un cliente que entraba a hojear libros, como había hecho antes de trabajar ahí. «Hojear» no era realmente la palabra; lo que hacía era vagar por la sección de literatura, buscando aquellos libros que eran «míos», los cuales, como decía Borges, te hacían «sentir orgulloso» de haberlos leído. Ahora los sacaba del estante y sentía la adrenalina, pasando sus páginas mientras miraba con culpa a mi jefe. Cuando había recorrido de Agee a Lowry (¿por qué tantos de mis escritores favoritos eran bebedores?) me llenaba de orgullo y anhelaba tomar whisky.

¿Por qué tomaban los escritores?, me preguntaba. O los lectores, para el caso. ¿Tal vez las cosas eran más interesantes cuando uno bebía?, ¿o simplemente parecían serlo? Era un tema en el que yo

había reflexionado a menudo, sobre todo cuando bebía. Si estaba sobrio, no era tan interesante.

***

«Atención —dijo la instructora—, quiero que escojan un apodo que comience con la primera letra de sus nombres. Me llamaré Abby la Ambiciosa». Esbozó su sonrisa ensayada.

Nos tenía cogidos por las pelotas, sin duda. No podíamos decir que no, pero tampoco podíamos irnos. Estábamos a merced de sus caprichos, fueran estos «párense de cabeza», «jueguen sillas musicales» o «canten en falsete».

Habíamos pecado y debíamos pagar por ello.

«¿Qué mierda es esta?», le susurré a Vinny.

«Hicimos esto en rehabilitación», dijo Vinny.

Leyó lo que yo había escrito: «Trey el Tranquilo».

«Suena como una persona que niega sus problemas».

***

Era el veinticuatro de diciembre y yo iba con Joy a Virginia. El aire cálido y denso de la calefacción me recordó inviernos pasados. Contemplé el campo, surcado de árboles deshojados y esqueléticos.

«¿Estás listo para manejar?», me preguntó Joy.

Evité su mirada. «Casi».

«Ya dijiste eso antes. Me estoy durmiendo».

«Te hablaré».

«Has estado hablando».

«Cantaré».

«Trey…».

Suspiré. «Hay algo que debo decirte».

Ella me miró. «No tienes tu pase».

«¿Cómo supis…?».

«No es nada de lo cual avergonzarse. Mi madre nunca tuvo uno. Hay gente que nunca lo saca».

«…».

«Te acompañaré a sacarlo».

La casa blanca de madera era pulcra y acogedora, con mantelitos, cortinas de encaje y papel de colgadura con flores. La madre de Joy nos mostró nuestras habitaciones separadas, cada una con una toalla sobre la cama. Puso un disco de Navidad y se sentó en la cocina mientras Joy le hacía un peinado elaborado. Yo me senté en el sofá a leer *Crimen y castigo*.

«¿No manejó ni un ratico?», le oí decir a la madre de Joy.

Y poco después: «¿Lo de ustedes dos va en serio?».

Esa noche, en aquella cama chirriante y con olor geriátrico, no pude conciliar el sueño. Observaba las grietas jeroglíficas del techo intentando descifrar adónde iba con mi vida. Hubo un tiempo en el cual creí tener un plan: California con una beca, Europa con una mochila y Argentina con una mujer llamada Liset. De algún modo, yo había terminado en Filadelfia. Era como avanzar por las casillas de un juego de mesa; al final, todo tendría sentido. Pero ¿cuál? Lo sabría cuando llegara al fin, me imaginé.

Mi cama produjo un chirrido que provocó una tos en la habitación de al lado, la de mi suegra. Me quedé inmóvil y recordé la reunión

de quince año de graduación del colegio a la que había ido hacía dos meses manejando desde Philly.

Yo entraba de nuevo al Optimist Hall, con chaqueta de pana y corbata desanudada, como el misterioso vagabundo que regresaba, no tan triunfal como lo había planeado. Los rostros se materializaron como en un cuarto oscuro: todas mis exnovias y amores no correspondidos. Mary Beth Brewer, que me había desflorado en una casa flotante; Mona Sharp, mi pareja en el baile de graduación, que terminó convertida en una cazafortunas, y Amy Downing, ah, la dulce Amy, la chica de mis sueños. Gritaron: «¡Viniste! ¡No lo creo!». Y una a una me besaron con su aliento perfumado a ponche de frutas.

Las luces se encendieron a medianoche y el salón de baile se vació. Terminé sin pareja y con labial en la camisa. Convencido de que podría manejar hasta la casa de mi padre, me escabullí con un puñado de números telefónicos y volé por la carretera cantando una canción de Earth, Wind & Fire y dirigiendo una sonrisa torcida al espejo. No vi a tiempo el desvío hacia la casa de mi padre y entonces hice un giro en U. Y de repente el aire empezó a pulsar con una luz azul que parecía descender, como una nave espacial, sobre mí.

***

«Formemos pequeños grupos —dijo Abby la Ambiciosa—. Cada uno nos compartirá las circunstancias de su arresto».

«¡Yo primero! —dijo Vinny—. Tomé una calle de un solo sentido para ahorrar tiempo. Escuchaba música y no podía oír la sirena. El

policía me acusó de evitar el arresto».

Ariel fue la siguiente: «Mi amiga, que conducía, bebió demasiado, así que pensé en ayudarla…».

Sanji: «Yo estaba en mi casa tomando cerveza y salí por una pizza…».

CAT: «Ni siquiera iba manejando. Estaba empujando mi carro para prenderlo cuando un policía se detuvo. Empezó a rodar cuesta abajo, y yo gritaba "¡cuidado!" porque el carro no tenía frenos…».

«Eso no es nada —dijo George—. Yo estaba pasando la borrachera en mi carro y el policía me acusó de "intento de conducir"».

Pero la historia más extraña de todas era la de Isaac. Se dirigía a «Picksburgh» para el entierro de su madre y se perdió. Pidió indicaciones a un policía, quien olió su aliento y lo encerró tres días. Y nunca llegó a Picksburgh.

«¡El entierro de mi mamá!», dijo Isaac con la voz quebrada.

***

«Despierta, dormilón».

Abrí los ojos y vi a Joy vestida para ir a la iglesia, ya de regreso en Filadelfia. «Ven acá —le dije—. Hueles delicioso».

«Solo un segundo. No me retrases». Se acostó con cuidado para no arrugar su vestido. Me apreté contra ella y sentí que me estaba excitando.

«Trey —dijo Joy—, quiero preguntarte algo».

Sus grandes ojos eran líquidos e inquisitivos. «¿Qué hay exactamente entre nosotros?».

«¿Qué quieres decir?».

«Pusiste un muro y no me dejas entrar».

Elegí mis palabras con cuidado, dejando espacio para cierta ambigüedad.

«Tú me importas, Joy».

Ella se mordió el labio, cogió su bolso y salió.

«¡Joy! —la llamé—. ¡Terminaré de estucar!».

Me puse unos jeans, encendí la lijadora y empecé a pulir las marcas de masilla en la pared. Indignado por tener que lidiar con la masilla de otro hombre, la ataqué con saña.

El aire se impregnó de un polvo fino y calcáreo. Abrí una ventana y entró un viento helado. Me miré en el espejo y retrocedí asustado. Mi pelo y mis cejas estaban completamente blancos. Parecía —y me sentía— como si hubiera envejecido treinta años.

Recordé lo que dijo Sammy Davis Jr.: «Lo peor de dejar de beber es despertarte cada día pensando: "Esto es lo mejor que voy a sentirme en todo el día"».

Seguí lijando, pero era inútil. Mi mente volvió a esa botella de Kahlúa. No es que me gustara mucho, pero su imagen no desaparecía. Apagué la lijadora, tosiendo por el polvo, y bajé al sótano. Estaba oscuro y mohoso, con clavos esparcidos por el piso como metralla y el penetrante olor a amoníaco del perro de Joy, que gruñía como si fuera a arrancarme la pierna. Esperé que estuviera encadenado porque no encontraba el interruptor de la luz.

Como sabía que Joy llegaría en cualquier momento, revolví las cajas. Entonces oí unos golpes en la puerta. Subí las escaleras corriendo y oí a un policía hablar por un walkie-talkie. Dijo que un vecino había llamado a emergencias. Yo trataba de explicarle cuando Joy llegó.

***

En las últimas clases, la instructora nos mostró videos de accidentes y de hígados deteriorados. Aprendimos cuántas copas te hacen sobrepasar el límite, y que una segunda infracción dentro de siete años significaría sesenta días en la cárcel.

Abby estaba completamente sobria y equilibrada. Era el modelo al cual debíamos aspirar. Celebraba el apoyo de los seres queridos. Yo la observaba con curiosidad mezclada con rabia.

***

Me balanceaba sobre una escalera inestable; estaba ayudando a Joy a pintar su dormitorio. Ella tenía una pantaloneta y una blusa manchada de pintura. Su pelo estaba recogido, como a mí me gustaba.

«Vino mi contratista», dijo Joy tras una pincelada.

Me escocía oírla llamarlo así. Para mí, era un imbécil con una aberrante pistola de masilla. Y como los recursos de Joy eran limitados, también lo eran sus servicios. Pero eso no impedía que él se diera una pasada.

«No puedes imaginar lo que tuvo el descaro de decirme».

Sí, podía imaginarlo.

«Se ofreció a cablear mi sótano; dijo que podríamos "llegar a un acuerdo"».

Pinté las marcas de masilla que quedaban en la pared.

«Los hombres piensan que una mujer que vive sola siempre va a ceder».

La vi agacharse para introducir el pincel en la lata de pintura.

«Se ve bien —comentó Joy—. Algún día tendré mi casa libre de deudas».

Era su tema favorito: poner su vida en orden. Y aunque sus sueños eran muy distintos de los míos, yo admiraba su determinación. De hecho, en ese momento, pensé que podía amarla. *Esto*, pensé, *es lo extraña que puede llegar a ser la vida*.

«¿Sabes por qué quiero recablear mi sótano?».

«¿Por qué?».

«Estoy pensando en alquilarlo. Mi contratista puede instalar un baño y una cocina. Obviamente, tendré que encontrar un inquilino decente. Nada de deudores morosos ni cascarrabias ni bebedores…».

Mi escalera se tambaleó.

***

En mi descanso de almuerzo, llegando al final de *Crimen y castigo,* recordé que ese día sería la «Noche familiar». ¿A quién podía pedirle que me acompañara? Joy estaba descartada. ¿Tal vez a una compañera de trabajo? Ni pensarlo. ¿Para qué levantar sospechas en mi trabajo? Y yo no tenía parientes en Filadelfia, salvo mi primo Sonny.

«¿Sí?», respondió Sonny al teléfono. Oí a su bebé llorar. El exfiestero convertido en hombre de familia.

«Necesito pedirte un favor. ¿Podrías salir conmigo esta noche?».

«¿Adónde?», preguntó.

«Te lo explicaré, pero te necesito».

«¿Para qué?».

«Para que seas mi persona allegada».

«¿Estás en un bar?».

«No, de eso se trata. Dejé de tomar. Y todo por Joy».

«¿En qué te metiste?».

«En un curso para conductores ebrios. Esta noche tengo que ir con una persona allegada».

«Espera, ¿y qué implica eso? Si a eso vamos, yo estoy manejando sin licencia».

«Olvídalo, Sonny», dije.

***

Mientras iba al curso, con las orejas adoloridas por el frío, pasé por lavanderías y negocios de cambio de cheques. Entré a un bar llamado Dirty Mack's. Olía a ceniceros y a sudor rancio. Unas caras conocidas —los viejos alcohólicos de siempre— se inclinaban sobre sus bebidas. Me senté en un taburete y me limpié la nariz con el puño de la camisa. El calor me produjo cosquillas en los oídos. A mi lado, un viejo miraba el televisor.

«¿Qué quieres?», preguntó el bartender.

Titubeé. «Bourbon, solo».

Enseguida me llevé el bourbon a los labios. Lo olí.

«¿Eres el Tejano?», le pregunté al hombre que estaba a mi lado.

Me miró desconfiado, con un ojo medio cerrado. «¿Por qué?».

«Te he visto antes aquí». Deslicé el vaso hacia él. «Estás tomando bourbon, ¿verdad?».

Le compré trago y le prometí una plata. El aula estaba cerca. El Tejano quiso otro trago. Entramos a un pub y él fue al baño. Cuando fui a apurarlo ya se había ido.

Marqué su número desde una cabina telefónica. «Joy —le dije—, necesito pedirte un favor».

***

«Mucha atención», dijo Abby la Ambiciosa cuando me senté al lado de Joy. Con sus pulseras tintineantes, parecía la anfitriona de una fiesta. Tenía tacones altos y un collar de perlas corto; mostraba sus dientes relucientes. «Primero, me gustaría darles la bienvenida a nuestros invitados especiales».

En una mesa cubierta con papel crepé rojo había refrescos y donas. Noté muchas caras nuevas y las viejas parecían diferentes debido a sus atuendos formales. Sanji el Sofisticado había llegado con su elegante esposa, y Ariel con un hombre delgado con chaqueta de ante. La acompañante de Vinny llevaba un chal, como si estuviera en una fiesta, y George tenía un traje que no le quedaba bien. CAT era el más difícil de reconocer. Sin gorra y con el pelo peinado hacia atrás, llevaba a una linda mujer del brazo.

Abby tomó la palabra. «Estoy segura de que nuestros invitados están orgullosos de sus seres queridos. Y debemos reconocer su papel en el progreso que han hecho. Por mucho que se hayan esforzado, no habrían podido hacerlo solos. Todos necesitamos apoyo y no debemos ser demasiado orgullosos para no aceptarlo».

Al hundirme en mi silla para evitar la mirada de Joy, extrañé al Tejano.

«Ahora —dijo Abby—, es hora de entregar los diplomas. Cuando yo diga cada nombre, por favor pónganse de pie y presenten a su persona allegada». Se paró frente a los pergaminos atados con cintas escarlatas.

«Isaac Adams».

Isaac sonrió y anunció: «Mi esposa, Deloris». Ella cubrió su sonrisa con una mano. Todos aplaudieron.

Y entonces Abby dijo mi nombre.

«Mmmm —dije—, esta es Joy Vaughn, mi… pareja».

En medio de la ovación, miré a Joy, esperando ver un ceño fruncido. En cambio, sonreía como una novia radiante. Al recibir mi diploma de manos de Abby, nunca me había sentido tan completamente sobrio.

Pertenencias

Estoy caminando por Spring Garden cuando veo una camioneta vieja y destartalada, parqueada frente a un bar. En un costado, en letras burdas y desiguales, dice TRASTEOS MIRANDA. Hay muebles amontonados y amarrados de cualquier manera. Entro al bar y encuentro a Tico jugando billar.

***

Ha pasado un año desde que vi a Tico Miranda, su brazo carnoso por fuera de la ventana, reversando con la camioneta en nuestra entrada. Joaquín, su primo flacucho, le daba instrucciones en español, gesticulando como ante el piloto de un avión.

«Llegaron los del trasteo», le dije a Susanne.

No miró. Estaba ocupada empacando mis pertenencias.

Tico y Joaquín me cayeron bien desde el principio. Cuando hablé en mi español mediocre, se encariñaron conmigo. Pero no dijeron mucho. Parecían saber lo que se estaba cocinando.

Tico tenía una barriga enorme, un ojo malo y brazos tan gruesos como muslos. Joaquín era tan hiperactivo como un colibrí. No tardaron en sacar mi escritorio, mi silla y varias cajas. Luego llegaron a la *étagère*.

Aprendí esa palabra de Susanne. Es una estantería sin puertas.

«Espera un minuto —dijo Susanne—. La *étagère* se queda aquí».

Tico me miró.

Encontramos la *étagère* durante nuestro primer año juntos, a un lado de la carretera. De alguna manera, logramos arrastrarla varias cuadras. Susanne es delgada, pero más fuerte de lo que parece. Yo soy un poco más débil. A cada pocos pasos nos caíamos de la risa sobre las hojas amarillas amontonadas en la acera. Eran hojas de arce azucarero y olían a almizcle. Era un hermoso día de otoño. Empujamos y jalamos el armatoste durante lo que parecieron horas, y finalmente lo llevamos a nuestra casa. Lo exhibimos como un trofeo y colapsamos en el piso, jadeando y cubiertos de hojas.

«Eres sexi cuando sudas», dijo Susanne. Era nuestro primer mueble.

«Esa no te la llevas», repitió ahora, mientras Tico y Joaquín observaban.

«¿Por qué no?», pregunté.

Me miró. La miré.

Sus ojos tenían un brillo.

Ese brillo.

«¿Nos disculpan un momento? —dijo Susanne—. Hay cerveza y pizza en la nevera».

Luego me llevó arriba.

La caja vacía de la pizza estaba sobre la mesa. Tico dormía en la silla. Joaquín estaba viendo un programa de concursos.

«Ese mueble se queda aquí», dije con autoridad.

El encogimiento de hombros de Tico sugirió que él tenía una opinión, aunque no la compartiría.

Por supuesto, pagué por el tiempo que estuvimos arriba.

Valió cada centavo.

***

Ahora veo a Tico prepararse para tacar, su barriga encima de la mesa. Flexiona sus músculos mientras le echa tiza a su taco y lo desliza con fluidez sobre el puente de su mano. Su ojo de vidrio es apenas perceptible. Casi estás convencido de que puede ver a través de él.

Siento un codazo. Joaquín me habla rápido en español y le pido que repita. Cuando oigo la palabra *cárcel*, entiendo: Tico está en libertad condicional y lo van a encerrar de nuevo si no devuelve los muebles.

«¿Se los robó?», pregunto.

«Más o menos», responde Joaquín.

«¿De quién son?».

«De la ex de Tico —dice—. La semana pasada se fue a Nueva York. Cuando Tico supo que se había ido con un hombre, dijo que quería matarla. Lo cierto fue que desocupó su casa. Ha estado andando con sus cosas en la camioneta y ella volverá esta noche».

Joaquín intentó convencer a Tico de que le devolviera sus cosas, pero se niega a hacerlo. Joaquín me pide que hable con él.

Miro la camioneta. Cae una llovizna.

Tico hunde la bola ocho, recoge la veinte y termina la cerveza. Cuando me ve, una sonrisa le cruza la cara. Me agarra con una cariñosa llave estranguladora.

«*¡Amigazo!*», dice. Me cuesta entender, pero capto una referencia a una pizza de anchoas. Luego estira los brazos para sugerir un mueble.

Veo cómo Tico golpea las bolas y se dispersan. Luego, hace rozar otra en la banda opuesta, que cae en la tronera con la misma languidez de un bostezo. Joaquín mira hacia afuera con expresión preocupada. Sabe que no hay forma de detener a Tico. Está en racha.

La camioneta está parqueada bajo la lluvia. El tocador, empapado. El espejo, suelto, cuelga a un lado. En un cajón abierto hay un vestido. Es un traje de fiesta amarillo, mojado y estropeado, aunque no sin un destello de alegría. El amarillo es un tono que me hace recordar las hojas de arce azucarero en otoño.

Fantasmas

Cuando yo trabajaba para los Servicios Sociales de Filadelfia, tenía una compañera llamada Katty. Su escritorio estaba frente al mío. Todas las mañanas, mientras yo tomaba café, la miraba pintarse las uñas. Tenía un pequeño espejo redondo en su escritorio —un espejo de aumento— y la veía aplicarse el labial —una línea lenta y cuidadosa, una presión en los labios, luego una sonrisa rápida para examinar sus dientes—, todo esto magnificado unas cinco veces. Además, olía delicioso. Este ritual matutino me ayudaba a sobrellevar el día.

No estoy sugiriendo ninguna vanidad de su parte. Supuse que sus mañanas eran demasiado apresuradas para arreglarse bien. Esto, debido a la foto de un niñito.

***

Gracias a Héctor, un puertorriqueño que trabajaba con nosotros, supe que Katty vivía sola. Su esposo había muerto, creía Héctor. O al menos, estaba por fuera del panorama. Pero el viejo Héctor tenía sus propias ideas. Y peor aún, me las confió. Así que, como buen amigo, le cedí la oportunidad de cortejar a Katty, aunque yo sabía que estaba casado y tenía otras mujeres. Además, en seis meses, me iría a Suramérica: a Argentina, a Chile, o tal vez a Colombia.

Sentía que mi romance con Filadelfia había terminado. Era hora de seguir adelante. Probablemente era mejor no forjar vínculos.

Sin embargo, cuando veía a Héctor interrumpir el ritual de Katty para susurrarle cosas al oído, me moría por dentro.

«Le dije que sueño con ella —me confesó Héctor—. Pero cuando llego a la parte más agradable, me despierto».

«¿Qué dijo ella?».

«Dijo: "Qué lástima"». Héctor arqueó las cejas esperanzado.

Entonces, un día, al pasar por su escritorio, la oí decir mi nombre.

Me detuve a mitad de camino. Se estaba pintando las uñas; de morado, para que combinaran con su vestido. Podía oler su perfume.

«Tuve que darle a tu amigo», dijo Katty.

«¿Perdón?», respondí, y me sentí indispuesto.

«Vino y empezó a susurrarme. Luego trató de besarme. Le di un codazo en las costillas». Movió su brazo para mostrarme.

Entonces la invité al Red Lobster.

***

Mientras comíamos patas de cangrejo, le pregunté por su marido. Me dijo que se habían conocido cuando ella trabajaba en el hospital de veteranos. Él había combatido en Vietnam. Durante un tiempo, todo fue agradable, pero luego empezó a volverse celoso. Demencialmente celoso, paranoico. Cuando ella compraba un vestido, le preguntaba: «¿Para quién es?». Y cuando ella volvía a casa, la acusaba de cambiarse la ropa interior. Recibía una pensión por discapacidad y permanecía en casa imaginando traiciones. No

soportaba que ella estuviera con nadie más. Luego las cosas se pusieron feas y Katty lo dejó.

Pero Héctor se había equivocado; el esposo no estaba muerto.

Cuando salimos del restaurante, el viento soplaba frío y cortante. Era la primera helada del año y nos cogió por sorpresa. Katty prendió su viejo Cutlass y esperó a que se calentara. Encorvé los hombros y me froté las manos.

Entonces me incliné y la besé. Ella respondió como una mujer que ha estado sin un hombre. En un santiamén, el carro estaba calentito. Esto se conoció entre nosotros como el «Beso de la langosta roja».

Paramos en la casa de la niñera para recoger a su hijo.

«Conoce al hombre de mi vida», dijo ella mientras subía al carro; tenía un metro de estatura, ojos enormes y una camiseta de Batman. «Jason, este es el señor Trey».

Me dirigió una mirada rápida y me dio la espalda para jugar con sus aviones. Usó el tablero posterior como pista de aterrizaje, haciendo ruidos de motor con sus labios.

«Jason —dijo Katty—, ¿no puedes decirle algo al señor Trey?».

Los sonidos de avión cesaron y permanecimos un rato en silencio.

Jason dijo: «¿Tienes Cazafantasmas?».

«Lo siento —dije—, aquí no».

Jason reanudó sus maniobras de aviación.

Katty me dejó en la estación del metro. Unas ráfagas de viento helado azotaron el carro. «¿Estarás bien? —me preguntó Katty—. Toma, ponte mi bufanda». Me la envolvió y nos besamos nuevamente. Sentí un aliento en mi cuello que no era el de Katty.

Esos ojos grandes y brillantes estaban a pocos centímetros de nosotros.

«¿Jason? —dijo Katty—. ¿Qué estás haciendo, pequeño?».

Ojos.

«¿No quieres que mami bese al señor Trey?».

Jason negó con la cabeza.

«¿Por qué no?», preguntó Katty.

Jason se quedó mirando.

«Mamá quiere besar al señor Trey. ¿Puede?».

Jason miró un rato más. A regañadientes, asintió.

***

Al día siguiente nevó; era la primera nevada del año y la nieve tardaría en derretirse.

Tomé el bus hasta la casa de Katty y caminé las últimas cuadras bajo el viento gélido y paralizante, sin sombrero y con zapatos delgados. Sin embargo, llevaba puesta una bufanda.

Katty veía televisión en la cama. Jason estaba en el piso con sus juguetes. Sin ningún lugar en donde sentarme, me acurruqué junto a Katty, que estaba calientica.

Entonces algo aterrizó en mi espalda. Supongo que el niño pensó que se trataba de una especie de juego. Al igual que Katty, intentó besarme en la boca.

«¡Jason! —dijo Katty—. No beses al señor Trey. Besas a mamá. Y mamá besa al señor Trey».

Me gustó la claridad y sencillez de su explicación.

«Lo siento —dijo ella—. Él no entiende. Todavía está muy pequeño».

Más tarde, le puso un gorro de lana y lo llevó a la cama. Podía oírla en la bañera. Me desperté cuando se metió a mi lado. Su piel fresca tenía un olor tentador. Ahuecó mi almohada como si fuera la de un niño y me alisó el cabello.

«Hola, señor —canturreó—, ¿estás en mi cama?».

Nadie me había dicho «señor», pero era una palabra a la que podía acostumbrarme.

***

Cuando me desperté, Katty miraba, al otro lado de la calle, la monstruosa planta eléctrica, desparramada, desagradable y premonitoria.

«Señor —dijo—, he estado pensando. Tal vez sea mejor que paremos si te vas a ir. No manejo muy bien este tipo de cosas. Y realmente no es justo para el niño. Se encariña».

Una parte de mí sabía que Katty tenía razón. Aunque yo podía ser persuasivo: «Sí, pero piensa en lo que nos perderíamos».

Entré al baño para orinar. Alguien abrió la puerta. Jason entró y permaneció a mi lado. Supongo que quería ver más de cerca. Yo no sabía cómo reaccionar. Así que seguí con lo que estaba haciendo.

«Mami, el señor Trey hizo pipí en nuestro baño», dijo al salir.

Katty contestó el teléfono. «Jason —dijo—, ven a saludar a tu abuela».

«Hola, abuela —dijo Jason—. El señor Trey duerme en la cama de mamá».

***

Katty tenía una mancha oscura en el brazo. Era casi su única imperfección.

«¿Es una marca de nacimiento? —pregunté—. ¿O te quemaste?».

Me miró a los ojos. «No me quemé».

Lo supe enseguida. «Ay, Dios».

Katty asintió. «Una mañana, él me preguntó: "¿Por qué te vas tan temprano? ¿Para ver a tu amante?". Le dije: "No seas tonto", y seguí hacia la puerta. Intentó cerrarme el paso, pero me aparté. Entonces cogió una olla y me tiró agua hirviendo».

Hice una mueca. «Ay, no. ¿Qué hiciste?».

«Lo mordí y casi le arranco un dedo. Se lo tuvieron que coser. Y entonces le dije que todo había terminado».

Cuando Katty me mostró varias fotos —retratos de Jason cuando era bebé, imágenes de su boda y de un viaje a Washington—, el tipo parecía normal, aunque un poco rígido y serio. De repente, apareció Jason. «¡No!», protestó. Me arrebató las fotos y las tiró al piso.

***

Una noche me desperté con una sensación extraña; olía a orines. Jason había mojado nuestra cama. A veces dormía con nosotros después de tener pesadillas. Teníamos que bañarnos y cambiar las sábanas. Resultó que también se orinaba en la guardería, además de golpear a sus compañeros.

A veces me ponía a prueba, como cuando él y yo estábamos solos en el carro. Se pasaba al asiento delantero y empezaba a hundir botones. Yo le pedía que parara, pero él parecía conocer los límites

de mi autoridad. Quería ver si yo le pegaba. Entonces habría podido llorar, como cuando su madre le pegaba, pero con justa indignación, porque yo me habría excedido.

A veces me preguntaba si Katty también me estaba poniendo a prueba al dejarnos solos en el carro. Sin embargo, yo me contenía, aunque Katty tardaba una eternidad. Finalmente, después de probar mi paciencia, Jason regresó a su asiento y jugó cabizbajo con sus juguetes.

«Mi padre no tiene brazos», dijo.

***

Leí un artículo sobre los niños sin padres en Filadelfia y sobre cómo unos hombres se ofrecían a pasar tiempo con ellos. Los niños tenían suficientes modelos femeninos, pero estaban sedientos de la presencia positiva de un hombre. Tanto así que lo único que tenían que hacer era acompañarlos y no ser mezquinos, y los niños respondían de un modo asombroso.

***

«¿Tienes ojos, señor Trey?». Acercó su cara a la mía.

«Sí, Jason, tengo ojos».

«¿Tienes de esto?», dijo, acariciando mis cejas suavemente.

«Sí, tengo cejas».

«¿Tienes esto, señor Trey?».

«Bigote», dije.

«Bimote —dijo Jason—. No tengo bimote. Pero cuando sea grande, tendré uno».

«Así es, Jason».

«¿Tienes dentes, señor Trey?».

«Sí, Jason. Tengo dientes».

«Señor Trey, tienes dentes del Hombre Monstruo».

***

Cuando llegó la Navidad, le pregunté a Katty qué podía comprarle a Jason.

«No tienes que darle nada».

«Quiero hacerlo».

«Bueno, cualquier cosa de los Cazafantasmas».

Me sorprendió la amplia variedad de artículos de los Cazafantasmas que había en K-Mart. Tenían pistolas láser, máscaras, escudos y trajes de fumigadores. Le compré un traje.

No me había dado cuenta de que habían creado toda una industria basada en la erradicación de fantasmas.

***

El problema estaba en conseguir una niñera. Como Katty no tenía familia en Filadelfia, solo le quedaban dos opciones. La primera era una mujer de ochenta años, casi ciega. Y luego estaban los vecinos, Bo y Rochelle, los supuestos padrinos del niño. Solían emborracharse y amenazarse con cuchillos.

Una noche, «en contra de su criterio», Katty dejó a Jason con ellos mientras íbamos a una fiesta. Cada hora llamaba para ver cómo estaba. «No me siento bien», insistía Katty, y cuando regresamos los dos estaban borrachos.

Bo era un hombre musculoso de sesenta años y Rochelle una regordeta de veintisiete. Se habían conocido en un programa de rehabilitación. Bo se quitó la camisa para exhibir sus cicatrices. Rochelle, que hablaba con un chillido agudo, me instó a casarme con Katty para que ella pudiera encargarse del catering. Mientras íbamos a casa con Jason, sentimos su aliento a alcohol.

«Es el único hijo que tengo —se lamentó Katty—, y no puedo perderlo».

Dos veces había rodado por las escaleras, y un día ingirió combustible para encender carbón. Durante sus primeros tres años no dijo una sola palabra. *Ay, Dios mío*, pensaba Katty. *¿Qué le pasa a mi hijo?* Y por la noche, Jason juntaba las manos y repetía tras ella: «Si yo… muero… antes de despertar…».

***

El teléfono sonó a las tres de la mañana. Katty contestó, y de inmediato colgaron. Esto se repitió en otras dos ocasiones. «Es él», dijo ella.

Entonces Jason vio a un Hombre Monstruo escondido en su clóset. Hablaba en torrentes de jerigonza disparatada.

«Shh —dijo Katty—. Vuelve a la cama, niño. Estás parloteando como un radio».

***

Invité a Katty a ver películas. Jason se unió a nosotros. Yo había alquilado *Batman* para él, y *Tallo de hierro* para nosotros. Nos metimos en la cama con un tazón de nueces mixtas. Mientras Jason estaba concentrado en *Batman*, intenté travesuras con Katty bajo la colcha.

Jason no paraba de decir: «Mira, señor Trey, ¿ese es el Guasón?». Observaba embelesado su cara pintada y su risa diabólica.

Pero al ver *Tallo de hierro*, empezó a inquietarse. (Yo había pensado que le gustaría, dado que Jack Nicholson aparecía en ambos… pero no). Su inquietud se había exacerbado cuando…

«¡Mira, Jason! —dije—. ¡Fantasmas!».

Se sentó de golpe con los ojos brotados.

Se le aparecieron a Jack Nicholson en un bus, sonriendo ampliamente con unos trajes blancos que tenían un brillo misterioso, fantasmas de sus transgresiones.

«Señor Trey —susurró Jason—, ¿es un fantasma, señor Trey?».

«Sí, Jason. Tres fantasmas».

«¿Tes? —dijo Jason—. ¿Tes fantasmas?».

Jack Nicholson se abalanzó con furia sobre ellos; los pasajeros se dieron vuelta para mirar. Él le gritó a alguien —o a algo— que ellos no podían ver. Finalmente se frotó los ojos y se sentó de nuevo.

«Señor Trey, ¿es un fantasma?».

«Ya se fueron, Jason —le dije—. Pero no te preocupes, volverán».

***

Katty había ideado un complejo sistema de alarmas y trampas. Apoyó un palo contra la puerta junto con una pala y, encima, un gancho amarrado a una campana. Como arma de cabecera tenía una barra metálica. Cada tanto se asomaba por la ventana.

Me pidió quedarme casi todas las noches. Aunque una parte de mí quería eso, estaban el largo viaje en bus a su casa, los orines de Jason y mi privación del sueño.

«¿No dijiste que deberíamos irnos destetando?», le pregunté.

«Podemos hacerlo después», dijo Katty.

Por la noche, oíamos ladridos y vidrios que se rompían. Una vez, alguien tocó la puerta. Permanecimos acostados e inmóviles hasta que finalmente se fue.

Mientras tanto, Jason soñaba con fantasmas.

Antes del amanecer, gritaba: «¡Soy apenas un niño pequeño!».

***

Katty me llamó a altas horas de la noche. Alguien había intentado entrar a su casa. Cuando vio la cerradura forzada, llamó a la policía. Aunque los patrulleros de Filadelfia no son conocidos por responder con rapidez, diez agentes aparecieron de inmediato. Subieron las escaleras corriendo y armados. Pero el culpable ya se había escapado.

«¿Diez? —pregunté—. ¿Hablas en serio?».

«Sí», dijo Katty con aquel tono de voz. Capté su deseo de que fuera a su casa, pero mi oferta fue tibia y tardía.

Ese fin de semana, Jason, con una toalla a modo de capa, saltó de la cama. «¡SU-perboy!».

Me reí, y él me pegó.

«¡Oye, hombrecito! ¿Qué es eso?».

Empezó a parlotear como un radio. «¿Por qué te ríes de mí? Alguien rompió nuestra puerta y mamá llamó a la policía y entraron a mi casa, un montón de policías, y mi mamá tenía miedo, ¿y por qué no estás aquí, señor Trey?».

***

Casi dormido, sentí a Katty meterse en la cama. Al acercarme, la oí murmurar. «Sí, aunque camine por el valle de la Muerte, no temeré…».

***

Una vez, en el Mercado de la Terminal de Reading, Katty enganchó su brazo quemado al mío. «¿Me amas?».

Yo no estaba preparado; tenía que pensar rápido. «Estoy tratando de no hacerlo», dije.

Empecé a sospechar que ella había dejado de tomar sus pastillas. Como me iría dentro de un mes, contuve la respiración.

Aun así, podía oír el tictac del reloj. Yo iba a cumplir treinta y cinco años. Si no era con ella, ¿entonces con quién? Y si no era ahora, ¿cuándo? De alguna manera, presentía que nunca.

***

Llegó la primavera. «Señor Trey. Mi abuela me compró un conejito de Pascua».

Hicimos un picnic en Schuylkill y vimos a los remeros pasar. Jason, con su camiseta de Batman, usó un palo para cavar en busca de gusanos.

Esa noche no quiso comer los espaguetis que había preparado su mamá.

«¿Qué? —dije—. No te gustan los gusanos?».

«¡Trey!», me regañó Katty.

Los ojos de Jason se iluminaron. «¿Estos son gusanos, señor Trey?».

«Así es como les digo. Mmm, están deliciosos».

Jason limpió su plato. Katty negó con la cabeza.

«Señor Trey —dijo Jason—, no soy un niño pequeño. Soy un niño grande».

«Así es, Jason».

«Señor Trey, no eres un niño grande, eres un hombre grande».

Podía sentir a Katty cerca de mí, irradiando calidez. Le dije: «No estoy tan seguro de eso».

***

Una noche, después de hacer el amor, le dije a Katty: «Cuando me vaya, deberías ver a otras personas».

Ella estaba callada. «¿Qué te hace decir eso?».

«Es algo que he estado pensando».

Se había comprado un vestido rojo.

«Está lindo», comenté.

«Lo compré para complacerte —dijo Katty—, pero quieres que lo use para otra persona».

***

«Al principio éramos muy felices —dijo Katty, mostrándome las fotos de su viaje a Washington—. Fue entonces cuando concebimos a Jason. —Cerró el álbum—. Pensé que estaríamos juntos toda la vida».

***

Estaba oscuro todavía cuando me llevó al aeropuerto. Tenía puesto el nuevo vestido rojo. Había muchas cosas que yo quería decir, y muchas que no dije porque pensé que sería peor.

Jason estaba en la parte de atrás del carro con su traje de Cazafantasmas. «¿Vienes a mi casa esta noche, señor Trey?».

«No, Jason —dijo Katty—. No vendrá».

«¿Vienes a mi casa mañana?».

«No, Jason. El señor Trey se irá de viaje. Será por un largo tiempo».

Seguimos un rato en silencio.

«¿Tienes tu pasaporte?», preguntó Katty.

«Sí».

Estaba silencioso, casi no había nadie en la carretera. Entonces Jason respiró sobre mi cuello y señaló con entusiasmo. «¡Mira, señor Trey!».

Un hombre con un traje blanco perla deambulaba por la calle, zigzagueando precariamente. A lo mejor regresaba de una fiesta elegante o tal vez era un borracho bien vestido. Pasó por debajo de un poste de la luz.

«¿Es un fantasma, señor Trey?».

Evité los ojos de Katty.

«No, Jason», dijo ella con una firmeza maternal que admiré. «Siéntate ya, o te caerás».

Llegamos al aeropuerto. «¿Debería parquearme?».

«Está bien».

Me incliné y la besé rápidamente en los labios, y allí estaba Jason, acercándose, así que también lo besé.

Luego caminé hacia las puertas automáticas. Cuando miré atrás, se habían esfumado.

***

Hace pocos días encontré un casete en un cajón. No tenía etiqueta, así que lo puse.

«… Habla por el micrófono», dice una voz de mujer.

La voz de un niño dice: «Hola, señor Trey. ¿Qué te parece Cowombia?».

Entonces escuché un ruido, como si el micrófono se hubiera caído. «¿Señor Trey?», dice la voz. «¿Por qué el señor Trey no habla?».

«… No, amor, no puede. Le enviaremos esto. Ahora, tesoro, dile adiós».

«Señor Trey —dice la voz—. ¿Por qué no hablas, señor Trey?».

II

Cali

Campeón

Mientras viajaba por Suramérica, me quedé sin fondos en Cali. Había alquilado un cuarto en una pensión llamada Las Palmas, que ofrecía duchas frías, cucarachas y una vista espléndida de los Farallones, por encima de los techos rojos.

Todas las mañanas me despertaba el canto de un gallo. Esto parecía extraño en medio de la ciudad. Al principio, el sonido me molestaba y entonces me tapaba los oídos con la almohada. Pero con el tiempo aprendí a dormir con el sonido, aunque se deslizaba en medio de mis sueños.

Mi padre no estaba entusiasmado con mi viaje a Suramérica. Pensé que debería llamar y tranquilizarlo en vista de las noticias desconcertantes: un avión de pasajeros derribado, una explosión en el edificio de seguridad nacional y el asesinato no de uno, sino de tres candidatos presidenciales.

En lugar de eso, me senté en un banco en el parque junto al río, donde los niños chapoteaban en la fuente, los perros dormían a la sombra y un vendedor viejo y curtido por el sol empujaba su carrito de copos de nieve: tres sabores melosos y una nube de avispas. Los tinterillos, encorvados sobre sus viejas Remington, escribían cartas para los analfabetos y los solitarios.

Mi visa de turista había expirado. Ser ilegal en un país para el cual el Departamento de Estado había emitido advertencias de viaje

aumentaba mi ansiedad. Pero tuve que reírme ante la idea de que yo era el único maldito ilegal en Colombia.

Aun así, necesitaba ganar un poco de dinero. Consideré escribir sobre los carteles, pero, para empezar, no sabía dónde podría publicar. En segundo lugar, mi padre podría asustarse; y en tercer lugar, no quería pensar tanto en el tema. Después de vender mi cámara y mi walkman, lo único que tenía para negociar era mi lengua. Entonces coloqué anuncios ofreciendo lecciones de inglés y recibí una llamada de una mujer de nombre Roxana.

Yo esperaba en el parque cuando ella llegó en su moto, con su abundante pelo oscuro y sus piernas color miel. Todas las canciones sobre la belleza de las caleñas eran ciertas. Irradiaba una frescura asombrosa para alguien que iba en moto en ese calor agobiante.

«Encantada», dijo, y este instructor de idiomas no encontró las palabras. Nos sentamos a la sombra de un samán gigante. Avianca necesitaba azafatas y ella quería aprender inglés tan pronto como fuera posible. El único problema, dijo, era el dinero.

«Luego hablamos de eso», respondí. Para empezar, le hice una entrevista simulada. Después practicamos algunas frases de azafatas.

«Can I get you some-ting? —repitió ella—. ¿Would you like a pee-low?»

Jugué con su sintaxis pero no con su locución; me encantaba su forma de hablar. Parecía tan íntegra e inocente: una presencia tranquilizadora en este lugar perturbador.

«¿Mi país tiene mala fama?».

Estaba sentada más cerca de mí de lo necesario. Tal vez fuera algo cultural, pero parecía estar cruzando cierto límite, o

permitiéndome cruzarlo.

«¿Te gusta aquí?». Me observó fijamente con su mirada de ónix.

«Está empezando a gustarme», dije.

«Me alegra —replicó ella, poniéndose de pie—. Now I go. How much I pay?».

«¿Qué tal si te enseño inglés y tú me enseñas cosas de Colombia?».

Roxana dejó al descubierto sus dientes impecables.

***

Esa noche explotó una bomba en una discoteca cercana. Permanecí despierto con los ojos clavados en el bombillo colgado de un cable. La calle estaba en silencio, la noche era calurosa. Una enorme polilla negra se aferraba a la pared.

Al día siguiente me quedé en mi habitación. Desde la ventana observé el bullicio de la calle. Una mujer hacía arepas en la parrilla elaborada con una lata de aceite. Un vendedor de lotería gritó: «¡Millonaria!, ¡Chance!». Busqué señales de pánico en los rostros de la gente, pero esa palabra no estaba en su léxico.

Hasta entonces, yo solo había tenido dos roces con la muerte: una vez, cuando fui arrojado desde un bote al mar, y otra, cuando estuve con una mujer que tenía VIH. En ninguna de las ocasiones tenía salvavidas.

Lo que más me molestaba de la perspectiva de morir aquí era confirmar la opinión de mi padre de que haber venido a este lugar había sido una locura. No tenía deseos de morir como un héroe, pero sí me preocupaba morir como un tonto.

***

Nuestra siguiente clase fue en casa de Roxana. Me invitó, no como una señal de confianza, sino para cumplir con una obligación social: necesitaba la aprobación de su familia. Las casas de su barrio eran de bahareque, y hombres sospechosos merodeaban en las esquinas.

«¿Está seguro de que esta es la dirección correcta?», preguntó el taxista.

Su padre era un mecánico de pocas palabras y de cara tostada por el sol, mientras que su madre era una costurera sonriente. Sus hermanos eran sorprendentemente normales. Roxana era la joya de la familia. Sus fotos adornaban las paredes.

Me recibieron como un VIP. La mamá de Roxana sirvió pandebonos y su papá aguardiente. Yo no le había cogido el gusto todavía, pero me tomé unos tragos para no ofender.

Luego subieron el volumen e insistieron en que bailara salsa. Mientras su madre golpeaba con el pie y me observaba, aparté la mirada de las caderas giratorias de Roxana. Su familia se reía cariñosamente. «Mira, baila como un gringo».

En su habitación, Roxana me mostró su álbum de fotos. Tenía una cubierta rosada y esponjada, y páginas de plástico con burbujas. Había fotos de ella en sus quinces. Una vampiresita envuelta en perlas, con las manos en las caderas, y esos increíbles ojos nocturnos.

Cuando nuestras piernas hicieron contacto, mi corazón latió con fuerza.

Pero en la foto Roxana no estaba sola. La acompañaba un tipo tatuado con el mentón muy hendido. No me gustó la forma en que la abrazaba. En otra fotografía, él cargaba un gallo.

«Ese es el Gallo —dijo ella—. Cría gallos de pelea».

«¿Es tu novio?».

(¿No hay siempre un novio?).

«Mi ex. Mis papás nos hicieron terminar».

«¿Por qué?»

«Porque él trabaja para los traquetos».

Mi corazón dio un vuelco. «¿No te daba miedo?».

Roxana esbozó una pequeña sonrisa. «A veces, cuando íbamos en su carro, me decía que me agachara y hundía el acelerador».

Sentí que la estaba viendo por primera vez.

***

Una explosión sacudió la noche; me senté de golpe en la cama. Sonaron varios estallidos que parecían disparos. Esperé gritos o sirenas. Pero solo se oía la salsa de la discoteca y las charlas y risas en la calle.

Debe ser pólvora, me dije.

Mientras daba vueltas en la cama bajo el aire bochornoso, volví a pensar en papá. Aunque parecía aprobar mis decisiones extravagantes, mi viaje a Colombia probablemente había cruzado la línea. Pero si yo aguantaba, si mostraba un poco de agallas, él podría terminar sintiendo cierto respeto por mí.

***

Esa mañana cantó un gallo y unos hombres con sombreros salieron a barrer las calles. Usando escobas hechas con hojas de palma, barrieron los pétalos de los árboles de jacarandá. Caminé hasta la esquina para tomar un café y leer, con mi diccionario, *El Espectador*.

Los emboladores ejercían su oficio, haciendo sonar sus cepillos y sus trapos. Sus clientes tenían la expresión engreída de un perro al que le están olisqueando el trasero. Sus cajas eran personalizadas, con insignias pintadas a mano: un escorpión, una iguana, una culebra. Otra parecía un camión en miniatura con ruedas. Otra más, forrada con espejos, refractaba el sol. Pertenecía al Rey de los Emboladores.

Un poco más alto que los demás y con vello facial incipiente, irradiaba seguridad. Vestía con estilo, mantenía su peinilla a la mano y agitaba su trapo rojo con aplomo. Con un movimiento circular de sus dedos ennegrecidos, aplicó el betún con habilidad. Protegía las medias de sus clientes con bandas de plástico, y golpeaba un zapato para indicar que estaba listo para el otro. Se imponía ante los demás gracias a su actitud agresiva, como un perro que llega a la comida antes que los cachorros. Después del ajetreo matinal, pedía un café y se hacía embolar por uno de los segundones.

***

Yo iba caminando hacia el parque cuando Roxana llegó en su moto. En medio del ruido del tráfico, gritó: «¡Sube!».

«¿Dónde está tu casco?», pregunté.

Ella me habló de los sicarios. Debido a una serie de atentados con armas por parte de motociclistas que llevaban visores oscuros, estaba prohibido el uso del casco, salvo para la policía. De acuerdo con una lógica típicamente colombiana, esto tenía mucho sentido.

Subí a la moto, Roxana se tambaleó hacia adelante, y por poco me caigo hacia atrás.

«¡Agárrate fuerte!», gritó, el viento llevándose sus palabras.

Con su pelo acariciándome la cara, Roxana tomaba las curvas en ángulos inquietantes, zigzagueando entre el tráfico y pasándose a mil los semáforos en rojo.

«Eso fue divertido», dije con voz áspera cuando ella se detuvo. Sentía mi cuerpo entumecido.

En el parque, había enamorados por montones, entrelazados en bancos y tendidos en el pasto. Una mujer, con una batea sobre la cabeza, pregonaba: «¡Mangos, chontaduros, aguacates!».

Roxana me dio una fruta con forma de ciruela. «Pruébala —dijo—. Es afrodisíaca».

Una multitud se había reunido para un espectáculo callejero. Un hombre bajito y enjuto escupía fuego. Prendía una antorcha empapada de gasolina, se la metía en la boca y luego exhalaba una columna de humo negro. La gente arrojaba pesos a un sombrero.

«Me llamó anoche —dijo Roxana—. Acaba de volver de Miami».

El hombre escupió gasolina a la antorcha humeante y la llama estalló como si brotara de un dragón. La multitud aplaudió. El sombrero se rebosó.

«¿Qué dijo?», le pregunté a Roxana.

«Quiere que vayamos a una pelea de gallos».

«¿Nosotros?».

Para su siguiente número, el tragafuegos destapó una cama de clavos. Se quitó la camisa; su espalda estaba repleta de cicatrices.

«Podemos ir el viernes», dijo Roxana.

***

La siguiente bomba estalló en el mercado donde yo hacía las compras. Siete personas murieron, entre ellas dos niños. Escuché las noticias con un nudo en el estómago. ¿Qué hacía en este lugar tan caótico con la novia de un delincuente?

***

El taxi avanzaba a gran velocidad por el tráfico demencial, mientras el taxista escuchaba con atención la Vuelta a Colombia en bicicleta.

«Parece que mis padres confían en ti —dijo Roxana—. No me exigieron que viniera con un acompañante».

En medio de la frenética narración del locutor con voz cáustica, el taxista zigzagueó entre los carros como un ciclista en la carrera. Observé el crucifijo que colgaba del espejo.

Mi cabeza rebotó hacia atrás cuando el conductor giró bruscamente para adelantar a un camión cargado con yuca y atravesó cultivos de caña y manadas de ganado escoltadas por asustadizas garzas blancas.

El cielo se había vuelto carmesí cuando llegamos al pueblo polvoriento. El taxi nos llevó a lo que parecía ser una bodega.

Escuchamos los acordes de una ranchera y vimos unos carros con vidrios polarizados. El sudor en mi camisa me dio escalofríos.

«Estás segura…?», empecé a decir.

«Tranquilo —dijo Roxana—. Eres mi profesor, ¿no?».

Un hombre de nariz chata nos cobró la entrada. Nos sentamos en las gradas alrededor del círculo de tierra apisonada. El lugar se veía desierto y me pregunté, *¿por qué tantos gritos?*

Fue entonces cuando me fijé en los gallos. Parecían haber entrado al redondel por error, como a veces los pájaros hacen en las canchas de béisbol. Pero pronto quedó claro que estaban a punto de enfrentarse. Uno tenía el plumaje verde translúcido y el otro tenía plumas negras y doradas.

Luego, como si hubieran presionado un interruptor, se atacaron con sus patas ágiles y delgadas. Saltaron en el aire en un revuelo de alas. El gallo verde derribó al dorado y le golpeó el pescuezo con sus espuelas afiladas. Sentí el sabor de la bilis en la garganta cuando vi que el rojo en el pecho del gallo dorado era sangre.

«Es extraño —dije—, cómo pelean de esta manera».

«Es su naturaleza», respondió Roxana.

Los espectadores bramaron y las apuestas aumentaron. Me pregunté cómo hacían los apostadores para llevar las cuentas. Era la palabra del gallero, explicó Roxana; todos sabían que no podían cuestionarlo.

Entre los frenéticos apostadores en la primera fila había un tipo tatuado con el mentón hendido. Estaba rodeado por otros tipos corpulentos, con ropa chillona y cadenas de oro. Sus aplausos indicaban que su gallo iba ganando la pelea. Era un pentacampeón,

observó Roxana. Pero el otro gallo, que era de un paisa elegante, había ganado ocho títulos.

Los árbitros intervinieron para separar a los gallos. Les alisaron las plumas y los juntaron de nuevo. Arremetieron de inmediato, se atacaron con sus espuelas antes de retirarse y pavonearse. Uno descollaba, haciendo cambiar las apuestas, y entonces su rival recobraba fuerzas. Una vez vi al Gallo observar a Roxana, pero no supe si ella le devolvió la mirada.

Entonces el animal del Gallo atacó con saña a su rival y le sacó sangre. El gallo dorado se tambaleó. Las apuestas por el ganador se duplicaron. Pensé en Roxana, agachándose en el carro del Gallo tras su orden, aturdida por la emoción. Me pregunté por qué había regresado el Gallo de Miami y cómo serían las cosas ahora. Y también, cómo Roxana podía querer a un hombre como él. ¿Hasta dónde iría yo para ganarme su corazón?

La pelea había llegado a un punto álgido y el gallo dorado llevaba la peor parte. Sin embargo, cuando el árbitro parecía dispuesto a detener la pelea, el paisa insistió en que continuaran.

«¿Por qué el paisa no pide que detengan la pelea?», le pregunté a Roxana.

«Me sorprende que no lo haya hecho».

Es difícil, dijo, perder un gallo laureado. Los propietarios tienden a aceptar la derrota para pelear otro día. Se apegan mucho a sus gallos.

El gallo del paisa lanzó un contraataque. Con sus afiladas espuelas, derribó a su enemigo, picoteando y arañando ferozmente su garganta. Un grito bárbaro surgió de la multitud. El Gallo, apretando sus billetes, frunció el ceño. Cuando su animal se liberó y

respondió con furia, una leve sonrisa torció sus labios. Apabulló a su exhausto rival, que esta vez no se levantó. Sujetándole la cabeza con la espuela de acero, le picoteó los ojos con indiferencia.

El gallo del paisa estaba destrozado cuando el árbitro dio por terminada la pelea. Y tras puyarlo para que se levantara, el animal se tambaleó y se derrumbó.

La multitud estalló: «¡Epa! ¡Campeón!».

Los ganadores alardearon, y los perdedores, abatidos, hurgaron en sus billeteras. Alguien metió al gallo muerto en una caja de cartón. La multitud desfiló hacia las salidas.

Roxana me miró. «¿No te gustó la pelea?».

Los dueños llevaban a los gallos amarrados de las patas, con la cabeza hacia abajo como murciélagos. En un lavadero cerca de las jaulas, un hombre lavaba al ganador de plumas verdes; le apartaba el plumaje para examinar las heridas y le hablaba en un tono bajo y firme.

Era el Gallo, escoltado por su séquito.

«Felicitaciones —dijo Roxana—. Este es mi profesor».

El Gallo me miró con detenimiento. Apretó al campeón contra el pecho y acarició sus plumas aceitosas. Su camisa plateada estaba salpicada de sangre. Habló con rapidez y cuando miré a Roxana, hizo un movimiento, como si fuera a tirarme su gallo.

Sus compinches se rieron a las carcajadas.

Sintiendo que debía hablar, dije: «Buena pelea».

Sus amigos se rieron un poco más y yo me reí débilmente.

Un hombre paticortico, corpulento y con un bigote largo, dijo: «A él le gusta tu nariz. Quiere que la conservés».

Este comentario produjo más hilaridad.

Otro hombre con gafas oscuras y una camisa de flores dijo: «Le agradás tanto que quiere regalarte a su chica».

Pero el Gallo, sin sonreír, acarició la carnosa cresta del campeón. «Se le rompió el pico».

Entonces comprendí. Al gallo le faltaba el pico. En su lugar había un brillante rubí de sangre.

«Hay que matarlo», dijo sombríamente el Gallo.

La risa cesó.

El animal, sacando el pecho y con la cabeza en alto, miraba de un lado a otro. Parecía sospechar lo que estaba a punto de ocurrir.

«¡No!», dijo Roxana, alisándole las plumas.

Mientras la brillante camisa del Gallo absorbía más sangre, Roxana acarició al gallo tembloroso. «No tienes que matarlo».

El hombre corpulento mostró sus dientes descoloridos.

Entonces me echó el gallo en los brazos.

«Un regalo», dijo.

Sus compañeros se rieron.

Acuné al gallo sin pico. Roxana siguió acariciándolo. «Pobrecito».

«Hágale —dijo el Gallo—. Es suyo».

Me dirigí a la salida con Roxana a mi lado. Escuché voces detrás de nosotros.

Subimos a un taxi y no miramos hacia atrás. Roxana se apoyó en mí, abrazando al gallo. «Temí que se muriera».

Mientras pasábamos a gran velocidad por los oscuros cañaverales llenos de insectos estridentes, el taxista nos miraba por el retrovisor. Las luces de los carros iluminaban al gallo. Miré detenidamente al campeón.

«¿Qué haremos con él?», le pregunté a Roxana.

Besó la cresta del gallo. «Nos vamos a quedar con él, ¿no?».

Bajé la ventanilla y saboreé el aire fragante. Escuché las chicharras y sentí una calma extraña; una sensación de alivio y una curiosa falta de miedo.

Le sonreí a Roxana. «Por supuesto».

Residente extranjero

Soy un alienígena, pero no del tipo de ciencia ficción. Desde que expiró mi visa, le he sacado el cuerpo a la policía.

«Tranquilo —dice Rafa—. Eso se puede solucionar».

«¿Qué quieres decir?».

«Estamos en Colombia».

***

Luces rojas y verdes parpadean en las palmeras y la música navideña retumba. Aquí todo es al revés: calor en Navidad, el Día de los Novios en otoño, temporada de cometas en agosto, Día del Trabajo en mayo. Y el día de los inocentes a finales de año. Puedes contarme como uno de estos.

«Cada país es un país extranjero», sentencia Rafa. Huesudo y calvo, con gafas de montura metálica y una voz tan ronca que duele oírlo hablar, a Rafa le gustan los axiomas. Su meta es reducir la totalidad del conocimiento humano a un puñado de perlas de sabiduría.

«Se llama Vanesa —me dice—. Hará que te renueven la visa».

«Pero mis seis meses de estadía ya expiraron».

«Le encanta todo lo torcido. Una vez le pedí que me escribiera una carta de recomendación, y le dio pereza hacerla, hasta que le pedí que adornara la verdad».

«¿Quién es ella?».

«Una bohemia —dijo Rafa—. Alcohol, drogas y muchos hombres».

«Eso me tranquiliza».

«Ella te amará. Le fascinan los extranjeros».

***

Desde el balcón de mi pensión de mala muerte, estoy releyendo *Tierra de fantasmas*, una novela de Alejandro Sandoval. Casi desconocido en los Estados Unidos, Sandoval fue la razón principal por la que vine aquí. Mi objetivo es traducir su obra al inglés. Pero primero quiero conocer bien su país. ¿Es el lugar surrealista que encuentras en sus libros?

El mes pasado, un avión espía estadounidense se estrelló en los Andes, y todos sus ocupantes fallecieron. Era un avión que podía verte desde treinta mil pies de altura. Pero no pudo ver la montaña porque no estaba en su mapa.

Otras cosas a las que me costó acostumbrarme: la semana calendario comienza el lunes, no el domingo. Y se refieren a una semana como «ocho días». (A John Lennon le habría encantado).

Si te quedas el tiempo suficiente, dice Rafa, todo empezará a tener sentido.

Siento que soy el único gringo aquí, salvo un agente de la DEA o un vendedor que viene de Memphis a recoger a su novia, que conoció por internet. O un nebrasqueño que ha venido a observar los eclipses.

Y siempre veo a un tipo andrajoso rebuscar en la basura. Con sus tenis sin cordones y sus pantalones pescadores, es una de esas

rarezas de la genética local: un tipo idéntico a Robert Redford en *Las aventuras de Jeremiah Johnson*. Tiene el aire de un amnésico que no sabe de dónde es. La rapidez de su paso sugiere que ha madrugado. Esto parece darle una cierta ventaja.

«Nadie es profeta en su propia tierra», dice Rafa.

«Tampoco en tierra ajena», replico.

Rafa anuncia que se retira del amor.

«El amor es para los jóvenes. —Tiene cuarenta años—. Solía tener erecciones varias veces al día».

Tomo Costeñas con Rafa. Las hojas de las palmeras susurran con la brisa y las mujeres desfilan con sus minifaldas. Aquí las minifaldas nunca pasan de moda. Es como estar en los sesenta con Nancy Sinatra.

A medida que las Costeñas dan paso al aguardiente, Rafa da cátedra sobre las pirañas amazónicas, las hormigas santandereanas y el bambuco.

Parece que un perro hubiera masticado mi pasaporte. La visa de turista dice 180 días. Con un destello de inspiración, tomo mi lapicero y cambio el uno por el dos.

***

En las noticias se ven los cuerpos de cinco jóvenes abaleados por la policía. Dijeron que no se detuvieron en un retén. Es difícil identificarlos porque les falta el dedo índice.

***

Vanesa está sentada con las piernas cruzadas en un taburete del bar, aún más atractiva de lo que Rafa me la describió. Tiene ojos oscuros y piel ámbar, brazos esbeltos y una abundante cabellera ondulada, un poco salvaje, como a mí me gusta. Claro que denota un poco de desgaste, pero eso es lo que la hace intrigante.

Tal como se acostumbra, me ofrece su mejilla. Al intentar darle un beso al aire, me dejo llevar y le estampo un beso torpe y sonoro.

«Por qué te viniste para acá —me pregunta—. Todos queremos ir a tu país».

Menciono la traducción de Sandoval.

«Qué lástima —dice—. Esperaba que vinieras a conocer a una colombiana». Sonríe.

Varios hombres la saludan de beso. Ella les dice «mi amor».

Dice que tiene un contacto en Migración, pero necesitará que le adelante la mitad del dinero para «abonar».

***

Cuando mis vecinos de Carolina del Norte se mudaron a Arizona debido al asma de su hija, me pareció un hecho trágico, como un desplazamiento forzado.

«Interesante», dice Rafa. Y como estudió Antropología, siente la necesidad de practicarla. Quiere hacer un estudio sobre un gringo.

Aunque nunca antes había conocido a ninguno, tiene una idea preconcebida. A los gringos les gusta jugar minigolf y participar en concursos de comida. Perritos calientes, pancakes, huevos rellenos. Pueden comer más que personas de otra nacionalidad. Y tienen un

extraño sentido del humor. Les parece gracioso que le den en la cara a alguien con un pastel.

***

Maestro Sandoval,

Soy norteamericano… fascinado con tu trabajo… sin traducciones previas… no obstante…

La carta sigue sin enviarse.

***

Me invade el deseo de llamar a Vanesa. Pero el teléfono público se traga todas mis monedas. En un arrebato de frustración, le doy un golpe. Entonces siento una mano en mi hombro.

«Papeles», dice el policía.

Le entrego mi pasaporte desgastado.

Mira la página con la visa. Frunce el ceño y consulta con su compañero. Entonces reciben una llamada. Ha habido un atraco. En su prisa por hacer algo al respecto, me dejan ir.

«¡Trey! —contesta Vanesa—. ¡Qué milagro!».

Una cálida vibración me recorre.

Después me entero de que es una expresión muy común en Colombia.

***

En las noticias: un tipo se presentó en el Ministerio de Asuntos Exteriores haciéndose pasar por un diplomático canadiense. Fue agasajado con cenas y fiestas. Resultó que era un estafador de Pereira.

Cosas que extraño de mi tierra: el barbecue sureño y el jazz, las librerías en inglés, las llamadas gratuitas a amigos y los deportes estadounidenses. Aquí solo hay fútbol: muchachos en una cancha, cruelmente forzados a jugar sin usar las manos.

***

«Un, dos, tres. Un, dos, tres».

Vanesa me está enseñando a bailar salsa. La música late al ritmo de mi corazón. Una maraña de cuerpos destella bajo la luz estroboscópica.

«Un, dos, tres», cuenta Vanesa, rozándome con su vientre.

«¿Qué tal cuatro?», le pregunto.

«No hay cuatro».

«¿Cómo así que no hay cuatro?».

«No te mires los pies. Y compórtate como si lo disfrutaras».

Por un momento, lo tengo todo: la sonrisa, el aplomo, los pasos elaborados. Pero un movimiento en falso, y mi frágil dominio sobre Colombia colapsará.

Entonces, sin más preámbulos, los labios de Vanesa encuentran los míos.

«Trey —dice ella—, you’re a beauty-ful man. You’re a beauty-ful people».

***

Hoy, una cajera me preguntó: «¿Es cierto que en tu país hay muchos de esos niños que parecen viejitos? ¿Prematuramente viejos o algo así? Los vi en televisión de visita en Disneylandia. Un año para ellos son como diez para nosotros, ¿no?».

«El asunto con las colombianas —opina Rafa— es que hay que verlas como flores y no como frutas».

Asiento con incertidumbre.

«Saborea su aroma. No intentes comértelas».

Le digo que Vanesa me atrae.

«No le has dado dinero todavía, ¿verdad?».

***

Vanesa me invita a la cabalgata que inaugura la feria. Una orquesta toca salsa y la gente baila en las calles. El aire huele a mazorcas asadas y a carne ahumada. Vanesa tiene gafas oscuras azules y un sombrero panamá.

Tomamos ron mientras pasan jinetes variopintos. Algunos con vistosos sombreros, tipos barrigones con las riendas en una mano y una cantimplora en la otra.

Muchos jinetes hablan con Vanesa. Le piden que se suba y cabalgue con ellos.

«Este es Trey —les dice—. Un chico de la playa de California». O «Un vaquero de Texas». O «Primo hermano de Tom Cruise».

Va cayendo el sol y el ron se me sube a la cabeza.

Vanesa implora: «Por favor, Trey, llévame contigo a Nueva York».

«Soy de Carolina del Norte».

«Bueno, entonces allá».

Le pregunto por mi visa de turismo.

«Creo que tenemos un inconveniente».

La gente canta. La pólvora explota.

«Echaron a mi amigo del ministerio».

El azufre me produce picor en la nariz. «Lamento escuchar eso. ¿Y mi plata?».

«No te preocupes».

Está oscureciendo y los caballos tambalean. También parecen borrachos. Un hombre se da cuenta de que ha perdido su yegua.

«¡Mierda! —dice—: ¡Y ni siquiera es mía!». Arranca calle arriba, gritando: «¡Matilda!».

***

El noticiero local no tiene un informe meteorológico. ¿Para qué molestarse? La temperatura en la zona ecuatorial nunca cambia.

***

Subo a las montañas con Vanesa y me pongo un suéter por primera vez. Realmente no lo necesito, pero quiero recordar la sensación.

Aquí no hay estaciones. No hay colores otoñales ni capullos primaverales, ni largos crepúsculos de verano, ni reluciente nieve de invierno. ¡Pero espera!… ¡Los veo caer!, delicados copos de nieve arremolinándose con el viento.

«Mira, ¿eso es nieve?».

Vanesa se ríe.

Son las cenizas de los tallos de caña que se queman al final de la cosecha, brasas incandescentes que se elevan en el cielo, como un homenaje a algún dios tropical. Son transportadas por el viento a lo largo del valle, y en el aire hay olor a azúcar quemada.

***

Maestro Sandoval:
En mi lectura atenta de Tierra de fantasmas*… Entiendo… su privacidad…*

***

Cuando está de cierto humor, Rafa hace una lista de las mujeres con las que se ha acostado.

«Deberías intentarlo —dice—. Quizá aprendas algo sobre ti».

«¿Cuántas hay en tu lista?».

«Veintisiete, incluyendo las putas».

«¿Alguien que yo conozca?».

Rafa no responde.

«¿Qué pasó entre tú y Vanesa?».

«Las colombianas. —Niega con la cabeza—. La fidelidad les importa un carajo».

***

Venden queso envuelto en hojas de plátano y leche en bolsas plásticas. Cortas una esquina de la bolsa para tomar un sorbo… ¿y

luego qué? Antes de conocer los recipientes especiales, yo creía que debía tomarme la bolsa entera.

Los semáforos se ponen amarillos antes de ponerse rojos, y también antes de ponerse verdes. Y el índice está al final de un libro para mostrar cuál es el orden.

Por la tarde leo a Sandoval. El cielo se oscurece y la temperatura baja. Un pedazo de techo de hojalata empieza a traquetear. Luego se oye un silbido y la lluvia cae con la fuerza de una manguera contra incendios.

Un taxi se detiene en medio del diluvio. Vanesa se baja y corre hacia mi puerta. Sus orejas asoman entre el pelo mojado.

«Trey, tengo un problemita. ¿Puedes prestarme un poco de dinero?».

El taxi espera con el motor encendido.

«¿Y el dinero que te di?».

«Ya se fue».

Soy demasiado blando para rechazarla. Me da un beso y se apresura entre los charcos hacia el taxi.

***

Incluso los peces son distintos aquí. Los ves en el mercado sobre grandes bloques de hielo, de color anaranjado intenso, con ojos enormes y brotados; criaturas de aspecto espeluznante, monstruos de las profundidades, inalcanzables hasta en mis más extravagantes fantasías de pescador infantil.

«Otra cosa sobre las colombianas —dice Rafa—. Nunca les digas la verdad».

«¿Por qué?».

«No son de fiar».

***

Alguien toca mi puerta. Es Vanesa, radiante y preciosa. Saca algo de su mochila. «Felicitaciones».

Es mi pasaporte con la visa. «¿La conseguiste?».

«Ya todo está listo. —Su sonrisa se desvanece—. Trey, me iré a vivir a Roma. Con un tipo que conozco desde hace tiempo».

«¿Un italiano?».

«Lo siento. Pensé que si no te renovaban la visa, podrías llevarme a Estados Unidos».

***

En una clínica, dos bebés fueron intercambiados al nacer. Una pareja, de raza negra, devuelve al bebé, que es blanco. Las pruebas de sangre demuestran que no es su hijo. Pero el hombre de piel blanca y su esposa indígena se niegan a devolver al bebé de piel oscura. «Esto es absurdo —dicen y se aferran al niño—. Es nuestro bebé».

***

«¿Oíste? —pregunta Rafa—. Se murió Sandoval. De un derrame cerebral mientras dormía».

Aterrado, compro todos los periódicos, esperando ver titulares y ediciones especiales. Me imagino un funeral televisado con filas de dolientes que se extienden varias cuadras.

En cambio, hay un pequeño artículo.

***

Una noche, de regreso a casa, miro hacia la ventana oscurecida de mi cuarto. Desde el parque puedes ver sin levantar sospechas. No te confundirán con un ladrón o con un mirón.

Es entonces cuando veo a alguien en mi escritorio. Alguien muy parecido a mí. Pero eso es absurdo.

Pienso en mi tatarabuelo, un inmigrante de Alsacia-Lorena. Talabartero de profesión, cambió su nombre de Jean a John. Quería ser estadounidense. Se instaló en Buffalo, Nueva York. Tal vez estaba pensando en búfalos. Pero el nombre de esta ciudad se debe a una mala traducción de la palabra indígena para *basswood*.

***

Una postal llega de Italia. Vanesa está bien. Está aprendiendo el idioma y consiguiendo los papeles. «Ahora ambos podemos ser residentes extranjeros».

Algo más a lo que hay que acostumbrarse aquí: todo crece el doble de rápido. Los cultivos e incluso los árboles nunca están inactivos. Puedes verlos crecer ante tus ojos. Crecen durante todo el año. Nunca se detienen.

Esta mañana vi a Jeremiah Johnson. Pasó de largo como si yo no estuviera ahí.

«Me alegra que te hayan renovado la visa —dice Rafa—. No he terminado mi estudio sobre ti».

Las hojas de las palmeras revolotean. Las chicharras rechinan. Comienzan despacio y luego llegan al clímax: tres chirridos penetrantes y el aire parece latir. Y entonces comienzan de nuevo.

El sol se oculta y veo un copo caer. Después veo otro y van cayendo por todos lados, arremolinándose en el aire y descendiendo al suelo, aterrizando en los bancos y en el carrusel, cubriéndolos con un velo plateado. Copos suaves y silenciosos, llevados por el viento, con olor a azúcar chamuscada.

***

Querida Vanesa:

Gracias por tu ayuda con la visa. Creo que estoy listo para empezar la traducción…

Marco el sobre y contemplo el parque. Un murciélago revolotea entre los almendros. Un anciano en un triciclo vende mazamorra y champús.

Luego, desde el transistor del vigilante: ¡GOL! ¡ GOL! ¡ GOL! ¡ GOL! ¡ GOL! ¡GOL!

«¡Gol de Colombia! ¡Le va ganando a Brasil!».

Grito y levanto los brazos.

La bastardía de los hombres

Dos días antes de casarme con Carla Quintana, después de haber enviado las invitaciones, contratado a los mariachis y encargado el vestido de novia a su tía, tuve la terrible sensación de que estaba cometiendo un error.

No sabía muy bien por qué. Recostado en una mecedora con vista al parque, entre los naranjos que se mecían y los jóvenes amantes que caminaban —el zumbido y el flujo del trópico—, todo parecía ideal. Pero sentí que, debajo de la superficie, algo estaba mal.

Había conocido a Carla, una estudiante de Medicina, atractiva y con inclinaciones artísticas, en Cali el año anterior. Luego, cuando fui a vivir a Bogotá, nos mantuvimos en contacto. Un día me habló de un puesto en la universidad para enseñar Literatura. Como profesor de cátedra, claro, pero enseñando lo que me gustaba. Regresé a Cali y las cosas terminaron así. Yo había presionado desde un principio por la unión libre. Pero Carla dijo que sus padres no aceptarían. Su padre era un médico con creencias anticuadas. Por eso, advirtió Carla, no debería mencionar mi divorcio.

***

«¿Quieres arroz con leche?», preguntó tímidamente la tía Priscilda, quien vivía con la vergüenza de haber quedado plantada en el altar. Relegada al papel de segunda madre de Carla, la atendía como si

fuera una inválida y le brindaba asesoría espiritual. Observaba el mundo detrás de su vieja Singer y de montones de revistas con prendas pasadas de moda, mientras hacía advertencias sobre la bastardía de los hombres.

«No, gracias», dije.

Ella pareció encogerse aún más.

Pronto, la vieja Singer volvió a zumbar cuando Priscilda cosió la pedrería del vestido con volantes, discreto salvo por el llamativo escote. Era otra contradicción en este sorprendente país donde los adultos permanecían en las casas de sus padres, se observaban ampliamente rituales de cortejo y las mujeres acostumbraban hacer alarde de sus escotes.

Las mujeres Quintana —Carla, su mamá, su tía y su hermana Nadia— tenían pechos voluminosos y no se avergonzaban de mostrarlos. A esto se les sumaban los cuadros en las paredes pintados por Nadia, que mostraban mujeres morenas y desnudas de senos curvilíneos como frutas.

En el seno de esta familia había sido arrojado.

***

El año anterior, en Bogotá, mi contacto con Carla había disminuido. Porque como dicen los colombianos: «Amor de lejos, amor de pendejos».

Pero a medida que pasaban los meses, en esa ciudad fría y lluviosa, trabajando en un instituto de inglés de garaje, viviendo en un apartamento estrecho y lúgubre, sin tener suerte con las mujeres, mis memorias de Cali se hicieron más dulces. Recordé

aquellas tardes apacibles con Carla en la pensión con olor a jazmín. Nos recostábamos en la cama debajo del lento ventilador, después de ducharnos en un baño que tenía bidé y sanitario con cadena, así como una tarima en la que, cuando nos bañábamos juntos, Carla quedaba a la altura indicada.

Sucumbí y le envié un mensaje. Ella dijo que había comenzado a estudiar Medicina y que había «conseguido un nuevo amigo».

Fue entonces cuando debí dejar las cosas como estaban.

***

Comía arroz con leche cuando sonó el pito del carro. Las mujeres saltaron a abrir el garaje y a preparar la cabecera de la mesa. El amable doctor, don Hernando, entró pavoneándose con su maletín y un pan francés.

Era un caballero bajito y bien arreglado, con rasgos indígenas, pelo abundante peinado hacia atrás y un pequeño bigote. Su prominente mandíbula sugería determinación. (Los mismos atributos, salvo el bigote, habían sido heredados por Carla). Una agilidad en el andar (también compartida por su hija) hacía que pareciera más joven de lo que era. Vestía pantalones con raya de cuchillo y una guayabera, y nunca salía de su casa sin aplicarse agua de colonia. El aroma penetrante y vivaz, con el que más de un paciente debía estar familiarizado —«Respire profundo»— emanó de él mientras extendía una mano pequeña y bien cuidada.

Las mujeres corrieron a atenderlo. Le llevaron jugo de guayaba y pastillas para la presión. Ya no estaba en condiciones de hacer visitas a domicilio, pero no podía colgar el estetoscopio todavía.

Aunque hacía sus rondas en su flamante Renault, las baldosas del baño estaban agrietadas y las paredes manchadas por la humedad.

Salvo por los escasos aportes provenientes de las clases de arte que daba su hermana y de las costuras que hacía su tía, las Quintana no tenían ingresos y no sabían manejar. Prácticamente confinadas al perímetro de la casa, sus vidas giraban alrededor de la rutina de don Hernando: despacharlo a las nueve, peinado y perfumado, recibirlo para el almuerzo y su siesta diaria, y prepararle la comida antes de salir otra vez con su maletín negro.

La madre y la tía de Carla pasaban los días limpiando y cocinando, aconsejando a las hijas y pendientes de las noticias, que las dejaban nerviosas y con miedo a abrir la puerta. Esperaban con ansias el regreso del médico, pues poco antes se había desmayado mientras manejaba y había aplastado una moto que estaba parqueada. ¿Qué pasaría cuando él falleciera? ¿Qué destino les esperaba a estas mujeres temerosas que habían visto espectros aparecer en la cocina y que creían en maldiciones?

Gracias a Dios por el médico, tranquilo y sensato, creyente en el método científico y fiel al juramento hipocrático, que imparte sus sabios y compasivos cuidados. Al crecer sin un padre, logró obtener una beca prestigiosa y se casó con doña Olga cuando ella tenía apenas quince años. La familia de Olga le dejó de hablar hasta que el médico consiguió agrandar su consulta y su cuenta en Bancolombia. En la pared había un retrato del don y la doña, el médico apuesto y la novia serena.

«Trey —me dice don Hernando—, Carla tiene miedo de no ser una buena estudiante. Le dije que es cuestión de resistencia. Hay que ser fuerte y aguantar, ¿no es cierto?».

Yo le caía bien a don Hernando. Vio a un gringo alto y educado, hijo de un médico, con una sonrisa confiable. No como el exnovio de su hija, que era bajito y de mirada furtiva, con manos flácidas y húmedas. Además, don Hernando era un gringófilo total. Celebraba lo «ordenado» y lo «avanzado» que era mi país, elogios ni merecidos ni deseados, aunque yo tampoco podía renegar de este hombre generoso que me había encomendado a su hija, alojado en su casa, tolerado mis horas de lectura en su hamaca y cuidado durante un terrible caso de dengue.

***

Toño, el esposo de Nadia (que vivía con sus padres), me invitó a cerveza y empanadas. Era alto, de nariz ancha y piel aceitunada, con manos grandes y brazos largos y fornidos; no era alguien con quien quisieras pelear (yo lo había visto cortar leña). Inteligente, de modales tranquilos y seguros, con una maestría en Agronomía, había sido asesor agrícola en África y trabajado en un programa de sustitución de cultivos de coca, pero su actual desempleo no era del agrado de su suegro, quien le pedía favores, como manejar el Renault cuando salían a pasear y, con cierta frecuencia, lavarlo.

«Cuéntame —le dije a Toño en la mesa al aire libre, haciéndole una pregunta que tenía metida en la cabeza—: ¿adónde va don Hernando de noche?».

Toño giró la cabeza, sus ojos extrañamente brillantes. «Él tiene otra familia», dijo. Sus ojos se cruzaron con los míos, y luego apartó la mirada como un gesto de cortesía, permitiéndome digerir esta noticia inquietante.

«Una mujer y dos hijos —prosiguió—. Lleva más de veinte años con ella. Todos los días compra dos panes, uno para cada casa».

Aunque yo estaba demasiado aturdido para procesar esas palabras, sabía que regresarían en ocasiones imprevistas.

«¿Nadia lo sabe?», le pregunté.

«Por supuesto».

«¿Y Carla?».

«Claro, pero no me sorprende que no te haya contado. Nadia tampoco lo hizo hasta que… la presioné un poco». Toño entrecerró los ojos y apretó la mandíbula. Para ser un tipo fornido, parecía tranquilo, pero… seguro que podría partir un tronco.

«¿Cómo se siente Nadia?».

«¿Ya viste sus cuadros?».

«¿Qué pasa con ellos?»

«Míralos de nuevo».

***

La tía Priscilda se asomó por el postigo y abrió la puerta con tres chapas. Cuando volvió a su Singer, entré a la sala.

Una vez más, los cuadros, con sus tonos tropicales, me parecieron vivaces y festivos. Las figuras desnudas y sinuosas de las mujeres, y sus labios rojos y carnosos, exudaban una sensualidad potente. Pero tras una inspección más detallada, noté que sus rasgos eran difusos, casi inexistentes, y sus ojos eran agujeros negros como las cuencas de una calavera. Esto les confería a los rostros un aire fantasmal, semejante al rostro de *El grito*, el cuadro de Munch.

Un silbido llegó desde afuera: ese trino familiar de dos notas usado por Carla y su tía, una especie de código cifrado. La Singer enmudeció y apareció Priscilda, que me sorprendió mirando los cuadros al óleo.

Luego procedió a abrir la puerta, una serie de cerrojos y trancas que ni siquiera Houdini podría haber descerrado antes de agotar su suministro de aire. Carla llegó contenta; se había visto con viejos amigos y repartido invitaciones a la boda.

«¿Qué pasa?», preguntó Carla mientras nos sentábamos en su cama, donde yo había estado durmiendo (ella dormía con su tía).

«¿Adónde va don Hernando todas las noches?».

La expresión de su rostro no se alteró. Ni un tic ni un parpadeo. «A hacer visitas a domicilio», dijo.

«Escucha, Carla, solo dime la verdad».

Ese habría sido el momento en que Carla cedería y confesaría, derramando lágrimas que yo secaría con tierna comprensión, y su secreto nos uniría para siempre.

«No tengo idea de lo que dices».

***

Mientras mis pies sobresalían de la cama miniatura y el agua borboteaba de las tuberías del baño, las cosas lentamente empezaron a tener más sentido: las baldosas agrietadas y las paredes manchadas, las mujeres que no sabían manejar… todo parecía derivarse de la duplicidad del médico. La familia de Carla solo significaba para él la mitad de lo que dejaba entrever.

Y otras cosas se cristalizaron, como la desconfianza y la sospecha de Carla. Por ejemplo, aquella vez que me acusó de mirar a una mujer que ni siquiera vi. No me habló en todo el día. O la vez que me preguntó si me «agradaba» su hermana. «Claro», dije. Y Carla replicó: «Quiero decir, como mujer».

Lo cierto fue que yo esperaba que Carla, todavía joven e inexperta, se dejara moldear más por Nadia que por su tía. Pero luego oí las afirmaciones gratuitas de Carla, como «Los hombres no son confiables» o «Todos los hombres son tramposos», que sonaban menos a una broma que a un mantra.

Me sentí como un nadador arrastrado por las olas y arrojado a una familia de bañistas, delicados, rosados y escocidos por el sol, expuestos como moluscos arrancados de sus conchas. Y cuando intenta alejarse nadando, la marea no lo deja.

¿En qué me había metido?, ¿qué me había atraído de Carla en primer lugar?, ¿su aspecto exótico, su blusa campesina y esas sandalias con tiras de cuero que se enroscaban hasta la mitad de su pantorrilla?, ¿o su mente inquisitiva y seriedad de propósito, inculcadas, según creía yo, por su familia?, ¿o acaso era su respeto por su padre? Yo tenía un historial con mujeres que habían puesto a sus padres en un pedestal. ¿De qué se trataba todo eso?, ¿esperaba que esta reverencia me fuera transferida?, ¿o estaba buscando otra figura paterna?, ¿sabía siquiera la razón?, ¿o acaso era yo la interpretación mímica de alguien tanteando en la oscuridad?

Pero, un momento. Toño podía ser un mentiroso patológico. Esa gente existía. O tal vez, por alguna razón, él no me deseaba lo mejor. Probablemente porque nunca le ayudé a lavar el carro.

***

En el desayuno de ensayo de la boda, nos sentamos en la larga mesa cubierta con un mantel de lino, todos menos la tía Priscilda. Ella se había quedado «cuidando la casa», que nunca dejaban sola porque no existía una llave con la que pudieran abrirla desde afuera. Una lógica circular que yo no podía entender. La conversación giró en torno a Cartagena, donde pasaríamos nuestra luna de miel.

«Claro que es linda —dijo don Hernando—, pero el calor es insoportable. Se te pega como una segunda piel». Hablaba en un tono agradable y coloquial, y Carla me sonreía como si nada hubiera pasado, como si estuviéramos de nuevo en mi pensión, bajo el ventilador que giraba con lentitud.

«Disculpa», le dije al ver a Toño en la fila del bufé.

Mientras él llenaba su plato con huevos pericos, yo murmuraba entre dientes como un ventrílocuo. «¿Estás seguro de que viste a Hernando con su otra mujer?».

Y en lugar de quedar como un mentiroso, Toño aportó pruebas contundentes. Incluso dijo que había hablado con doña Olga y que ella se derrumbó y le contó la verdad, (¿para dónde iba a coger?, ¿qué iba a hacer?), y después se molestó con Toño por haber sacado el tema a la luz.

Miré furtivamente a doña Olga con su ramillete color lavanda, notando su nerviosa costumbre de levantar los brazos, primero uno y luego el otro, como un ave terrestre que intenta volar. Fue entonces cuando sentí a Nadia a mi lado. Vestida con su habitual atuendo bohemio, un chaleco bordado y una boina de cuero, tenía un aire sensual y melancólico que denotaba una sofisticación

fatigada. Una vez, cuando logré conversar a solas con ella, habló entusiasmada sobre sus días en la escuela de arte, cuando fumaba marihuana y posaba desnuda. «Pero no se lo digas a Carla —dijo—. Ya sabes cómo es ella». «¿Cómo es?», le pregunté, y Nadia me miró extrañada.

Me acerqué a Nadia en el bufé.

«Me gustan mucho tus cuadros», dije.

«¿Ah?», respondió con una sonrisa enigmática.

«Creo que estoy empezando a entenderlos».

Sentí el roce de su brazo delgado y cálido.

«Noté la ausencia de hombres», añadí.

Ella sonrió con aprobación. «Te daré uno».

***

Salí a escondidas y caminé por el pasillo. Afuera, bajo el deslumbrante brillo, los niños jugaban en la calle. Un niño pasó veloz en una bicicleta de manubrio alto, los faldones de la camisa ondeaban con la brisa.

«A la orden», dijo un taxista parqueado en la acera.

En la casa, la tía Priscilda destrancó la puerta de múltiples cerrojos.

«Olvidé algo», murmuré mientras corría a mi habitación. Me pregunté si los invitados ya habrían desayunado. Cuando la Singer empezó a sonar, salí con mi maleta a la sala.

Me detuve frente al cuadro de las mujeres desnudas y de ojos tristes. Lo quité y lo metí en mi maleta. Estaba forcejeando con los pestillos cuando volvió Priscilda.

«Voy al ensayo», dije, sosteniendo la maleta con fingida comodidad.

«Se llamaba Gabriel —dijo ella. Su mirada era soñadora y embelesada—. Era marinero —continuó—, me dejó por el mar».

***

En el vuelo a Cartagena, guardé mi maleta en el compartimento superior. Podía preguntarle a Nadia si quería que le devolviera el cuadro. Volando sobre las montañas boscosas, apoyé la cabeza contra la ventana. Estaba mareado de alivio, aunque me sentí como un canalla.

Siempre volvía a esos dos panes. Aunque al principio esa costumbre diaria me pareció despreciable, ahora la vi de un modo diferente. Claro, él se había equivocado al involucrarse con una segunda mujer, pero cuando ella tuvo el primer hijo, ¿qué más podía hacer?

Mi habitación en Cartagena tiene vista al mar. Las paredes están casi vacías, a excepción del cuadro de Nadia. A veces, por las noches, bajo el murmullo de las olas, descubro diferentes niveles de significado. Observo a las mujeres del cuadro: su solemnidad festiva, su aflicción digna. Admiro a Nadia por plasmarlas con tanta precisión, por retratar a su familia como nunca podría hacerlo yo. Al fin y al cabo, soy otro hombre que ha sido excluido.

La Mitad del Mundo

Voy manejando hacia el sur por la Carretera Panamericana, acercándome a la frontera con Ecuador. Manipulo con torpeza la palanca de cambios con la mano izquierda para no soltar el muslo de Marta.

La estoy llevando a la Mitad del Mundo.

Hay un monumento allí y una franja amarilla que representan la línea del ecuador. Puedes subir caminando y cruzar la franja.

Marta escribe en su Jeanbook. Mira por la ventana y sigue escribiendo. Tengo treinta y nueve años y ella veintitrés. Ya sé, ya sé.

Cambio de carril para pasar a una chiva verde y amarilla, repleta de gente, gallinas y marranos, cuando mi viejo Chevy Sprint empieza a convulsionar. Es un cacharro endeble que solo se vende en Suramérica. ¿No es lo suficientemente bueno para los gringos? Como los buses escolares que botan aquí y que me producen una incómoda nostalgia: ¿podría ser aquel que me llevaba a la escuela primaria?

Mi termostato tiembla. Este no es un buen lugar para vararse. Al igual que gran parte del país, está controlado por la guerrilla. Ya casi llegamos al desolado Valle del Patía. Nos advirtieron sobre esta ruta.

Marta quiere leer lo que ha escrito en su Jeanbook. «Mi vida ha llegado a una coyuntura crítica. Tengo decisiones que tomar…».

Marta es idealista, Marta es joven.

***

Llevar a Marta de viaje es la única manera de tenerla solo para mí. Cuenta con una tropa de pretendientes a la espera. Dice que no tiene nada serio con ninguno; sabe cómo mantenerlos a raya. Aun así, su teléfono no deja de sonar y ella siempre contesta.

Pero en los viajes estamos solos y Marta nunca se cansa de viajar. La llevé a la selva del Chocó, a las ruinas arqueológicas de San Agustín y a las fuentes termales en Coconuco, donde chapoteamos en esa humeante sopa de arvejas que olía a fósforos y a huevos podridos. Nos unimos a criaturas de aspecto primitivo, ancianos de piel flácida y arrugada, untados con barro viscoso y rejuvenecedor.

***

Marta ha sido golpeada por la vida. Creció en una finca destartalada y conoce la sarna, los piojos y los emplastos de paico en las fosas nasales para evitar que salgan por allí los gusanos del estómago. Un hermano se metió a la guerrilla y otro terminó en la cárcel. Una hermana se volvió evangélica y otra trabaja en la zona de tolerancia, con falda corta y tacones.

Pero como el lirio entre la boñiga, Marta logró florecer. Por la noche observaba las luces de su aldea y soñaba con tierras lejanas. Se acostaba en el pasto y miraba en busca de aviones, con la esperanza de que alguno se cayera. No quería que se estrellara, solo quería verlo de cerca.

***

Marta sobrevivió, pero no sin pagar un precio. Algunas noches me despierto con el rechinar de sus dientes. Las manos le sudan y le tiemblan. Y tiene miedo de cruzar calles, prender estufas y enamorarse.

La carretera atraviesa la selva. Un hombre con ruana lleva un bulto de fique.

«Diego cree que yo debería estudiar en España».

«¿Es un consejo imparcial?», pregunto. Diego tiene familia en Madrid.

«Él me inspira —dice Marta—. Cree en algo. Como tú lo hiciste alguna vez».

En la clase de Ciencia Política, Diego hace «intervenciones brillantes». Pero nunca puede terminar un semestre. Las cosas se complican y tiene que desaparecer. La llama desde lugares crípticos (¿Cuba? ¿Venezuela?) y habla en una especie de código. Marta le dice que tenga cuidado.

«Un idealista», reniego.

Paramos en un puesto atendido por guambianos. Llevan faldas de color azul brillante, incluso los hombres, con botas y sombreros negros. Marta compra un frasco de miel. Es de la buena, dice, no del tipo que se convierte en azúcar porque las abejas se alimentan de caña.

***

Marta escribe en su Jeanbook. Adelanto otro camión.

Pero si ella no me ama, ¿por qué ha seguido con este reportero ocasional del *Times Picayune* que ha permanecido aquí más allá de cualquier límite razonable e intenta justificarse proclamando el autoexilio?

¡Les mostraré algo!, les grito a los gringos.

¿A quién le importa?

Y si ella no me ama, ¿por qué me embadurnó de barro mágico?, ¿y por qué hizo una mascarilla con mi semen y permaneció inmóvil como una estatua hasta que se secara?, ¿y señaló su cara cuando traté de hablarle, para dejarme saber que si la movía se podría cuartear? Había oído hablar de esto a su manicurista. Le dijo que obraría maravillas en su aura. Pero debía tener cuidado de quién escogía el esperma.

***

La aguja del termostato está en rojo.

Pienso en esa línea que divide la tierra, mostrando lo desconocido de ese Otro Mundo. Allá las estaciones son al revés, el agua fluye hacia atrás y las aves vuelan hacia el norte para pasar el invierno.

Después de una curva llegamos a un retén. Hombres con armas y uniformes militares. Contengo la respiración. Miro sus botas. ¿Son de caucho? ¿Tienen barba? Un hombre se acerca a mi ventana. Lo acompaña, para mi sorpresa, una joven vestida con uniforme de colegio.

Sostiene una caja y pide una donación.

«¡Claro!», digo entregándole unos billetes.

Hemos recorrido dos kilómetros antes de poder volver a hablar.

***

Durante años me he estado engañando a mí mismo. Con un espejo empañado y un bombillo de bajo voltaje, he logrado ignorar la flacidez de mi papada y el brillo de mi coronilla entre mi pelo debilitado.

Mirar todo el día a una mujer joven puede hacerte olvidar que estás envejeciendo.

Los hombres de mi edad se están muriendo por montones. En el escritorio de al lado, un compañero de trabajo se desplomó y murió. Todos los días, durante un mes, reflexioné sobre la placa con su nombre. Entonces un día ya no estaba y alguien ocupó su lugar.

***

«Trey oculta sus sentimientos —lee Marta en voz alta—. Es ensimismado y distante. Dice que no le gusta "hablar paja". Teme que las charlas triviales le encojan el alma».

«¿A Diego le gusta hablar paja?», le pregunto.

«Diego me hace sentir hermosa».

«¿Y yo no?».

«No».

«Yo siempre te echo piropos».

«Sí, pero con un tono irónico».

«¿Irónico?», digo.

«¿Sí ves?».

***

Al entrar al Valle del Patía, el paisaje se vuelve árido y rocoso. No ha llovido en siete años. Y no hay señales de vida… hasta que aparecen los fantasmas. Rígidas bajo el sol abrasador, mujeres arrugadas y envueltas en chales se agachan bajo cambuches de iraca, extendiendo sus manos delgadas y huesudas. A veces las acompañan niños con los ojos hundidos, pero nunca hay hombres. ¿Dónde están?, ¿se fueron?, ¿se murieron?, ¿están sembrando inútilmente semillas que nunca crecerán?

Sus dedos esqueléticos hacen señas.

***

Si Marta me dejara, hay cosas que no extrañaría: la forma en que pierde las llaves, deja toallas mojadas en la cama y toma un sinfín de notas en los museos.

Aunque tal vez esas sean las cosas que extrañaría.

***

Llegamos al Santuario de Las Lajas, una iglesia gótica que se extiende sobre el cañón del río Guáitara. En la roca que forma el altar mayor se dice que apareció una imagen de la Virgen. Los peregrinos acuden esperando un milagro.

«Tal vez reciba uno». Miro a Marta.

Ella me mira de reojo.

***

Cruzamos la frontera con Ecuador. En medio de la fría niebla, la gente está envuelta en ponchos. Marta se pone sus gruesas medias rojas. Cuando paro a echarle agua al radiador, compro cerveza ecuatoriana, que viene en botellas gigantes, y pan para comer con la miel.

«Tienes razón sobre la miel», le digo a Marta con aprobación.

La expresión de Marta no cambia.

Es cierto que antes yo sentía las cosas con mayor intensidad. Tenía una pasión que me calaba los huesos. Mi anhelo era tan fuerte que resultaba casi insoportable. ¿Qué pasó con eso?, ¿adónde se fue? Tal vez quería que Marta lo sintiera por mí.

***

La Mitad del Mundo se encuentra en lo alto de una montaña. Es un lugar fantasmagórico bajo un cielo lluvioso. Un enorme obelisco de granito está coronado por un globo terráqueo. Debajo está la franja amarilla.

«Pidámosle a alguien que nos tome una foto», digo.

Llueve más fuerte. Hay pocos turistas.

«Tomaré una —apunta con la cámara—. Adelante, cruza».

«Pero contigo en la foto».

«No, dale».

Las gotas de lluvia caen por mi cuello. Me estremezco y enderezo la espalda. Luego, con determinación, extiendo el pie izquierdo más allá de la línea.

«¡Pasa al otro lado!», me pide Marta.

Levanto el pie izquierdo y cruzo, sintiendo que no hay vuelta atrás. Como un escalador en la cima, levanto los brazos en señal de triunfo y miro a Marta al otro lado de la línea divisoria. Enderezo los hombros y digo: «¡Dispara!».

Y entonces me preparo para el clic.

Alerta de terremoto

Un lugar

En Colombia nada es seguro. Ni siquiera el suelo bajo tus pies.

Uno, dos, tres y eres el niño tonto de la clase. ¿Es un tren de carga?, ¿un buldócer? Te das cuenta de que los pájaros se han quedado callados.

No es un buldócer. Es la maldita Tierra.

Afuera, los cables eléctricos se balancean. Un hombre en una puerta encorva los hombros.

Cinco segundos, diez. Ahora, el cielo se va a caer. El suelo se va a abrir.

Lo sientes venir. Te preparas.

Recuerdas dónde te sentabas en segundo de primaria.

Pero el hombre fuma un cigarrillo. Y se ríe.

Esto es Colombia.

Un amigo

En el sitio donde Lucho alquila videos piratas tomamos un tinto.

Lucho cree que se le está acabando el tiempo. A los cuarenta, ya se le fue la juventud.

La semana pasada le dolía un testículo. Ronca como un jabalí. Y cuando se despierta para orinar, gotea.

El final podría llegar en cualquier momento.

Una mujer

Marta está acostada junto a la ventana abierta, desnuda salvo por su reloj.

Nunca se lo quita.

En su finca no había reloj. Ni luz. El radio no tenía pilas. Sabían la hora por el sol, por los gallos, por los burros…

¿Burros?

Rebuznan cada hora.

¿Y el reloj?

Un regalo de su maestro de tercero de bachillerato.

Un lugar

Debí sospechar cuando supe de un trabajo como docente en Cali. Contaba con un campus tropical y exuberante, mujeres deslumbrantes y a medio vestir, y un entorno seguro. ¿Qué tal dos de las tres?

La semana pasada llegaron los acreedores. Se llevaron los pupitres, las mesas y hasta las canecas de la basura. Primero las vaciaron.

Lucho me sugiere subtitular películas.

Me convertiré en pirata.

Una mujer

Marta se quita el vestido y se limpia el labial con una servilleta. Sus labios parecen manchados y besados.

Es representante de estudios de mercadeo, la estrella de la empresa. La mandan por los clientes más duros y los conquista.

Hoy, un ejecutivo le dijo: «Podría quedarme aquí todo el día embelesado con tu cara».

Un médico con pacientes esperando estuvo una hora explicándole la historia del tango.

Un amigo

La casa de Lucho huele a libros viejos, a moho y a cigarrillos. Su ropa; todo tiene ese olor.

«La juventud es tan hermosa —dice Lucho—. Lástima que solo sea para los jóvenes».

Sonríe. «Por eso nos gusta atrapar a las jovencitas y enjaularlas».

Un lugar

Dicen que lo sientes venir. Hay algo en el aire. Los animales se inquietan. El sol irradia un brillo deslumbrante.

Una brisa extraña y fría surge de la nada. Entonces, débilmente, aunque cada vez más fuerte, surge un rugido desde las entrañas de la Tierra.

Un amigo

Es domingo, el día que Lucho no soporta estar solo. Por supuesto, está su perro, de ciento cinco años de edad canina, su compañero en las aguas estancadas de la soledad, y los remolinos de una mujer llamada Leona.

«Durante meses, no me dejó tocarla. Entonces un día me agarró por debajo de la mesa».

Habla de ella en tonos reverentes. De su pelo rojo salvaje y su risa voluptuosa. De su piel pálida, suave y fría como el mármol. Hija

precoz de un par de académicos, le gustaba citar a Nietzsche y tirar la noche entera.

Una mujer

La finquita de Marta lindaba con una extensa hacienda. Cansada de la caminata hasta el río para bañarse, un día fue con su hermana a hablar con el patrón. Con vozarrón áspero y cara dura y vulgar, la miró de arriba abajo. «¿Quién es esta negrita tan hermosa? —dijo—. No te había visto por aquí, mamacita».

Les dio permiso de pegarse a su tubería.

«¡Exhibicionista! —se burló un compañerito en el camino—. Deberías poner una cortina».

«¿Una cortina? —Marta se ríe—. No me pude dar el lujo de sentir vergüenza».

Un lugar

En las noticias, los paramilitares ejecutan a campesinos y los guerrilleros atacan un puesto del ejército. El procurador general es arrestado por «enriquecimiento ilícito», al igual que sus cuatro predecesores.

«Colombia —dice Lucho—. Donde pasa de todo y no pasa nada».

Una mujer

Me muestra las cicatrices en su piel canela. Medallones de supervivencia. Esta es por trepar alambres de púas. Esa por andar en la moto de un tipo.

¿Y la que está al lado de su ojo? Lamento preguntar.

Un amigo

Lucho está preparando su comida nocturna: un caldo maloliente de mollejas y verduras, rematado con un huevo duro… Miro hacia otro lado. El caldo es para el perro. Para él, un sánduche de queso. Cualquier cambio en esta dieta invitará al desastre.

«Tengo el culo contra la lápida —dice Lucho—. Pronto necesitaré un gato para levantarlo. La única manera de conseguir una mujer —toca la billetera— será con esto».

Un lugar

En lugar de «adiós», la gente dice «buena suerte». Lo cual está bien, salvo que lo dicen como si la necesitaras.

Una mujer

Viajamos en bus hasta la finca de Marta: rocas pintadas con lemas revolucionarios, los restos carbonizados de un campero emboscado. La finca es un paraíso tropical: papayos y arbustos de maracuyá, cafetos de frutos rojos sombreados por los plátanos. El café necesita sombrío, explica Marta, sol filtrado y sombra. Se ríe de este gringo que cree que las piñas se dan en los árboles y que se asusta con la cabeza de un pollo que lo mira desde su sopa.

Después de una ducha, cuelga un espejo de una rama y se cepilla el pelo largo y ondulado. Un colibrí sorbe el néctar de una heliconia. El silencio, salvo por el estridente canto de las cigarras, te recuerda lo lejos que estás de casa.

Fue aquí donde Marta creció sin zapatos, sin cuadernos ni productos de higiene femenina. Se sentía incómoda con sus compañeros, pero ¿qué es eso cuando sobrevives a punta de raíces?

Lo único que le quedó a su padre después de décadas de trabajo era su ropa raída y nueve hijos que lo adoraban, pero que estaban desesperados por irse. Era sabio, noble, un cuentista encantador, rasgueador de guitarra y dicharachero: «Estoy más inquieto que un perro con gusanos». Padeció todos sus días la ira de su esposa. Lo culpaba de su mala suerte. Fría y amargamente lo cuidó hasta el final. Con su último aliento les dijo a sus hijos que su mayor remordimiento era haber perdido a su amor.

Un amigo

«Es como el ajedrez», dice Lucho, recordando sus días como un tirapiedras izquierdista, y evocando a Trotsky y al Che, a Spassky y a Fischer. Era un ferviente aficionado al ajedrez.

«Comete un error al comienzo y estás acabado. Tu oponente lo explotará sin cesar. Puedes prolongar la partida pero no hay forma de que ganes».

«Ella recibe muchas llamadas de admiradores», digo.

Lucho mueve la cabeza de manera lenta, astuta, colombiana.

Una mujer

«¿Qué pasa?», le pregunto a Marta en un concierto de música andina. Un instrumento es una hilera de cañas de bambú; otro, una pequeña guitarra. Está hermosa, con un vestido negro escotado y el pelo abundante y ondulado.

«Es él», me dice ella. Está temblando.

Afuera, caminando a paso rápido. «Pero dime quién es».

Antes de que ella hable, mis ojos se posan en su cicatriz.

Un lugar

Apagones, inundaciones, inflación galopante, peatones sin piernas arrastrándose por la calle. Un semáforo en rojo significa *¡acelera a fondo!* Un semáforo en verde, *¡cuidado!* Los pasajeros dibujan bendiciones en sus pechos. Se ven cruces blancas a lo largo de la carretera.

Y en el noticiero, un reportero informa en vivo desde Putumayo con balas silbando sobre su cabeza.

Lucho levanta las palmas de las manos, su gesto multipropósito. «Tu esperanza de vida se fue a pique al bajarte del avión».

Un amigo

Lucho habla extáticamente de Leona. La forma en que le lamía los labios y luego lengüeteaba su cara como un gatito. Su lengua era larga y abrasiva.

Me ha dicho esto antes, pero vale la pena repetirlo.

«La única manera de no llamarla es sostener un cigarrillo encendido en mi mano».

Una mujer

Nos acostamos desnudos para que el ventilador refresque nuestro sudor. Una lagartija trepa por la pared. Desde la calle llega el trac trac trac de una carretilla.

Me cuenta que, cuando tenía cinco años, un hombre visitó a su hermana mayor. Vivía en la ciudad y tenía un carrazo amarillo. Le llevó un regalo a Marta y la cargó en sus piernas. Dijo que se casaría con su hermana y se la llevaría. Pero se casó con otra. La hermana de Marta nunca volvió a ser la misma.

Marta decidió en ese instante que nunca se enamoraría.

Un charco de sudor llena su ombligo. Inserto mi dedo y oigo el sonido de un chapoteo. Su madre la parió sola en su finca, cortando el cordón umbilical con un cuchillo de cocina.

«Excelente trabajo», le digo.

Un lugar

El día es fresco y despejado, el aire perfumado por mangos muy maduros. Chicas en minifalda pasan zumbando en sus motos. Un loro verde biche grazna desde su percha. Un hombre en esqueleto vende cometas. Y frente a la Plaza de Toros varios toros enormes pastan serenamente. O eso parece.

Un amigo

Ese desagradable olor del caldo de mollejas de Lucho.

«Tengo un nuevo principio guía: preparado para perder».

No le creo, pero le digo que está bien.

Una mujer

Marta se echa agua en la cabeza con una totuma. «Quédate aquí conmigo, papi, ¿sí?».

Rechazó a los hombres que buscaban su corazón: finqueros, políticos e incluso hombres decentes como su maestro de tercero de bachillerato. De ahí la sorpresa cuando *ella terminó con él*.

Yo no podía entender cómo había sucedido.

Él —se niega a decir su nombre— le doblaba la edad. Era escandaloso, mujeriego, y esparcía su simiente con desenfreno.

Engreído porque tenía «propiedades». Con su vozarrón atronador, gritaba en público: «¡Vení acá, hijueputa!».

La llevó a la ciudad, le alquiló una pieza y la mantenía vigilada. Saboteó sus intentos de estudiar o trabajar. La llamaba en plena entrevista de trabajo.

Cuando ella intentó escapar, él sacó un machete.

Un lugar

Hay un aviso debajo de mi puerta: *Qué hacer en caso de un terremoto*.

1) No entres en pánico.

2) No hagas nada sin pensarlo bien.

Una mujer

Muerde un mango y el jugo le corre por el mentón.

«¿Llamaste a la policía?», le pregunto.

«Sí. Se ofrecieron a encargarse de eso».

«¿Cómo?».

«Deshaciéndose de él».

«¿La policía?».

Ella asintió. «Por un precio».

Un lugar

Derrumbes, alcantarillas abiertas, ventiladores sin rejillas. Un bus lleno de evangélicos rueda por un precipicio y cae sobre otro que se había accidentado la semana anterior. Una fiesta de bodas entera, incluidos los novios, es envenenada con licor adulterado. Y un

hombre que sale de un edificio en el centro es embestido por un toro desbocado.

«Hasta ahora he tenido suerte —le digo a Lucho—. Una vez, un vecino disparó su pistola y me salvé por un pelo. Cositas así».

Lucho levanta las manos. «Aquí tienes que tener las siete vidas del gato».

«Nueve», lo corrijo.

«Aquí son solo siete».

Otro lugar

Vengo de una familia de estabilidad inmutable. Mi abuelo dirigía una empresa fundada por su padre. La precaución corre por la sangre. Alarmas de alta tecnología, acciones altamente cotizadas, creencia en un escudo de defensa impenetrable.

En la casa de mi abuelo, con una escalera de caracol sacada de *Lo que el viento se llevó*, los niños lanzábamos cartas a la lámpara de araña. Luego de una cena servida por empleadas «de color» que eran llamadas con un timbre debajo del tapete, los hombres se retiraban a la sala para ver golf. Mi abuelo tenía un carrito de golf azul pálido y un férreo apretón de manos. A sus noventa años, con una sonrisa bondadosa, podía doblarte las rodillas.

Apenas pronunció una palabra.

Una mujer

En la piscina, el vestido de baño de Marta se desliza hacia abajo. «¡Mi amor!», digo ajustándolo discretamente. No se avergüenza de su cuerpo. Es parte de ella y, a la vez, algo independiente en cierto

sentido. Refiriéndose a una foto suya, dijo: «Mira esa sonrisa, tan tierna después de todo por lo que ha pasado».

Un lugar

En la carretera sinuosa que lleva a su finca hay un letrero sin palabras, solo una imagen: dos carros chocando de frente.

Un amigo

Lucho vuelve al tema de Leona. «Ahora está con algún cucho, algún genio frustrado. Me dijo que le atraen dos clases de hombres: los brillantes y exitosos, y las almas afligidas».

Una mujer

Empezó a salir con otros hombres a sus espaldas. Bueno, no a sus espaldas porque nunca aceptó estar con él.

Un tipo «hacía negocios» en su edificio. No era su hombre ideal, pero era amable. Otro era un médico de La Habana con «ojos soñadores». Después de semanas de coqueteos («Una clínica tiene muchos lugares en dónde esconderse»), ella lo dejó. Estaba casado. Y luego vino el fotógrafo que la vio en la calle y quería hacerle un portafolio.

Un lugar

El mes pasado, un terremoto arrasó la ciudad de Armenia. La alcaldía y la estación de policía quedaron destruidas. Un mausoleo se desmoronó; varios cráneos y huesos quedaron esparcidos por todos lados.

Pero la imagen más impactante fue la del equipo de rescate levantando de entre los escombros el cuerpo inerte de una mujer desnuda. ¿Por qué estaba sin ropa cuando la tierra empezó a temblar? ¿Se estaba bañando?, ¿estaba durmiendo?, ¿haciendo el amor? Su belleza hizo que su muerte pareciera aún más trágica. Aunque no debería, lo sé.

Una mujer

Un día encontró el portafolio de Marta. Algunas fotos, reconoce, mostraban «más de la cuenta». Fue entonces cuando explotó y le reventó el ojo. Un vecino escuchó sus gritos y lo ahuyentó.

Un lugar

Últimas noticias sobre el terremoto: un ciego arriesgó su vida para llevar a un herido a un lugar seguro. Y los guardias de la cárcel dejaron las celdas abiertas, pero los reclusos no intentaron escapar. Al preguntarles por qué, varios tipos levantaron la vista de sus dados: porque agradecían el gesto.

Un amigo

Un gusano está nadando en mi sanitario. ¿Cómo llegó aquí? Espero que a través de la cañería del edificio, y no de la de mi cuerpo.

Antes de venir acá, mi médico estadounidense me puso las inyecciones adecuadas. «Aunque para lo que vas a enfrentar —dijo con una sonrisa—, no hay vacunas». Me aconsejó que fuera al dentista porque «allá tienen la tendencia a sacar las muelas».

«Tienes que entender —explica Lucho—. En tu país la gente se muere de vejez».

Una mujer

Nos acostamos con los labios muy juntos, respirando el aliento del otro. Su cuerpo se pega al mío como una hoja mojada contra el vidrio. Tiene miedo, dice. Yo soy el hombre, pero no es el momento. Ella todavía no sabe quién es.

Un golpe seco sacude la ventana. Cuando miramos, no hay nada. Luego vemos, pegada al cristal, una diminuta pluma blanca.

Un lugar

Las réplicas del terremoto continuaron durante varios días. El pánico flotaba en el aire como polvo que no se asentaba. La gente se armó contra bandas de ladrones que saqueaban los edificios sin paredes. Otros recolectaban dinero «para las víctimas». Las funerarias duplicaron el precio de los ataúdes.

Una mujer

La llamo el sábado por la noche y nadie contesta. Estalla un trueno y se va la luz. Me siento en la oscuridad y llamo cada hora. A través del techo caen gotas grandes y ruidosas. Me siento inmóvil hasta que se me entumecen las piernas. Y cuando intento pararme, me voy al piso.

Un amigo

Lucho reprime un lánguido bostezo. «La eterna monotonía de la pasión».

Un lugar

Un hombre asesinado por el ejército lleva un uniforme de la guerrilla. Hay impactos de bala en el cuerpo, pero no en la ropa.

Una mujer

El ex de Marta adoptó una estrategia distinta, suplicando y llorando de rodillas. Cuando eso no funcionó, amenazó con suicidarse. Y cuando las amenazas parecieron vacías, tomó veneno para ratas. Luego estrelló su carro contra un muro. Tal vez sus intentos no fueron del todo sinceros… pero aun así.

Un amigo

Siempre teatral, Lucho recrea la vez que Leona lo dejó plantado. Camina de un lado a otro y mira por la ventana. Suspira y revisa su reloj. Luego, pensativo, le da una fumada a su Lucky. Frunce el ceño, asiente para sí mismo y vuelve a caminar.

Su perro, en respuesta, le araña los talones.

«¿Recuerdas lo que dije sobre querer enjaularlas? Lo cambio por "dejar la jaula abierta"».

Una mujer

Finalmente me llama, emocionada. Ha tenido noticias del cubano. Se está divorciando. Y el fotógrafo está de nuevo en la ciudad. A través de él conoció a un hombre que quiere hacerle un «casting».

Un amigo

«El ajedrez era mi pasión», recuerda Lucho. Jugaba en parques, en bares, en clubes llenos de humo. «Tiene un orden hermoso que no encuentras en la vida».

Explicó la apertura de Ruy López, la defensa siciliana y el final de partida, junto con su apertura emblemática: el Gambito de Dama Aceptado. Era un maestro en el arte del sacrificio.

Una mujer

Su aldea no tenía semáforos, pero había oído hablar de ellos. «Te indican cuándo seguir», decía la gente.

Esto la confundió. Le preguntó a su madre qué significaba eso.

Su madre se enojó. «¿Para qué te digo si no sabes?».

Su padre, sin embargo, la animó a aprender, a aprovechar cualquier oportunidad. Saber nadar, decía, era algo bueno. Nunca sabías cuándo tendrías que cruzar un río.

No usó un teléfono hasta los doce años. Hizo la fila, observando atentamente. Cuando llegó su turno, ya sabía cómo utilizarlo, y nadie se dio cuenta.

Un amigo

«Abre la jaula», dice Lucho.

Un lugar

La guerrilla se ha replegado en las afueras de la ciudad. Y en Cartago los peces han invadido el acueducto. Abres la llave y salen pececitos.

Un amigo

«Nunca se sabe —dice Lucho—, de pronto se queda».

Levanta las manos. «Tenemos el culo contra la lápida, pero ¿qué podemos hacer?».

Un lugar

En un incidente doméstico, una mujer le cercenó la mano a su esposo. Él la recogió y corrió a la clínica. Milagrosamente, los médicos se la pudieron implantar de nuevo. Ahora el hombre y su esposa sonríen con timidez frente a la cámara. Él levanta la mano con una mirada de desconcierto, como si fuera algún artefacto que no sabe cómo usar.

Una mujer

En mis momentos de ocio hay cosas que recuerdo: cómo pasaba los dedos por la tierra de mis materas, sacaba la lengua para resaltar un comentario pícaro y dormía con el pelo tapándole los ojos, para sentirse en la oscuridad profunda de la finca.

Dijo que ella y su hermana vieron un gato gris mirándolas desde un matorral. Entonces, de repente, se transformó en un búho, ululó y echó a volar.

Su hermana la miró con ojos tan grandes como lulos. «Nunca vimos eso», dijo.

Un lugar

Estoy bebiendo con Lucho cuando los vasos empiezan a vibrar. Una matera se estrella contra el piso. El yeso del techo cae como confeti.

«Hijueputa —dice Lucho—. Llegó la hora».

Recuerdo el aviso: *No hagas nada sin pensarlo bien.*

Grietas como telarañas se extienden por las paredes.

Miro a Lucho. Está fumando un cigarrillo. Y riéndose.

Lo pienso bien. Entonces comienzo a reírme, aunque solo sea para acompañarlo.

Adiós a los barones y señores

Los capos se han ido.

O se volvieron invisibles. Ya no los ves. No como antes, cuando andaban en camionetas blindadas. Los mágicos. Podían chasquear los dedos y tener lo que quisieran.

Uno construyó una hacienda con zoológico privado —una colección de animales salvajes— dos de cada uno, como en el Arca de Noé. Arriba de la entrada había un carro que supuestamente pertenecía a Al Capone. Atrevido, pero imprudente, el tipo que le vendió esa imitación.

Otro, al que le negaron ser socio de un prestigioso club, decidió construir el suyo. Una réplica del primero, solo que más grande.

Uno le compró la corona de la Señorita Colombia a su amante. Otro compró un campeonato de fútbol. Otro, la presidencia de la República. Podían tener o hacer lo que quisieran, aparecer y desaparecer a su antojo.

Y ahora se han ido.

O así parece.

Nuestra sala está llena de cajas, del apartamento de Marta y del mío. Mañana las desempacaremos. Ahora estamos relajándonos en el patio trasero, celebrando nuestro primer día de convivencia. «Nos estamos organizando», como dicen los colombianos.

El patio está rodeado de plantas tropicales: bijaos con hojas como orejas de elefante, aves del paraíso con sus picos rojos brillantes, y

la planta de flores amarillas llamada Mano de Dios. Se siente el aroma a lavanda.

Descorchamos una botella y brindamos. «¡Por nuestro nuevo hogar!».

Nos conocemos hace solo tres meses. Pero ¿qué no es arriesgado en Colombia?

Se fueron el Ajedrecista, el Mexicano y Popeye, el Osito, el Arete y los Ochoa, como la familia de *Bonanza*, un padre y sus hijos. El más joven, Little Joe, lindo como un monaguillo. Y Big Daddy, el jinete con sus ciento cincuenta kilos y un restaurante con un picadero donde montaba y cabalgaba… ¡pobre caballo!

Se fueron. Sus edificios de mal gusto en obra negra, las grúas abandonadas, las columnas oxidadas. ¿Qué pasó? El zar antidrogas gringo, que no podía competir con los capos, decidió presionarlos. Suspendería la ayuda a menos que Bogotá hiciera rodar cabezas.

Y rodaron cabezas. Con el «apoyo logístico» del Tío Sam, sorprendieron a Pablo en un techo, su barriga al aire llena de huecos, el cadáver más feo que jamás hayas visto. A Popeye lo atraparon infraganti con una menor, los pantalones en los tobillos, su mamá suplicando: *Por favor, es un buen muchacho*.

Ahora están en la cárcel o en la tumba.

Su dinero está en Ginebra. O en Miami.

Después de perder mi empleo en el *Independent*, busqué trabajo como freelance. Tal vez investigaría el narcotráfico colombiano. Mi ex dijo que era una buena idea.

Esa parte no se la he explicado a Marta.

Eran leyendas, héroes populares, figuras míticas. Las llaves de sus lavamanos eran de oro. Bañaban a sus caballos con whisky. Les

daban plata y casas a los pobres. La gente anhelaba tocarlos para ver si eran reales.

«Tal vez sea mejor que no nos apeguemos mucho», me dijo Marta. ¿Acaso quería que yo hiciera fila con los demás pretendientes?

«¿Alguna vez has vivido con un tipo?», le pregunto.

Ella duda, como si fuera una pregunta capciosa.

«Esta se llama dormidera. ¿Ves cómo se encoge al tocarla?».

Después de bañarnos con una manguera —idea de Marta—, andamos desnudos en el jardín como Adán y Eva.

«Esta es una sábila. Absorbe todo tipo de maldiciones. Y este es un quereme. Lo echas en la bebida de alguien y se enamorará de ti».

«¡Ah! Ese es tu secreto», digo.

Señalo un arbusto de hojas pálidas y pepitas rojas. «¿Y esto?».

«La mata de coca».

La miro.

«Aquí se da por todas partes».

«Parece tan inocente».

«Lo es».

***

Eran tus vecinos, sus hijos estudiaban con los tuyos. Compartían las mismas playas, corridas de toros y desfiles. Eran dueños de tu equipo de fútbol. También del edificio donde vivías, de tu *alma mater* y de tu droguería (tenían sentido del humor).

Aunque había crecido a dos horas del mar, Marta nunca lo había visto. Nunca había salido de su pueblo. Un día, un Corvette llegó a su caserío. El conductor, Rodolfo, vio a Marta en la calle. Despampanante y recién desarrollada, otra fruta deliciosa en esta tierra exuberante. La invitó a dar un paseo en su lancha.

Los barones tenían sus formas de conseguir amigos. Estás invitado a una fiesta donde no conoces al anfitrión. O te regalan boletas para el gran partido de fútbol. Más tarde descubres que alguien está pagando tu alquiler.

Resultó que la lancha de Rodolfo llevaba un cargamento de coca. Una mujer a bordo disminuía las sospechas.

Bautizamos el patio colgando una hamaca wayúu, blanca y azul, con un fleco decorativo.

«¿Puedo acostarme?», pregunta Marta.

Amarro la cuerda, fingiendo ser un experto en hacer nudos. Pero en el fondo sé que estoy mintiendo. Mi experiencia es tan delgada como un hilo.

«Claro», digo.

***

«¿Por qué un gringo se vendría a vivir aquí?», quiso saber un taxista. Sus ojos vivaces brillaron en el espejo. «¿Estás huyendo?».

***

Ah, pero amaban a su patria. El Día de la Independencia colgaban la bandera. Cantaban el himno a todo pulmón. La bandeja paisa los

volvía locos; el vallenato los hacía llorar.

Nos arrunchamos en la hamaca mientras oscurece. Los grillos y las ranas comienzan a cantar. Una avioneta fumigadora zumba en lo alto. Todos los días bajan en picada y arrojan una niebla tóxica: un herbicida prohibido en Estados Unidos. «No hay de qué preocuparse», asegura un oficial, leyendo un comunicado traducido del inglés.

Pensaban que eran lo máximo, dice Marta riendo. Rodolfo y sus compinches se creían reyes. Mujeres llamativas, whisky de primera, enormes bandejas con costillas. Recorrían la ciudad en sus carros blindados, disparando al aire. «¿Viste cómo me trató ese empleado? —dijo Rodolfo—. Él sabe quién merece respeto».

Eran católicos de misa y todo, amaban a sus madres y a sus hijos. Pero por las mañanas encontrabas un cadáver en tu jardín. O ibas a pescar y sacabas algo que no era un pez. Periodistas y jueces encontraron su fin, incluso una estrella del fútbol que anotó un autogol.

Al principio el gobierno miró para otro lado. Oye, una marea creciente levanta todos los barcos. O como dicen aquí: *Todos en la cama o todos en el suelo*.

Entonces, cuando Bogotá cedió ante los gringos, los narcos se indignaron. ¿Acaso no habían compartido sus fortunas? Les decían los «Extraditables». Nadie iba a extraditarlos de ninguna manera. Volaron centros comerciales, discotecas y aviones. Derribaron un Boeing 727. Luego bombardearon la sede del organismo de seguridad nacional, dejando un cráter del tamaño de un estanque.

«Mejor una tumba en Colombia que una cárcel en Estados Unidos», era su consigna.

Cuando Marta intentó dejarlo, a Rodolfo le dio risa. Cuando la pilló con las manos en la masa, le desbarató su casa y, de paso, la mandíbula. Marta lo denunció y él tuvo que presentarse ante el juez. «¿Cómo se sentiría usted, señoría? —sollozó Rodolfo—. Yo la amaba y ella me traicionó».

Después de soñar con bombas, me despierto en la hamaca. El cielo está aclarando. Las matas tiemblan y se doblan, revelando su envés. Pienso en las cajas de la sala. Pronto desempacaremos y trataremos de comenzar una vida. Marta está dormida en mis brazos. Hasta ahora, el nudo ha resistido.

También está el cuento del capo que quería un río con su nombre. Propuso su idea en varios sitios oficiales. Se hicieron intentos, se arruinaron carreras, pero el nombre del capo no salió en el mapa. Entonces un día su cuerpo apareció en el río. Y desde entonces lo llaman por su nombre.

Éxodo

Este tipo, Nico, el examante de mi esposa, venía a nuestra casa.

«Quiere despedirse», dijo Marta.

«Lleva meses despidiéndose».

«Lo sé —dijo ella—. Es duro».

Nico no era el único que se iba de Colombia. Las filas en la oficina de pasaportes se extendían varias cuadras. Los pasillos de las tiendas estaban desiertos y las casas tenían letreros de *Se vende* pegados en las ventanas. Familias enteras estaban abandonando sus casas, cargando a sus hijos, nietos y perros, y alzando vuelo.

Compramos nuestra casa a precio de remate.

***

La *violencia*, decía la gente. O *el conflicto armado*. Nadie hablaba de una guerra. La guerra implicaba líneas de batalla definidas. Este conflicto era ubicuo e interminable.

Acostado en la cama con Marta, escuchábamos el ta, ta, ta, ta de los disparos y el ra, ra, ra, ra de los helicópteros. Cenábamos viendo noticias sobre ataques guerrilleros y campesinos masacrados por las «autodefensas».

Entonces, ¿por qué compramos la casa? Porque nos sentíamos seguros en nuestra burbuja universitaria y porque nuestro razonamiento estaba empañado por el amor.

***

Oí el clic de las ruedas de una bicicleta y ahí estaba Nico. Con su pantaloneta de licra azul eléctrico y su casco plateado, empujaba una reluciente bicicleta de montaña. Era corpulento y cabezón; con su atuendo, parecía listo para la Vuelta a Colombia en bicicleta. A las mujeres les parecía atractivo. Era vástago de la familia Garcés, un apellido prestigioso en estos lares, con linaje de colonos españoles de ojos azules, propietarios de tierras, ingenios azucareros y notarios públicos, un cargo lucrativo en un país donde cada formulario o carta, incluso la más insignificante, tiene que estar autenticada.

Nico era el más joven y el rebelde. Se destacó como futbolista en su juventud y era un jugador fijo de la selección nacional hasta que sorpresivamente lo dejaron por fuera. Resultó que su padre, que prefería verlo quemarse las pestañas con libros en lugar de darle patadas a un balón, había movido algunas palancas.

Nico se matriculó en la facultad de Derecho en el *alma mater* de su padre, aunque pronto se rebeló; estudió Derecho Ambiental y pasó todo el tiempo en el monte. Tras graduarse, renunció a su profesión y trabajó como guía de montañismo e instructor de buceo. Antes de que el negocio del turismo colapsara, organizaba excursiones para grupos de alemanas. Hacían caminatas por la selva hasta una cascada remota, donde las mujeres flotaban en balsas, tomaban cerveza y se asoleaban en las rocas como leones marinos.

***

«Lamento saber que te vas», dije mientras su corpachón llenaba el marco de la puerta.

«Tengo que irme», dijo Nico. Se quitó el casco y parecía como si no fuera a caber en el cuarto, todo hombros y torso grueso, como un toro inquieto y reprimido. Lo observé con esa mezcla de hostilidad y fascinación que uno siente por un hombre que se ha acostado con su esposa. Y al que le gustaría hacerlo otra vez.

«¡MARTA!», grité.

«¡YA BAJO!».

«Resulta que ya no puedes salir —Nico se acomodó en nuestro nuevo sofá—. Los mejores lugares para excursiones ya no son seguros. Ahora, además del secuestro, están las minas quiebrapatas. En la finca de mi hermana murieron doce vacas. Y el hijo del mayordomo perdió una pierna».

Marta bajó las escaleras saltando, luego de aplicarse espuma capilar. Ofreció su mejilla para que Nico la besara y se sentó a su lado. Cuando yo estaba a punto de subir al segundo piso, Nico empezó una historia.

***

Estaba guiando a unos excursionistas por el volcán Puracé cuando los paró la guerrilla. Con uniformes de camuflaje, iguales a los del ejército, pero con esas delatoras botas de caucho. Por suerte, Nico usaba gafas de alpinista que le cubrían sus ojos azules, y llevaba la cédula de un camionero de apellido García. Los soltaron después de interrogarlos.

Tengo que irme, decidió Nico.

Omar, un excompañero de fútbol, vivía en Estados Unidos y le insistía que se fuera para allá. Había triunfado en Gringolandia: tenía casas en Miami y Nueva York, un avión privado, un yate ostentoso. Buena parte de sus negocios ya eran legítimos: mantenimiento de jardines, venta de carros, bares y restaurantes. En bachillerato, Omar admiraba a Nico por ser el atleta que él habría querido ser. Ahora tal vez Nico lo admiraría a él.

«Cada vez que viene —dijo Nico—, quiere irse de rumba: trago y putas hasta el amanecer». Pero Nico, el zanahorio, no le jalaba a eso.

Marta escuchaba con atención.

El año anterior ella había ido a una notaría, pues quería conocer los requisitos para casarse con un gringo. Para su sorpresa (dijo ella), encontró a Nico trabajando en el lugar. Marta había olvidado que la notaria era su hermana, una versión emprendedora de él, con sus mismos hombros gruesos. Nico, corto de dinero, trabajaba para ella temporalmente. Por espacio de una hora, mientras otros clientes se abanicaban en la sala de espera, le dio información a Marta sobre leyes y paz y salvos, y le expresó sus dudas sobre la idea de casarse.

Marta creció en una finquita de mala muerte, colindante con la gran hacienda de los Garcés, que tenía establos, lagos de pesca y terrenos bien mantenidos, con una profusión de veraneras. Tuvieron un romance de verano antes de que Nico se casara con otra sangre azul, un matrimonio aprobado por su padre, matrimonio del que Nico llegó a arrepentirse. Aturdido por las deudas y las fiestas anodinas, Nico la dejó. Pero después de un periodo de soltería turbulenta (durante el cual tuvo un breve reencuentro con Marta),

volvió a casarse, esta vez con una aficionada a la recreación, pelicorta y pesista, capaz de abrirse camino entre los mejores. (A Marta no le parecía emocionante armar una carpa después de haber «crecido en medio del barro»). Le dieron la bienvenida a una linda niña rubia y, según las apariencias, eran felices.

***

Y luego secuestraron a su padre, continuó Nico. Alguien, la guerrilla o la delincuencia común, llevaba años extorsionándolo. Pero cuando el anciano se negó a pagar, se lo llevaron a la selva.

Nico miró para ver mi reacción. Preparado todavía para subir las escaleras, me senté en una silla y crucé las piernas, cediendo a los buenos modales y a la curiosidad.

El rescate, dijo Nico, era exorbitante. Tenían a su padre en condiciones infernales. Hipertenso y diabético, necesitaba medicamentos.

A medida que pasaban los días, Nico tenía emociones encontradas. Aunque todavía culpaba a su padre por frustrarle sus sueños, fue él quien le inculcó el amor por la naturaleza.

Así que cuando sus hermanos convocaron una reunión familiar para decir que habían decidido no pagar el rescate, Nico, cuya falta de medios lo eximía de toda responsabilidad, no pudo dejar de sentirse perturbado.

Vamos a dejar que el GAULA se encargue de esto, dijo su hermana.

Pero ¿por qué motivos podría oponerse Nico? La misma falta de medios que lo había librado de decidir también le impedía oponerse.

La operación se llevó a cabo a una hora fría de la madrugada, en medio de la oscuridad y la niebla. Vestidos de negro y con las caras pintadas, equipados con gases lacrimógenos y Uzis, los hombres del GAULA atacaron. Tras un intenso tiroteo, que dejó a uno de los secuestradores agonizando en el suelo, el viejo quedó libre.

Al oír la noticia, Nico se puso eufórico, hasta que escuchó el resto de la historia. Los cuatro secuestradores terminaron muertos. Y dos eran antiguos empleados, casi familiares, con quienes Nico había jugado cuando era niño. Parecían tener señales de tortura.

El padre de Nico nunca volvió a ser el mismo. Vendió su tierra por casi nada y permanecía sentado en su sillón esperando que le sirvieran la comida. Todo esto dejó a Nico con una sensación inquietante clavada en el estómago.

***

Me reacomodé en la silla mientras Nico, callado, giraba el casco lentamente en sus manos. La luz de la tarde bruñía el piso de arcilla.

Después de eso, dijo Nico, todo el mundo tenía los nervios de punta. Compró una pistola que llevaba a todos lados. Iba al campo de tiro para desahogarse. Estaba más convencido que nunca de que debía irse. Simplemente, el país no era seguro, en especial para la familia Garcés. Su hermana pagaba una «vacuna» por su finca. Si no lo hacía, quemarían todos los cultivos.

¿Qué debía hacer Nico? Consideró la propuesta de Omar de irse a Estados Unidos. Otra opción era Chile, un país en paz, con una economía estable y un sistema jurídico sólido. Claro, tendría que

trabajar como abogado, al menos al principio. Valparaíso tenía una costa hermosa. Tal vez ahorraría y abriría un campamento.

Es cierto que su esposa no tenía muchas ganas de irse. Y él también amaba a su país, de no ser por la violencia. Por otro lado, los inviernos en Chile podían ser gélidos. Y la profesión jurídica no era muy receptiva con los extranjeros.

Así que cuando Alfredo, otro excompañero de fútbol, quiso vender su lancha, con embarcadero incluido, en el lago Calima —uno de los últimos lugares seguros para la recreación—, Nico decidió darle a su patria una última oportunidad.

Entonces fue a visitar a Alfredo. Este, que alguna vez había sido un gran puntero izquierdo con una patada potente, estaba pasando por un momento difícil. Primero, su esposa lo había dejado, luego su ferretería quebró. Nico podía oler su tufo a whisky. Regatearon un poco, pero llegaron a un acuerdo y Alfredo dijo que pronto le tendría los papeles.

El lago Calima, una represa construida en la cavidad formada por varias montañas, era plácido y pintoresco, ideal para la pesca y los deportes acuáticos. Para alivio de Nico, la lancha funcionó bien. Le enseñó a esquiar a su hija. Después de caerse, ella salía jadeando, apartándose el pelo de la cara. «¡Papi! —decía con una sonrisa desdentada—. ¿Viste?».

Pero la tercera vez que fueron, la guerrilla atacó el lugar. Nico se refugió como pudo con su hija y su esposa, paralizado por el estallido de los morteros.

No más, dijo, me largo de aquí. Arregló sus asuntos comerciales en un dos por tres. Empacó sus cosas y puso un clasificado para la lancha. No solo para tener con qué irse, sino también para borrar el

recuerdo de su mala decisión. Pero cuando llamó para preguntarle por los papeles, Alfredo le pidió más tiempo.

«¡Maldita sea, necesito esos papeles!», gritó Nico. Tiró el teléfono y caminó por la sala, preguntándose si la lancha sí tendría alguna matrícula.

Mientras deambulaba enfurecido, sonó el teléfono. Era Omar. «Oíste, hombre. Siento mucho lo del Calima».

«Sí…».

«¿Cuándo venís? Te estamos esperando».

«Gracias —dijo Nico—, pero tengo un problema». Y le contó a Omar lo de Alfredo.

«Veré qué puedo hacer», dijo Omar.

«No, dejémoslo así».

«¿Con quién cree que está tratando? ¡Este es el gran Nico Garcés, estrella del Deportivo Cali y que debió estar en la selección nacional!».

***

Al día siguiente, Nico empacó sus cosas y recogió a su hija en el colegio. Llegó a su casa y apareció una moto. Un tipo flaco con cara de chucha le entregó un sobre.

Adentro estaba la matrícula de la lancha. ¡Por fin podrían irse!

Entonces sonó el teléfono.

«Hombre, por Dios», dijo una voz sofocada.

«¿Quién habla?».

«¡No puedo creer que hayas hecho eso!».

Nico sintió una sensación helada en todo el cuerpo.

«¿Por qué hiciste eso?», dijo la voz, quebrada.

«Alfredo, escúchame…».

«Les dije que te llamaran, pero no dejaron de…».

Después de la llamada, Nico se apoyó en el lavamanos, sin darse cuenta de que estaba murmurando.

«¿Irnos para dónde, papi?», dijo la vocecita.

***

Nico se puso de pie, con el casco en la mano. Le deseé un buen viaje y los dejé solos. Desde mi estudio, podía oírlos hablar indistintamente. Fue difícil concentrarme en mi trabajo. Por fin oí el rechinar del portón y el lento tintineo de las ruedas de la bicicleta.

Cuando la reja se cerró con fuerza, salí al antejardín. Marta miraba a Nico pedalear lentamente. Los últimos rayos de sol brillaron en su casco. La calle desierta estaba repleta de avisos de *Se vende*. Escuché con Marta el canto de las chicharras y otro sonido, un rumor sordo, como un tamborileo marcial, cada vez más fuerte y cercano.

Paternidad

«No contestes», gruño cuando suena el teléfono a las tres de la madrugada.

«Es Lucinda —dice Marta—. No tiene quién la lleve a la clínica».

Aplasto la almohada. «Pues nosotros no».

De camino a la casa de Lucinda, la carretera está oscura y espectral, un inframundo de conductores ebrios y peatones fantasmales. A esta hora, en Colombia no hay reglas que valgan.

«Típico de ella —dice Marta, pasando de una propaganda a otra mientras busca una emisora de salsa—. Quería salirme adelante teniendo a su bebé primero. Y eso que no tiene ni cómo cuidarlo».

Al doblar una esquina, meto el cambio con brusquedad. «¿Por qué no la llevó uno de sus mozos?».

En lugar de tener un trabajo de verdad, Lucinda depende de un montón de amigos varones. Y da masajes. Dice ser experta en venas hinchadas y músculos tiesos. Hace visitas a domicilio y anda con un bíper. Quién sabe qué más hará. Bueno, mientras no nos vaya a pedir plata…

Todavía estoy furioso por la vez que nos cuidó la casa. Encontramos muebles manchados, el lavaplatos atascado y platos rotos. Y cobros en la cuenta telefónica de una línea caliente.

«Entonces… ¿quién va a pagar la cuenta médica?».

«No sé —dice Marta, su rostro brevemente iluminado por las luces de un carro—. No la dejarán salir de la clínica hasta que pague, y

ella no tiene ni para el taxi. Intentó reunir algo con esa ridícula fiesta para el bebé. Fuimos tres mujeres pero ni un solo hombre».

«Pero ¿cómo puedes culpar a los hombres por no ir?», pregunto, y me paso el semáforo en rojo. A esta hora en Colombia, si paras te pueden robar.

«Trey… —dice Marta en tono tranquilizador. Ella es buena para eso: para tranquilizarme. Tan buena como Lucinda para exasperarme —. Quiere que seas el padrino de su hijo».

«¿El padrino? —Por poco atropello a un reciclador que empuja una carreta—. Ni siquiera soy padre. Y no soy católico. No soy nada. ¿Qué hace un padrino en todo caso? ¿De cuánto dinero estamos hablando?».

«Bueno…» .

«Todo lo que sé es lo que he visto en las películas: don Corleone, con gente haciendo fila para pedirle favores. ¿Es algo así como ser fiador de un préstamo? Si ella no paga, ¿tendré que hacerlo yo?».

Marta dice: «Entonces dile que no puedes».

Una cosa que me gusta de Marta: no intenta hacerme sentir como una mierda. Desde el principio, hemos tratado de darnos libertad. Unión libre, dicen aquí, y me parece muy bien. Marta me da una gran libertad. Es la mujer menos posesiva que he conocido. Pero cuando una estudiante me da un caramelo, tiene que ser ella la que se lo come.

«¿Dónde está el padre? —pregunto al llegar al barrio de Lucinda, donde hay tipos musculosos en sillas de ruedas merodeando por las esquinas—. ¿Es ese gringo?».

Para no ser eclipsada por su hermana, Lucinda se levantó su propio gringo. Un negociante al que le gustaban sus masajes y la

llevaba a Cartagena. El tipo era insaciable, dijo Lucinda. Quería hacerlo en la hamaca, en la piscina, en las escaleras. Después regresó a Gringolandia.

«No le contesta sus mensajes —dice Marta—. Pero ella cree que aparecerá en el último instante».

«¿Montado en un corcel blanco?», pregunto.

Marta se recoge el pelo en un manojo y luego se lo suelta. «Tal vez Reymundo le ayude».

«¿Quién es Reymundo?», pregunto esperanzado.

«¿Te acuerdas? El tipo que acompañó a Lucinda a visitar a mamá y le llevó un televisor».

Aliviado, apoyo el brazo en la ventanilla. «¿A qué se dedica?».

«Es un matón».

«¿Un qué?». Vuelvo a meter el brazo.

«Uno de sus amigos del bajo mundo». Marta se encoge de hombros. Al igual que Lucinda, ha visto muchas cosas. No ha hecho, necesariamente, pero visto, sí.

«Reymundo ha pasado por lo peor. Estuvo varias semanas en cuidados intensivos. Y las cuentas le consumieron todos sus ahorros.

«¿Qué le pasó?».

«Le metieron doce balazos. Tuvieron que ponerle un estómago de plástico y reconstruirle casi todo el cuerpo».

«El hombre biónico», comento.

«Tuvo suerte». Marta abre una pinza del pelo con los dientes. «Pero ahora le da miedo salir de la casa. Carga su revólver incluso para ir al baño».

Marta cruza una pierna debajo de la otra. «Cuando Lucinda quedó embarazada, sus pretendientes dejaron de llamarla. Todos, menos

Reymundo. La llamaba a todas horas y le rogaba que lo visitara. Decía que necesitaba a alguien que le levantara el ánimo».

«O lo que sea».

«Creo que él la ama».

«¿Lucinda lo ama?».

«Ya la conoces. Para ella todo es un chiste. No quiere a nadie».

«Salvo a ti».

Lucinda siempre ha envidiado a su hermana menor, tan linda que la gente le decía Muñeca. Para equilibrar la balanza, Lucinda le trasquilaba los rizos a Marta o la hacía girar agarrándola por los tobillos y la soltaba «accidentalmente».

A los cuatro años, Marta siguió a Lucinda a la escuela. La profesora la dejó entrar a la clase y terminó siendo la mejor alumna. Fue entonces cuando Lucinda decidió despreocuparse: de la escuela, de su familia, de todo. La despreocupación se convirtió en su especialidad.

***

En el edificio de Lucinda, prendo los reflectores. Ella sale agarrándose la parte baja de la espalda como hacen las embarazadas en las películas. Sus disparejos flecos a la moda, cortados como con machete, tienen un tinte escarlata, sus cejas depiladas y repintadas.

«Tú ganas, Trey», declara Lucinda, haciendo una mueca de dolor al subirse al carro, y luego recobrando su aire de indiferencia.

«¿Ganar qué?».

«Fuiste el que estuvo más cerca de adivinar el cumpleaños de Juancho».

«¿Cuál es el premio?».

«El derecho a llevarme a la clínica».

Una vez, poco después de empezar a salir con Marta, fui a su casa y encontré, sola, a Lucinda. Estaba planchando un vestido y solo tenía puesta una batola. Uno de los tirantes le colgaba del hombro. Su piel y sus rasgos eran muy parecidos a los de Marta. Y tenían la misma risa, rápida y sorprendente, alegre como la de una niña. Pero la voz de Lucinda era más ronca. «Hola, guapo», dijo con una ironía que sonaba dudosa. La plancha desprendía vapor. Debajo de la batola no tenía brasier. Ahí también noté un parecido.

Después de aguantarse a su adorable hermanita, Lucinda tuvo que verla convertirse en una rompecorazones, con ese andar cadencioso y esa mirada profunda que los hombres interpretaban como coquetería. Pero lo que a Lucinda le faltaba en atributos físicos lo compensaba con su fogosidad.

En el pueblo cercano a su finca se empezó a hablar de las «ninfas del bosque». Por la quebrada donde se bañaban pasaban hombres a caballo. Un día, unos soldados les pidieron a las hermanas que posaran para unas fotos. Marta dijo que tenía que volver a la casa. Lucinda aceptó quedarse. Después circuló el rumor de que ambas se habían quedado y que la idea había sido de Marta.

Afectada por el escándalo, Marta huyó a la ciudad. Pero Lucinda le pisó los talones. Vivió con varios hombres y pronto quedó embarazada, pero dejó al bebé con la mamá del tipo. Estaba demostrando su indiferencia, perfeccionándola.

Frente a cada amante nuevo alababa a su hermana —becada y modelo de pasarela—, mostrándole fotos que despertaban en ella un celoso orgullo. Aunque estaba resentida con Marta, no podía vivir sin ella. Algo la mantenía aferrada. Tal vez era esto: todos queremos por lo menos a alguien.

Lucinda me toca el hombro y la veo en el retrovisor.

«¿Puedes traducirme algo?».

Me muestra un correo y traduzco mecánicamente. «Hola Lucinda. Extraño tus masajes…».

Lucinda sonríe. «Qué bien la pasamos en Cartagena. De verdad los gringos son los mejores amantes».

Giro para esquivar un hueco. «¿Cuándo te mandó el correo?».

«Justo después de nuestro viaje».

¿Antes de saber que estabas embarazada?, evito preguntarle.

Por fin llegamos a la vieja y destartalada clínica. El portero parece cadavérico, un vendedor pregona sus dulces y hay gente que discute por facturas. Un hombre se acerca cubriéndose la cara, con sangre chorreándole por los dedos.

«Vete a casa y duerme un poco —me dice Marta—. Yo me quedo con Lucinda».

***

Tras una noche de sueño agitado, me despierta el timbre del teléfono. Nació el bebé. Marta me pregunta si iré a recogerlos. Lucinda sale de la clínica cargando un bulto envuelto en una manta. A pesar de su habitual expresión despreocupada, parece un poco desmejorada.

Marta me aparta a un lado. «Tuvieron que hacerle una cesárea».

«¡Uy!, ¿y la cuenta?».

«Ya está pagada».

«No me digas que el gringo apareció en su corcel…».

Los labios de Marta forman una línea recta y plana. «Reymundo mandó el dinero. Vamos a ir a verlo».

«¿A su casa?».

«Tenemos que darle las gracias».

«Mira lo grande que es —dice Lucinda—. Parece un gringo, ¿no?».

Enciendo el motor.

***

En la ventana del segundo piso de una casa sencilla y encalada se entreabren las cortinas. Un hombre baja por la escalera de caracol. Macizo y de mandíbula cuadrada, viste jeans y tenis muy blancos. Bajo su camisa de flores, noto un ligero bulto; deduzco que es su estómago reconstruido. Salvo por su cojera, parece haberse recuperado milagrosamente.

La casa está mal ventilada y poco amueblada. Cuando Reymundo le echa seguro a la puerta, se me encoge el corazón.

Da vueltas rápidas con esos tenis blancos y brillantes, haciendo un pequeño círculo con las sillas.

«¿Dónde están mis modales? —dice de repente—. ¿Les traigo un café?».

Solo ahora me doy cuenta de que el bulto bajo su camisa no es su barriga.

Marta dice: «¿Tienes una aromática?».

«Té —dice Reymundo. Y a mí—: ¿Café?».

«Bueno, si vas a tomar…».

Reymundo cojea hacia la cocina y se detiene para mirar por las cortinas.

«Me alegra que hayan venido —dice, sirviendo tazas de porcelana absurdamente pequeñas con delicadas cucharas y platillos—. Me he sentido solo y claustrofóbico. A veces solo quiero charlar».

Sosteniendo al bebé como un bulto de papas, Lucinda no parece escuchar.

«Ah, Lucinda —Reymundo suspira—. Esta mujer será el fin de mi vida. Cada vez que nos acercamos, le da por desaparecer. La última vez se fue a Cartagena. —Mira hacia mí—. Y reaparece con semejante paquetico».

«Me alegra verte tan recuperado», dice Marta.

«Gracias —dice Reymundo. Empieza a cruzar la pierna, pero recapacita—. Esos primeros días en la clínica, pensé que no iba a aguantar. ¡La gente por ahí, tirada en los corredores, quejándose y gritando sin que nadie hiciera ni mierda! —Reymundo da golpecitos con el pie como un tamborilero—. Les dije: "¡Sáquenme de aquí! Les pago lo que sea". Y entonces me trasladaron a San Luis y allá me salvaron el pellejo. Pero cuando volví a casa, mi familia se había repartido mis cosas. Mi carro, mi casa, hasta mi colección de salsa. Ahora estoy sin un peso. El trabajo que me ofrecen ya no lo quiero. Lo único que quiero es *vivir*». Lo dice como un chiste, pero no se ríe.

Cuando termino mi café, se levanta de un salto para coger mi taza. Afuera se escucha el ruido de una moto. Reymundo mira a través de las cortinas.

«Trey —dice—, ¿me regalas un momento?».

Me lleva a la cocina y me da una palmada en el hombro. «Oye, hermano. Lucinda no está en condiciones de cuidar a ese niño».

Estoy de acuerdo con eso.

Se acerca y huelo el café en su aliento. «¿Cómo podemos hacer que el gringo pague?».

Además del café, percibo otro olor, acre y clínico, como a formol.

«No será fácil», digo.

Reymundo vuelve a mirar a las mujeres. «Amigo, alguien tiene que ayudarla».

Asiento con la cabeza.

«Piensa en el niño. Pobrecito».

Esta vez mi asentimiento es más leve.

«Ojalá pudiera hacerlo yo —dice Reymundo—. Me arrepiento de no haber tenido hijos. Y ya se me está acabando el tiempo».

Respira con esfuerzo, el esfuerzo de vivir, despidiendo vapores de líquido para embalsamar.

Oigo una voz afuera y miro hacia la ventana.

«Hablo en serio, Trey. Un hombre necesita tener hijos».

¿Qué es esto?, me pregunto. *¿Lecciones sobre la vida de un matón?*

«Amigo —dice Reymundo—, haz esto por nosotros».

«¿Qué están tramando ustedes dos?», dice Marta, entrando con el bebé en brazos, sus dedos extendidos acunando la cabecita peluda. Aureolada por la luz, parece una madona.

«Tenemos que llevar a este hombrecito a casa. —Se vuelve hacia mí—: ¿Quieres cargarlo?».

«Está bien…».

Ella lo pone en mis brazos. Es cálido, suave y huele a leche materna.

Creo que nunca había cargado a ninguno.

«Sostenle la cabeza», dice Marta, que mantiene las manos extendidas, dispuestas, mientras el bebé emite gorgoteos. Lo agarro bien y ella retira lentamente las manos. Ahora solo estamos él y yo.

«¡Bravo!», grita Reymundo.

Marta intenta contener una sonrisa.

«¡Mira! —dice Lucinda—, ¡abrió los ojos!».

Entrecerrando los ojos ante la luz, el bebé se esfuerza por ver. *¿Qué es esto?*, debe pensar. *¿Qué demonios está pasando?*

«Hola, amiguito». Reymundo hace una mueca, su máscara mortuoria convertida en una cara de payaso.

Luego me señala con los labios. «Saluda a tu padrino».

Cae un rayo

Al terminar la tarde —mientras el aire se enfriaba, el móvil sonaba con el viento y el cielo se oscurecía con nubes de tormenta—, oí desde mi balcón un pregón lastimero y cadencioso: «¡Candelabros! ¡Candelabros!». Fue como un encantamiento, su voz me cautivó. A través de las hojas vino tinto del almendro, vi a un hombre pedalear un triciclo repleto de candelabros.

No era raro ver pasar a un vendedor, ofreciendo flores o trapeadoras, o proponiendo reparar tus electrodomésticos. Y cada uno tenía su propia forma de cantar, haciendo una musiquilla con las palabras. Pero nunca había visto a nadie vendiendo candelabros ni, supuse, volvería a ver a ninguno.

Los candelabros eran grandes y tenían tres patas de hierro forjado, que se alzaban en ramas y hojas y estaban coronados por estrellas y lunas de vidrio, lo que les daba un aire místico. Aunque yo nunca había comprado uno y no tenía ninguna inclinación metafísica, me oí llamar al hombre.

Poco después de que el artesano se alejara pedaleando, la tormenta cayó como una ráfaga. Un diluvio furioso golpeó las calles, azotando las acacias y doblando las palmeras. El cielo se iluminó y crepitó como fuegos artificiales. Cuando una fuerte descarga nos dejó sin luz, encendí las velas del candelabro. Luego contemplé deslumbrado el arbolito de luces. Las llamas se retorcían y

desprendían un aroma a cedro. Aliviaban el aura melancólica de la tormenta, agravada por la ausencia de Marta.

Ella había ido a la casa de su madre a celebrar la noticia. Tras años de infertilidad, por fin habíamos tenido suerte. Marta ya estaba en su tercer mes. Donde su mamá, la mimarían y le darían consejos: «No salgas al sereno sin bufanda» y «no te acerques a un cementerio porque se te mete el frío de los muertos».

De repente, y en silencio, volvió la luz. Entre el sonido de las hojas que goteaban y el gorgoteo de las canaletas, intenté llamar a Marta. Hasta el momento, le había ido sorprendentemente bien, dada su salud delicada. Solo había sentido un poco de náuseas y fatiga. Pero no pude comunicarme porque la línea estaba caída.

Calenté arroz con pollo y me senté a ver las noticias. Un rótulo que decía *Boletín especial* atravesó la pantalla y sonó música dramática.

«Así es —dijo un reportero en directo desde la clínica—. El Deportivo Cali estaba terminando de entrenar cuando se desató la tormenta. Antes de que los jugadores pudieran encontrar refugio, un rayo derribó a varios. Hernán Gaviria y Giovanni Córdoba fueron remitidos a este centro hospitalario. Gaviria expiró a las siete y cinco. Valdez sufrió un paro cardíaco y permanece en estado crítico».

Sentí un escalofrío mientras la lluvia seguía cayendo. Lo que más me perturbó del rayo fue la arbitrariedad de su destrucción. Como si la Naturaleza se burlara de uno por creer que la vida tiene sentido. Pero los colombianos estaban acostumbrados a los desastres y preparados para afrontarlos.

***

Cuando por fin me puse en contacto con Marta, me habló de las inundaciones y los derrumbes en la vereda de su madre. Varias familias habían perdido sus casas, mientras que la de su madre se había salvado. Pero luego enumeró los problemas en su vivienda, desde el hedor del alcantarillado hasta el vertedero de animales muertos. Un aviso en un árbol decía *Prohibido arrojar animales*, así que cuando alguien tenía que deshacerse de un animal muerto, este era el primer lugar que se le ocurría.

Le pregunté a Marta cómo se sentía. Me dijo que había tenido algunos calambres y que había hablado con su médico, un ginecólogo al que había descrito como un osito de peluche. Y empecé a decirle así. Incluso Marta usaba ese apodo. Al principio, me creí muy listo al ponerle un sobrenombre castrador. Pero después me di cuenta de que Marta podría estar usándolo para castrar mis sospechas.

El Osito, como todos sus médicos, jefes y abogados, se llevaba bien con ella. Prolongaba sus citas y la llamaba a casa. Los hombres se sentían atraídos por los rasgos finos y broncíneos de Marta, y por su carácter implacable. Eso fue lo que me atrajo de ella. Acudir en ayuda de una mujer en apuros, cuidar a un pájaro herido. Pero al mismo tiempo, Marta me daba fuerzas. Había pasado por muchas cosas y había sobrevivido.

«¿Supiste lo del rayo?», le pregunté.

Antes de que pudiera responder, la comunicación se cortó.

***

Al día siguiente estuve ocupado traduciendo un texto largo y árido con mucha jerga legal. Marta llamó para decirme que estaba visitando a su tía; me vería al día siguiente.

Mientras terminaba el arroz con pollo, rematado con guacamole y ají, el noticiero presentó un reportaje sobre Hernán Gaviria. Un muchacho bien plantado que marcaba un gol tras otro, se quitaba la camiseta para delirio del público, y la música de fondo llegaba al clímax con la imagen congelada de Hernán con el puño en alto.

Ser golpeado por un rayo: qué manera tan absurda de morir. Como resbalar en una cáscara de banano.

Más que la muerte, temía morir por mi propia estupidez. Y la gente preguntando, ¿por qué no dejó de beber?, ¿de manejar como un loco?, ¿de vivir como un loco?, ¿qué hacía ahí afuera en medio de una tormenta?

Es reconfortante pensar que la mayoría de las muertes se deben a la imprudencia, y que ser precavido puede evitar el desastre. Queremos creer que un golpe de mala suerte no será nuestra perdición.

Últimamente había albergado un miedo corolario, el miedo a que algo saliera mal con el embarazo. Y, aún peor, el miedo a que yo fuera el culpable. Una vez que este miedo echó raíces, propició la transgresión: el abuso de drogas. ¿Estaba trabado en el momento de la concepción? ¿Y eso había afectado el embarazo? No tenía muchas ganas de investigar.

El siguiente noticiero repasó otras tragedias causadas por los rayos. Mostraron el video de un partido en Sudáfrica. Los jugadores corren con sus uniformes blancos. De repente, un fuerte estruendo

sacude la imagen y los jugadores se desploman en la cancha. Segundos después se levantan de un brinco igual que si fueran muñequitos y siguen jugando como si no hubiera pasado nada.

Después de las noticias, fui caminado al bar donde tomaba los viernes con algunos otros profesores. Los llamé los matemáticos. En realidad, eran dos. También, un físico, un químico y un geólogo. Aunque disfrutaba de su compañía, tenían otra forma de pensar. Aun así, llevaba años viéndome con ellos.

De camino al bar bajo las acacias frondosas, recordé la frase de una novela: *Una de las últimas revelaciones: la vida no será como la habías imaginado.* La primera vez que la leí era demasiado joven para emitir un juicio. Así que la dejé para más adelante, y ahora había llegado el momento.

Pensaba en esto mientras tomaba con los matemáticos, aunque no era el tipo de cosas que ellos entenderían.

Como era de esperarse, alguien mencionó el rayo. Había visto el video de Sudáfrica. Comentó que el rayo no se había sido visible; solo se oyó el sonido atronador cuando los jugadores cayeron en la cancha.

El físico explicó que, en sentido estricto, los rayos no caen. En realidad, las cargas negativas de las nubes son atraídas por las cargas positivas del suelo.

«El objeto más alto es el primero en recibir el impacto», dijo el geólogo, lo que parecía contradecir la afirmación del físico, pero yo me limité a escuchar y seguí tomando.

«Así es —dijo el químico—. Gaviria era el más alto».

«O el más salado —dijo otro—. La sal atrae los rayos».

«No comas sal», le dijo el químico al físico, que se estaba metiendo una papa frita en la boca.

Nos reímos.

***

Llovía de nuevo cuando llegó Marta. Cansada y llena de barro, se bañó y nos sentamos en el sofá. Me compartió los consejos de su madre: quemar incienso durante el parto, comer chocolate y tostadas, y no cortarle el pelo al niño durante un año, o tendrá problemas para hablar.

Apoyé la cabeza en el hombro de Marta y recorrí su muslo con los dedos.

«Ahora no —me dijo—. Tuve una pequeña hemorragia».

«¿En serio?».

Me mostró la mancha en sus calzones. Aunque no estaba preparado para eso, agradecí su franqueza.

«El Osito me dijo que si la sangre es oscura y no tengo dolor, no hay necesidad de preocuparme».

«¿Has sentido algún dolor?».

« No exactamente».

«¿Por qué no lo llamas?».

Marta le marcó al bíper y él le devolvió la llamada.

«Dijo que a lo mejor no sea nada —comentó Marta—. Mañana iré a que me hagan una ecografía. Él no estará, pero su colega me verá».

El noticiero de la noche pasó un reportaje sobre Gaviria. Elogiaba sus logros y su servicio a la comunidad. Su funeral estaba

programado para el día siguiente.

Esperé noticias de Valdez. El periodista de la clínica dijo que le estaban haciendo pruebas para detectar la magnitud de los daños cardíacos y nerviosos.

***

Me desperté y encontré a Marta ya vestida. El cielo resplandeciente parecía una señal de buen augurio. En un semáforo, un niño hacía malabares con cuchillos.

Un locutor entrevistaba a un científico en la radio. Dijo que los relámpagos pueden viajar varios kilómetros desde una tormenta, aparentando salir de un cielo azul despejado. Si oyes un trueno, estás a su alcance. Un rayo puede provocar un paro cardíaco, aunque a veces no hay señales externas de daño. Las personas pueden perder el conocimiento durante periodos variables. Podrían sentirse confundidas, sin saber lo que ocurrió. Un rayo puede quemarte la ropa y dejar pocas evidencias de lesiones.

El experto citó estadísticas y enumeró medidas de seguridad: no te pares debajo de un árbol. No lleves objetos metálicos. Si no puedes llegar a un lugar seguro, agáchate como un cátcher con las manos en las rodillas o tápate los oídos para limitar los daños auditivos. Si estás con otras personas, mantente a cinco metros de distancia. Además, un rayo puede caer dos veces en un mismo sitio.

Un radioyente dijo que un rayo había matado a unos cortadores de caña el mismo día que a los futbolistas. Otro afirmó que a un anciano le cayeron seis rayos.

«¿Y sobrevivió?», preguntó el locutor.

«A todas menos al último».

***

En la sala de espera, nos sentamos entre mujeres con vientres abultados o con bebés en brazos. Todas miraban el televisor de la pared, que transmitía el funeral de Hernán Gaviria. Los portadores sacaron el ataúd de la iglesia y una fila de carros siguió al coche fúnebre.

Luego informaron sobre Valdez. Había sufrido otro «preinfarto» y su condición era estable pero reservada.

El joven médico que nos atendió tenía el pelo engominado, una cadena en el cuello y crocs amarillos. Sí, crocs. Parecía recién llegado de la playa. Lo vi decirle a una enfermera «ahorita salgo» y mover las cejas como Groucho Marx. Luego nos saludó secamente y nos dijo que nos sentáramos.

Cuando por fin llegó nuestro turno, nos llevó a la sala de ecografías y le dijo a Marta que se quitara la ropa. Deslizó un preservativo en una cámara con forma fálica, la untó con lubricante y la introdujo con brusquedad en su vagina. Con los ojos fijos en el monitor, hizo girar una especie de palanca.

«¡Mire ahí! —exclamó—. Está muertico».

Al principio las palabras no tenían sentido. No hasta que vi las pestañas húmedas de Marta. Ella escuchaba al médico, y yo miraba su cadena y sentía mi furia creciente que, en cierto modo, era un alivio. La ira es más fácil de soportar que el dolor.

Mientras el médico playero divagaba con las indicaciones habituales —tómate estas pastillas y luego estas otras—, Marta me

tendió la mano. Él dijo que las pastillas la ayudarían a «evacuar» y que más tarde sentiría calambres. Le aconsejó tener paciencia y esperar al Osito, quien pronto vendría (para que ella no lo molestara, supuse), y él le haría un raspado cervical.

«Me largo de aquí», le dijo a la enfermera con un guiño pícaro.

Aturdidos y desconcertados, salimos por entre las mujeres con vientres redondos. Si el Osito hubiera estado aquí, pensé, sintiendo un afecto repentino por él.

Marta estuvo callada de regreso a casa. Se pasó todo el día yendo de la cama al baño. Cuando le pregunté si podía ayudarla, me dijo: «Mejor no. Sé que no soportas ver sangre».

Lo cual era cierto. Aun así, me quedé junto a la puerta del baño y escuché sus gemidos y chapoteos.

«¿Cómo te sientes?».

«Como si se me salieran las tripas».

Me armé de valor y miré adentro, pero salté hacia atrás alarmado. El piso blanco, el sanitario, la ducha y las paredes estaban salpicadas de sangre roja y brillante. Marta, arrodillada, recogía agua con una coca.

«Espero que no venga nadie —dijo—. Parece la escena de un crimen».

En medio de la noche, tras sentir cada vez más fuertes los calambres, Marta llamó al Osito. Él le dijo que se encargaría personalmente de habilitar una sala de cirugía; eso ya era un avance. Cuando terminó el «procedimiento», vino a hablar conmigo. Los vellos de sus brazos eran tan gruesos como cerdas. Dijo que la enfermera acompañaría a Marta hasta que le pasara el efecto de la

anestesia. Me quedé esperando otra explicación. Algo que me ayudara a comprender.

«La naturaleza no es perfecta», fue todo lo que pudo decir.

***

Un camillero llevó a Marta hasta el carro en medio de la oscuridad antes de la madrugada. La lluvia había cesado. El resplandor de las farolas se reflejaba en los charcos.

En casa, me ofrecí a prepararle el desayuno a Marta.

No me contestó. Se acostó en la cama con la mirada perdida. Me acomodé a su lado y apoyé la cabeza en su corazón, escuchando su ritmo lento y constante.

Luego me levanté y traje el candelabro. Lo coloqué junto a la cama y encendí todas las velas. Las llamas parpadeaban y desprendían su aroma. Le hablé a Marta del artesano que había aparecido aquella tarde. De la calma que precedió a la tormenta y de su canto de sirena. De cómo el candelabro me había reconfortado.

Nos quedamos mirando las llamas mientras esperábamos el amanecer.

Familia

Último amor

Una vez que mamá empezó la quimioterapia, intensificó su campaña para convencerme de que volviera a casa. Aunque yo había mencionado la posibilidad de tomarme un año sabático, mientras más tiempo pasaba por fuera de Estados Unidos, menos deseos tenía de volver. Mi recuerdo de la familia y los amigos se había desdibujado como una camiseta vieja. En mis escasas visitas, me sentía fuera de lugar. Vivían en casas enormes con sus carros de lujo y camadas de niños. Y como yo nunca había buscado esas cosas, me sentía como un intruso mal vestido en un baile de gala. Ah, ¿vives en Colombia?, preguntaba la gente con los ojos en blanco. Hacer la ronda era agotador. Al principio, era agradable verlos a todos, pero, como ocurre con el ponche de huevo, pronto te sentías hinchado. Tenías la inquietante sensación de que alguien estaba viviendo la vida equivocada.

En parte porque dejábamos que mamá nos pagara los tiquetes, Marta y yo nos sentíamos obligados a seguir su agenda: asistir a reuniones familiares, visitar a sus amigos y, el sacrificio supremo, ir a su iglesia. Desviarse de su agenda perturbaría la armonía. La perspectiva de pasar un año con ella parecía inconcebible.

Pero mamá se estaba muriendo de cáncer. Así que, por un obstinado sentido del deber y por miedo a cargar con la culpa, me planteé tomarme el año sabático. A petición de mamá, hice una lista de pros y de contras.

Y cuando se acercaba la fecha límite, ella me llamó para darme una noticia. Acababa de tener una cita con un hombre.

Se había suscrito a una plataforma de citas llamada Senior Mates. Sin embargo, estaba decepcionada porque los hombres eran muy mayores. Mamá tenía setenta y dos años. «Pero son muy viejos», decía. Un tipo canoso la llevó a un restaurante y se tomó una verdadera colección de pastillas. Otro vejete con corbatín repitió la misma historia tres veces. Pero un día recibió esto:

> Sesenta y ocho años, 1,80 de estatura, ojos azules, divorciado. Intereses: ciclismo, lectura, negocios, acciones. Me gusta viajar, cocinar y pulir plata. Princeton, 1954.

En el balcón, a la sombra de las palmeras, mi mecedora crujió lentamente. Pasó un camión de la basura despidiendo un olor frutal. Aunque enterarme de las hazañas románticas de mi madre me incomodaba —no podía verla como una criatura sexual—, comprendí que eso podría ser mi salvación. Mientras más enredada estuviera con su amigo virtual, menos presión tendría yo para tomarme el sabático. Así que la escuché.

«Era dueño de una emisora en Cleveland, y de una empresa energética en Duluth. Actualmente trabaja como promotor inmobiliario en Daytona. Viajó con sus hijas por todo el mundo y quiere ir conmigo a Colombia».

Ah, genial, pensé.

«Esto será perfecto para mis memorias, ¿no crees?».

«Que sea lo que decida tu amiga».

«¿Quién?, ¿Brenda? No es muy confiable. Tienes que escribirlas tú».

«Mamá, yo nunca dije…».

«Solo necesito tu colaboración. Te daré la información y organizaré los capítulos. Este podría llamarse "El último amor". O "Él último tango". Ya sabes, como la película.

Abuela devota y abstemia, mamá parecía poco apropiada para ese papel. Pero nunca podía ver su vida como insignificante. Deseaba, y sí, merecía, ser la heroína de su drama.

«No le he hablado a Howard de mis tratamientos. No creo que el cáncer le suba el interés».

«O cualquier otra cosa».

«Tú eres el escritor».

«No, yo soy…».

«Me siento tan afortunada de que Howard llegara justo cuando lo necesitaba. Regresaba al hotel después de mis tratamientos y me quedaba acostada sin blusa, roja e inflamada, pensando en Howard».

Me estremecí.

«Le dije a Howard que había encontrado un viaje gratis a Orlando, con la condición de asistir a una presentación de ventas, y le sugerí que viniera en carro desde Daytona. Respondió que sí, pero luego se arrepintió. Le dije: "Si no te gusto, puedes dejarme en mi hotel, sin resentimientos. Pero creo que puedo convencerte"».

Me removí en la silla. En el comedero de pájaros, un mielero y un colibrí se disputaban una percha y sus alas producían un aleteo plumoso.

«Esos días en Orlando fueron fantásticos —dijo mamá—.Howard me recibió en el aeropuerto: un hombre corpulento y robusto con una melena canosa. ¡Y qué encanto! Por suerte, las marcas rojas de

mi pecho casi habían desaparecido. Pero algo me parecía extraño. Este hombre, que decía ser abstemio, pidió un martini. Recibió varias llamadas y decía ser adinerado, pero su Oldsmobile era una chatarra. Yo quería llegar a la verdad. Al día siguiente me acompañó a la presentación de ventas. Para mi sorpresa, compré una multipropiedad».

¿Para su sorpresa? Mamá no hacía nada en contra de su voluntad. Más bien, era una calculadora intrigante. Compró la propiedad con un propósito: su cercanía a Howard facilitaría verlo. También podría impresionarlo con sus bienes y espontaneidad. Una jugada audaz para demostrar cuánto estaba dispuesta a arriesgar.

Sin embargo, percibí un tufillo de desesperación en su táctica. Era inusual en ella. Tal vez sintió la necesidad de apostar, pues era mayor que él y menos experta en tener aventuras. Y como sus días estaban contados, quizás era el momento de elevar un Ave María.

«¡Es un negocio fabuloso! —insistió mamá—. Un apartamento de tres alcobas al lado de Disney World, con acceso a resorts en todo el mundo. Está escriturado y pronto será tuyo».

Pero no había necesidad de convencerme de que había hecho una buena compra, pues yo también quería que su romance funcionara.

«Parece que te ganaste el premio mayor», dije.

«¡Estoy ansiosa de que lo conozcas!», dijo ella.

***

Mamá escribió que sus marcadores de cáncer habían subido y que le habían aumentado la dosis de anticoagulante. Mientras tanto, se acercaba el plazo de mi solicitud para el año sabático. Mi jefa de

departamento pasó por mi oficina a preguntarme por ella. La vi examinar mi espacio. Aunque expresó su preocupación por el estado de mi madre, tenía planes para mi oficina. Era más bien un armario repleto de libros, lo cual me favorecía porque no tenía que compartirlo.

Por fortuna, Marta, a diferencia de muchas colombianas, no se moría por vivir en Estados Unidos. Las cosas iban bien como estaban. Ahora que mamá tenía a Howard, yo podría seguir con mi vida. Pero entonces recordé: era mi madre y se estaba muriendo.

Después del viaje a Orlando —escribió ella—*, no supe nada de Howard durante varios días. Más tarde me dijo que había estado muy ocupado. Esa palabra,* ocupado*, es una mala señal. Resolví esperarlo. Estaba decidida, cuando lo viera, a que me diera algunas respuestas. No hay nada peor que te oculten la verdad*.

Unos días después me escribió esto:

He estado sintiendo tantas emociones y tratando de escribirlas. Espero que las incluyas en mis memorias.

Estaba viviendo su última temporada de romance. Su pelo era blanco, pero en su corazón había amor. Sentía que descubría cosas por primera vez: cada caricia, cada beso, cada suspiro…

Para ser tan racional, sonaba como una colegiala. Cuando alguien que se acerca a la muerte decae físicamente, ¿también lo hace emocionalmente?

***

Mamá llamó una noche, eufórica. «Hola, estoy con Howard. La estamos pasando de maravilla. Le he mostrado fotos de ustedes. Piensa que Marta es despampanante. Le dejé leer el cuento que escribiste en bachillerato. Le encantó. Estamos planeando nuestro viaje a Colombia. Howard está ansioso por ir. Ya te lo paso».

«No, eso no es…».

«Hola, viejo amigo», tronó Howard con voz afectada, a lo George Plimpton, después de varios tragos de Seagram's. Oí a mamá decir algo y ambos se rieron.

«Mi hija estuvo en Perú —dijo Howard—. ¿Colombia es segura?».

«No siento miedo».

«Ah, porque eres osado como tu madre».

Otras risitas y murmullos animados. Colgué tan pronto pude.

Unos días después recibí esto:

Fue como un sueño. Él estaba en su casa en Raleigh. Duchándose en su baño, durmiendo en su cama. Escuchaban viejas canciones de Broadway, se daban masajes en la espalda, se deleitaban en su alegre sensualidad. Ella anhelaba sondear las profundidades de quién era él y quiénes serían juntos.

«Creo que a mamá le espera una decepción», le dije a Marta.

«No seas tan duro con ella, Trey. Tal vez todo funcione».

«¿Alguna vez ha funcionado?».

«Dijiste que ha sido más fácil llevarte bien con ella».

«Es más fácil cuando estamos en países diferentes».

«Espero que ellos permanezcan juntos».

«Podría olvidarme del año sabático».

***

«La semana pasada fue una montaña rusa», me informó mamá.

Preparé todo para que Howard se quedara cinco días. Compré entradas para La vida como un hogar*. Entonces Howard llamó para decir que no podía venir. Tenía un compromiso de negocios en Miami. Se disculpó y dijo que lo lamentaba.*

Yo sabía que algo le pasaba. Parecía deprimido. Llevaba varios días sin revisar su correo y hacía semanas que no teníamos una conversación larga. Estaba decidida a llegar al fondo del asunto. Yo presentía que era algo relacionado con sus finanzas.

Fui sola a ver La vida como un hogar*. Una verdadera película lacrimógena, justo lo que necesitaba. Había apenas cuatro personas en la sala, así que pude llorar a gusto. Solo que seguía llorando en el pasillo del supermercado e incluso cuando llegué a casa. Así que, después de todo, fue mejor que Howard no estuviera aquí. No podía soportar más emociones. Me dejó un mensaje que decía: «Lamento no haber podido estar contigo. Ahora me siento muy bien por muchas cosas».*

Decidí que su problema es que nunca se ha sentido realmente amado ni por sus padres ni por su familia. Siempre ha estado demasiado ocupado para intimar. Por lo tanto, no tiene ni idea de lo que es amar. Le dije que nuestra correspondencia era superficial, truncada y estrictamente factual. También señalé que este mes habíamos hablado menos de una hora, y que solo me había escrito dos o tres correos. Espero que ahora que su situación financiera ha mejorado, pueda dedicarse de nuevo a mí.

«¿Cómo ha mejorado su situación financiera?», le escribí.

***

A mamá le dolían mucho las piernas. Le habían programado una resonancia. Seguiría con la quimio durante otro mes y luego el médico decidiría qué hacer.

La solicitud para el año sabático debía presentarse en una semana. Mamá no la había mencionado últimamente, pero si las cosas con Howard terminaban, con seguridad el tema surgiría de nuevo. Pero ¿por qué debía sentir yo la obligación de ir?, ¿se esperaba que el hijo mayor desempeñara el papel de marido suplente? No en cuanto a las necesidades cotidianas —de eso se encargaba mi hermana— sino en cuanto a ser su ancla. Como yo no tenía hijos, tal vez mamá sentía solidaridad en nuestra soledad compartida. Y después de años de rechazar su dinero, cedí y acepté unos tiquetes de avión, lo cual me hizo sentir en deuda con ella.

Para acabar de complicar las cosas, la solicitud exigía una propuesta de diez páginas y yo no tenía ningún proyecto en mente. Entonces me puse a pensar por si acaso. Así podría esperar hasta el último día para decidir.

Para mi alarma, Marta buscó en internet sobre programas universitarios y se entusiasmó con la idea de ir. Y aunque yo la necesitaría como amortiguador en caso de estar con mamá, me preocupaba que le gustara la vida allá y quisiera quedarse (lo cual, por supuesto, formaba parte del plan de mamá).

***

Otra misiva:

Visité sorpresivamente a Howard en Daytona. Le pregunté si me había comprado una tarjeta de San Valentín. Me contestó que no había comprado

ninguna en su vida. Le dije que me diera una aunque yo tuviera que pagarla. Di una vuelta por Walgreen's mientras él la escogía. Dijo que no podía leerla sin gafas, aunque pensó que tenía suficientes palabras sentimentaloides. Bueno, es la tarjeta más linda que me han dado en la vida, y él reconoció que la había leído. Confesó que no era romántico y que no se le daba bien expresar sus sentimientos. Creo que puedo ayudarle con eso.

***

Aprovechando su estado de ánimo, le contesté sobre el año sabático.

«He estado hablando las cosas con Marta. Realmente no es el mejor momento para ir. Se trata de mi trabajo y de su actuación; podría darte más detalles. Pero quiero dejarlo claro: si de verdad quieres que vayamos, iremos. Depende de ti».

«No, Trey —respondió mamá—. Depende de ti. Tienes que reconocer los beneficios que tendrías aquí. Oportunidades profesionales, atención médica y seguridad. Y, sobre todo, estar con tu familia».

Ahí estaba. Arrojó la bomba: el tema familiar.

«Mamá, como te dije, hemos considerado todo eso y se reduce a lo siguiente: No queremos ir en contra de tus deseos».

«No importa lo que yo quiera. Lo que importa es lo que sea mejor para ti. Tendrás mi casa y mi carro, y el dinero que te pagaré para que me ayudes con mis memorias. Hablando de eso, he tomado algunas notas. Tienes que resaltar estas cualidades de Howard: lo interesante que es. Lo enigmático y contradictorio. Tan dulce y sin embargo tan… solitario. Tan seguro de sí mismo y al mismo tiempo tan frágil».

«¿Le dijiste que tienes cáncer?».

«Sí, se lo dije. Justo después de que mencionara su cirugía de la próstata».

***

La directora me detuvo en el pasillo y me preguntó por mi oficina. Le dije que pronto tomaría una decisión. Ya estaba terminando mi propuesta y pensando en vender mi carro. Como mamá no me escribía, la llamé y le pregunté por Howard.

«Otra vez está muy ocupado. Le dije que el balón estaba de su lado. Que yo intentaría ser paciente. Fue entonces cuando hablé con su hermana. Me confirmó lo que yo sospechaba. Lleva cinco meses "enamorado" de una mujer en Daytona. Tiene sesenta años, se ha casado cinco veces y trabaja en AAA; Howard me llamó desde allá para decirme que estaba buscando trabajo. Su hermana dijo que no tenía ni idea de que él había estado conmigo. O que tuviera serios problemas financieros. Añadió que gasta dinero como un loco. Se supone que vive de la Seguridad Social, así que su amante debe estar pagando sus cuentas. Le he dejado varios mensajes, pues el lunes era su cumpleaños, y no me ha respondido».

«Mamá, esto parece una historia de detectives».

«No —espetó—. Es una historia de amor».

***

«Esperé unos días —me contó mamá a continuación—, y luego publiqué un mensaje en Senior Mates. Usando un nombre falso, me

describí como una cincuentona amante de la diversión a la que le gustan los viajes, los buenos vinos y las conversaciones provocadoras». Y Howard respondió de inmediato. Lo pillé con las manos en la masa».

«¿Cuánto dinero le diste?».

«¿Qué?».

«¿Le diste algo de dinero?».

«Un poco, pero he sabido de tres mujeres que le dieron mucho más. Fui a SouthTrust, donde él me había hecho un cheque por cinco mil dólares. Wendy, la gerente, me dijo que su cuenta ha estado sin fondos desde hace un año. Le conté la historia de Howard. Se puso furiosa. Me dijo: "¿Qué piensan tus hijos de esto? Vengo de una familia italiana muy grande; mis hermanos ya habrían matado a ese hombre"».

Mamá hizo una pausa para que yo asimilara eso. «Wendy me dijo que dejara rebotar el cheque y luego informara a la policía. Tengo sentimientos encontrados. No quiero que Howard salga herido. Pero si lo delato y él tiene que asumir la responsabilidad, es posible que finalmente obtenga la ayuda que necesita».

***

«Lo llamé hoy —me contó mamá—. Sonaba deprimido. La buena noticia es que está en terapia. Dice que todo se debe a su obsesión con la mujer AAA cuya existencia ha negado todo este tiempo. Le dije que se declarara en quiebra y se buscara un trabajo».

«¿Qué pasará ahora?».

«No lo sé. Pero a pesar de todos sus defectos, yo no daría nada por lo que hemos tenido».

«*Yo no cambiaría nada*, quieres decir».

«Como dije, tú eliges las palabras. Pero tienes que transmitir la angustia que siento».

***

«¿Esto significa que iremos?», preguntó Marta.

«No necesariamente», dije.

Los días siguientes fueron insufribles. Pensé en llamar a mamá para decir que no íbamos y luego esperar su reacción. Con base en eso, decidiría qué hacer.

Sin embargo, mamá tampoco me llamó. Y la fecha límite se venció.

***

¿Y qué pasó con Howard, un charlatán encantador que engañaba a mujeres vulnerables y sedientas de afecto?

No envió condolencias cuando mamá falleció.

Y nunca me devolvió la revista con mi primer cuento.

Siempre supe que esos hombres existían, pero nunca pensé que uno de ellos se aprovecharía de mamá.

Pero hay otra forma de ver las cosas.

Tal vez mamá lo había pillado desde un comienzo. ¿Había algo malo en que una anciana solitaria, incluso una mujer de principios como mi mamá, le pagara a un charlatán por sus afectos?

Especialmente en un momento de gran necesidad. Había que reconocer la generosidad de ella, así como su capacidad de perdón, las mismas cualidades que le permitieron aceptar mi decisión de renunciar al año sabático. Nunca volvió a mencionarlo. Aunque se me ocurre que, así como estaba al tanto de Howard, tal vez estaba al tanto de mí.

Último adiós

Mamá me había hablado de Ruth, su cuidadora en la residencia de ancianos de Virginia. Se había ido a vivir allí, cerca de Jill, para que mi hermana pudiera acompañarla en sus últimos días. Siempre meticulosa, había entrevistado a varias candidatas antes de elegir a Ruth, una pobre montañera de Dry Branch que decía frases como «más mejor» y «dar por mentado». Su yerno la trajo en una camioneta roja con llantas enormes, calcomanías de llamaradas y música country en la radio. Él acababa de salir de la prisión Nottoway y Ruth había asumido la carga mientras su hija cuidaba a su bebé recién nacido.

A mamá le atraía la gente que necesitaba su orientación. Como no tenía ningún reparo en entrometerse en los asuntos de los demás, concluyó que a Ruth le faltaba criterio con los hombres y sentido de la autoestima. Podía hacer mucho más con su vida.

Así era como mamá se adentraba en ti, prodigándote elogios para inflarte el ego y hacerte sentir admirado.

Cuando Ruth le contó a mamá que había atendido a un tetrapléjico que se comunicaba con los párpados y escribía con los dientes, mamá le sugirió incluir eso en un relato. Ruth, que no había terminado el bachillerato, le dijo a mamá que no escribía bien, pero tras su insistencia lo intentó. Mamá le hizo algunas correcciones y lo envió a *The Gazette*. Un día, cuando Ruth llegó, el periódico con su relato estaba sobre el mostrador.

«¿Te dio permiso para enviarlo?», le pregunté a mamá.

«Quería darle una sorpresa».

«¿Cómo reaccionó?».

«¡Le encantó!», dijo mamá.

Debías tener cuidado con la versión de los hechos contada por mamá. Había que tener en cuenta los adornos y las agendas ocultas, pues sabías que proyectaba la mejor imagen de sí misma. Sin embargo, disfrutaba con las descripciones que hacía de las personas conocidas. A pesar de sus dudosos motivos (la compulsión por influir, el deseo de controlar), era muy perspicaz. Su interés por las vidas de la gente era algo que yo compartía. Y mientras estuviera centrada en otra persona, tenía menos tiempo para centrarse en mí.

A medida que la salud de mamá empeoraba, la presencia de Ruth adquirió una mayor importancia. Ahora la mencionaba en casi todos sus mensajes.

Ruth estuvo aquí por la mañana. Su hija sigue con problemas. Ese yerno solo le da dolores de cabeza.

Y más tarde:

Acabo de volver de compras con Ruth. Me está mostrando su colección de muñecas.

***

Estoy aquí con mamá —escribió mi hermano en diciembre—. *Muy pronto tendrá dificultades para hablar*. *Mientras más rápido puedas venir, tanto mejor.*

Me dieron permiso en el trabajo para viajar ese mismo viernes. Esa noche recibí este mensaje de mamá:

Me alegra saber que vendrás. Hoy ha sido un día difícil. Espero que el fin de semana sea mejor. ¿Cuánto tiempo te puedes quedar? Con amor, mamá.

Entonces, una noche antes de viajar, mi hermana me llamó para decir que mamá estaba empeorando rápidamente. Tenía las piernas hinchadas y la piel citrina. Se mantenía con los ojos cerrados y apenas hablaba.

«Espero que aguante hasta que llegues», dijo Jill.

Me estremecí. Una vez que el hígado empieza a fallar, las cosas empeoran con rapidez. Me reproché por no haber ido antes, por no haberme tomado el año sabático para estar con ella.

En el vuelo a Virginia, con escala en Miami, había perros que rastreaban drogas y fui sometido a una radiografía de estómago. Debieron ver la culpa en mi cara. Llegué en estado de agotamiento nervioso.

La residencia de mi madre parecía un resort campestre: bungalós entre cedros y robles, jardines, senderos y puentes pintorescos y arqueados sobre el arroyo helado. Las lámparas tiki bordeaban los escalones cubiertos de hielo. Me castañeteaban los dientes y mi único abrigo grueso, inútil en Cali, estaba colgado en el armario de mamá.

Después de abrazarme, Jill me llevó a la sala. En la televisión, un especial de Navidad transmitía villancicos y alegría fabricada.

«Mamá —dijo Jill con esa voz animada que utilizaba con niños y ancianos—, Trey está aquí».

Era difícil disimular mi asombro y angustia. Mamá estaba hundida en su sillón, con su bata de baño y su peluca plateada. Tenía el rostro cetrino y sus ojos miraban algo que solo ella podía ver.

Fue entonces cuando percibí otra presencia en la sala. Acechaba entre las sombras, un huésped no invitado. Al principio era difícil de ubicar, pero luego comprendí que estaba dentro de mamá. Se había infiltrado e instalado en ella. Sin prisa, pero sin pausa, como una vaca que mastica hierba, la estaba devorando.

Jill se inclinó para hablarle al oído: «Mamá, Trey está aquí. Acaba de llegar».

Se giró hacia mí, con los ojos desenfocados, y al tocarla esbozó una sonrisa cansada. Jill siguió hablando con la misma voz agradable, y dijo que unos amigos habían llamado. Añadió que Ruth se había ido a casa, así que ella y yo la acompañaríamos esa noche.

Miré con desconcierto a Jill, que estaba abriendo una botella de vino. «¿Viste su sonrisa? Es lo más animada que ha estado en todo el día».

Yo no podía creer aquel cambio tan drástico. «¿Sabe al menos quién soy?», pregunté. La culpa que yo sentía se había visto eclipsada por el deseo de oírla decir algo, así fuera un reproche.

Mamá me miró con un reconocimiento a medias, como si viera a alguien conocido en un tren.

Me arrodillé en la alfombra a su lado. «Mamá, soy Trey».

Me dirigió la misma mirada vacía y, con esfuerzo, pronunció estas palabras: «¿Cómo llegaste tan pronto?».

Sentí un tremendo alivio. Se me hizo un nudo en la garganta. Jill sonrió con tristeza.

Mamá siempre había sido muy fuerte y segura de sí misma. Quería que yo la viera enfrentar el final. Después de haberme enseñado a hablar, a leer, a comportarme en público (endereza la espalda, no comas tan rápido, no muestres tu dinero, no presumas cuando ganes), ¿cómo no iba a enseñarme a morir?

Afuera, el viento levantaba torbellinos de nieve que se deslizaban a toda velocidad por el suelo helado. Me asombraba la extrañeza de estar aquí: en este país, con este clima, en el momento de la muerte de mi madre. Me sentí impulsado a hacer algo decisivo para que las cosas salieran bien.

Jill y yo logramos acostar a mamá. Jill haría el primer turno y me despertaría más tarde. Le di las gracias y me desplomé sobre el colchón de espuma.

***

De repente, fui sacado de un sueño aterrador.

«Mamá quiere sentarse en la silla».

Atónito, ayudé a Jill a llevar a mamá a la sala. La luz resplandeciente hacía que pareciera mediodía. Acomodada en su sillón, mamá miraba maravillada como un recién nacido. Jill le hizo una pregunta, pero no respondió. No podía quitarme el miedo de que se reanimara de repente y me juzgara.

«¿Por qué quería levantarse?», le pregunté.

«No lo sé», dijo Jill, sin inmutarse por su falta de sueño. Parecía encantada con la petición de mamá, lo cual me pareció extraño, aunque luego comprendí que ella quería una última oportunidad de estar con nosotros. Tener una conversación sin palabras.

Al cabo de un rato, le indicó a Jill, de una forma que logró entender, que estaba lista para volver a la cama. Mientras la ayudábamos a levantarse, sentí el olor. Brotaba de lo más profundo de ella, de la fragua repulsiva de su huésped intruso, donde se consumían sus entrañas. Su aliento, sus tripas, su piel ictérica, sus huesos que se estaban desintegrando: yo inhalaba a quemarropa el aliento de la Parca, contemplando su despiadado saqueo, primero de su dignidad, luego de su esperanza y finalmente de su propia existencia. Era duro ver cómo esto le pasaba a una persona tan orgullosa, y debía ser difícil para ella dejarnos verlo. Pero tal vez no. Tal vez era algo que ella creía que debíamos ver.

Yo esperaba entender qué más tenía ella para enseñarme. Hasta ahora, me había impartido estas cápsulas de sabiduría: (1) Debes aceptar que la vida humana es efímera; es egoísta esperar más. (2) La forma de ver la muerte con tu mente joven y sana cambiará a medida que tu cuerpo se deteriore. (3) Tu mundo se reducirá a un puñado de personas. (4) La muerte es más dura para los sobrevivientes; no estarás ahí para sentir nada.

Cuando mamá volvió a la cama, me sumí en el olvido. Me despertaron por la mañana cuando llegó mi hermano. Mamá yacía inmóvil. A veces tomaba de un pitillo que le sosteníamos o gemía si intentábamos reacomodarla. No me sorprendió que rechazara el Ativán. A pesar del intenso dolor, no permitía que nada alterara sus facultades mentales o disminuyera sus percepciones, incluso aquí, al final… especialmente al final. Mi hermano logró meterle una pastilla entre los labios, pero cuando desvió la mirada, ella la sacó con la lengua.

***

Al mediodía Ruth llegó en la camioneta personalizada de su yerno. Una mujer alta, de cara afilada y voz campechana, nos presentó a su tímida hija y a su yerno solapado y patilludo. Nos pidió que formáramos un círculo y nos cogiéramos de la mano. Por suerte, yo no estaba junto al Solapado. Luego procedió a suplicar al Todopoderoso: «Por favor, bendice a la señora Fran, esta fiel oveja de tu rebaño».

Siempre me sentí incómodo con los devotos. Parecían tan serios y teatrales. Además, ¿qué clase de persona quiere ser una oveja? Yo sabía que debía ser tolerante, pero mi rechazo de la religión se remontaba a los años en que mamá me arrastraba a la iglesia. Aunque a lo mejor me habría vuelto ateo sin su intervención, me alegraba darle una parte del crédito.

Mientras que el evangelismo de Ruth me desagradaba, mamá se vio en la posición de desaprobar a un miembro de su propia fe cristiana. Una posición que yo aprovechaba cuando debatíamos. Lo cual no era del todo justo, aunque compartíamos este rasgo: ninguno de los dos soportaba perder.

En cualquier caso, no cerré los ojos para rezar. Una mirada de reojo me confirmó que el Solapado tampoco.

Aunque al principio tenía mis dudas, entre más hablaba Ruth de su señora Fran, de lo especial e inspiradora que era, más creía yo que era sincera. Me dijo que mamá hablaba mucho de mí y que quería decirme varias cosas. Me estremecí al pensar en lo que podían ser y en lo que le había confiado a Ruth.

Ruth nos mostró la muñeca que le había hecho a mamá: era de trapo con una melena de hilo gris enredado, y una sonrisa amable y benévola. Le había puesto el nombre de —¿cuál más? —señora Fran.

«La señora Fran me dijo que tengo un don para hacer muñecas; que debería presentarme a un concurso».

Mientras mamá dormía, me senté en la silla de su estudio, el epicentro de su red de proyectos. Fue la primera mamá de las que yo conocía que aprendió a usar internet. Lo hizo cuando me vine a vivir a Colombia, a fin de mantenerse conectada. Yo recibía correos con encabezados como «¿Qué te pasó?» o «¿Estás recibiendo mis mensajes?». También usaba el computador para estar al día con las noticias y bombardear con cartas al director del periódico.

Junto a la silla, en cajas, había recortes de prensa, cartas y fotos que había revisado para decidir qué guardar para la posteridad. Había una trituradora y una papelera rebosante de páginas recién trituradas.

Esa noche mi hermano volvió a su hotel y Jill se fue a casa con su familia. Agotado, me fui a la cama mientras Ruth cuidaba a mamá.

Abrí los ojos a las cuatro de la mañana. Vi la luz y oí a Ruth hablar suavemente. Al entrar, quedé aterrado al ver la cara de mamá, con la piel color azafrán y contraída como la de una momia. La única parte que parecía viva era su pequeña boca ovalada, que tomaba aire con dificultad y emitía, a intervalos, el sonido grave de un gorgoteo.

Ruth apretó una toalla húmeda contra la frente de mamá, hablando sin parar con voz paciente y tranquilizadora: «Bueno, señora Fran, vamos a lavarle la cara. Así se refrescará y se sentirá mejor…».

Me asombraba la serenidad de Ruth y su afecto por mamá, cuyo carácter firme y pragmático disuadía ese tipo de demostraciones.

«Lleva una hora así», dijo Ruth.

Es decir, en coma.

Me sobresalté. «¿Debería llamar a Jill?».

Ruth asintió y continuó con su tierno arrullo, como si mamá pudiera oírla.

Cuando Jill llegó, no pudo contener las lágrimas. Nuestros ojos permanecían clavados en mamá. Temíamos que, si apartábamos la mirada, su respiración se detendría.

Ben llegó con su familia y la vigilia continuó. Conectó a mamá al oxígeno y al dispensador de morfina. Nada de medidas heroicas, había insistido heroicamente mamá.

Mis sobrinos se sintieron inquietos y Ben decidió llevarlos a correr. Abrigados, se aventuraron a salir. Jugaban en la nieve crujiente y luminosa, con los ojos enormes de quienes no entienden nada. Aunque no es que los adultos entendiéramos más.

***

Con los ojos fijos en mamá, Jill y yo repasamos sus últimas instrucciones. Había donado su cuerpo a la ciencia médica —es decir, a la facultad de Medicina de su *alma mater*—, para ser diseccionado por estudiantes de primer año. Le dije a Jill que el gesto, aunque sin duda noble, no era necesariamente algo que yo haría.

«Ella siempre ha tratado de ayudar a la gente», dijo Jill.

Estábamos hablando con franqueza en su presencia, sabiendo que no podía oírnos. Aun así, me sentí incómodo.

Le pregunté a Jill por el biógrafo que estaba escribiendo sobre aquel teólogo amigo de mamá, conocido por sus ideas sobre los valores familiares. El escritor había encontrado indicios de un amorío secreto, pero no pudo identificar a la misteriosa amante.

Resultó ser mamá.

Metódica como era, ella había guardado todos los correos y mensajes de voz. El biógrafo estaba ansioso por conseguirlos. Mamá le permitió revisar lo que él llamó un «verdadero tesoro», pero dudó si autorizar su uso o no. El escritor destacó su importancia histórica.

«Al final, mamá aceptó —dijo Jill—, pero pidió el anonimato».

«Me sorprende —comenté—, dado su afán de protagonismo».

Pero mamá estaba construyendo su legado. Donando su cuerpo a la ciencia y su casa a la Iglesia. Había planeado todos los detalles de su funeral, y hasta los himnos y pastoras que lo presidirían: dos feministas que habían sido íntimas de mamá hasta que su intensidad las alejó.

«Era un patrón —le dije a Jill—. Se entrometía demasiado y la gente se alejaba…».

Noté un cambio en la respiración de mamá. Tuve la extraña sensación de que me había oído. Recordé cuando era adolescente, llegaba a casa tarde y borracho, y pasaba de puntillas por su puerta entreabierta. Sin importar la hora, la oía murmurar: «¡Buenas noches!», con voz dulce y una especie de omnipotencia irónica. Si se levantaba de la cama, yo guardaba distancia para que no sintiera mi aliento. Si lo sintió, nunca dijo nada al respecto.

Cuando los corredores regresaron, con sus caras rojas, moqueando y trayendo consigo el olor de la nieve, le pregunté a Ben si alguien en estado de coma puede oír.

«Yo no lo descartaría», dijo.

Ruth, que observaba discretamente en la distancia, aprovechó el momento. Nos pidió que rodeáramos la cama. Mis sobrinos se unieron a nosotros.

«Señor Jesús —dijo Ruth—, alabemos a tu bendita sierva, la señora Fran. Ha sido muy importante para todos nosotros. En el poco tiempo que la conozco, me ha ayudado a encontrar mi camino».

Entonces se detuvo y miró a su alrededor, como para indicarnos que era nuestro turno de hablar. Jill fue la primera en hacerlo y luego me miró.

Tal vez me sentí obligado por ser el mayor, y también para sofocar lo que ella hubiera podido oír, pero al final dije algunas cosas que nunca antes había dicho. Dije que era fuerte. Dije que era valiente. Dije que admiraba su compromiso con la lucha por la justicia social. Dije que, a diferencia de sus propios padres, siempre había hecho que sus hijos se sintieran excepcionales…

Sus ojos se abrieron de golpe y me miró fijamente. Esos ojos verdes penetrantes.

«¿Mamá? —dije con una voz que sonó extraña—. Todos estamos aquí contigo».

«Mira —dijo Ruth—, me apretó la mano». Puso la mano de mamá en la mía. Con sus ojos todavía en los míos, mamá respiraba más despacio.

Ruth se inclinó. «Está bien, señora Fran. Su familia está aquí, tal como usted quería. Todo está bien, señora. Fran. Ya es hora».

Mamá intentó respirar.

«Deje de sufrir, señora Fran. No necesita seguir luchando. Ya es hora de descansar».

Con sus ojos clavados en los míos, sus labios fruncidos para poder respirar, mamá exhaló por última vez y luego dejó de moverse.

Todos la observamos asombrados. Mamá miró hacia atrás, sin ver. Se había ido.

***

Recuerdo a los hombres inmaculados y vestidos de negro que vinieron por su cuerpo. Jill quería que yo durmiera en su casa, pero le dije que me quedaría en la residencia de mamá.

Cuando por fin pude dormir, me sumí en una serie de sueños perturbadores. Soñé que había perdido algo y trataba de recuperarlo. En algún momento grité en voz alta.

Cuando abrí los ojos, sentí un escalofrío. Las sábanas estaban empapadas de sudor y me costaba levantar la cabeza. Ningún cambio de postura aliviaba el dolor de mis huesos. Y aunque la vejiga me ardía, no podía levantarme a orinar. Sentí como si una fuerza me estuviera sujetando.

Por fin, mareado, me levanté. Al pasar por la habitación de mamá, sentí un sacudón en la sangre. El tanque de oxígeno ya no estaba, ni la cama de hospital. En el estante, junto a las píldoras, seguían la peluca plateada y la muñeca de trapo. La señora Fran me miraba.

En el clóset colgaban las blusas con flores de mamá. Probablemente terminarían en manos de Ruth, me había dicho Jill, así como su vajilla y su viejo Buick, que seguía parqueado afuera.

Volví a la cama y hundí mi cabeza en la almohada. La habitación estaba a oscuras. Yo había perdido la noción del tiempo.

Sentí una punzada fría y me tapé con las cobijas. Temblando y mareado, oí sonar el teléfono.

«¿También te dio? —me preguntó Jill—. Seguramente los niños te contagiaron».

Dormí a intervalos, entrando y saliendo de sueños, oyendo débiles sonidos o creyendo oírlos. Golpes en la puerta, el repicar del teléfono. No tenía fuerzas para levantarme. Una vez logré coger el teléfono. «¿Está Fran?», preguntó una mujer. Balbuceé una respuesta con la palabra «falleció», un eufemismo que siempre había evitado.

Sobre la mesa de la cocina había una agenda de cuadros verdes. Una nota adhesiva rosada estaba pegada encima. Allí, con la letra que conocía tan bien como la mía, estaban las palabras: *¿Nuevo número de Trey?*

Pero no era mi número.

¿De quién nos estamos escondiendo?

Salimos temprano aquella helada mañana de Virginia, una semana después de las exequias de mi madre. Como yo regresaría a Colombia al día siguiente, mi hermana Jill me propuso ir por carretera a la pequeña ciudad de Carolina del Norte donde crecimos. Por el camino paramos en Starbucks, una de las cosas que no existían (o de las que yo no era consciente) cuando viví allá una década atrás, junto con el karaoke, los teléfonos celulares y las minivans como la que Jill conducía ahora.

«¿Qué haremos allá?», le pregunté a Jill. Mi padre, que siguió viviendo en la ciudad después de que mamá se mudara a Raleigh, había muerto el año anterior, y las únicas personas que nos quedaban allá eran la viuda de papá y algunos compañeros de clase con los que habíamos perdido contacto.

«Será una oportunidad para desatrasarnos —dijo Jill—. Solo nosotros dos, como en los viejos tiempos. Tal vez podamos pasar por la casa donde vivimos».

A lo largo de la carretera que serpenteaba entre las montañas, las desnudas ramas de los árboles brillaban con una piel de hielo plateada. Los copos de nieve bailaban ante el parabrisas. Jill estaba en lo cierto: hacía muchos años que no hablábamos de verdad. Una de las razones era que, a lo largo de mis andanzas, rara vez la había visitado, aunque ella me había sugerido que me fuera a vivir a su ciudad.

Y cuando nos reuníamos, a lo mejor me tomaba una cerveza con ella y su marido después de que sus hijas se hubieran acostado, pero en menos de una hora ya estaban palmeando sus bostezos. ¿Se estaba convirtiendo Jill en una abstemia como mamá? Sería un gran cambio. En la universidad, había ganado concursos al tomar cerveza más rápido que chicos que la doblaban en tamaño. «El truco —explicaba—, consiste en no engullir. Ni siquiera en tragar. Solo abres la garganta y la echas».

Pero ahora Jill se parecía a mamá en otros aspectos. Era una madre de tres hijas que horneaba galletas y cantaba villancicos en Navidad. Llevaba a sus hijas a clases de ballet y de gimnasia en el equivalente moderno de la camioneta con paneles de madera en la que mamá nos llevaba a nosotros.

Para Jill, como para mamá, la familia era sagrada. Se esforzaba por ofrecer el mejor hogar a sus hijas y por mantener unido a todo el clan durante las festividades y los cumpleaños, las bodas y los funerales, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separara. Sentí que mamá me había presionado para que fuera a las reuniones, lo dejara todo y me subiera a un avión. «Se trata de tu *familia*», era su mantra. Cuando me quejaba por tener que ir, Jill parecía entenderme. Pero cuando me opuse a la petición de mamá de tomarme un año sabático para estar con ella, pareció no estar de acuerdo. Sin embargo, yo pensaba que ella cumplía los deseos de mamá simplemente porque no podía negarse.

Como si hubiera oído mis cavilaciones, Jill levantó una pipa y una bolsita de yerba. «Cortesía de Ed», dijo, mientras observaba la sonrisa esbozada en mis labios.

Ed, el marido de Jill, era uno de los míos. Ambos habíamos crecido en los setenta. Con su barba rebelde, encajaba en el molde de aquella relajada ciudad universitaria enclavada en los montes Apalaches, donde la mayoría de los hombres, y desde luego cualquier psicólogo que se preciara, se sentían obligados a tener una. Tanto Jill como Ed eran especialistas en desarrollo infantil. Utilizaban términos como «tiempo de aislamiento» y «multitareas», y evitaban decirles «no» a sus hijas. Les proporcionaban un entorno enriquecedor con cuidadores infantiles seleccionados de sus seminarios, que no solo ponían en práctica su formación psicológica, sino que también les daban clases de música y arte.

Para compensar esta rutina estructurada, Ed era aficionado a la marihuana y Jill a veces recaía en su faceta de reina de la cerveza, con algún «qué hubo, hermano» o alguna grosería proferida para convencer a su hermano de que no era una mojigata.

Le di una fumada a la pipa y el embriagador aroma del cannabis impregnó la van. Aunque Jill, la prudente conductora, no me acompañó, pareció contenta de que yo apreciara el regalo. No había fumado yerba desde que llegué, otra razón por la que estaba ansioso por regresar a Colombia.

Una patrulla pasó, y el pulso se me aceleró. Después de tanto tiempo afuera, me sentía como un extranjero, sometido a un mayor escrutinio por parte del Gran Hermano.

Recordé una historia que me había contado Ed. Un sábado se fumó un bareto antes de recordar que había programado reuniones con los padres de sus alumnos. Al llegar a su oficina, se encontró con una fila que se extendía por todo el pasillo. Logró salir del apuro

recurriendo a unas gotas de Visina, y a partir de entonces dejó que Jill le administrara la yerba y la racionara según su criterio.

Yo había crecido con una hermana siete años menor y apenas le prestaba atención, salvo en contadas ocasiones, como cuando, de manera imprudente, manejaba borracho con ella por una carretera sinuosa en medio de la neblina, cosas que yo había olvidado y que Jill recordaba perfectamente.

Pero el año en que fui a la universidad y contemplé la vida que había dejado atrás, empecé a verla como la hermana de Holden en *El guardián entre el centeno*, un libro que me impactó demasiado en esa época. Jill parecía representar la inocencia que se desvanecía y que yo quería preservar.

Como si me leyera el pensamiento, Jill me preguntó: «¿Te acuerdas del campamento de baloncesto?».

Durante las vacaciones del primer año de universidad, organicé un campamento para niños de doce años, la edad que Jill tenía entonces.

«Sí. ¿Te acuerdas de Linda Guy?». Era una armadora precoz y aguerrida que vivía en un barrio pobre. Tenía inteligencia en la cancha, rapidez y un lanzamiento suave como la seda. Haberme enamorado de ella pudo ser un desplazamiento de mi verdadero enamoramiento de Jill. Mis amigos se derretían por ella.

«Me encantó ese campamento —comentó Jill—. Y también, que me invitaras a la universidad para conocer a tus profesores y amigos. Significó mucho después de que papá se fuera y mamá se desquiciara. Era como si ya no estuviera ahí. Ben y yo tuvimos que defendernos solos».

«¿Qué quieres decir con que se desquiciara?». Eso era nuevo para mí. Era difícil concebir que mi madre se derrumbara. Siempre había parecido tener el control, especialmente sobre mí.

«No era capaz de funcionar —dijo Jill—. Se quedaba en la cama con las luces apagadas diciendo que tenía migraña o se iba a un retiro de "autorrealización". No estaba en condiciones de criar a sus hijos».

Sacudí la cabeza ante esta noticia. «¿Pasaste tiempo con papá?».

«Poco. Él vivía en el lago con Sharon. Ir allá era casi peor que no verlo. Me tocaba andar con Rhonda, la hija de Sharon, que por desgracia estaba en mi clase. Eso, cuando se molestaba en venir. Estaba harta de oír hablar de mi éxito, y para desquitarse me arrastraba a sus juergas infernales: fumaba, metía drogas y tiraba con hombres mayores en sus carros mientras yo me sentaba en la acera y me sentía miserable».

«No tenía ni idea».

«Te perdiste algunas locuras. Mamá le dijo a papá que Rhonda era una mala influencia. "Tienes que mantener a raya a tu hijastra", añadió. Papá no pudo contenerse: "Se dice que Jill no es ningún ángel"».

«Lo cual debería haber terminado ahí —intervine, recordando esa parte de la historia—. Pero entonces mamá te contó lo que dijo papá para intentar ponerte en su contra».

«¿Por qué siempre te pones de parte de papá?».

Al ver que no respondí, Jill dijo: «Estabas en la universidad. No sabías cómo eran las cosas. —Me miró—. Mamá fue la razón por la que decidí estudiar Psicología».

«No lo sabía…».

«Quería entender el efecto que tuvo en mí. Me daba pavor ser igual a ella».

Avanzamos en silencio durante un rato, con el sonido de los limpiaparabrisas, el calor de la calefacción y la luz del sol reflejándose en el suelo helado. Me acordé de otro viaje por carretera en invierno cuando Jill apenas empezaba la universidad. Me preguntó qué pensaría si ella eligiera la carrera de Psicología. ¿La respetaría si lo hiciera? Pero no me dijo lo que había detrás. Y ahora, treinta años después, yo me enteraba de su miedo a terminar como mamá. Era un miedo que yo no había sentido nunca. Aunque, pensándolo bien, tal vez debí sentirlo. Esas cosas tienden a ser de familia.

«Y ahora decidí renunciar —Jill se dio vuelta para mirarme una vez más—. En un momento curioso, ¿no?».

«Creía que te habían dado una licencia».

«Sí, por tres meses, que ya van a terminar».

«¿No vas a volver?».

«¿Cómo puedo ayudar a la gente con sus problemas si ni siquiera puedo resolver los míos? —La voz de Jill era tensa—. Quiero empezar una terapia. Estoy vuelta pedazos. —Miraba fijamente el camino—. ¿Qué piensas?».

Ahora, más que nunca, yo veía a Jill de dos maneras: como la hermanita que admiraba a su hermano y como una mujer madura a la que apenas conocía.

Recordé la oficina de Jill en el centro de consejería y lo que ella me dijo sobre sus pacientes. Eran estudiantes que lidiaban con trastornos alimenticios, ansiedad y depresión y, a veces, autolesiones. Una de sus pacientes había sido abusada por su padre.

Jill le ayudó a redactar un discurso y a confrontar a su padre cuando aceptó asistir a una sesión. Era corpulento, seguro de sí mismo y de ojos marmóreos. Escuchó en silencio las recriminaciones de su hija. Cuando ella terminó, dijo: «De modo que soy un caso perdido. Crucifíquenme entonces». Intentó darle la vuelta a la situación y convertirse en la víctima.

La colega de Jill trató a un hombre de unos treinta años increíblemente apuesto. Su problema, decía, era ser irresistible. Las mujeres se enamoraban y él no podía corresponderles. ¿Y qué pasó? La colega de Jill se enamoró de él. Los vieron por la ciudad besándose sin ocultarlo, en clara violación de las normas profesionales. El director de consejería se enteró y la amonestó. Y como no le hizo caso, la denunció a la junta de licencias. Ella renunció y se fue a vivir con el tipo. Los dos se quedaron sin trabajo.

«Ella la cagó —dijo Jill—. Las reglas están para proteger a los pacientes».

Pero esta era la pregunta álgida para mí: ¿el tipo que no sabía amar se enamoró de la colega de Jill, o ella cometió el mismo error que las demás, a pesar de su formación y de haber sido advertida?

Le pregunté a Jill si seguían juntos.

Dijo que no sabía, pero creía que sí. Sentí un extraño alivio. Si su amor era auténtico, ¿no quedaría exonerada?

Le dije a Jill que su decisión de renunciar me parecía acertada. «Estoy seguro de que lo pensaste bien».

Jill agarró el volante. «¿Qué habría dicho mamá?».

«Que tienes razón», le dije. No es que lo creyera, pero había que decirlo. Además, mamá ya no podía contradecirme.

***

Al llegar a nuestra ciudad, paramos a almorzar en Buster's Grill, el lugar favorito de papá, famoso por su barbecue y sus perritos con chili. El alegre tintineo de la campanilla de la puerta, las gorras de trabajo y el sabroso aroma del cerdo ahumado me trajeron buenos recuerdos. Intenté imaginarme viviendo aquí ahora, en esta ciudad, en este país, y me resultó difícil. Todo lo de aquí lo veía desde lejos.

De regreso en el carro, Jill puso a Tracey Chapman, otra cantante que yo nunca había oído, lo que me hizo sentir más como una especie de Rip Van Winkle.

«¿Recuerdas los favoritos de mamá?», le pregunté a Jill.

«Neil Diamond», dijo, haciendo un gesto nauseabundo.

«¿Recuerdas la vez que levantó un disco rayado y gimoteó: "¿Quién quebró mi Helen Reeeeddddddy?"».

«Pobrecita», dijo Jill con ternura.

«Siento no haberme tomado el año sabático —dije—. Supongo que te eché esa carga encima».

Jill tardó en responder. «Eso me dio la oportunidad de acercarme a ella como nunca antes».

Otro latigazo de sorpresa. «Creía que siempre habías sido cercana a mamá».

Jill sacudió la cabeza con pesar. «No, siempre sentí que ella me alejaba».

Esto fue difícil de asimilar. Yo siempre me había sentido agobiado y ahora Jill decía que se había sentido ignorada. Era como si hubiéramos tenido madres diferentes.

«Durante ese tiempo en que mamá estaba ausente emocionalmente, empecé a comportarme mal. Hice algunas locuras, tal vez para llamar su atención. Pero ella era demasiado inconsciente para darse cuenta».

Me preparé.

«Comenzó cuando Vicky vino a vivir con nosotros». Vicky era amiga de Jill, una chica atractiva y más bien alocada, cuya madre cheroqui criaba a ocho hijos. Jill le preguntó a mamá si Vicky podía vivir con ellos. Mamá dijo que sí, como quieras.

«Cuando mamá iba a los retiros, había fiestas con chicos y alcohol, y muchos terminaban abrazando el sanitario. ¿Recuerdas a mi novio, John Parker? Se escapó de su casa y vivía en la calle. En las noches se colaba por mi ventana».

Jill se removió en su asiento. «Tuve dos abortos», añadió, con los ojos fijos en la carretera.

Me ardió la cara al recordar que yo había actuado como la Voz de la Experiencia, confiándole a Jill lo del aborto de mi primera esposa, y haciéndole prometer que no diría nada. Sin saber que ella ya había tenido dos.

«Y luego estuvo la noche en que le prendimos fuego a un edificio», continuó Jill.

Levanté la cabeza.

«No nos pillaron, si es lo que quieres saber». No parecía dispuesta a dar más detalles.

Mientras pasábamos por una zona de descanso, le conté a Jill lo del día en que mamá se desmoronó.

Habíamos discutido en la autopista al final de mi visita. Mamá, ansiosa, estaba empeñada en que yo viviera de nuevo en Estados

Unidos. Cuando me resistí, puso en tela de juicio mi compromiso con la familia.

Como nadie más me había enseñado el arte del debate, le respondí que ella quería que yo viviera allá simplemente para acatar su voluntad, y añadí que su intromisión ahuyentaba a la gente. Y cuando enumeré algunos ejemplos, perdió el control.

«Empezó a temblar y sus ojos parecían los de una loca. "¡No te importo ni un *carajo*!", gritó. "¡Nunca te he importado! Me siento tan sola que me quiero *morir*". La forma en que dijo "morir" me produjo escalofríos. Hablaba con una voz por completo ajena, como una mezcla de la de su padre y la de un predicador de fuego y azufre, la voz de alguien a punto de hablar en lenguas. Se detuvo en la zona de descanso y saltó del carro, tambaleándose colina arriba con sus piernas corticas, sollozando y desapareciendo en un bosquecillo de pinos blancos. Sabía lo que ella quería que hiciera yo. Quería que la siguiera y le dijera que lo sentía. Quería que le dijera que yo la amaba. No lo hice».

Al hacer este recuento, me pregunté si necesitaba que Jill me hiciera una terapia. Para ver si tenía un problema. Podría preguntarle por qué mamá estaba encantada con sus hijos, mientras que a mí me había aconsejado no tenerlos.

«Mamá permaneció en esa arboleda por lo que pareció una eternidad. Llegué a pensar que podría hacer alguna locura. La espera se me hizo insufrible, como ella pretendía, pero no me rendí. Al fin regresó con una expresión no frenética, sino profundamente abatida. Evitó mi mirada como si fuera letal y condujo sin decir una sola palabra».

Al oír esto, Jill dijo que había tenido una experiencia similar. A los setenta años, con sus hijos dispersos, a mamá le preocupaba pasar sus últimos días sola. Como yo me había radicado en otro país, y como su nuera no podía soportarla (otro puente que mamá había quemado), mi hermana era su única salvación.

Cuando Jill fue madre y necesitó una casa más grande, mamá se ofreció a ayudarle. Llegó en su carro, abarrotado con sus cosas. Todos los días buscaba en los clasificados y hablaba con los agentes inmobiliarios. Encontró la casa perfecta: de buen gusto, espaciosa, muy bien situada y a un precio de ganga. La casa tenía una característica adicional: un apartaestudio con entrada privada.

Con la ayuda de mamá, cerraron el trato rápidamente, antes de que alguien comprara la propiedad. Entonces mamá empezó a escoger el mobiliario y la decoración. Al principio trajo muestras de cortinas y alfombras para que Jill y Ben las aprobaran, pero luego comenzó a hacerlo sola, especialmente en lo relacionado con el apartaestudio.

Fue una época agitada para ellos: una recién nacida con problemas respiratorios, Jill y Ed ocupados con sus trabajos. Ed, la persona con los modales más suaves que jamás alguien pueda conocer, llegó entonces a su límite. En un tono tranquilo y respetuoso, le pidió a mamá que consultara con ellos antes de tomar decisiones. A ella le dio una pataleta. Jill tuvo que intervenir. Y tras respaldar a su marido, mamá se descompuso.

Ed salió y Jill le dejó claro que no podía vivir allí. Podía visitarlos, pero necesitaban tiempo para unirse como una familia. Fue entonces cuando mamá se deschavetó.

Ahí estaba Jill, amamantando a una recién nacida mientras mamá se retorcía en el piso, diciendo que quería morirse, hablando con la misma voz de fuego y azufre, jurando irse de inmediato y conducir hasta Raleigh. Jill insistió en que no estaba en condiciones de recorrer una distancia tan larga por la noche. Le suplicó que fuera razonable, le rogó que se quedara. Le dijo que la quería. Mamá se quedó.

***

Pasamos por los lugares emblemáticos de nuestra juventud: la escuela primaria a la que yo iba en bicicleta (junto a la panadería donde los chicos escenificaban sus peleas: «¡Nos vemos detrás de la panadería!»), la señal de tráfico con la flecha que señalaba la curva en horquilla, la imponente iglesia de piedra gris a la que mamá nos obligaba a ir. Era una ciudad somnolienta y provinciana, llena de fábricas de muebles y textiles, muchas de ellas cerradas debido a la globalización, donde muchos de los profesores eran entrenadores y ponían primero su labor de entrenamiento, una ciudad de la cual me avergonzaba, diciendo que había crecido «cerca de Charlotte» (no mucho mejor), y de la que había huido en cuanto pude.

Jill buscó una emisora. «Hice este mismo viaje con mamá el mes pasado. Quería despedirse. Ese día me sentí muy cerca de ella. Ojalá siempre hubiera sido así».

«Pasaste mucho tiempo con ella al final».

«La veía todos los días antes y después del trabajo, y sacaba días libres para llevarla a sus citas. Luego pedí la licencia. —Jill sintonizó una canción de Erykah Badu—. Su médico me caía bien».

«No pareció ayudarla».

«Hizo todo lo que pudo».

«Creo que suspendió el tratamiento demasiado pronto».

«Ella dijo que había seguido los procedimientos —dijo Jill rotundamente, como si quisiera eludir cualquier remordimiento. Y luego, con una sonrisa, añadió—: ¿Sabes lo que le dijo en la última cita? "Puedes poner esto en mi expediente: nunca perdí mi deseo sexual. Eso nunca me falló"».

Nos reímos.

Miré por la ventana. «Tendría que haber encontrado un marido después de papá».

«Eso no iba a pasar —dijo Jill—. Los hombres que buscaba, y hay que reconocerlo, tenía buen gusto, no la habrían aguantado mucho tiempo. Necesitaba ayuda».

«¿Terapia?».

Sin mirarme, Jill dijo: «Por supuesto».

***

Nos dirigimos a la casa donde crecimos. Una casa colonial de columnas blancas situada en una colina, con una corona navideña colgando de la puerta. Nuestros padres eran extravagantes con la decoración navideña: un Papá Noel de madera en el techo, cantantes de villancicos iluminados, y metros y metros de luces titilantes.

Jill dijo: «¿Recuerdas cómo papá injertaba ramas en el árbol para que fuera perfectamente simétrico?».

Allí estaba el prado inclinado que yo había cortado mil veces y el lugar donde mi hermano se rebanó un dedo del pie. Estaba el pedazo sombreado donde no crecía la hierba y donde el balón de baloncesto rodaba colina abajo. Estaba la esquina donde atropellaron a nuestra perra, que Jill encontró aplastada y con el corazón aún latiendo. Estaba la ventana del cuarto donde mamá permanecía acostada con sus migrañas y de la que salían los románticos acordes de Neil Diamond, cuando mi hermano llegaba a casa inesperadamente y encontraba una chaqueta de hombre en una silla.

A un lado estaba la ventana por la que se metía el novio de Jill, y al fondo, fuera de vista, la ventana de mi cuarto donde, sin que Jill lo supiera, me había acostado con su amiga Vicky.

Una mujer que pasaba nos miró con recelo. Pensé en tocar la puerta y pedir permiso para mirar adentro, para ver el medallón tallado en el techo (que mamá retiró de la casa de su tía abuela y que la Sociedad Histórica quería recuperar), así como la lámpara de araña, el piso de mármol y el mural que representaba los Jardines de Babilonia. Donde la consola estéreo solía resonar con Helen Reddy, la misma consola en la que yo oía a Donna Summer entonar *Love to Love You, Baby* mientras tomaba cerveza antes de una cita romántica. Pero esperé a ver si Jill se atrevía a tocar la puerta, y cuando no lo hizo no dije nada. Más tarde me pregunté si ella había estado esperando que yo lo hiciera.

Pasamos por el Centro Comunitario, un lugar esencial en nuestras vidas. El Centro, como le decíamos, afirmando inconscientemente su importancia, era donde nos habíamos pavoneado junto a la piscina, practicado deportes y contemplado embelesados las criaturas del

pequeño zoológico, en el que había un pájaro miná, una serpiente cascabel y un memorable mandril con el trasero multicolor. En el Centro nos dimos nuestros primeros besos, fumamos nuestros primeros porros y también nos dimos cuenta de que teníamos que largarnos de esa ciudad.

El parqueadero estaba cerrado con cadenas y un letrero anunciaba el cierre por vacaciones. Me vinieron recuerdos de vacaciones anteriores, el frío, el viento y el aroma a nostalgia.

La nieve se había convertido en una llovizna y las calles brillaban bajo un cielo nublado. Jill condujo una cuadra más y se parqueó en la acera. Se quedó mirando el lote vacío al otro lado de la calle.

«¿Recuerdas la tienda de muebles que había ahí?».

«Wilson's», dije, y al oírme decirlo, caí en la cuenta.

Recordé haber pasado por allí después del incendio y ver la estructura chamuscada. Bill Wilson había sido mi compañero de clase, y su hermana lo había sido de Jill.

«¿Cómo ocurrió?», le pregunté.

Una noche, Jill, Vicky y otra chica, Pam, habían venido caminando desde el Centro para tomar brandy y píldoras. De pie junto a un barril lleno de papel de empacar, Vicky, siempre inquieta, no paraba de jugar con su encendedor. El papel se prendía y se apagaba.

Jill hablaba con Pam, cuando, de repente, todo el puto barril estaba ardiendo. Las llamas saltaron y rasguñaron el edificio. Las tres quedaron paralizadas. Entonces Vicky saltó para apartar el barril de una patada.

Son embargo, Jill la contuvo.

Podría decirse, sin haber estado ahí, que lo hizo para salvar a Vicky. Pero lo cierto es que ella quería que ardiera el fuego. Claro, en

algún punto no quería eso en absoluto, aunque por un momento lo deseó. Quería que se quemara para atizar su emoción de ver que *algo* estaba pasando, algo que ella podía controlar.

Cuando se disparó la alarma, empezaron a correr. Huyeron y se escondieron entre los árboles. Podían oír el crepitar de las llamas, que iluminaron la noche y formaron un enorme halo naranja. Y podían oír el aullido de las sirenas. Estaban exhaustas y pálidas por el miedo, que no desapareció en semanas ni en meses ni en años. Hasta el día de hoy, no podían evitar el miedo a que las descubrieran. Varias veces habían estado a punto de confesar.

Jill suspiró y le puse la mano en el brazo. Ella puso la suya sobre la mía y nos quedamos sentados un rato.

«Traje a mamá para que viera esto».

«¿El mes pasado? ¿Qué dijo?».

A Jill le temblaron los labios y luego esbozó una leve sonrisa. «Dijo que estaba bien».

Me pregunté si era cierto o si era algo que yo quería escuchar. Y entonces yo estaba con ella, corriendo a su lado, huyendo de las llamas que nos pisaban los talones, escapando de las sirenas y los pitos de los carros de bomberos, huyendo de la conflagración que Jill había provocado porque sentía que su madre no la quería lo suficiente.

***

A la mañana siguiente, de madrugada, con un aire tan helado que podía congelarte las orejas, Jill me dejó en la parada del bus que iba al aeropuerto. Esperamos en el carro con la calefacción prendida. El

humo del tubo de escape se elevaba y dispersaba. Más tarde, ese mismo día, yo estaría de nuevo en el trópico, lejos de todo esto, retomando mi rutina.

Jill, telepática una vez más, comentó: «Ahora que mamá y papá se han ido, tengo miedo de que no vuelvas».

«Claro que lo haré».

«¿Por qué no planeamos algo para este verano? Podríamos alquilar una cabaña en la playa».

«Suena bien».

Jill frunció el ceño. «¿Por qué eres así?».

«¿Así cómo?».

«Indiferente a tu familia».

«No soy indiferente. En serio, Jill, no vamos a perder el contacto». Le cogí la mano.

«¿Por qué no te vienes a vivir acá? —preguntó Jill roncamente—. Todavía tienes derecho a un año sabático. Podrías trabajar en la universidad. Les caes bien a mis amigos. Encajarías bien».

Llegó el bus. Saqué mi maleta. Un viento frío levantó un papel en el aire. Jill apretó los labios para detener el temblor.

«Te llamo pronto», le dije, abrazándola antes de subir. Cuando el bus se alejó, me despedí con la mano, pero Jill no me vio. Sus ojos buscaron ansiosos hasta que, como si comprendiera que no había nada más que hacer, levantó su mano.

Serpenteando hacia el aeropuerto a través de las colinas heladas, mi mente era un collage de imágenes. De mamá en las últimas, con los ojos hundidos y esforzándose por respirar. De Ruth diciéndole que podía irse. Y también de la noche que siguió a las exequias, en casa de Jill, con el hermano de Ed y su familia. El sobrino de Ed, un

guitarrista de pelo largo y tatuajes, nos preguntó a Ed y a mí si queríamos fumar yerba. Ed asintió y bajamos con sigilo las escaleras. Mientras nos acurrucábamos en el sótano frío, exhalando volutas de humo y aliento vaporizado, el hermano de Ed bajó para acompañarnos. Lo siguió su esposa y, por último, Jill. Todos estábamos fumando allá abajo, cuando dije de repente: «Eh, ¿qué estamos haciendo? ¿De quién diablos nos estamos escondiendo?».

Y fue ahí cuando comprendí que mamá había muerto.

Cali

Comején

Al caminar descalzo por las baldosas, yo podía sentirlos. Pequeñas bolitas molestas, como granos diminutos de arena: el repugnante comején. Y lo más exasperante era el simple hecho de saber que estaban ahí, mordisqueando el techo machimbrado, los armarios, los muebles, las puertas. ¿Cuándo las cosas habían empeorado tanto?

Empecé a vivir con Marta hace una década. Compré la casa en parte para retenerla. Marta le tenía miedo al compromiso. Le dije que como ya pasábamos casi todas las noches juntos, ¿para qué malgastar su dinero en alquiler? Podíamos asumirlo como un ensayo, sin ningún compromiso.

Nos pasamos a la casa sin terminar las reformas. Marta se cansó de tener obreros a su alrededor. Varias veces estuvo a punto de irse. El tipo que instaló el techo de madera dijo que lo había inmunizado.

Me quité el polvo de los pies y me puse las sandalias. El problema comenzó lentamente, y luego se descontroló. Los gránulos llovían del techo y aparecían debajo de los muebles. Hendiduras feas que desfiguraban la madera como marcas de dientes hechas por una bestia. A menudo en lugares donde casi nunca mirabas: una invasión furtiva e insidiosa.

Unos días antes, una silla de bambú se había partido en pedazos. Ocurrió durante una discusión con Marta.

«¡Estoy harto! —le dije—. Me has estado engatusando: ¡siempre dices que no estás lista! Ya casi cumples cuarenta y puede que sea

demasiado tarde. ¿Por qué no me dijiste que no querías tener hijos?».

Levanté la silla y la tiré contra el piso.

Marta abrió los ojos y retrocedió asustada.

Anonadado por mi arrebato, levanté una pata de la silla. «Mira, no fui yo. Fue el comején. Está destruyendo nuestro hogar».

«¿Y quién tiene la culpa?».

«No soy yo —dije—. Quería hacer reparaciones. Pero no me dejaste».

Marta apartó la mirada, como si quisiera estar en otro lugar.

Al principio fui paciente, extremadamente paciente, diría yo, sobre todo después del aborto espontáneo. Esperé varios años antes de volver a mencionarlo. Pero cuando lo hacía, ella se enojaba y no me hablaba. Pasaba meses sin decir nada y, si yo tocaba el tema, me acusaba de presionarla. Todo llegó a un punto en que afectó nuestra vida sexual. No me dejaba conocer su ventana de la fertilidad, y si yo quería hacer el amor, ella sospechaba de mi motivo.

Entonces miró la silla rota y se cruzó de brazos, desafiante. «El problema no soy yo. Es tu esperma, que es defectuoso».

Una vena latía en mi sien. «Mi esperma está bien».

«¿Con toda la marihuana que fumas?».

«Te dejé preñada, ¿no?».

«Pero eso fue hace varios años».

«Y si mi esperma está más débil, ¿quién tiene la culpa del retraso? No puedo esperar más. O te pones seria o…».

«¿O qué?».

***

Esperé a ver qué hacía Marta. Casi con cincuenta años, me preocupaba no ser padre nunca. Los tiempos se volverían sombríos a medida que el vacío creciera. Había llegado al punto de envidiar a la gente que tenía hijos. Evitaba las reuniones familiares y, si veía a un hombre con su hijo, miraba hacia otro lado. Me parecía que todo giraba alrededor de los niños: las vacaciones, los parques de atracciones, los deportes. Sentía que me faltaba una parte vital de la vida, algo que la haría completa. Culpaba a Marta por hacerme pasar por esto y ella me culpaba por presionarla. Los reproches nos estaban carcomiendo.

Sin embargo, Marta tenía sus razones para no querer tener hijos. Había crecido en la pobreza y, mientras trataba de huir de su situación, se había enredado en una relación tóxica. Sufría de ansiedad, insomnio y fobias. Intenté ser paciente. No quería perderla. Recordé nuestro entusiasmo cuando estrenamos la casa. Le hicimos un patio y un jardín.

Una mañana se fue a la panadería y, momentos después, un vecino se acercó gritando:«¡Tu mujer se accidentó!».

Sin camiseta y en pantaloneta, empecé a correr. Había chocado el carro contra un árbol. Me abrí paso entre los curiosos y oí a Marta gritar: «¡Vayan por Trey!». Tenía la cara untada de sangre. Aún sentía el mismo pánico ante la idea de perderla.

***

Estaba en mi escritorio cuando Marta golpeó la puerta. Yo había empezado a cerrarla para evitar roces.

«¡Mira esto!», gritó Marta. Sostenía toda la investigación para su tesis sobre la historia de su pueblo. Los papeles estaban repletos de huecos. Formaban patrones que parecían jeroglíficos siniestros. Mientras ella hojeaba las páginas roídas, me mantuve a una distancia prudente. De repente, soltó una extraña carcajada burlona.

«¡No lo vas a creer!».

Y levantó un documento repleto de términos legales, con palabras en negrita y en mayúsculas. Era nuestro certificado de matrimonio.

Unos años antes nos habríamos reído, pero ahora la ironía era demasiado cruel. Con cautela, volví a mi estudio. Pero no fui capaz de trabajar.

Cuando salí, vi a Marta gesticular contra el aire. «¡Allá hay otro!». Juntó las manos y se las miró en busca de rastros.

«¿Pueden volar?», pregunté.

«Me estoy volviendo loca», dijo, apartando bolitas de la cama.

«¿Qué son?».

«Supongo que madera».

«Si es madera, ¿por qué esos malditos insectos no se la comen?». Me acerqué y apoyé la rodilla en la cama.

«¡No hagas eso! —gritó Marta—. Podría desmoronarse. El armazón y las tablas ya están carcomidas. El colchón está invadido».

***

La cita de Marta era el viernes por la tarde. A las siete, no había llegado a la casa. Así que fui a un bar llamado La Cima. A eso de las nueve recibí una llamada.

«¿Dónde estás? —Era Marta. Apenas podía oírla en medio de la multitud—. ¿Viste la carta?».

«¿Cuál carta?».

«Te dejé una carta… Perdí la cita».

«¿Dónde estás?».

«En casa de mi hermana».

Encontré la carta sobre la cama, de dos páginas, con su letra inclinada.

Decía que no podía más. Que era demasiado. Ya tenía suficientes problemas para cuidarse a sí misma. «Me siento miserable —escribió —. Siento que nunca he logrado nada. ¡Y hay tantas cosas que quiero hacer!».

Marta me llamó más tarde y propuso ir a la casa y hablar. Le dije que no, que necesitaba tiempo para pensar.

***

Esa noche me quedé solo con el comején. Si acallaba mis pensamientos ensordecedores, yo podía oírlo, consumiendo lo que quedaba de nuestro hogar. Tenía la inquietante sensación de que unas fuerzas nefastas habían tomado el control de mi vida.

Tener un hijo me parecía de lo más natural. ¿Por qué tenía que ser tan difícil?

Con el paso de los días, el comején se multiplicó. Los repugnantes gránulos estaban por todas partes: en mi escritorio, en el mesón de la cocina y a lo largo de los guardaescobas. Y los malditos volaban. Una mañana, al despertar, encontré uno en mi oreja.

Busqué «comején» en internet.

Insecto que establece su colonia en el interior de la madera y se alimenta de la celulosa que contiene. Una señal de su presencia son sus excreciones, que parecen pequeños gránulos de arena. Estos son expulsados a medida que la colonia se expande, para darles espacio a los nuevos miembros.

Una pareja de reproductores penetra en la madera y la reina comienza a poner huevos. La colonia puede tener miles de miembros. A los reproductores les crecen alas y vuelan para establecer nuevas colonias.

Miles en cada colonia; era más de lo que yo podía soportar. Le escribí a un amigo en busca de consejo. Como él quería a Marta, me advirtió del riesgo de «desechar algo bueno».

Me inclino a decir que ustedes deberían tratar de sobrellevar la situación, con el acuerdo explícito de que no tendrán hijos (pues Marta parece estar totalmente en contra de la idea) y de que lo harán sin resentimientos. Es mucho pedir, lo sé.

Janet comprende tu deseo de tener hijos y lo importante que es para ti.

Es que no me gustaría que te sintieras solo, amigo, y me preocupa que, a nuestra edad, se nos esté acabando el tiempo (aunque Janet dice que por eso es tan importante tener un hijo). No sé si mi consejo es el mejor o si estoy defendiendo el statu quo *desde cierta cobardía emocional latente…*

Tal vez mi amigo tenía razón. Si me sobrepasaba, corría el riesgo de quedarme sin nada. Posiblemente un ultimátum la alejaría más.

Buscando un respiro de estos pensamientos circulares, miré los libros en mis estantes. Al menos tendría más tiempo para leer. Saqué un libro que había estado postergando porque tenía quinientas páginas. Pero el título parecía oportuno: *Sin remedio*.

Al abrirlo, quedé aterrado. Contemplé lo que parecía ser una ciudad excavada, una vasta infraestructura de murallas y túneles.

Pero no vi ningún comején. Parecían haber emprendido nuevas conquistas.

***

Me despertó una llamada. Era Marta, preguntando si podía venir por sus cosas. Si me parecía mejor, podría hacerlo cuando yo no estuviera.

«No hay problema», dije.

«Me voy para Bogotá».

«¿Por cuánto tiempo?».

«No sé. Es donde debes estar si te tomas en serio la actuación».

«Tienes razón», dije en tono comprensivo.

Me apresuré a ordenar la casa. Barrí montones de bolitas y recogí montañas de ropa sucia. Lavé algunos platos y metí el resto en los gabinetes. Temía que llegara antes de irme a trabajar, pero luego me decepcionó que no lo hiciera.

Al regresar, noté que había estado en la casa. No podía decir qué se había llevado porque nunca fisgoneé en sus cosas. Ella tampoco fisgoneó en las mías. Era algo que habíamos acordado desde el principio.

Abrí el clóset de Marta, el acto más osado que estaba dispuesto a hacer, y vi ganchos vacíos. Me pregunté qué ropa se habría llevado, dónde la usaría y con quién.

***

Tras su partida me sentí a la deriva. En diez años, casi nunca nos habíamos separado. Ir a los bares y cuidar mis guayabos me ayudó a pasar los días más difíciles. Mi jíbaro me mantuvo bien abastecido. Si la marihuana reducía la fertilidad, ¿qué importaba ahora?

Intenté mantenerme ocupado. Leer no ayudaba porque las páginas mutiladas pusieron de relieve mi desgracia. Y el silencio no me dejaba concentrar. Estaba acostumbrado al radio de Marta: *¡Bla, bla, bla! ¡Ja, ja, ja!* Para mi sorpresa, extrañé oírlo.

Una noche vi a una lagartija trepar al globo de la lámpara en la entrada. Y luego se deslizó al interior. Pronto, una lagartija más pequeña se arrastró al globo y miró a su pareja. ¿El macho había entrado para impresionarla con su osadía? ¿La hembra se preocupó porque su pareja había dejado de moverse? ¿Se arrastraría adentro y se uniría a él? En el fondo del globo había un montículo de una sustancia polvorienta. Supuse que eran restos de polillas atraídas por la luz. Pero al día siguiente el montículo parecía más grande.

Otra noche, al darme vuelta, oí un fuerte crujido y el colchón cayó al piso. Quedé adentro del marco de la cama, que me encerraba como un corral. Agotado, me quedé dormido. En la mañana trepé por el marco y salí a trabajar. Esa noche, en lugar de pensar en aquello, volví a La Cima. Y la noche siguiente también. Me resigné a dormir cercado por el armazón.

Poner todo en orden sería una tarea monumental. Además de la plaga, las tuberías estaban oxidadas, el techo lleno de goteras y el patio en mal estado.

Marta llamaba de vez en cuando. Le estaban saliendo algunas cosas. Había trabajado en un comercial y como extra en una serie.

Esperaba una segunda audición. Estudiaba con un maestro y tenía varios amigos. Un tal Giovanni la había ayudado muchísimo.

***

Una noche en La Cima conocí a una mujer llamada Verónica, una pelirroja de risa fuerte. Me desperté en su apartamento encima de un taller de latonería y pintura. La pelirroja, acostada con la boca abierta, roncaba ruidosamente. Me escabullí con mis zapatos en la mano.

Fui a mi casa y llamé a un carpintero. Examinó la casa con la severidad de un forense. Sugirió un tratamiento con formol. Introdujo una jeringa en cada uno de los nidos y le aplicó varias manos a los muebles. El hedor me produjo dolor de cabeza durante varios días. Pero no hizo mella en el comején.

En su siguiente llamada, Marta se quejó del frío. Su apartamento era estrecho y claustrofóbico. Los muebles eran feos y la estufa no funcionaba. No la habían llamado para ningún papel. Trabajar como extra significaba permanecer sentada todo el día por un salario mínimo y un sándwich de jamón en mal estado.

«¿Y Giovanni?», pregunté casualmente.

«Siempre alentador. Siempre optimista».

Llamé al exterminador. Me recomendó una fumigación exhaustiva que implicaba sellar la casa por tres días. Pero la colonización estaba muy avanzada y no podía darme garantías.

Harto, le pedí al carpintero que arrancara toda la madera y empezara de cero. Vacié mis cesantías y pedí un préstamo al banco.

El trabajo estaba en pie cuando Marta llamó emocionada. Había conseguido un papel en una película. La felicité. Estaba feliz por ella.

«Giovanni dice que se trata de algo importante».

«Estoy seguro de que sí», le dije.

De todos modos, seguí adelante con la remodelación. Boté revistas, electrodomésticos y ropa. Contraté pintores y plomeros; pedí otro préstamo.

***

Durante los meses siguientes, Marta me llamaba de vez en cuando y me informaba sobre su actuación. Yo encontraba consuelo en pequeños placeres como dormir en una cama. Le bajé al licor y corrí por el parque. Compré nuevas ediciones de mis libros, pues todos se habían dañado.

Un día Marta llamó para decirme que estaba en la ciudad. Pasaría el puente con su hermana. ¿Podía recoger unas cosas?

Tocó la puerta en lugar de usar su llave. Su peinado era diferente, sus mejillas estaban sonrojadas. Parecía sin aire, como si hubiera estado corriendo. Su risa sonaba nerviosa, como la mía.

«¡Muebles nuevos!», dijo.

Le pregunté por la actuación.

«Va bien —dijo—. La película saldrá pronto. —Miró el techo—. ¿El machimbrado es nuevo?».

«Es la única forma de exterminar el comején».

Los ojos de Marta brillaron. «¿Acabaste con la plaga?».

Levanté los dedos cruzados.

Le pregunté si tenía sed. En la cocina, se maravilló con los gabinetes. Abrió varios antes de encontrar los vasos.

Luego miró la escalera. «¿Puedo mirar arriba?».

Le mostré los nuevos clósets, las puertas, los estantes.

«Mira aquí», le dije.

En el dormitorio, contempló las cortinas nuevas y el tocador. Luego dirigió su atención a la cama. Era más grande que la anterior, con una cabecera tallada y un tendido indio.

Permanecimos allí observándolo. Con nuestras manos casi tocándose, miramos la cama.

La Cima

Era un viernes por la noche y los rumberos de La Cima se habían volcado a la calle. Un letrero de neón azul centelleaba sobre la puerta. Era una calle angosta y pendiente en la parte vieja de la ciudad, antes próspera, y ahora en franca decadencia. Algunos edificios estaban tapiados y ocupados ilegalmente. Al menos sus habitantes no se quejaban del ruido.

Llegué en taxi, tomando una Águila. En La Cima siempre podías encontrar con quien hablar, alguien que habías visto allí antes. La primera cara conocida fue la de Guillermo, quien me había llevado al bar. Lo conocí a través de Marta, que hizo una audición para su película. Una película que, resultó, llevaba treinta años haciendo.

Flaco, con el rostro demacrado y un incongruente flequillo infantil, estaba hablando con algunos clientes habituales: Federico, un baterista que siempre estaba gorreando licor; Trujillo, que hacía sandalias y hablaba sin parar, y Alfonso, que vendía sus libros autoeditados. Habían soñado en su juventud con ser importantes, y ahora, cerca de los sesenta, seguían soñando.

Me saludaron con una ronda de abrazos zalameros y reanudaron su discusión sobre Andrés Caicedo. Un tema perpetuo. El ídolo literario de la ciudad se había suicidado a los veinticinco. Vivir más allá de esa edad era una vergüenza, había escrito en su célebre novela. Muchos clientes decían que habían sido sus amigos del alma,

y otros aseguraban que habían estado en el M-19, el grupo guerrillero desmovilizado y romantizado.

Rememoraron la época en que Cali era un próspero centro cultural y debatieron las razones de su declive. ¿Habían sucumbido los artistas a los encantos de Bogotá? ¿O fueron obligados a vivir bajo tierra, en cualquier sentido de la palabra? Pero, aquí en La Cima, el tiempo se había detenido; los días de gloria se habían preservado; no en ámbar, sino en alcohol.

Adentro, la salsa retumbaba. Habían arrinconado las mesas y la gente bailaba. El bar había sido una tienda de barrio. Una foto del fundador colgaba en la pared, y sus progenitores, que vivían en la parte de atrás, todavía anotaban las cuentas de los clientes en un cuaderno de espiral. Los estantes exhibían una colección de botellas y fotos de clientes en varias poses: como miembros de la banda de Jesse James y como discípulos en la última cena.

Para muchos, La Cima era su refugio. Podías verlos tomando cerveza a la hora del almuerzo, que tendía a durar toda la tarde. Incluso iban allá el día de Navidad, a falta de otro lugar.

Al principio, esta mescolanza de personajes me asombró. Sentí una superioridad culposa porque, a diferencia de ellos, yo tenía un trabajo y un hogar. Pero eso se hizo añicos cuando Marta se fue a Bogotá, así como la cálida sensación que se tiene al pensar en el hogar. Y desde entonces yo encajaba perfectamente con los demás.

Todas las miradas estaban puestas en una bailarina conocida como la Duquesa, una figura luminosa que le daba un toque de clase al lugar. Robusta e imponente, con un pecho enorme y lleno de pecas, tenía una melena majestuosa y el rostro de una aristócrata

venida a menos. Su Land Rover plateado, fruto de las migajas de su divorcio, estaba parqueado al frente.

«¡Trey!», gritó con su voz sensual. Mientras giraba, me dirigió una amplia sonrisa. Noté las serpentinas y los globos. Era su cumpleaños.

Pedí una cerveza y un ron doble. Luego entré al baño, diminuto como una cabina telefónica, donde me empolvé la nariz y salí como Supermán. El perico era un hábito que había adquirido en La Cima. Un vendedor zarrapastroso con barba de profeta lo llevaba en su canasto de hierbas. La noche se hizo más vívida y urgente. Me senté al lado de Libardo, un tipo calvo y rechoncho con voz resonante y gafas enormes. Hojeaba un paquete de fotos manoseadas. Tenía los ojos enrojecidos.

Si lo pillabas temprano, era la persona más aguda del lugar; pero ahora arrastraba las palabras. Parecía lloriquear por su perro. A diferencia de los otros clientes, Libardo sí había sido cercano a Caicedo. Todavía lo buscaban los periodistas jóvenes, que pedían ver las fotos y las cartas, algunas recibidas poco antes de la muerte de Caicedo. Hijo de un político, Libardo había sido un fotógrafo talentoso. Había viajado por el mundo, parrandeado con Juan Rulfo, bailado con Sônia Braga y hecho un favor sexual a Manuel Puig.

Pero su vida se vino a pique después de varios accidentes, incluyendo una caída borracho desde un balcón en París. Su familia le redujo la ayuda a un pequeño estipendio mensual.

Iba todos los días a La Cima, salvo los domingos, cuando estaba cerrado. Salía de su casa alrededor del mediodía, acompañado de Edison, su perro fiel. La caminata tardaba menos de una hora, pero ellos la hacían en seis. Cojeando con su bastón, Libardo paraba a

leer el periódico, comer fritanga y charlar con cualquiera que se cruzara en su camino. Un día, cuando él cayó enfermo y no pudo salir, Edison emprendió el viaje solo.

Secándose las lágrimas, con cara de alegría al verme, Libardo me mostró fotos de su juventud. Peludo y barbado, saludable, incluso apuesto, posaba con Caicedo y otros personajes. Le dije que debería tener más cuidado con sus fotos.

«Me importan un culo —dijo—, nada importa ahora que Edison se fue».

«¿Qué?».

«Esta es la última que le tomé». Señaló con el dedo una foto de Edison. «Lo envenenaron —dijo—. Sé que fueron los vecinos. Ya me habían envenenado el gato».

Le ofrecí un trago antes de que él me lo pidiera. Habló largo rato de su afecto por Edison y luego hizo una confesión sorprendente: él mismo lo había envenenado.

«¡No!», exclamé.

Sí, gimió Libardo. Había metido la comida envenenada en el bolsillo (yo no podía entender por qué) y más tarde, borracho, se la dio al perro.

***

Miré hacia afuera y sentí una punzada de deseo tan afilada como una astilla. Allí, bajo el brillo del letrero azul, estaba Luz, mi antigua estudiante y amor frustrado. De pelo y ojos oscuros, medias negras y brazaletes de plata, un signo del zodiaco tatuado en el hombro, exudaba una sensualidad de ensueño.

«Esperaba que estuvieras aquí. —Su voz era suave y cadenciosa —. Vuelvo enseguida. Tengo una sorpresa».

Vi cómo su esbelta figura se alejaba. Había madurado muy pronto; bien dotada a los trece años, había sido asediada por los hombres. Fue buena estudiante en la universidad. Sin embargo, trabajaba como mesera o profesora sustituta de preescolar. Se sentía atraída por lo oculto: horóscopos, ovnis y rocas pulidas que predecían el futuro. Creía en la reencarnación y pensaba que las feromonas eran la clave de la atracción sexual. Escribía poesía e idolatraba a Andrés Caicedo.

Había vivido con un tipo en una cabaña en el bosque. Era apenas un lugar para estar un rato, pero terminó pasando tres años allá. Desde entonces, cambiaba de apartamento con frecuencia, viviendo a menudo con extraños. Eran sitios con colchonetas delgadas como arepas, paredes sin pintar y un flujo de personas trabándose y tirando. Había peleas frecuentes por daños y deudas. Su estilo de vida evocaba recuerdos de juventud, años llenos de caos y añoranza.

***

Mientras yo esperaba a Luz, Trujillo, el locuaz artesano de sandalias, me arrinconó. Al igual que muchos en La Cima, al principio parecía normal, pero pronto sospechabas que tenía algo raro. Se acercó casi hasta tocarme y me contó todo lo que sabía sobre el vallenato. Vivía con su hermana en una casa grande heredada de su madre. Hacía sandalias en el sótano y las vendía a los turistas en San Andrés. El año anterior había viajado a Cuba para

simular un matrimonio. La mujer cubana le ofreció una suma considerable. Pero cuando lo interrogaron en el aeropuerto, Trujillo se puso nervioso y lo devolvieron a Colombia. No solo no tenía una relación amorosa con la mujer, sino que no la conocía y, además, era gay. Añadió que, por principio, nunca pagaba por sexo. Ah, sí, tal vez regalaría un par de sandalias, pero dinero, nunca.

Me informó que Kiko, otro cliente, un pintor, había muerto en un accidente extraño. Al llegar a casa después de una borrachera, descubrió que había perdido la llave. Trepó por la tubería del desagüe para entrar por la ventana, pero se cayó y se rompió el cuello.

Otro final trágico para un asiduo de La Cima. Uno a uno, muchos fueron encontrando tumbas tempranas. Un violonchelista se ahorcó, un actor sufrió un derrame y un grafitero fue atropellado por un carro. Otros se acercaban rápidamente a su fin. Como Emilio, que sufría *delirium tremens*, y Rafa, su primo, a quien le gustaba mostrar la cicatriz como cremallera de su cirugía a corazón abierto.

Y a menudo ocurrían situaciones peligrosas. La semana anterior, un grupo grande de delincuentes armados con cuchillos y garrotes persiguieron a un joven que, según afirmaron, le había robado el celular a la novia de uno de ellos. Para escapar, el delincuente corrió a La Cima.

Estaba comenzando a oscurecer cuando llegó la multitud de delincuentes. Un tipo grande, con cola de caballo, llamado Armando —que sí había sido militante del M-19—, se enfrentó a la turba furibunda. La contuvo para dejar que el chico se escapara. Libardo se escondió en el baño con las mujeres, algo que le valió una avalancha de burlas. *¿Qué habría hecho yo?*, me pregunté. ¿Mostrar

valor como Armando o esconderme como Libardo? Tuve suerte de no estar allá.

De repente, todos salieron a la calle. Era hora de romper la piñata. Con los ojos vendados, la Duquesa blandió una escoba. Vi que la piñata tenía forma de pene. Después de dos golpes fallidos, la Duquesa le dio un palazo certero, esparciendo un gran surtido de juguetes sexuales: dildos, vibradores, esposas, cuentas… Todos pelearon por los premios.

***

Luz regresó con una botella de un líquido oscuro. «Toma un sorbo», dijo.

Esa mañana, en un potrero lleno de boñiga, había recogido hongos. Luego los había hervido en aguapanela. Yo nunca había probado los hongos, pero este parecía ser el momento. Tomé un sorbo y le pregunté a Luz si tenía novio.

«Con todos mis amigos siempre existe la posibilidad de que pase algo».

Los hongos empezaron a hacer efecto. Era diferente al de otras drogas que había probado. En la calle, la multitud se había multiplicado. El resplandor rojo de los cigarrillos salpicaba la noche. Un carro se abrió paso entre la multitud, que se separó como si fuera un rebaño de ovejas.

«Anoche soñé contigo —susurró Luz—. Cuando me desperté, escribí estas líneas: "En la escasa luz del amanecer, pido a un sol tímido tus ojos"».

Fuimos interrumpidos súbitamente por Trujillo y por un tipo muy alto llamado Raúl. Al igual que su amigo, daba una buena impresión inicial, hasta que empezaba a hablar en círculos. Me quedé en blanco por un rato y cuando volví en mí, estaban conversando sobre yoga. A Raúl lo habían atrapado transportando drogas hacia Estados Unidos y había pasado un tiempo en una prisión federal. Todas las mañanas hacía su rutina de yoga mientras los reclusos lo miraban desconcertados, perplejos ante esa jirafa sentada con las piernas cruzadas sobre una colchoneta. Parecía tener un poder extraordinario. Uno a uno, pidieron unirse a él, hasta que tuvo a treinta hombres practicando su rutina.

Luz propuso subir la colina. Por desgracia, Trujillo y Raúl se nos pegaron. La estrecha calle adoquinada estaba bordeada por casas de estilo colonial con barandillas de hierro forjado y un sinfín de matas capuchinas. Mientras caminaba por las piedras irregulares, sentí que vivía en una época anterior.

En la capilla centenaria ubicada en la cima de la colina, Luz trepó por la alta pared de piedra. Nos unimos a ella y contemplamos la vista deslumbrante, con las luces de la ciudad resplandeciendo abajo. La brisa estaba perfumada con el cannabis de los grupos de jóvenes diseminados por la colina.

Se veían el Dann Carlton y el Intercontinental, donde se alojaban los extranjeros que venían por negocios.

La conversación alucinógena divagaba: Raúl con sus reflexiones pseudofilosóficas, Trujillo con sus disparates maníacos y Luz con su maravillosa ligereza de espíritu. Cuatro almas perdidas entregándose a la noche.

«La vejez empieza —sentenció Raúl— cuando el pasado pesa más que el futuro».

Un hombre desgreñado nos pidió una limosna. Como era de esperar, se dirigió a mí.

«Soy colombiano», le dije.

Mis pensamientos transcurrían bruscamente, sin freno. A diferencia de otras drogas, sentía que estaba perdiendo el control. No solo del momento, sino también de mi vida.

Luz se recostó en mí. «Vamos a mi casa».

Una vez más, no pudimos deshacernos de Trujillo ni de Raúl. En el apartamento de Luz seguía la rumba, una fiesta para músicos que habían venido de Bogotá. Un tipo con rastas tocaba guitarra y tomamos tragos de tequila. Estaba tan cansado que no podía sentir mi cuerpo.

***

Me desperté en mi cama todavía con la ropa puesta. Tenía la lengua hinchada y correosa. Traté de recordar cómo había llegado a casa. Fragmentos de conversaciones llegaron de manera aleatoria. Permanecí en medio de una niebla toda la tarde, incapaz de leer o trabajar en traducciones. Había tratado de ocultar todos los recuerdos de Marta (el tapiz, las fotos, los recordatorios de nuestros viajes), pero hasta el salero la traía a mi mente. Sintiéndome inquieto y claustrofóbico cuando caía la noche, tomé un taxi de regreso a La Cima.

La peluquera del barrio

Una tarde bochornosa en pleno verano, llamo a Marcela, que me corta el pelo desde hace veinte años, para ver si me puede atender. Duda, pero luego acepta.

Cuando llego, la peluquería está cerrada. Vuelvo a llamar desde el carro y nadie responde. Finalmente, se entreabre la puerta.

Adentro, las sillas del salón son siluetas oscuras. El radio, que siempre retumba con salsa y propagandas, ha quedado en silencio. No se ve ni una clienta ni una manicurista. En un rincón hay una pila de cajas abultadas.

«Me voy», dice Marcela, su rostro difuso en la penumbra.

«¿Vas a cerrar tu negocio?».

«Me voy a vivir con unos parientes en Texas».

Me acomodo en la silla de siempre. Las paredes están vacías salvo por el gran retrato enmarcado de Marcela cuando era joven y bella. Me recuerda a Sônia Braga en *Gabriela, clavo y canela*.

Ya no se ve así.

«Si me quedo un día más aquí, me muero».

Me fui del barrio hace un año cuando mi matrimonio se fue a pique por segunda vez y definitivamente. Voy cada mes para que Marcela me corte el pelo. No confío en nadie más. Debe haber otras, pero ¿para qué correr el riesgo? No es que mi pelo sea gran cosa. De hecho, me queda muy poco. Pero de eso se trata: un descuido y no queda nada.

Sin embargo, no es solo el pelo.

«Lamento oír eso», le digo.

«Todo va de mal en peor». Sus ojos se deslizan hacia la ventana.

***

Hace casi veinte años, cuando fui por primera vez, Marcela me recibió muy bien. Me envolvió en una capa y la apretó con fuerza. Impregnado por la fragancia del talco y el champú, el zumbido de los secadores y la melodía de las voces, me sentí como un intruso en un mundo femenino resguardado. Atraído a la guarida de Circe.

Marcela me atendió como a un dignatario extranjero. Mientras sus dedos me masajeaban el cráneo y su pecho rozaba mis hombros, me colmó de halagos: «¡Qué caballero! ¡Qué señor tan interesante!». Y me acribilló a preguntas: ¿Acababa de llegar de Estados Unidos? ¿Vivía solo?

La impresión que di de vivir solo no era del todo cierta. Una estudiante de teatro se estaba quedando conmigo. Las cosas avanzaron y nos mudamos juntos a una casa cercana.

Marcela quería saber más. Dijo que las chicas de las uñas nos habían visto en el mercado. Quería saber cómo era Marta y cómo se peinaba.

«Dígale que le haré un corte gratuito».

«Claro», respondí. Pero nunca se lo dije.

Cuando no indagaba en mis asuntos personales, Marcela recordaba su juventud en Bogotá. Subía la voz al hablar maravillas de la capital —la rumba, los pretendientes, su carrera como modelo

—, todo era genial hasta que se enredó con un caleño y terminó varada aquí.

Se refería a la figura fantasmal que a veces deambulaba por el salón. Tenía una mata de pelo crespo y una agradable cara juvenil. Ella nunca nos presentó. Nos mirábamos con obstinado desinterés mientras su esposa me consentía.

Me pregunté si ella sería igual con los otros clientes masculinos, aunque nunca vi a ninguno. Siempre que Marcela preguntaba por Marta, yo le hablaba de nuestro jardín o de los viajes a la costa, dando a entender que todo estaba bien. Las manicuristas mascachicles, pegadas a la tele, fingían no prestar atención. Marcela las contrataba por medio de un aviso en *Q'hubo* y les pagaba por comisión. No tardaban en descubrir que el dinero no alcanzaba para nada y eran remplazadas por las próximas en la lista. Marcela les tenía desconfianza y las vigilaba. A veces las veías atrás, por los lavacabezas, hablando en voz baja con su marido.

Marcela nunca mencionaba su nombre. Al parecer, no tenía trabajo. Acostumbraba pedirle dinero y llegar de madrugada sin un peso. Además de administrar el salón, Marcela hacía las tareas domésticas y se encargaba de sus dos hijos jóvenes. Ahorró para comprar la casa que alquilaba, pero cuando su marido le pidió que lo ayudara a montar un negocio de carros usados, ella le entregó todos sus ahorros. Solo para ver cómo él los perdía hasta el último centavo. Poco después, hicieron un robo en el salón y ella sospechó de una manicurista.

Me susurraba todo esto de manera confidencial, su cálido aliento en mi cuello, sus pechos en mi espalda. Sentí que debía

corresponderle, y entonces le confié que Marta me venía dando largas, posponiendo siempre el embarazo.

Marcela escuchó atentamente, con las tijeras detenidas. Su afán por conocer los detalles era tan poco sutil como su rubor.

«Le dije que no podía esperar más».

Qué lástima, dijo Marcela. Un señor tan amable y respetable como yo, que con seguridad sería un padre maravilloso, privado del regalo más bello de la vida.

Un día admitió que espiaba a su marido. Lo siguió a una discoteca y lo pilló con una manicurista, la misma a la que culpaba del robo. Se abalanzó sobre esa malparida —demasiado joven, con tatuajes y piercings— y la tiró a la pista de baile. Todos gritaron y retrocedieron. El reguetón continuó retumbando. Las dos mujeres seguían agarradas cuando llegó la patrulla.

Se le dilataron las fosas nasales al contarlo.

Una parte de mí se sorprendió por lo que ella había hecho. Pero otra parte sentía que podría hacer aún más.

***

Vuelve a mirar a la ventana.

«Y ahora, imagínese, no quiere que me vaya —su voz destila sarcasmo—. No quiere matar a la gallina de los huevos de oro».

Con las tijeras apuntándome, me muevo inquieto. Hilos de sol penetran por los bordes de las cortinas. Un ventilador recicla el aire estancado.

Contemplo el espejo que me conoce tan bien. Ningún espejo revela tanto como el de la peluquería. El espejo del almacén lo miras

de paso. Al del baño lo aprendiste a engañar. Pero el espejo de Marcela escudriña tu alma. ¿Será la calidad del cristal? ¿Es de mayor resolución? No hay defecto tuyo que pase desapercibido. Todos los estragos de los años. Desconcertado, desvías la mirada. Pero cuando vuelves a mirar, es aún más cruel.

Cada mes, durante veinte años, has tenido que afrontar este juicio. No puedes cerrar los ojos porque sería descortés. Así que tienes que mirar a Marcela: la diva del retrato y la estilista acabada con sus dedos en tu pelo.

Pero ¿quién eres tú para decirle acabada? Mírate bien en el espejo.

***

«¿Nada del bebé?», preguntaba Marcela.

Negabas con la cabeza. «Me mantiene a oscuras sobre sus ciclos. Por lo que sé, está tomando anticonceptivos».

«Exactamente», dijo Marcela.

«Al fin la convencí de que fuera donde un especialista. Pero el día de la cita se echó para atrás. Me llamó desde la casa de su hermana y le dije que se quedara allá, que yo necesitaba pensar en el futuro de nuestra relación».

«¡Muy bien!», dijo Marcela. Nuestras miradas se encontraron en el espejo.

***

El siguiente mes, Marcela me preguntó: «Qué pasó. ¿Tu esposa regresó a casa?»

«No —dije—. Se fue a Bogotá. A estudiar actuación».

«¿Cómo así? ¿Y qué piensas?».

«Si eso es lo que necesita hacer…».

***

La siguiente cita, mientras Marcela acomodaba mi silla, me dijo que quería presentarme a alguien. Antes de poder objetar, vi a una mujer bajar las escaleras: su hermana, recién llegada de Bogotá, con las heridas de un divorcio desagradable. Aunque tenía un ligero parecido, eso era todo. Detectó rápidamente mi falta de interés y pasé todo el tiempo intentando remediar las cosas.

***

Unos meses después, Marcela me preguntó sobre las últimas noticias de Marta.

«Regresó», dije.

«¿Cómo? ¿Qué dijo?».

«No mucho».

«¿Cómo le fue con la actuación?».

«Nunca fue muy buena para compartir sus sentimientos conmigo».

«¿Quiere decir que las cosas podrían no funcionar?».

***

No mucho después le di la noticia: Marta estaba embarazada.

Marcela pareció desconcertada. «¿Qué va a hacer usted?».

Le dije que no sabía, pero la mantuve informada. Fueron nueve meses brutales, con Marta nauseabunda e irritable, como si tuviera rabia conmigo. Viví con un temor constante de que perdiera a la bebé. Marcela escuchaba con atención. Me tranquilizaba y recomendaba brebajes. Pero al final, Olivia nació sana. Por fin, yo era padre. La larga espera para serlo hizo que fuera más grato.

Pronto, yo estaba empujando su cochecito por el barrio, que ahora, con su llegada, sentía más como mi hogar. Pasamos por las modestas casas encaladas a lo largo de las calles arboladas. El vigilante, don Gonzalo, hacía sus rondas cantando: «Me dejaste / con la puerta abierta. / Me dejaste / con la puerta abierta». Para impresionar a Olivia, blandía su bolillo y recreaba sus altercados con bandidos.

Mi celebración favorita era la Noche de las Velitas, cuando un mar de llamas diminutas me producía una sensación de serenidad. Qué bonito, les decía a los vecinos cuando pasábamos. Tendían a considerarme amablemente distante, pero me perdonaban porque habían tenido sus roces con Marta.

Por impulso, pasé por el salón de Marcela. Consideré el riesgo y creí que Olivia no me delataría. No es que Marta se hubiera puesto celosa, pero habría sido algo más para usar en mi contra. Estaba sentada en la entrada con sus dos hijos, iluminados por una miríada de llamas titilantes. Hizo un alboroto al ver a Olivia y cantó alabanzas a su padre. Luego le dio una colombina y le dijo que fuera a visitarla.

Varias veces la llevé. Se paraba a mi lado para observar de cerca y le preguntaba a Marcela por lo que estaba pasando. Luego aceptaba la colombina.

A veces iba al salón después de discutir con Marta, con quien había dejado de compartir la cama. Me quejaba de que ella intentaba poner a Olivia en mi contra. Durante mucho tiempo me había impedido tener un hijo y ahora quería distanciarnos.

Por eso agradecía la animada charla de Marcela y el consuelo de sus manos comprensivas. Pero había otra cosa, algo más visceral. Una frescura en la voz, una picardía en su actitud y ese curioso contacto que hacía con sus senos. Me entretenía con historias de sus aventuras juveniles e insinuaba cosas que no contaba. Mi mirada se desviaba del retrato idílico a la esteticista ajada en la que se había convertido. Aunque ya no era una diva, seguía siendo atractiva y, al parecer, dispuesta. A veces sentía, debajo de mi capa, una conmoción innegable.

En esos momentos, yo pasaba por alto sus aspectos lamentables: su volatilidad, su crudeza y su indiferencia ante los límites de la paciencia de su oyente. Por no hablar de su creencias en adivinas y brujas.

Pero estas debilidades eran compensadas por su eterna devoción. «A todos les hablo de mi ilustre señor Trey, y les muestro la revista que usted me firmó».

Mi sonrisa no estaba motivada por sus halagos, sino por la sospecha de que ella nunca había leído una sola palabra mía. Sus lecturas se limitaban a las atrocidades del *Q'hubo*.

«Usted es un padre maravilloso —me decía cada vez que yo hablaba de Olivia—. No como ese perdedor con el que me encarté.

¿Cómo pude enamorarme de semejante vago? No me da ni un peso ni mueve un dedo para ayudar a criar a los niños. Con razón salieron delincuentes. Pasa todo el tiempo con sus mozas».

Sus ojos ardían en el espejo. «El viernes lloré hasta quedarme dormida. Cuando llegó a la casa, le di una paliza. Se arrastró por el piso y prometió cambiar».

Negó con la cabeza. «Lo que me enfurece es que no se le notan los años. Y mire el desastre que han hecho en mí».

***

Con el tiempo abandoné mis votos nupciales, pues habían perdido todo vestigio de significado. Llegaba a mi corte con olor a humo de bar y sin darme cuenta, todavía llevaba la pulsera del burdel. Noté cómo me miraba Marcela.

Una tarde le dije: «Uno puede llegar a enloquecerse si no tiene alguien a quien abrazar».

«Lo entiendo, don Trey».

«Especialmente cuando a uno le preocupa no contar con alguien de nuevo».

«La otra noche él se comportó como si me quisiera».

«Leí que la gente que vive sola muere siete años más temprano».

«¿Acaso él cree que me resignaré como antes? —Sus labios pintados de rojo se abrieron en una sonrisa—. La hechicera me dio un brebaje».

***

Un día en que la tensión en casa estaba en su apogeo, llamé a Marcela para decirle que iba para allá.

«No —dijo—. No puedo atenderlo».

«Entonces, ¿cuándo?».

«Mañana no puedo…».

Clic. Le colgué. Un apretón del pulgar; firme, decidido y gratificante… al principio. Pero luego me sentí mal. No acostumbraba colgarle a nadie. ¿Debería llamarla y disculparme? Pero eso sería admitir que lo había hecho a propósito. Mejor comportarme como si la llamada se hubiera caído.

Una semana después la saludé con cariño, pero no me miró a los ojos.

«Eso me dolió mucho, don Trey. Pensé que usted era distinto».

Mi cara de inocencia no fue convincente. En un arrebato de disgusto, yo la había decepcionado. La había tratado como a una mera prestadora de servicios que debía permanecer a mi disposición. En un instante, había caído de mi pedestal. Había demostrado ser indigno de su estima.

Después de eso se volvió hosca y distante. Se acabaron los mimos y los comentarios coquetos. Me trataba como a un cliente cualquiera. Mi penitencia fue tener que mirarme en el espejo.

***

Al cabo de unos meses se fue a Miami, un lugar con el que siempre había soñado. «Si él puede darme la espalda, yo también», dijo.

Después de su partida, ensayé en otros lugares, pero los resultados fueron decepcionantes. Empecé a usar una gorra en la calle. Llamaba cada mes para ver si ella había regresado.

Y de pronto volvió, llena de historias. Había viajado por toda la costa hasta Nueva Jersey, donde conoció a un joven instructor de taekwondo.

«Me decían asaltacunas —dijo riendo—. Vendrá a visitarme pronto».

La siguiente vez que la vi, se puso a llorar. El instructor le había incumplido y el salón, durante su ausencia, había quebrado. Le habían cortado la luz y los cobradores la acosaban. Todo ese tiempo su marido estuvo con la moza, y ahora la sinvergüenza estaba embarazada.

Se secó las lágrimas. «Lo eché, esta vez para siempre. Veinte años y me deja sin nada».

Cuando la llamé de nuevo, su voz sonaba rara. Pero yo ya estaba en la silla antes de poder identificarla.

«Espera», dije mientras su hermana prendía la máquina.

Ni un atisbo de reconocimiento cruzó su rostro. «Marcela está mal. La estoy cubriendo».

«¿Qué le pasa?».

«¿Cómo quiere que se lo corte?».

***

Una vez más, Marcela mira hacia la ventana. Está demacrada y agotada, pero impávida.

«La semana pasada, esa descarada tuvo a su bebé».

«No puedo creer que te vayas, Marcela».

«Lo peor es el dominio que tiene sobre los muchachos».

«¿No vas a extrañar el barrio?».

«Mis hijos sabían todo sobre ella y no dijeron nada».

«Parece que ya no volveré por acá».

«Y ahora está allá con ella, con su otro hijo, su mamá y la bebé».

«Eres el último vínculo que tengo con este lugar».

«Por fin —se ríe mordaz—, le va a tocar trabajar».

«Olivia está viviendo con su madre».

«Por eso le asusta que me vaya».

«Su madre dice que Olivia no quiere verme».

«Tuve una pelea con mi hijo mayor».

«Sé que no es cierto».

«Su papá se quedó mirando y no hizo nada».

«Ya casi es su cumpleaños».

«Lo voy a denunciar».

«No sé qué voy a hacer».

«El malparido se llevó todo lo mío».

Un carro se detiene y se oyen pasos rápidos en la gravilla. Luego se escucha un golpe en la puerta. Tengo la sensación de que no debería haber venido. Marcela parece despreocupada.

Los golpes se hacen más insistentes. Finalmente se detienen. La gravilla cruje y el carro se aleja.

«Voy a extrañar tus cortes».

«Mmm».

«¿Qué harás allá?».

«No estoy segura. —Cepilla mi capa y la retira—. Empezar de nuevo, supongo».

Me levanto y me miro en el espejo. Luego le paso unos billetes. Por un momento creo que los va a rechazar. En cambio, sonríe levemente y me aprieta la mano.

«Gracias, don Trey. Cuídese».

«Tú también, Marcela».

Salgo al resplandor sintiéndome observado. El asiento del carro me quema como una plancha. Dándole una última mirada al salón de Marcela, recuerdo la primera vez que fui.

Paso por el apartamento donde vivía en aquel entonces. El vigilante de la esquina no me parece conocido. Al pasar por las acacias donde empujaba el cochecito de Olivia, veo que nuestra casa está en venta.

Hay otros barrios, me digo. Hay otras peluqueras.

Legado

Un hombre con *Raúl Ortiz* en la placa de su camisa espera en el vestíbulo del resort. Es bajito, de cara redonda, con una calva y unas arrugas de preocupación que lo hacen ver más viejo de lo que es. Reconozco su voz por la llamada que me despertó al amanecer.

«Llegamos tarde de Colombia», le digo buscando una disculpa.

«Como le dije —prosigue Raúl—, les estamos informando a los propietarios sobre las atractivas ofertas que tenemos en Summer Bay».

La palabra «propietario» es hiperbólica, ya que el tiempo compartido limita el uso de la «villa» a solo una semana cada dos años.

«¿Vive en Colombia?», pregunta Raúl con tibio interés.

«Sí, mi esposa es colombiana. Tengo una hija de tres años que no quiere hablar inglés».

«Sé a qué se refiere. Soy puertorriqueño, mi esposa es coreana y mis hijas no hablan español».

Ahora que hemos establecido un tenue vínculo latino, Raúl deja a un lado las formalidades. Señala una mesa de refrigerios que había promocionado como el «desayuno continental de cortesía».

«¿Quiere algo de esto?».

«Solo café», digo.

Me lleva a una pequeña mesa redonda, una de muchas en el amplio salón. En cada una, un agente de ventas engatusa a posibles

inversionistas. Espero que este informe sea breve. Estoy ansioso por volver con mi hija. Vi este viaje como una oportunidad para acercarme más a ella. Quiero hacer algo para que su madre no la domine tanto. Es la primera visita de Olivia a Estados Unidos, y también la primera que hago desde que murió mi madre.

***

«Como sabe —dice Raúl—, Summer Bay fue adquirida por Exploria, así que tenemos que actualizar su plan. Veamos, usted compró esta unidad… ¿cuándo?». Mira una hoja impresa.

«Mi madre la compró hace varios años. Tras su muerte, mi hermana siguió haciendo los pagos. Pero cuando sus hijos dejaron de ir a Disney, se volvió una carga. Así que acepté encargarme de ella».

Los resorts alrededor de Disney son perfectos como postales: palmeras, jardines tropicales, lagos artificiales. Pero todo es una fachada. Bajo la capa de calma y belleza acecha algo cenagoso y siniestro.

El año pasado, un socavón gigantesco sepultó el edificio de al lado. Cuando comenzaron a romperse los vidrios y a resquebrajarse las paredes, la gente salió gritando. Treinta turistas, muchos de ellos semidesnudos, fueron evacuados minutos antes de que se derrumbara.

Hace unos días, en un hotel de Disney, una niña fue atacada por un caimán. Caminaba con sus padres por la orilla del lago cuando la bestia apareció de la nada. Su padre resultó herido en un frenético intento de salvarla.

Entre los folletos que nos dieron hay uno titulado *Precauciones con los caimanes*. Ofrece consejos amables como:

- *No les dé alimentos*.
- *Si ve uno, mantenga una distancia de veinte metros*.

La sonrisa de Raúl es más bien una mueca. «Seré sincero. Usted tiene una cuenta de dinosaurio». Su voz expresa decepción y pesar, aunque sus ojos parecen centellear.

«Las cosas han cambiado mucho desde que su madre compró la propiedad… ¿Cuándo fue?».

«En 2002, poco antes de su muerte».

Por supuesto, no pude evitar pensar en su razón para comprarlo: impresionar al «encantador caballero» que había conocido en Senior Mates. Para demostrar su espontaneidad y para tener alojamiento cuando quisiera hacerle una visita.

Me siento un poco incómodo por quedarme en su nido de amor.

***

«Le va a gustar el nuevo plan —me asegura Raúl—. ¿De cuánto son sus cuotas anuales?».

«Demasiado altas —refunfuño—. Por ese dinero, yo podría…».

«¿Alojarse en el Waldorf Astoria? —Se ríe entre dientes—. Creo que puedo ayudarle a rebajarlo».

«¿En serio?».

«Ofrecemos membresías Plata, Platino y Premium. Usted acumula puntos canjeables por alojamiento, parques temáticos…».

Vuelvo a pensar en Olivia. Prometí llevarla a nadar. Pero no puedo dejar de pensar en el caimán. Los equipos de rescate emprendieron una búsqueda a gran escala con helicópteros, drones y un equipo de buzos. Capturaron siete caimanes y los abrieron para mirar en su interior.

Mientras saco mi teléfono, recuerdo que no tengo servicio internacional de llamadas.

«… acceso ilimitado a destinos en todo el mundo…».

«¿No se reservan con otra agencia?».

«Nuestro sistema de puntos le da créditos para viajes internacionales, además de entretenimiento y otras comodidades. El Plan Plata…».

«Espera, *hombre* —le digo, cambiando a español—. Vine aquí para estar con mi hija. ¿Puedes ahorrarte los rodeos e ir al grano?».

La cara de Raúl se nubla. Sus arrugas de preocupación se hacen más profundas. Lentamente, subraya una cifra: 36.736 dólares.

«¿Qué es eso?».

«El costo».

«No puede ser. ¿Tengo que pagar 36.736 dólares? ¿No dijiste que querías ayudarme?».

Raúl infla el pecho. «Hombre, esto no es la Cruz Roja».

***

El romance a distancia de mamá se encontró con un bache cuando el seductor le sacó un préstamo. Y cuando siguió postergando los encuentros, ella condujo hasta Daytona y se apareció en la casa de su hermana. Con la tenacidad de un fiscal,

descubrió la verdad: el caballero estaba prácticamente en bancarrota y vivía de sus amigas virtuales.

Recordé aquella vez que me lo contó. «¿Cuánto le diste?», le pregunté sin rodeos.

«Le di un poco —reconoció—. Pero hablé con mujeres que le dieron mucho más».

***

«Espere aquí», dice Raúl, dirigiéndose a una oficina acristalada semejante a un terrario. En un escritorio está un hombre de pelo engominado y ojos separados, de reptil.

Me levanto para irme. Pero Raúl viene corriendo, y agita alegremente el impreso. «Convencí a mi jefe para que baje el precio».

Encima de la primera cifra, 36.736 dólares, hay otra: 29.692 dólares. También la subraya. Cuando cojo el papel, me lo arrebata.

«Seamos francos —dice, sonriendo ferozmente—. Su madre compró este tiempo compartido por diez mil dólares».

Unos *miserables* diez mil, da a entender con las cejas. Primero soy un dinosaurio y ahora un tacaño.

«¿O sea?».

«Hay que actualizar su contrato».

«¿Y si me niego?».

Su calva brilla mientras mira a su jefe, que se escarba los dientes con elaboradas contorsiones faciales. Al parecer, le dio una orden al personal: «¡Suban a bordo a todos los dinosaurios!».

«Mi hija me está esperando. Tengo que irme —le digo con tono decisivo—. Mi madre compró esto por capricho. La escritura ni siquiera es para una unidad específica; te meten en cualquiera que esté disponible. Las cuotas se disparan cada año y los recargos son inexplicables. Mi hermana intentó venderla, pero el valor de reventa es nulo. Incluso intentó *devolverla*, pero la amenazaron con una demanda. En otras palabras, estamos jodidos. Y nuestros hijos también, por siempre. Esto es una estafa».

Con expresión acorralada, Raúl mira a la criatura del pantano.

«Un momento —dice en tono apaciguador—. Usted está desactualizado. Ahora las cosas son distintas. Hoy en día hay una nueva concepción de la propiedad. Lo que proporcionamos es tiempo. Tiempo para compartir con los suyos, momentos de calidad para reforzar los lazos familiares. Acéptelo, está aquí porque su madre compró el tiempo compartido. Ella quería mantenerlo conectado a sus raíces. ¿No quiere lo mismo para su hija?».

***

Después de veinte horas extenuantes, los buscadores encontraron los restos de la niña. Se dieron pocos detalles, lo que parecía prudente. Pienso en esos pobres padres que querían darle un regalo especial a su hija. Un viaje al Reino Mágico, con sus castillos de cuentos de hadas y sus adorables personajes de dibujos animados. ¿Qué podría salir mal? Pienso en ese padre, revolcándose en el agua, enfrentándose a la bestia que devoró a su hija. Y luego flagelándose para siempre por no haber podido salvarla.

***

Raúl se inclina para dar el puntillazo final. «¿Acaso su hija no necesita un vínculo con su patria? ¿Para que cada vez que venga se acuerde de usted?».

«¿Así como yo me acuerdo de mi madre?».

«Exactamente —dice, sin notar la ironía—. Es un resort espectacular a las puertas de Disney. Al final, ¿qué importa más que lo que sus hijos piensen de usted? ¿Cuál es el legado para su hija? ¿Qué le va a dejar?».

***

Afuera, el sol es implacable. El aire es húmedo y denso. El vapor que sale del parqueadero hace difícil encontrar el carro que alquilé. Paro a hacer unas compras, no en Winn-Dixie, sino en un mercado llamado Nuestra Tierra. Los clientes charlan en un español agradable y suena salsa por los parlantes, lo que me hace sentir en casa. Los canastos están repletos de mangos y cilantro, y el aire huele a plátanos fritos. Me quedo en la zona de charcutería escuchando a la gente y tardo un rato en irme.

***

En la cocina de la villa, Marta empuña un cuchillo afilado. Está picando cebolla larga y le falta el cilantro. Olivia, resplandeciente con su vestido de baño color zapote, está absorta en una película de Disney.

«¿Por qué tardaste tanto? —me pregunta Marta—, Olivia lleva horas esperándote».

«Tuve que aguantar una perorata tediosa. Diseñada para presionarme hasta la sumisión. Me dijeron que sería un tonto si no actualizaba mi plan».

«¿Qué?, ¿a uno *más* caro?».

Le paso el contrato.

Cuando empieza una propaganda, Olivia se acerca. El gorro de baño le arruga la frente.

«¿Qué es eso?», pregunta en español.

El Día del Padre

Estoy leyendo un libro en la hamaca cuando se oye el golpe de la puerta principal. Marta sale al patio con Olivia.

«La casa es un desastre —se queja—. No has hecho nada».

«Cortaron el agua», le digo en un tono más conciliador que defensivo.

Marta se exaspera. «Yo me mato y tú no haces más que holgazanear».

Incitada por el furor de su madre, Olivia se une a la refriega. «¡Mía, mía!», grita con su vocecita aguda.

Estoy confundido.

«Esa almohada para el cuello —me la arrebata Marta—, ¡es de ella!».

«¡Ay, perdón!», digo, cayéndome de la hamaca. Me agacho para abrazar a Olivia.

«¡Papá, no!», protesta, apartándome.

Entonces veo la torta, que ya no me van a ofrecer, y recuerdo que hoy es el Día del Padre.

***

El día siguiente es festivo. El Día del Sagrado Corazón, para precisar, aunque pocos colombianos podrían decírtelo.

«Hoy eres responsable de Olivia —dice Marta—. Voy a verme con Nico».

Nico es ese amigo que conoció antes de casarnos, abogado de una familia prominente.

Olivia tiene una camiseta estampada con una princesa, jeans con bordados y tenis rosados fosforescentes. La gente dice que se parece a mí: ojos avellana, pelo y piel claros. «Si hubiera sabido que se parecería a mí —bromeo—, no habría elegido a mi esposa por su aspecto».

Apenas salimos cuando Olivia comienza: «¡Papá, no! ¡Quiero mamá!».

Intento una táctica de distracción: «*¡Look, a bird!*».

«¡Un pájaro!», me corrige.

La gente dice que yo debería hablar con ella solo en inglés, y Marta en español. Suena bien, pero resulta problemático. Como soy el único que habla inglés, me superan en número. Por lo tanto, Olivia habla de manera entrecortada con un fuerte acento español: *guán, tú, tri*. Y últimamente no habla inglés en absoluto. Ya entiendo el término «lengua materna». Me siento como un extranjero en mi propia casa.

«Nos vamos a divertir», le prometo a Olivia mientras caminamos por la hilera de casas pintadas con cal. La calle bordeada de acacias está animada por voces y por los cantos de los pájaros. Una calle agradable, un día soleado. Inspirado, anuncio: «*I'm going to take you fishing!*».

Olivia responde con la mirada perdida.

«Ella no me entiende —me quejo con un colega que crio hijos bilingües—. Y hay cosas que necesito decirle». «Solo inglés», me

insiste. Y Marta acepta, aunque, sospecho, con un motivo ulterior.

Pisoteo una vaina y hace un crujido agradable. Olivia hace lo mismo y suelta una risita. Se acuclilla y la inspecciona con gran interés.

«Se convertirán en retoños —comento—. En arbolitos».

Finge no oírme y sube al andén. Arriba, abajo, arriba, abajo, con su pancita por delante.

Ella estaba progresando con el inglés hasta el día en que le di patadas a la puerta. En el fragor de una discusión, Marta me entregó a Olivia y se encerró en el cuarto. Olivia empezó a llorar. Le supliqué a Marta que saliera. Cuando se negó, la tildé de pasivo-agresiva. Le dije que no era justo hacer llorar a Olivia. Con mi hija en brazos, yo no podía tocar la puerta con las manos, y entonces le di algunas patadas. Y, para mi asombro, la tumbé. Creía que eso solo pasaba en el cine.

El rostro de Marta se retorció por la rabia. Me arrebató a Olivia.

«¿Estás loco? ¡Casi me matas!».

«Lo siento —dije—. No le di duro. ¡Esta puerta es una porquería!».

«Díselo al juez —gruñó Marta—. ¡Lárgate ya!».

Me estremezco cuando Olivia recorre el andén. Me duele que haya visto eso. Otro error así y podría perderla definitivamente. Y entonces sería otro padre ausente, alejado para siempre de mi hija. Marta diría que lo merecía porque lo único que me importaba era mi trabajo. Llevaba años escribiendo un libro titulado *La caña de azúcar: una historia amarga.*

A Olivia le tiembla el labio. «Quiero mamá».

«*Come on* —le digo—, *I'll buy you a sucker*». Cuando se queda callada, cedo: «Un bombón».

Por un segundo parece confundida, luego sus ojos cobran vida.

En San Andrecito hay locales con electrodomésticos y ropa de contrabando. La ropa apretada de las mujeres resalta sus figuras extravagantes. Hasta los maniquíes tienen curvas voluptuosas.

Una multitud está viendo a un payaso hacer malabares. Pero no es un payaso alegre. Está vestido de negro y tiene boca de lobo. Su cara está pintada de blanco y sus ojos están desorbitados. Olivia se queda embobada. Lo que ve no es un hombre disfrazado, sino otro tipo de ser.

Con la mirada fija en Olivia, voy a sacar plata del cajero. No parece notar mi ausencia. En un impulso, me escondo detrás de una columna para ver su reacción cuando descubra que no estoy.

«Hola, Trey», dice alguien. Es la esposa de un colega. Hablamos brevemente. Cuando miro de nuevo, la multitud se ha dispersado. El payaso ya no está y Olivia tampoco.

Con el corazón a mil, corro de un puesto a otro y subo corriendo por la escalera eléctrica que baja. Arriba, abandono toda pretensión de calma. Reacio a admitir que he perdido a mi niña, pregunto frenéticamente por el payaso. Los vendedores se quedan perplejos. ¿Por qué tanta desesperación por encontrar a un payaso? Apresurándome como quien llega tarde a un vuelo, veo a unas mujeres que consuelan a una niña.

Es Olivia.

«¡Papá! —grita—. ¡Me dejaste!».

Las mujeres me miran y no ocultan su desdén.

***

Olivia quiere otro bombón.

«*Sweetie*, no es bueno comer tantos dulces».

«Otro», suplica, y me rindo.

Un mesero corre gritando: «¿Hay un médico aquí?».

Olivia pregunta qué pasa. Sigo al mesero con la mirada.

«Alguien se enfermó», le digo, arrepintiéndome de inmediato. Olivia quiere investigar.

«*Baby*, ¿te gustaría que te miraran cuando te sientes mal?».

«Vamos», dice, jalándome el brazo.

«Ve tú, entonces».

Zigzaguea entre la gente mientras yo la sigo a la distancia. En el piso, una señora bien vestida está tendida bocarriba. Una mesera la abanica con un menú. Olivia se acerca a ella y regresa con mil preguntas.

«Se desmayó», le explico.

«¿Está muerta?».

«No, está enferma».

«¿Por qué?».

«Comió demasiados dulces».

***

«¡Taxi!», grito, extendiendo mi brazo.

«¡Taxi!», me imita Olivia.

Siento una pequeña sensación de triunfo, pero luego me doy cuenta de que la palabra es la misma en español. Cuando salimos de la ciudad, llamo a Marta. Siento que debo decirle adónde vamos,

aunque sé que no le va a gustar. Porque no fue idea suya y porque subestima mis aptitudes como padre.

Marta habla con alguien y luego dice: «Nico conoce un sitio que se llama Doña Inés».

Un golpe de suerte: al abogado le gusta pescar.

De camino, pasamos por infinitos cultivos de caña. Es un cultivo, escribí, que «se produce en exceso, consume demasiada agua y genera ganancias para relativamente pocos».

Envié mi libro con grandes expectativas, pero entonces estalló el bombardeo de rechazos. Fue una muerte lenta y agónica. Solo quedaba una posibilidad: una editorial académica de Wisconsin. Estaban «bastante interesados» y pensando en una decisión.

Aunque intenté contener mi emoción, no podía dejar de pensar en cómo celebrarlo. Un día, en el supermercado, me quedé mirando un estante con sardinas, mejillones y… caviar. Parecían requerir una ocasión especial. Y mientras más esperara, más especial debía ser.

Me quedé mirando los frascos, con el corazón acelerado. Luego observé a ambos lados y los metí en el carrito. Corrí a casa y los guardé en un gabinete detrás de una botella de ron jamaiquino.

El rechazo de Wisconsin provocó en mí una noche oscura del alma. No se lo dije a Marta porque yo sabía que ya no le importaba. La respuesta llegó el día que tumbé la puerta.

Olivia observa un rebaño de vacas escoltadas por nerviosas garzas blancas. «No quiero pescar». Se cruza de brazos.

«¿No quieres *pescar*?», digo con aire de asombro, y empiezo a hablar con alegría de cuando pescaba con mi padre. La emoción de estar en el lago con él. El júbilo al ver el corcho hundirse. La euforia cuando el carrete empezaba a rechinar…

Olivia escucha con velado interés. «¿Tu papá? ¿*Where is* tu papá?».

Tomo nota del inglés. «Está muerto».

Últimamente le intriga el tema de la muerte. Al ver a Simba, en *El rey león*, intentando despertar a su padre asesinado, me preguntó si el padre se despertaría. «No, mi amor. Está muerto». Luego, cuando el padre, como el rey espectral de *Hamlet*, aparece para pedirle a Simba que vengue su muerte, Olivia gritó: «¡Pero dijiste que no se despertaría!».

***

Un letrero rudimentario dice *Doña Inés*. Seguimos por una trocha entre malezas y matorrales. Al son de las chicharras, una iguana pasa correteando. Un bichofué grazna insistentemente su nombre. Señalo los colores vibrantes de los colibríes y las mariposas, y observo que los tonos de la naturaleza son imposibles de replicar.

Una mujer robusta con vello facial nos entrega cañas, un balde y un bloque de masa amarilla. El estanque, ancho y turbio, está rodeado de ceibas gigantes. Varias personas pescan en las orillas. Elijo un lugar al lado de una pareja que está sentada en un tronco junto a un bote de remos. Preparo un anzuelo para Olivia. Para disimular su alegría, se tapa la boca.

«El agua es profunda —le digo—. Debe haber todo tipo de criaturas ahí abajo: ranas, tortugas, cangrejos, culebras».

Olivia reflexiona. «¿Dónde duermen?».

«Buena pregunta», digo, avergonzado por no saber. Pero no es la única deficiencia que ella va a descubrir. Esperaba que quedara

impresionada con mi libro y redujera un poco la influencia de su madre. Albergaba el deseo de que compartiera mis pasiones, que siguiera mis pasos y conservara mi legado. Pero ahora…

Olivia está concentrada en el corcho. Es como si tratara de moverlo con su mente. Y cuando no lo hace, se aburre. Suelta la caña y juega con la masa, haciendo bolitas grasientas.

«No te limpies en la ropa, corazón».

Cuando se rasca la pierna, noto las ronchas: una constelación de picaduras rojas. Olvidé traer el repelente. Y la loción de calamina. «Marta me va a matar», digo.

Olivia tira una bola de masa al agua. «¡No pelees con mi mamá!».

Me encojo al recordar la puerta derribada. «Lo siento».

No es difícil imaginar lo que Marta le cuenta a Nico. Él olerá sangre en el agua y se ofrecerá a «ayudar». Hace años, yo podría haber sentido celos. Ahora lo único que me importa es Olivia.

El corcho comienza una lenta pirueta. Luego, en un instante, se hunde. Le paso la caña a Olivia. «¡Agárrala fuerte y sácalo!».

Agarra la caña con decisión, pero pronto el nailon se afloja.

«*Wow, that was a whopper!* La próxima vez lo atrapamos».

«*A whopper!*», repite.

La pareja nos observa con ternura. Me siento en el balde y pongo más cebo. Desde una rama alta, un gavilán lanza un potente chillido. Con su poderosa visión, nos contempla.

«Qué pesar que no conocieras a mi padre».

Olivia observa su corcho.

«Siento que está aquí con nosotros».

Se gira hacia mí y me mira.

Me río y le explico en español: «No, no creo en fantasmas. Para mí, cuando morimos, es el fin. Pero seguimos vivos en la mente de las personas que nos quieren. Pienso en mi padre todo el tiempo. Tal vez cuando me muera, a veces pensarás en mí».

Olivia baja la mirada y reprime una sonrisa. Una suave brisa ondula la superficie del estanque y mece el viejo bote de remos. Olivia se acerca e intenta subir. Para disuadirla, sugiero que miremos los peces que sacó la pareja.

La mujer, delgada y simpática, nos muestra su balde. Dos tilapias grandes con aletas que apenas se mueven y branquias que se abren y se cierran. Olivia mete la mano.

«Cuidado, amor. Las aletas chuzan».

«Pueden llevárselas si quieren —dice la mujer—. La tilapia frita es sabrosa».

«Gracias —respondo—. Seguiremos intentando. Es la primera vez que Olivia pesca».

«Toma, preciosa —dice la mujer—, esta caña da suerte. Te mostraré dónde pescar».

Caminan hasta el agua y el hombre me hace un gesto para que me siente. Caemos en la charla relajada de los pescadores: la mejor temporada, la mejor hora, el mejor cebo para cada pez. Entonces el hombre saca algo del bolsillo.

«¿Quieres acompañarme?».

Sonrío. «Me siento tentado, pero no, gracias».

El hombre, que se llama Carlos, prende el bareto y habla de su esposa. Es enfermera geriátrica, y él era cortero de caña. Pero cuando empezó a tener problemas en el codo y la muñeca, la

empresa lo echó. Igual que a los trabajadores con los que hablé para mi libro.

«A lo mejor —le digo— le doy un pitazo».

Carlos se ríe amigablemente.

Aspiro profundo, con los ojos fijos en Olivia. De la copa de un árbol llega el toc-toc de un pájaro carpintero. «Andrea es buena con los niños», dice Carlos. «Tenemos dos hijos mayores».

Le digo que Olivia es mi única hija y que yo creía que nunca sería padre. El sol se oculta detrás de un cúmulo de nubes grises. Andrea se acerca para dar una fumada. Percibo la química entre ellos y siento una punzada de envidia.

Entonces oímos un grito. El bote, con Olivia a bordo, se está alejando.

Corro a la orilla y extiendo la caña. Pero el bote se ha alejado demasiado.

«No te muevas, amor», le digo.

«¡Papá!».

La sangre me golpea los oídos. «Todo está bien. Quédate en el centro del bote».

Pero justo cuando digo esto, da un paso hacia mí. El bote se inclina y hay un chapoteo. En un instante, el agua me llega al pecho. El lodo viscoso se chupa mis zapatos y las algas me envuelven las piernas. Cuando doy otro paso, no siento el fondo. Esforzándome para mantener la cabeza por encima de la superficie mugrienta, fijo mi vista en el lugar donde se hundió Olivia. Me sumerjo, tanteando a ciegas en la oscuridad. Estiro la mano y siento algo carnoso: un dedo diminuto, una manito.

Tendida en la orilla, Olivia tose, expulsando agua. Con una mano sobre la otra, Andrea le presiona el pecho. No puedo creer lo que está pasando.

***

Carlos parquea su camioneta frente a nuestra casa. Apenas hablamos en todo el trayecto. El pelo húmedo de Olivia está pegado al cráneo. Una toalla envuelve su empapada camiseta de princesa. Pero mantiene los hombros derechos y mira al frente. Ensayo cómo se lo contaré a Marta. Doy las gracias a la pareja por el pescado.

La luz de la entrada está apagada, así que Marta no se encuentra en casa.

«Vamos a quitarnos esta ropa», digo con buen humor. La meto en la lavadora para deshacerme de las pruebas. Después de su baño, mientras la ayudo a ponerse la piyama, aprieto la nariz contra su cuello. Inhalo su frescor y la acerco a mí.

«No tan fuerte», dice Olivia.

La suelto. «¿Tienes hambre?».

«Cocinemos el pescado».

«Amor, ya es tarde».

«Quiero pescado».

«Está bien. Te enseñaré cómo los limpiaba mi padre».

La subo a una butaca para que vea mientras desescamo y destripo las tilapias. Resulta que la más grande tiene la barriga llena de huevas. Olivia está intrigada: ¿Cuántas hay? ¿Podemos comérnoslas?

«No, amor…». Entonces caigo en la cuenta. Saco los frascos de caviar. «Mira, *these are fish eggs*».

«*Fish eggs*», repite.

«Buena pronunciación», digo.

La puerta de un carro se cierra y me quedo paralizado. Pero solo son los vecinos.

Olivia examina los frascos.

«¡Listo! —le digo—. ¡Es hora de celebrar!».

Saco las galletas y abro el ron. Luego prendo una vela con aroma a eucalipto. Es la pequeña celebración que había imaginado.

Unto caviar en una galleta para Olivia. Luego veo cómo le da un mordisco.

«¿Te gusta?».

Arruga la nariz.

Me río y me meto una galleta en la boca. Mastico muy despacio para saborearla.

«Un día te va a gustar».

La noche de los Oscar

Estoy en calzoncillos cepillándome los dientes cuando veo a unos hombres afuera. Están midiendo el contorno del enorme samán. Uno de ellos escribe en un portapapeles y me mira.

Escupo crema en el lavamanos y me apresuro a salir, pero ya no están.

Las vacaciones llegaron y se fueron, aún más desalentadoras que de costumbre. La feria obtuvo un récord de baja asistencia. La cabalgata fue cancelada definitivamente. Demasiados borrachos se caían de sus caballos, se los robaban, o se comportaban indecentemente con las damas. Los vendedores de la Plaza de Toros se quedaron con montones de sombreros sin vender. Antes, las corridas de toros eran tan populares que todo el mundo las oía en la radio.

Mi casa es un palacio del desorden. Ropa sin planchar, pisos sin trapear, botellas de vino vacías (que no saco debido a los vecinos). Volví a vivir aquí cuando Marta y Olivia se trastearon al otro lado de la ciudad.

Hace poco me dio un infarto. A los sesenta, mis días están contados. En palabras de August Wilson, justo antes de morir a los sesenta y uno: «Cuando llegas a cierta edad, debes estar preparado para irte en cualquier momento».

¿Estoy preparado para irme?

El colaborador de Wilson había muerto un año antes que él. En su obituario apareció una foto de ellos dos. «¿Por qué me incluyeron? —se quejó Wilson—. ¡Eso fue lo que le dio la idea a Dios!».

Estoy solo en las ruinas de esta casa sin terminar. En medio de la remodelación, Marta echó al constructor. Como lo recomendó un amigo mío, ella me culpó de sus errores. Además, dijo, nunca le gustaron los planos.

No podíamos estar de acuerdo en nada.

Una vez escogí una película para Olivia.

«No me gusta —dijo—. Es sobre pingüinos».

«A todo el mundo le gustan los pingüinos», insistí.

«Mamá, ¿te gustan los pingüinos?».

«No», dijo Marta.

***

Tropiezo por las grietas en el piso de cemento y paso por las tuberías retorcidas como intestinos. Aquí habría estado el jardín interior. Y allí, en el centro, la fuente con cascada.

Pero no todo es desolador. La semana que viene anuncian los nominados al Oscar. Es la temporada que espero todos los años, cuando puedo olvidar mis problemas y disfrutar el banquete de nuevas películas. No tengo mucho tiempo para escoger mis favoritas. Me siento como el crítico Roger Ebert, con el mundo esperando mi lista con ansias. Es un ritual que he practicado desde la universidad. Y ahora es el único que tengo.

***

«Cinta —dice Olivia, que está de visita. Sus mejillas y antebrazos brillan con escarcha—. Pásame la cinta, asistente».

«¡A sus órdenes!», respondo.

Cuelga el letrero brillante: *Jugos 1.000 pesos*.

«Muy bien, asistente. Tráeme los clientes».

«Con gusto, jefa».

Calle arriba, la vendedora de lotería conversa con el vigilante. Le paso a cada uno un billete de mil pesos. Mientras se acercan, Olivia baja la mirada. Presiona las comisuras de los labios con los dedos.

«Hola, Olivia. ¿Nos vendes un jugo?».

Ocultando su sonrisa de placer y timidez, murmura como si pensara en voz alta. Se me hincha el pecho de ternura.

«Habla más fuerte, amor —le digo cuando se van—. Tienes una voz hermosa. No te tapes la boca. Eso es para gente sin dientes».

Llega otra clienta y Olivia agrega su nombre a la lista. Le agradezco a la señora por colaborar.

«Papá —dice Olivia detrás de una mano ahuecada—, ¿no te da vergüenza hablar en público cuando no puedes pronunciar la palabra *colaborar*?».

***

Hoy se anuncian las nominaciones. Hay muchas películas que debo ver. Los estrenos llegan tarde a Colombia, así que debo recurrir a Pirate Bay. No es que me enorgullezca ser pirata. Con gusto pagaría si pudiera verlas a tiempo. La culpa es de los estudios. Estrenan las mejores películas justo antes de los premios. ¿Creen

que los votantes tienen memoria de pulgas? ¿O temen que ellos cambien de idea cuando pase la fanfarria?

Mi primera esposa, Angie, compartía mi pasión por el cine. Hablando de películas fue como aprendimos quiénes éramos. Cada año esperábamos con ansias la noche de los Oscar, cuando tomábamos vino y hacíamos barra por nuestras preferidas. No era la pompa lo que nos emocionaba, sino el talento artístico. Éramos jóvenes y teníamos grandes sueños. Los discursos de los ganadores nos conmovían hasta las lágrimas.

Cuando empezaron las peleas sobre dónde vivir, empaqué mis cosas y alquilé un cuarto. Permanecí acostado varios días en esa cama estrecha e incómoda, viendo las sombras trepar por las paredes. Entonces me acordé: ¡es esta noche! Corrí a casa y vi la premiación con Angie entre lágrimas por el vino. Sabíamos que sería nuestra última Noche de los Premios.

***

Por la mañana, los trabajadores regresan. Salgo gritando: «¡Ese es mi árbol!».

«Es demasiado grande para el barrio. Está destrozando la acera».

«Que se joda la acera».

«Además, podría caerse».

«No se ha caído en todos estos años».

«Es viejo».

Parecen acostumbrados a los quejosos. «Está en terreno público», me recuerdan.

El samán es la razón por la que escogí este lugar. Sus ramas majestuosas se extienden sobre la calle. Sus raíces se aferran al suelo como dedos antiguos. Dicen que tiene más de cien años. Hace que esta casa modesta parezca grandiosa.

Estoy tan nervioso que casi llamo a Marta. Casi.

Cuando a Olivia le diagnosticaron ansiedad social, nos tomó por sorpresa. En casa, siempre estaba animada. Pero en la entrevista escolar, no pronunció una sola palabra. Condicionaron su ingreso a una terapia familiar.

Un día en el mercado la perdí de vista. Alarmado, corrí por los pasillos. Por fin, la encontré junto a una cajera intranquila.

«Dijo que buscaba a su papá. Un señor de bluyines y pelo blanco».

«¿Blanco?», le pregunté a Olivia más tarde.

«Mírate en el espejo», dijo.

«¿Ella es tu…?», pregunta la gente.

«Hija», digo para anticiparme.

Mi cicatriz del bypass es del color de la papaya y tan larga como un machete. Ya no puedo pavonearme en la piscina. Mi pelo y mis encías retroceden como la línea de la costa. Ronco como un búfalo y a veces hiperventilo. Al cruzar disparado una calle concurrida (una práctica lamentable pero habitual aquí), tengo la gracia de quien corre descalzo sobre rocas. Después de perder peso, por consejo médico, esperaba lucir más joven y saludable. En cambio, parezco un anciano flacuchento.

Cuando veo que un actor está envejeciendo, averiguo su edad. Si tiene más de setenta, pienso: *Se me está acabando el tiempo*. Si tiene mi edad, me pregunto*: ¿Parezco tan viejo?* Me inquieta un

poco nuestra conexión, pero en cierto modo es un consuelo pensar que partiremos juntos.

Desde la operación, tomo varias pastillas. Los diuréticos me hacen ir al baño de noche. A menudo, en medio de algún sueño inquietante. Cuando era joven, me fascinaba la interpretación de los sueños. Me parecía una visión de lo místico. Pero he concluido que los sueños se dividen en tres categorías: la búsqueda desesperada, la huida frenética y el misterio por resolver. Y todos surgen del mismo impulso: la urgencia implacable de orinar. Esta revelación puede desalentar a los místicos. A menos que represente el intento de huir de la muerte.

***

Buscar en Pirate Bay es como jugar en un tragamonedas. Es probable que pierdas, pero podrías sacar el premio mayor. Por eso siempre regresas.

La pista de ceniza alrededor del parque, normalmente dura como la arcilla, está tan polvorienta como la harina. Las hojas ahuecadas del samán gigante, que se encorvan con reticencia al primer indicio de lluvia, parecen caer a intervalos calibrados, como paracaidistas en un espectáculo aéreo. Y si descuidas tu jugo, las lagartijas te robarán un trago. Debes revisar tu vaso antes de llevártelo a los labios.

Los trabajadores están otra vez aquí, acompañados por un hombre con cara de supervisor. Aunque un poco más cordial, transmite el mismo mensaje: hay que talar el samán. Mis apelaciones a sus sentimientos —ecológicos, estéticos, incluso

personales— no sirven de nada. La única manera de revocar la orden, explica, sería responsabilizarme por cualquier daño.

«Mándeme el formulario», le digo.

***

Olivia escribe en un bloc con expresión decidida, dejando escapar gemidos tras el esfuerzo. Su caligrafía compensa el uso excesivo de mayúsculas y las colas truncadas de la p y la g.

ACUERDO

Prometemos no pelear. Olivia dibujará una línea en el piso que no podremos cruzar hasta que ella llegue del colegio.

*Papá*_____ *Mamá* _____

Me entrega el bolígrafo.

***

La adrenalina de la anticipación. El presentimiento de que esta será la mejor. Enardecido por las reseñas aduladoras, busco la película en Pirate Bay. ¡Y zas! Triple cereza. Tal como mis amigos que no pueden resistirse si hay coca en la casa, la veo de inmediato.

Es una película polaca sobre una niña criada en un convento. Antes de hacer sus votos, visita a una tía a quien no conocía. La mujer, bebedora, desilusionada y promiscua, le informa a la niña que es judía. Su familia fue asesinada por los nazis. Se embarcan en una

búsqueda para encontrar la tumba de su madre. Es una historia desgarradora y, de alguna manera, alentadora.

Tenía la esperanza de que Marta, como Angie, compartiera mi cinefilia. Le mostré las películas que más me gustaban porque quería que conociera mi alma. Verlas juntos en la cama bajo el samán desencadenó nuestros momentos más íntimos. Pero empecé a sentir que su interés en el cine estaba menguando. Me pregunté si su interés había sido genuino. Y pareció un presagio de cosas por venir.

***

Olivia está viendo *Jorge el Curioso*.

«Mira —le digo—, Jorge no habla. Solo hace gestos y sonidos».

«Como yo».

Todavía no entiendo por qué Olivia dejó de hablar. ¿Tendría que ver con su amigo Miguel? ¿El niño con el pelo rapado y una marca de nacimiento en la frente? Representó a José, y Olivia a María, en la obra teatral de Navidad. Durante una escena en el pesebre, Miguel gritó: «¡Abuelo!», y todos se giraron para verlo entrar. Resulta que Miguel tenía otra admiradora: Lucía, una paisa pecosa. Un día, la maestra le preguntó a quién prefería. Miguel dijo que a Lucía. Olivia estaba ahí. Fue por esa época cuando dejó de hablar.

«¿No hablas con tus compañeros de clase?».

Ella está recortando copos de nieve. «No hablo con nadie».

«¿Por qué no?».

«Pásame las tijeras».

«¿Extrañas a Miguel?».

«Me voy a casar con él».

Él le enseñó la letra de una canción: «Soy amigo del monstruo debajo de mi cama…».

«¿Pensabas que había monstruos debajo de tu cama?».

Se queda pensando «No. Zombis».

***

Hoy es el aniversario de su muerte. En esta fecha, el año pasado, poco antes de los Oscar, Philip Seymour Hoffman murió por sobredosis de heroína. Nunca me afectó tanto la muerte de un actor. Leí todos los artículos que pude encontrar. Un crítico lo llamó un artista que «hizo de la desdicha un encanto de ver».

Cuando Hoffman recayó después de décadas de sobriedad, su esposa lo echó de la casa. Alquiló un apartamento a pocas cuadras y veía a sus hijos todos los domingos. Ese sábado, a las 8:44 de la noche, le mandó un mensaje a su amigo: «¿Quieres venir a ver el partido de los Knicks?». El amigo le contestó a las 11:35. «Disculpa, estaba cenando. ¿Dónde estás?». No recibió respuesta.

Al día siguiente recibió una llamada de la esposa de Hoffman. No había ido por los niños. El amigo lo encontró tirado en el piso del baño, con una jeringa clavada en el brazo.

Yo soy ese amigo.

***

Pienso en la vejez cuando siento frío en las piernas. O cuando resbalo en la ducha. El optómetra dice que mi visión está cambiando. Y las plumas se salen de mi almohada. Es la que he

tenido desde siempre y ahora está inservible. Por la mañana encuentro plumas esparcidas por todas partes: en las sábanas, en mi pelo, hasta en mi boca. Aunque no encuentro ningún roto en la tela.

En el Parque Central hay un samán centenario. Lo llaman «El árbol del amor». Se cree que tiene los poderes de Cupido. Muchos paseos alrededor de su tronco han resultado en campanas de boda. Por eso, hay mujeres que rechazan las invitaciones a verlo. Y hay otras que invitan.

Llega una carta estampada con un sello. Estipula mi responsabilidad por «daños, lesiones o pérdida de vidas». Recuerdo una vieja técnica de tala. Amarras una cuerda desde el árbol a un objeto fijo; digamos, mi casa. De esa manera, si se cae, lo hará sobre mí.

***

«Olivia —digo—, ¡los Oscar son este domingo!».

Ella me mira con escepticismo. Le explico su importancia. Le digo que, espero, sea algo que podamos compartir. Menciono algunas ganadoras: *El mago de Oz*. Pero recuerdo que perdió contra *Lo que el viento se llevó*.

«¿Quieres venir a verlos conmigo? Veremos si *Los Boxtrolls* gana el premio a la mejor película animada».

Olivia frunce el ceño. Los engranajes empiezan a girar. Luego, lentamente, me regala una sonrisa.

***

Solo quedan tres días para ver las películas restantes. Busco con ansiedad en Pirate Bay. Aparece un mensaje: *Bloqueado por infringir las leyes federales.* Recuerdo el día que fui a comprar drogas y vi a los policías esposar a mi proveedor.

Busco otros sitios de streaming. Una voz me pide precaución, pero otra me incita a seguir. Hago clic en una página que parece inofensiva y de repente me bombardea un *malware*. Por algo se habla del virus troyano. Pero me niego a rendirme. Sigo adelante en nombre del arte.

***

Estoy atrapado en las garras de un sueño febril, perdido en una ciudad desconocida. Deambulo de puerta en puerta y todas tienen seguro. Algunas conducen a baños, pero no puedo entrar. Entonces abro los ojos de golpe y miro en la penumbra. Intento levantarme pero mi cuerpo no responde. Quédate ahí, me ordena. Vuelve a tu papel en el sueño. Entonces comprendo por qué me desperté.

***

El día que nació Olivia, escuché *Isn't She Lovely*, de Stevie Wonder sin parar. La primera vez que le dije la palabra a un extraño fue cuando pedí su carnet de la EPS. «Es para mi hija», me escuché decir. Incluso entonces, nuestro amor parecía condenado.

Llamo al jardín infantil y pregunto por su maestra. Quiero pegarle una vaciada por la pregunta atroz que hizo. En cambio, le pido el

número de Miguel.

«Soy el papá de Olivia —le digo a su abuela—. Ha pasado por momentos difíciles y extraña a su amigo. ¿Hay alguna forma de hacer que se vean?».

La mujer suena prevenida, por no decir grosera. Me cuesta no suplicar.

***

Mi computador se enloqueció: apagados repentinos, alertas rojas, barras de herramientas extrañas; pero no me detendré. A duras penas logro descargar *Birdman*. Es la historia de un actor que intenta regresar. Alguna vez famoso por su papel como superhéroe de Marvel, está decidido a producir una obra importante. Adapta un cuento de Raymond Carver: «Con cada línea que escribía, dejaba un pedazo de su hígado en la página». Michael Keaton, de sesenta y tres años, hace lo mismo en la película.

La lluvia regresa con furia. Gotas enormes azotan la calle. El aire está impregnado de un olor a polvo húmedo. Un destello repentino ilumina el cielo. Pronto las calles se convierten en ríos. El viento flagela las ramas del samán. Lo observo hipnotizado, temiendo que se caiga.

Llega un momento en la vida, alrededor de los sesenta, cuando de golpe ves la forma de todo el maldito asunto.

***

La primera película que me marcó fue *Five Easy Pieces*. Desde entonces, he querido verla de nuevo. Adentrarme una vez más en el personaje que interpreta Jack Nicholson para ver si siento lo mismo. ¿Por qué no la he vuelto a ver?, ¿Temo acaso que esos anhelos juveniles ya me parezcan ingenuos?, ¿o tengo miedo de que mi yo más joven sienta que no he estado a la altura de sus expectativas?

***

Hoy apenas logré levantarme de la cama. No puedo dejar de pensar en Hoffman. Cuando su esposa no soportó verlo autodestruirse, él se mudó de Jane Street a Bethune (dos cuadras al sur, según Google Maps). Pienso en esos domingos que pasó con sus hijos, hasta aquel día en que no apareció más.

***

«Sí», contesta Marta.
«¿Cómo sigue Olivia? —pregunto—. ¿Ya habla en clase?».
«No».
Intento sonar agradable. «¿Te habló del domingo?».
«¿Qué pasa el domingo?».
«Es la noche de los Oscar. Voy a hacer un pollo asado».
Al fondo, escucho la flauta de Olivia.
«Vinieron de la Alcaldía. Quieren tumbar el samán».
«¿Por qué?».
«Dicen que está demasiado viejo».

***

Siempre me ha costado dejar ir el día. Lo aplazo tanto como puedo. Las últimas horas son el momento en que la vida parece más vital. Sin ataduras a la rutina, eres libre de levitar. De entrar en un estado elevado de conciencia. Tus sinapsis crepitan, tu mente se incendia, todo parece trascendental. Como en una película, vas llegando al clímax. Alcanzas la cúspide de una revelación. Una que explicará la vida que has vivido. Debes terminar cada día como si fuera el último. De lo contrario, tu vida no tendrá sentido.

Es extraño que puedas sentirte más cerca de un actor que de la mayoría de las personas que, de hecho, conoces.

***

Llega la gran noche. Estoy insomne, pero emocionado. Me apresuro a terminar mi lista. Arreglo la casa y enciendo la parrilla. Cuando el cielo se tiñe de violeta, abro el vino.

Empieza la música. Las voces se apagan. El aire de expectativa evoca años pasados. En los rostros de las estrellas veo los papeles que interpretaron. El primer premio es a Mejor Actor de Reparto. Mi elección es Edward Norton por *Birdman*. En la pantalla muestran la escena donde hace su declaración: «El tipo de amor del que hablo *es* absoluto». Espera la reacción de Keaton. Keaton sonríe. Pero Norton no gana.

Oigo un carro y salgo. La noche es fresca y radiante de estrellas. Una brisa agita las ramas en la copa del samán.

Le envío un mensaje a Marta: «Están a punto de anunciar la mejor película extranjera».

Descorcho otra botella y mastico una alita.

«¡Y la ganadora, de Polonia, es *Ida*!».

Me levanto de un salto y grito. La casa vacía parece más vacía.

Llega un mensaje: «Olivia está dormida».

En la televisión habla Glenn Close. Presenta un homenaje a «aquellos que perdimos este año».

«Gracias a la magia del cine, estos artistas vivirán por siempre…».

Cuando era joven, lo habría creído. Pero ahora lo entiendo: la inmortalidad no dura.

Recitan los nombres de las estrellas que han fallecido. Estoy esperando el de Hoffman, pero no lo dicen. Entonces me acuerdo: murió el año anterior.

Agradecimientos

Quiero expresar mi profunda gratitud a Carolina López, T. L. Toma, Harold Kremer, Óscar Osorio y Santiago Ochoa.

También agradezco a las revistas en las que aparecieron versiones anteriores de estos cuentos:

«Las manos de mi padre»: *Hayden's Ferry Review*, *El Malpensante* y *Padres en el fondo: Libros Malpensante*.

«La jugadora de bridge»: *The Literary Review*, *El Espectador* y *Cuentos sin cuenta: antología de relatos de escritores de la generación del 50.*

«Negocio de familia»: *Poydras Review* y *Revista Universidad de Antioquia.*

«Mi Vietnam»: *The Round, El Malpensante.*

«Peregrinación»: *Keyhole Magazine* y *Revista Universidad de Antioquia*.

«Primer amor»: *The Literary Review*.

«El estado de Bucky»: *Seattle Review* y *Gaceta*.

«El territorio de Martin»: *Sulphur River Review*.

«Maullido»: *White Wall Review* y *Pendragon*.

«La viga»: *The New Southern Literary Messenger*.

«Patas»: *Jeopardy.*

«Clases de lenguaje»: *Louisiana Literature*.

«El cuarto del perro»: *Byline*.

«Renovación urbana»: *Prism International*, *Philly Fiction* y *Odradek.*

«Amor en el metro»: *Antietam Review.*

«Consentimiento implícito»: *Whiskey Island Review* y *2 Bridges*.

«Pertenencias»: *Philadelphia City Paper, Constellations*, *Coroto* y *El hombre y la máquina*.

«Fantasmas»: *North Dakota Quarterly* y *Cronopio.*

«Campeón»: *Mid-American Review*.

«Extranjero residente»: *New Delta Review* y *El Malpensante*.

«La bastardía de los hombres»: *River City Review*.

«La Mitad del Mundo»: *Other Voices* y *Narraciones sin fronteras*.

«Alerta de terremoto»: *Glimmer Train* y *Revista Número.*

«Adiós a los barones y señores»: *Main Street Rag*.

«Éxodo»: *Buffalo Carp*.

«Paternidad»: *South Carolina Review* y *El Malpensante.*

«Cae un rayo»: *The Warwick Review, Skyline Magazine* y *Odradek*.

«Último amor»: *storySouth*.

«Último adiós»: *New Madrid Review*.

«¿De quién nos estamos escondiendo?»: *Chicago Quarterly Review*.

«Comején»: *High Plains Register*.

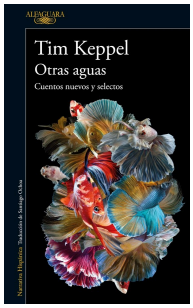
«La Cima»: *Best New Writing, Revista Universidad de Antioquia*.

«La peluquera»: *Gulf Stream Magazine, Antagonish Review* y *Semana*.

«Legado»: *Bridge Eight*.

«El día del padre»: *Wisconsin Review* y *El Malpensante*.

«La noche de los Oscar»: *Notre Dame Review*.



Tus sinapsis crepitan, tu mente se incendia, todo parece trascendental. Como en una película, vas llegando al clímax. Alcanzas la cúspide de una revelación. Una que explicará la vida que has vivido».

Esta deslumbrante serie de relatos, que van conformando una sola vida, traza la geografía emocional de un narrador que se mueve entre Estados Unidos y Colombia, entre la infancia y la adultez, entre la pertenencia y el extrañamiento.

Padres admirados y falibles, madres difíciles e inolvidables, matrimonios que se deshacen, familiares heridos por la guerra, mujeres que abren y cierran mundos, anhelos de paternidad, ciudades que se vuelven destino. Bajo una capa de texto firme y conciso, existe este universo afectivo profundo y arrollador, a través del que Tim Keppel nos empuja a conclusiones lapidarias sobre la realidad, y en palabras de bella contundencia, entre la melancolía y el humor, articula verdades que nos producen una punzada de emoción: qué fortuna dolorosa es estar vivo.

«Tim Keppel escribe la vida tal y como es, con sus pequeñas derrotas, sus raros instantes de gracia y su total extrañeza. Esta colección confirma que Keppel es un narrador excepcional, tal vez el mejor y más incisivo de los cuentistas que escriben desde Colombia y sobre Colombia».

ALEJANDRO GAVIRIA



TIM KEPPEL

Escritor norteamericano radicado desde 1995 en Colombia, donde ha pasado la mayor parte de su vida adulta. Sus libros *Alerta de terremoto* (2006), *Cuestión de familia* (2009), *¿A dónde vas?* (2015, finalista del Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana) y *Legado* (2021) han sido publicados por Alfaguara. Fue taxista en Nueva York, miembro de un grupo de paz en Nicaragua y trabajador social con desamparados y reclusos en Filadelfia, entre otros oficios. Vive en Cali y se jubiló de la Universidad del Valle después de veinticinco años de enseñar Literatura.

© Julián Jaramillo



Título original: *Other Waters*
Primera edición en Alfaguara: septiembre de 2026

© 2026, Tim Keppel
© 2026, Santiago Ochoa, por la traducción
© 2026, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
© Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Patricia Martínez Linares
Imagen de cubierta: © Halim Qomarudin, Dreamstime

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo

que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN: 978-628-7880-67-2

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice

Otras Aguas
Dedicatoria
I
- Familia
  - Las manos de mi padre
  - La jugadora de bridge
  - Negocio de familia
  - Mi Vietnam
  - Peregrinación
- Carolina
  - Primer amor
  - El estado de Bucky
  - El territorio de Martin
  - Maullido
  - La viga
  - Patas
  - Clases de lenguaje
  - El cuarto del perro

Philly
Renovación urbana
Amor en el metro
Consentimiento implícito
Pertenencias
Fantasmas
II
Cali
Campeón
Residente extranjero
La bastardía de los hombres
La Mitad del Mundo
Alerta de terremoto
Adiós a los barones y señores
Éxodo
Paternidad
Cae un rayo
Familia
Último amor
Último adiós
¿De quién nos estamos escondiendo?
Cali
Comején
La Cima
La peluquera del barrio
Legado
El Día del Padre
La noche de los Oscar

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

- Otras Aguas
- Dedicatoria
- I
  - Familia
    - Las manos de mi padre
    - La jugadora de bridge
    - Negocio de familia
    - Mi Vietnam
    - Peregrinación
  - Carolina
    - Primer amor
    - El estado de Bucky
    - El territorio de Martin
    - Maullido
    - La viga
    - Patas
    - Clases de lenguaje
    - El cuarto del perro
  - Philly
    - Renovación urbana
    - Amor en el metro
    - Consentimiento implícito
    - Pertenencias
    - Fantasmas
- II
  - Cali
    - Campeón
    - Residente extranjero
    - La bastardía de los hombres
    - La Mitad del Mundo
    - Alerta de terremoto
    - Adiós a los barones y señores

Éxodo
Paternidad
Cae un rayo
Familia
Último amor
Último adiós
¿De quién nos estamos escondiendo?
Cali
Comején
La Cima
La peluquera del barrio
Legado
El Día del Padre
La noche de los Oscar
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos